

CL

PLATE 18

PLATE 18

PLATE 18

PLATE 18

PQ4683

A3

R48



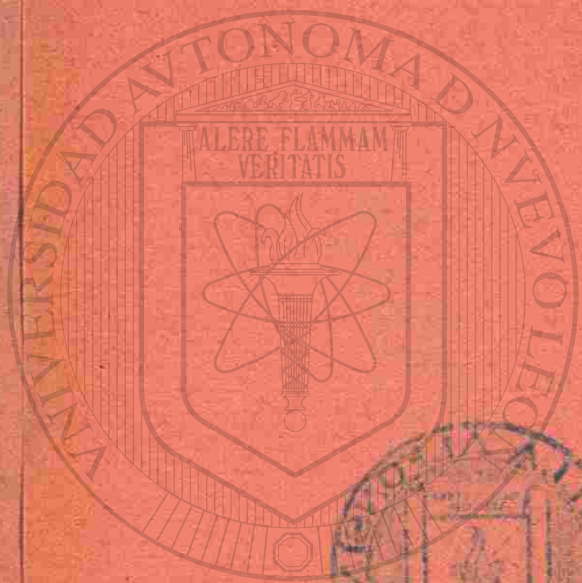
UANIL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



RECUERDOS DE LA INFANCIA

y DE LA ESCUELA

Memorias juveniles.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1940
RUBÉN GARCÍA TORRES

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Obras de Edmundo De Amicis.

*Recuerdos de la Infancia
y de la Escuela.*

Memorias juveniles.

VERSIÓN ESPAÑOLA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

S. DE JUBERA HERM. S. EDITORES

Campomanes, 10

1902

98009

16592

928

A



PQ4683

A3

R48

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CABILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA PROPIEDAD.
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO P

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imp. de Ricardo Rojas, Campomanes, 8. - Teléfono 316.



RECUERDOS DE LA INFANCIA Y DE LA ESCUELA

LOS PRIMEROS AÑOS

La huella más remota que encuentro en mí de la conciencia, es el recuerdo de un día que estuve jugando en un montón de arena con un hermanito mío, dos años mayor que yo, que murió cuando yo tenía cuatro, sin dejar en mi espíritu ni una vaga reminiscencia de su rostro. Cómo pudo quedarme grabada su imagen en aquel momento, y ni siquiera la sombra de un recuerdo de todo lo que en mi casa ocurrió con su muerte, que debiera haberme dejado una impresión profunda, es uno de tantos misterios de la memoria, que en vano intenta penetrar nuestro pensamiento. Y no es menos misteriosa para mí la certidumbre absoluta que tuve siempre de que aquella sombra con quien jugaba

aquel día era mi hermano, por más que no tenga razón alguna de mi certeza.

A mí me parece que en aquel instante comienza mi existencia.

Mas después, vuelven de nuevo las tinieblas, y ya no encuentro otra vez la luz de un recuerdo sino pasado mucho tiempo: cuando, bajando la escalera de casa, me puse á contar por los dedos los años que tenía, que eran cinco, y á pensar que podría muy bien llamarme grande cuando, para contar mi edad, tuviera que servirme también de la otra mano. Desde entonces los hechos que recuerdo, aunque separados entre sí por muchos espacios oscuros, cual las hogueras nocturnas de los pastores en los montes, están claros en mi memoria como los de los periodos más recientes de mi vida.

* * *

Mi padre, genovés, era tesorero real de rentas estancadas—sal y tabaco—en una pequeña ciudad del Piamonte, que por su situación y por sus alrededores es una de las más hermosas de Italia. Asentada en el último límite de grande altiplanicie que, avanzando en punta, domina la confluencia

de un río y de un torrente, los cuales la ciñen estrechándola; y más allá, en la opuesta ribera, se extiende, ascendiendo en anfiteatro, una floridísima campiña, cubierta de bosques y de viñedos, coronada por los inmediatos Alpes.

Todos los recuerdos de la infancia se dibujan en mi mente sobre el verde vivo de aquella campiña, sobre el azul claro de aquellas aguas, sobre la nieve luminosa de aquellas altas montañas.

Habitábamos en cierta casa espaciosa, que miraba por una parte sobre el río, y tenía en planta baja la oficina y los almacenes, y delante, un jardín, un huerto, dos grandes emparrados y un amplísimo corral, el cual, dos veces por semana, se llenaba de carros de los estanqueros, que bajaban para hacer provisiones desde las aldeas más lejanas de la circunscripción. En tales días, había un movimiento, un tráfico, un rumor como el de los mercados; en el cual me sumergía yo con gran placer, corriendo de aquí para allá por entre las bestias y la gente, subiéndome en los sacos y sobre los cajones, excitado y lleno de curiosidad, y aun algo orgulloso al pensar que todo aquel movimiento tenía su punto

de arranque en mi padre, que me parecía un personaje más poderoso que un ministro.

Las impresiones, sin embargo, más hermosas y más intensas de aquellos primeros años, fueron las que me produjo la Naturaleza; tan hermosas, que, al volver á pensar en aquellos días, paréceme que no han existido en el mundo esplendores del sol tan fulgurantes, rayos de luna tan limpidos, primaveras tan frescas y tan fragantes; tan intensas, que aun la impresión que ahora me producen la aurora, la puesta de sol, la lluvia, la nieve, el olor de la tierra y el perfume de las rosas y de las violetas, se deriva en gran parte del recuerdo de las sensaciones que todas aquellas cosas despertaban en mí en aquel tiempo.

Por el lugar y por las circunstancias en que transcurrió mi infancia, no podría haber sido más afortunado. Siempre ha sido para mí un dulcísimo consuelo el pensamiento de haber crecido en presencia de aquella vasta belleza alpina, en aquella casa grande y sonora, inundada de luz y sacudida por los vientos, entre el verde de aquel jardín, que me parecía inmenso, en medio de aquella confusión de entradas y salidas, de trabajo y de gritos, que ponía

en constante movimiento mi imaginación y mis piernas, y me hacía vivir una vida intensa y variada, entre ciudadana y campestre, un poco como de hijo de señor, y otro poco como de muchacho de oficina, libre y vigorosa como el aire purísimo que respiraba.

*
*
*

Un vivo recuerdo de aquellos años, que todavía me hace sonreír, es la condición singular en que me encontraba ante mi madre y mi padre con respecto al lenguaje. Trasplantado cuando aún no tenía dos años desde Oneglia, donde había nacido y comenzaba á balbucear el genovés, á una ciudad en la cual se hablaba un dialecto muy diferente, me olvidé de aquél por completo, y aprendí éste de las personas de servicio y de mis nuevos conciudadanos de la misma edad, antes de que mis padres empezaran á pensar en ello; porque á los niños, el lenguaje que oyen á los compañeros de juego y á los inferiores obsequiosos se les pega más rápidamente que el que oyen en casa. Por esto, durante bastante tiempo mi madre y yo no nos entendíamos ó nos entendíamos poco, origi-

nándose de aquí escenas cómicas que hacían reír á todos los presentes, cuando ella me regañaba en genovés y yo me justificaba y protestaba en piemontés, y la disputa se enredaba, siendo verdadero chino para cada parte la argumentación de la otra: tanto, que muchas veces para terminarla, era preciso llamar como intérprete á uno de mis hermanos.

Y así, á la mesa, dos veces por día, siendo yo el único que hablaba el nuevo dialecto sin comprender el otro, representé por bastante tiempo el papel de un intruso, como si fuera un niño abandonado que hubieran recogido mis padres en la nueva ciudad, fastidiado al tener que pedir muchas cosas y obligado á guardar silencio muchas veces: como aquellos viajeros que se encuentran solitarios en la mesa redonda de una fonda, rodeados de comensales de otra nación. Sólo al cabo de algunos años comencé á hablar mi dialecto de origen, que ahora poseo lo mismo que el otro; pero la planta había tomado ya el color de la savia piemontesa; y he sido siempre el más piemontés de toda la familia, si bien pasada la primera juventud, naciera en mí y fuese creciendo con los años, por la virtud cada vez mayor de

los recuerdos de familia, un dulce y profundo afecto hacia la región donde nació.

*
* *

Entre los recuerdos infantiles ocupa lugar preferente, al lado del de mi madre, el recuerdo de una vieja criada: uno de los corazones más buenos y más dulces que he conocido en el mundo. Me parece estar viendo con toda lucidez su cara sonriente, verdadero espejo del alma, y siento todavía su voz amorosa y trémula, que todos decíamos en casa que se parecía á la voz de un alma del purgatorio.

Se llamaba Magdalena. Era como una segunda madre para mí; ocultaba mis travesuras, se regocijaba como una niña con mis alegrías, se angustiaba por cualquier rasguño que yo me hiciera, como si se tratase de una gran desgracia, prodigándome santos consejos de la mañana á la noche. Yo la quería como á una madre; me pasaba horas enteras agarrado á sus faldas, para que me contase cien veces las mismas historietas, que me parecían portentos de fantasía; y todas las noches había de dormirme al sonsonete de su canto lamentoso,

que se asemejaba á las canturias de los árabes. Puedo decir que toda mi vida la he guardado gratitud, y puedo jurar que si hay más allá otro mundo donde volvamos á ver á las personas queridas, será ella una de las primeras que buscaré entre la blanca multitud, y de aquellas hacia las cuales volaré con un movimiento de alas más vigoroso.

¡Extraños juegos de la memoria! Por que ella me llevó una tarde con otros muchachos á jugar, echándonos á rodar por una cuesta hacia el río, donde había muchísimas moscas luminosas, su imagen se me presenta casi siempre coronada de puntos brillantes, como la Virgen, de estrellas; y porque ella fué la que me enseñó á trenzar coronas con amapolas y acianos, que nacen entre el trigo, todavía hoy entreveo su rostro siempre que se me presentan juntos en la naturaleza ó en una pintura, los dos colores rojo y azul. Y tan en el fondo del corazón me ha quedado impresa aquella buena mujer, que aún al presente, cuando sueño con algún gran dolor mío, suelo verla, con la rueca metida en el cinturón del delantal, que me mira con ansioso semblante, como hacía al levantarme de una caída,

y oigo su voz dulce que me dice palabras confusas de compasión y de consuelo. ¡Ah! ¡Si volviera á verla viva, cuando me despierto de aquellos sueños, con cuánto placer abandonaría mi cabeza blanca entre sus brazos, con qué dulzura lloraría sobre el regazo de mi vieja Magdalena!

* * *

Ella fué, por ignorancia nada más, y por el afán de divertirme, quien hizo de mí una de las víctimas del terror á los fantasmas, más digna de lástima que jamás ha habido en el mundo. Con un solo cuento, que ella me contó inadvertidamente, hilando, —me acuerdo muy bien— y echando de vez en cuando una ojeada al puchero, donde se cocía la menestra para la cena, bastó. Era la historia de la muerte, de la que habiendo hecho mofa un muchacho, le anuncia que vendrá á llevárselo por la noche, de la cama; y el muchacho, siente primero por la calle sus pasos, luego en la puerta del cuarto, y luego dentro; y por fin la Muerte se lo lleva. Esta historia me produjo verdadera enfermedad de miedo. De imaginación viva como yo era, oía desde la cama real-

mente el paso de la Muerte, y sentía escalofríos, sudaba, temblaba hasta rechinar los dientes, y más de una vez salté de la cama y fui corriendo al cuarto de mi madre pidiendo auxilio.

De aquel terror se originaron en mí otros mil. Por mucho tiempo me aterró la soledad aun en pleno día; temblaba ante la vista inesperada de una sábana extendida, que me parecía el manto del espectro; tuve miedo de un viejo escualido que desde una ventana del hospital de incurables, que había frente á mi casa, me miraba con insistencia cuando jugaba en el corral; y creo que habría enfermado de veras si no hubiese sido de fibra muy robusta. Es aún tan fuerte en mí el recuerdo de aquellos tormentos, que cuando en una casa ó en un jardín público veo una niñera en actitud de contar una fábula á los niños, siento inquietud y vehementes deseos de acercarme para estar seguro de que no les cuenta nada terrible, y rogarle que no lo haga si es así. ¡Pobre Magdalena! Ella se quedó más espantada que yo de los efectos de su imprudencia, é hizo inexorablemente punto final en sus cuentos; lo cual le aligeró en mucho los trabajos del servicio,

porque mi insaciable curiosidad ponía en tortura su pobre cerebro, que no era el de Dumas, padre, si bien yo le concedía un uso amplísimo de la repetición.— ¡Nunca! ¡Jamás!—respondía ella siempre á mis ruegos.— ¡Que Nuestro Señor me perdone, pobre de mi cabeza huera!

*
* *

Mis primeros amigos fueron los hijos de uno de los mozos de la oficina, que vivía en una casita al lado de la puerta grande del corral, y que hacía á la vez de portero. Formaban una tribu de desarrapados, que iban en escala, como los tubos de los órganos, desde un año hasta doce; y cada año salía uno nuevo de la casita. Conmigo, hijo del dueño, guardaban siempre un cierto aire obsequioso de criadillos, del cual propendía yo á abusar un poco. Pero, en este punto, lo mismo mi padre que mi madre eran severos, no me dejaban pasar nada, y es una de las cosas de que les estoy más agradecido. En toda ocasión humillaban mi orgullo señorial, inculcándome el sentimiento de igualdad y el respeto á la pobreza. En todas las cuestiones que surgieran entre los

pequeños comedores de borona y yo, si no tenía de mi parte por completo la razón, se la daban á ellos. Y cuando les trataba con menosprecio, mi madre tenía un modo particular de hacerme caer en ello y de pedir excusas: aprovechaba aquel momento para hacer á la familia uno de los regalos que ella acostumbraba, de ropa blanca ó de trajes usados, que para la pobre gente era un maná, y hacía que yo mismo, sin acompañamiento alguno, fuera á llevárselo. Con la satisfacción de cumplir un acto benéfico, sentía en el corazón el arrepentimiento de la injuria inferida, y juntamente con éste, vergüenza por mi proceder, que me hacía vacilar á veces, impulsándome á dar muchos rodeos por el patio antes de presentarme en la casa. Después experimentaba gran placer, viendo que al ofrecer el envoltorio á la madre, el ofendido, asomaba la cabeza por entre todos y me sonreía desde la puerta, donde se había plantado al sentirme llegar.

Mi predilecto era Francisquillo, un triponcillo rubio, dos años mayor que yo, gran cazador de caracoles sin temor de Dios, capaz de sacarlos hasta de entre las grietas de las paredes; y que los asaba

á su modo, por pura formalidad, con una cerrilla. Un día, en el patio, me pegó una pedrada en la frente, con un canto que había lanzado al aire sin atender á dónde iba á parar; eché sangre, chillé, acudió mi madre y un segundo después la portera, que se abalanzó sobre el muchacho como una furia para molerle los huesos. Él, escurriéndose veloz como una golondrina, aterrado, vino hacia nosotros, y mi madre lo detuvo; y, cuando yo esperaba que me vengase, le puso la mano sobre la cabeza, le abrazó para defenderlo, diciéndole á la portera:—No lo ha hecho con intención; no le pegue, está perdonado.—Esta actitud me hizo desechiar todo resentimiento de mi alma como por encanto, y ya casi no sentí más el dolor. ¡Esto se llama educar!

* * *

Entre los recuerdos que conservo de aquel tiempo hay un ángel pintado al fresco en la bóveda de una capilla de la Catedral, donde iba todos los domingos á oír misa con la familia: una figura alta, alada, envuelta en un camión blanco; de suavísimo rostro, que parecía mirarme con sus gran-

des ojos azulados. Aquella figura fué la que despertó en mí el primer sentimiento religioso, haciéndome pensar cuán dulce sería vivir después de muerto en medio de millares de criaturas tan hermosas, buenas y blancas, sentado sobre nubes, envuelto en luz sonrosada, y en aire perfumado por el incienso, oyendo los sonidos del órgano. Recuerdo que todas las noches pensaba en aquel ángel, mientras rezaba el *Padre nuestro* ó el *Ave María*, antes de ir á la cama, y que con la imaginación, daba aquella misma forma al ángel custodio, creyendo firmemente mucho tiempo, que iba á mi lado, invisible, de la mañana á la noche. Y tanta fe tenía en esto, que muchas veces en mis juegos me quedaba parado, preguntándome á mí mismo dónde estaría en aquel momento, si delante ó detrás de mí ó á los lados, cerca ó un poco separado, si con alas abiertas ó plegadas, y alguna vez miraba en derredor con la vaga idea, ya que no de verle á él en persona, al menos algún indicio de su presencia, algo blanco, una forma vaporosa, algún fugitivo resplandor. Tenía fe, si puede llamarse así á lo que yo sentía entonces; pero no recuerdo haber sentido jamás miedo al infierno, en

el cual ni siquiera pensaba, como algo que no tenía nada que ver con los muchachos.

La religión era para mí como la visión confusa de una gran belleza, y un sentimiento indeterminado de ternura y de bondad para todos y para todo, hasta para los más diminutos insectos que, en los días de celo religioso más vivo, cuidaba de ir apartándolos con los pies. De lo cual provino que al recibir en la Iglesia las primeras lecciones de catecismo del párroco, que no ponía en ellas ciertamente ni miel ni flores, me pareciese que me habían cambiado la materia, y sin darme clara cuenta de ello, me quedé mal, como el que abriendo un libro con la idea de leer un poema, se encuentra ante sus ojos un libro de escuela. Me impresionó de un modo especial, sin llegar á turbarme, sin embargo, aquel dedo nudoso sacerdotal, siempre tieso y agitado en actitud de amenazar con las penas eternas. Cuando hacía alguna pregunta á mi madre relativa á religión, no le preguntaba más que sobre el paraíso, que era para mí objeto de vivísima curiosidad, y respecto del cual creía yo que las personas mayores habían de tener conocimientos más precisos que los niños. Y cuando oía decir de un

muerto: «Ha ido al paraíso», pensaba que se decía por haber visto verdaderamente alguna cosa de aquella persona, como una sombra ó una llama, volar por los aires y perderse en el azul. Aquel pensamiento del paraíso fué tan tenaz entonces en mi mente, que después me atrajeron siempre, aun en la edad madura, y deleitaron vivamente mi imaginación, todas aquellas escenas de teatro, aun malamente representadas, en las que, por la abertura que dejaban las nubes y á través de un velo blanco transparente, se veían en un fondo luminoso vagas figuras celestiales sentadas en órdenes distintos de asientos, como en la última visión de Dante. Cuantas veces he visto el paraíso en un teatrillo de muñecos, he llegado á gozar tanto como el más pequeño de los espectadores.

El ángel custodio no me libró del crup, del cual escapé por milagro, después de haberme dado por perdido el médico. No recuerdo nada de los dolores que sufrí, que fueron atroces, según supe luego por mi madre; porque, ya medio asfixiado, pasé

horas enteras ahogándome y moviendo los brazos como un náufrago, apartando de mi lado á todos los que se acercaban, como si me robasen el aire, y suplicando por señas que abrieran de par en par la ventana. Sólo recuerdo que con frecuencia ponía el oído atento para oír si fuera cantaba el cuervo, porque Francisquillo me había dicho que el día antes de morir mi hermano, se había oído cantar un cuervo sobre el tejado de la casa. Recuerdo haber visto por un momento, en pie al lado de mi cama, la figura negra del párroco. Y otra cosa se me quedó presente, que todavía me hace estremecer al recordarla. Al salir el médico una mañana de la alcoba, mi padre y mi madre le acompañaron á la habitación inmediata, desde la cual llegó á mis oídos rumor de voces apagadas, y una terrible exclamación de mi padre: *¡También éste!* Terrible para mi corazón, no entonces, que no podía comprender su alcance, sino después cuando supe que significaba: «También me arrebatan este hijo»; pues el médico le había hecho perder en este punto todo género de esperanza. Como tampoco comprendí en aquel momento, por qué mi padre, al poco rato, se sentó á una mesita

al lado de la cama y estuvo pasando un lápiz sobre una hoja de papel, mirándome con frecuencia atentamente. Luego me lo explicaron, diciéndome que con un esfuerzo heroico, él mismo me había hecho el retrato á lápiz, para conservar al menos aquel recuerdo de mi cara, ya que por entonces no había en la ciudad ningún fotógrafo. ¡Pobre padre mio! Aún conservo aquel retrato que mi madre me legó, y se apodera de mí una infinita compasión cuando lo miro, al pensar con cuánta amargura en el alma trazó él aquellos rasgos finísimos, que parecen obra de un artista tranquilo, especialmente aquella maraña de rizos oscuros, en los cuales contaba darme pronto el último beso.

La crisis que me salvó, la alegría de mis padres, la convalecencia, todo se ha borrado de mi espíritu. No recuerdo más que la primera vez que me sacaron al jardín, cubierta la cabeza con una gorra y un pañuelo al cuello, acompañado con gran aire de fiesta por todos los míos, seguidos de la pobre Magdalena, que lloraba de contento; me acuerdo de que era una mañana de primavera, y que experimenté un placer delicioso, como si todo lo viera por primera

vez, al volver á percibir la luz del sol, los árboles floridos, y el gato que, estupefacto, se quedó parado mirándome.

*
* *

Entre aquélla y la primera impresión de la escuela, tengo presente otra que tuve al conocer por vez primera un gran dolor humano, y que quisiera poder borrar de mi memoria, en la cual está grabada como una herida en la carne. Al lado de nuestra casa estaba el Hospital militar, y delante de él una casita donde vivía el administrador, teniente de Infantería, con su mujer; una pareja simpática á toda la ciudad, que parecían hermano y hermana y á quien con frecuencia veía yo pasar desde la ventana, por el camino de la muralla, con dos niños hermosísimos, entre cuatro y seis años, que todos admirábamos. Una mañana, volviendo con Magdalena de paseo, vimos mucha gente que se agolpaba delante del hospital, á duras penas contenida por los soldados que formaban la guardia; todos miraban hacia las ventanas de la casita, de donde entre varias voces exaltadas y confusas sobresalía un sollozo violento de mujer, ahogado, desesperado, más seme-

jante á un grito que al llanto, y que á muchos de la multitud arrancaba lágrimas.

Magdalena preguntó á unos y á otros. La respuesta heló la sangre en sus venas y á mí también, aunque niño. Había ocurrido lo siguiente: que el farmacéutico del hospital, debiendo preparar santonina para los dos niños enfermos, había preparado estricnina, y las dos pobres criaturas, que habían tomado los polvos á la vez, habían muerto en el mismo momento entre los brazos del padre y de la madre. La pobre Magdalena prorrumpió en exclamaciones sin fin, llorando amargamente: ¡Ah! ¡pobre gente, pobre gente!

Cuando llegamos á la puerta de casa, ya era hora de comer, y me encargó precipitadamente que no dijera nada á mi madre, porque si lo sabía, no comería. Mas apenas entramos, viendo á mi madre sentada, llorando, con la frente apoyada entre las manos, comprendiendo que ya lo sabía, prorrumpió en una exclamación de angustia, casi colérica, que me conmovió el corazón, aun cuando yo no comprendiera entonces que era un eco del grito eterno de la humanidad flagelada: Señor Dios misericordioso, ¿cómo pueden ocurrir estas cosas?

LA PRIMERA ESCUELA

Antes de tener seis años me enviaron á aprender el alfabeto con un maestro que tenía su escuela en un hospicio de niños pobres, en la cual eran admitidos como alumnos de pago externos, los hijos de las familias acomodadas. Yo fui á ella de buena voluntad; siempre me han atraído con fuerza todas las cosas nuevas: si la Naturaleza me hubiera dado la virtud de persistir, al igual que el ardor para comenzar, quizá hubiera llegado á ser un personaje.

El maestro era un hombre como de cincuenta años, cojo, sin barba, con gran peluca; una figura de viejo barbero, pero de humor animado; tanto, que por aquel entonces empollaba la idea de un matrimonio, que luego llevó á cabo, con una muchacha de veinte abriles. Ella fué causa de algunas jornadas radiantes, en las cuales se mantenía tieso sobre la pierna sana con

jante á un grito que al llanto, y que á muchos de la multitud arrancaba lágrimas.

Magdalena preguntó á unos y á otros. La respuesta heló la sangre en sus venas y á mí también, aunque niño. Había ocurrido lo siguiente: que el farmacéutico del hospital, debiendo preparar santonina para los dos niños enfermos, había preparado estricnina, y las dos pobres criaturas, que habían tomado los polvos á la vez, habían muerto en el mismo momento entre los brazos del padre y de la madre. La pobre Magdalena prorrumpió en exclamaciones sin fin, llorando amargamente: ¡Ah! ¡pobre gente, pobre gente!

Cuando llegamos á la puerta de casa, ya era hora de comer, y me encargó precipitadamente que no dijera nada á mi madre, porque si lo sabía, no comería. Mas apenas entramos, viendo á mi madre sentada, llorando, con la frente apoyada entre las manos, comprendiendo que ya lo sabía, prorrumpió en una exclamación de angustia, casi colérica, que me conmovió el corazón, aun cuando yo no comprendiera entonces que era un eco del grito eterno de la humanidad flagelada: Señor Dios misericordioso, ¿cómo pueden ocurrir estas cosas?

LA PRIMERA ESCUELA

Antes de tener seis años me enviaron á aprender el alfabeto con un maestro que tenía su escuela en un hospicio de niños pobres, en la cual eran admitidos como alumnos de pago externos, los hijos de las familias acomodadas. Yo fui á ella de buena voluntad; siempre me han atraído con fuerza todas las cosas nuevas: si la Naturaleza me hubiera dado la virtud de persistir, al igual que el ardor para comenzar, quizá hubiera llegado á ser un personaje.

El maestro era un hombre como de cincuenta años, cojo, sin barba, con gran peluca; una figura de viejo barbero, pero de humor animado; tanto, que por aquel entonces empollaba la idea de un matrimonio, que luego llevó á cabo, con una muchacha de veinte abriles. Ella fué causa de algunas jornadas radiantes, en las cuales se mantenía tieso sobre la pierna sana con

una cierta gracia de cigüeña, como en actitud de burlarse de la otra.

No tenía cultura, pero sí inteligencia abierta y clara; sabía enseñar, que es una virtud bastante rara entre los maestros, y hacer agradable la escuela. Para enseñar la nomenclatura, él mismo había hecho un gran número de carteles, en los que estaban dibujados y pintados con colores chillones y con cierto arte ingenio y preciso, de gran eficacia para los muchachos, campos y plazas, interiores de casas y de talleres, con escenas relativas á todos los oficios, animadas con muchas figuras de hombres y de animales; y aquellos carteles, que me parecieron obras maestras, y que recuerdo con una claridad maravillosa, me causaron impresión tan viva y agradable como jamás en el resto de la vida me produjo la pintura — ¡perdóname, Rafael!, — una emoción más deliciosa.

* * *

En la escuela, larga y desnuda como dormitorio de cuartel, había dos filas de mesas toscas unidas: una fila para los alumnos externos, la otra para los del hospicio, que iban todos vestidos de paño gris.

La distinción no consistía solamente en el sitio y en el traje, sino también en el trato que usaba el maestro; el cual hacía todavía una segunda distinción entre los externos de familia conspicua y los de la clase media inferior. Tenía la voz dulce para los señores, agrídulce para los burgueses de poco más ó menos, agria para los pobres. A éstos les castigaba á cachete limpio, sacudía por el brazo á los otros, y no tocaba á los primeros. Yo pertenecía al orden de los zarandeados.

Estaba entre los primeros (me parece estarle viendo) el hijo de un banquero á quien todos miraban con gran respeto; sobre él corría la leyenda fabulosa de que jugaba en su casa á la guerra, haciendo fortalezas con escudos y representando á sitiados y sitiadores con monedas de plata, á los oficiales con monedas de oro de cinco duros, á los generales con onzas, y los proyectiles con cerillas encendidas de las más finas. Iba también con nosotros el hijo de una señora guapa, que de cuando en cuando se presentaba en la escuela vestida con gran lujo, sobre la cual los muchachos mayores del hospicio hacían en voz baja comentarios, que no llegué yo á comprender

sino algunos años más tarde al saber que no estaba en regla con el estado civil, bastando esto para explicarme á la vez, por qué aquel pobre muchacho se afligiese con ciertos juegos que creía yo que debieran hacerle reír. Asistía un hijo de un juez, que en muchas ocasiones nos amenazaba con hacernos prender por los guardias; recordando de éste un hecho curioso: un día, habiéndole injuriado un muchacho del hospicio, el maestro, hecho una furia, agarró al culpable por una oreja, y sacudiéndole la cabeza violentamente, le gritaba en la cara: ¿pero es que no sabes, des-gra-ciado, que éste es hijo de un juez? ¡Qué cosas! ¡Qué tiempos! El viejecillo cojo, hoy... quizá daría el tirón de orejas todavía más fuerte, pero no diría la frase!

* *

No me acuerdo en cuánto tiempo aprendí á leer. Creo que no tardé menos de lo que se tarda hoy, después de cincuenta años de progresos didácticos. Mas, tengo muy presente en la memoria que en la mañana de un domingo, en casa, habiéndome presentado un hermano mío un libro de lectura para ver cómo me encontraba, se quedó

sorprendido de que yo leyese ya casi de corrido, y se fué á dar la noticia á mi padre y á mi madre, que se alegraron mucho como de cosa realmente inesperada.

También me alegré yo de aquel reconocimiento oficial de mi salida de la clase de los analfabetos, por una razón particular mía, la cual me produjo un desagradable desengaño. Yo me había imaginado que bastaba saber leer las palabras para entretenerse con la lectura de cualquier libro, como veía que hacían las personas mayores. Con esta ilusión, aquel mismo día cogí de la librería de mi padre un volumen, el primero que tropecé, y me puse á leer. Era el libro de Victorio Alfieri, *De la tiranía*. Leí una media página, la volví á leer, y me quedé sorprendido y descontento: no entendía una sola palabra, como si estuviera en hebreo. Y no podía comprender por qué.—¿Cómo puede ser ésto?—me preguntaba.—¡Está escrito en italiano, sé leer, y no entiendo una jota!—Pensé que habría cogido un libro difícil; tomé otro. Era éste el *Prímato*, de Gioberetti. Volví á experimentar. ¡Peor que peor! Entonces comencé á comprender que me quedaba mucho más camino que recorrer

antes de entrar en el reino de la literatura, y, descorazonado, dejé los libros y eché á correr á jugar, sin confesar á nadie mi desilusión, cuyo ridículo vagamente percibía.

Al cabo de pocos días, sin embargo, tuve un consuelo. El mozo que servía de portero, que había subido á casa para mover un mueble, viendo un libro sobre una mesa se puso á silabear el título, para que viera yo que sabía leer; pero leyó: *Obras selectas*. Yo le corregí se persuadió, y me dió las gracias. Fué para mi una viva satisfacción de amor propio que me hizo levantar la frente y volver lleno de confianza á los «estudios».

*
* *

Fueron interrumpidos éstos por largo viaje, cuya memoria guardo como la de un sueño estupendo... Fué un viaje que hice con mi madre á Valenza, donde una hermana me había elevado á la dignidad prematura de tío; una confusa visión de ignotos países encuadrados en ventanillas de vagones y diligencias, en la cual se destacan grandes lagunas negras, de espacio y de tiempo, que me parecen corresponder á prolonga-

dos sopores misteriosos; y entre una y otra, con una luz vivísima, detalles sin importancia, como un gato visto sobre un tejado ó un trapajo viejo colgado de una ventana; un vaivén de sombras humanas sin rostro, y vagos sonidos de campanas desconocidas, cuyo recuerdo renueva ahora en mí el sentimiento experimentado entonces de un inmenso alejamiento de mi casa y de mi escuela.

Uno de los recuerdos más precisos es la curiosidad febril con que miré por todas partes del horizonte al bajar en la estación de Alejandria, con la idea de ver alrededor de ella una especie de gran muralla de la China, un conjunto enorme é intrincado de reductos y de torres almenadas, que se dibujaran en el cielo como una cresta alpestre, mostrando las bocas de mil cañones y las bayonetas de un ejército de centinelas.

Creo que mi pasión por viajar por todo el mundo, nació de las emociones extraordinarias que experimenté en aquel viaje; durante el cual, mi madre tenía que refrenar de continuo mis impaciencias, agarrarme por un brazo cuando me lanzaba á la ventanilla, y hacerme señas para que

hablara más bajo cuando expresaba mis sentimientos con exclamaciones en voz alta, que hacían reír á todos los viajeros. Y no sólo por el deleite que experimenté entonces he creído siempre que el dinero mejor empleado por los padres para la educación de los hijos sea el que se gasta en viajes; sino también y más aún, porque recuerdo bien (y me lo afirmaron los de casa) que aquel breve viaje hizo dar un avance á mi inteligencia; tanto que, al volver á la escuela, aproveché más en un mes que antes en muchos. Lo mismo me pasó en otras distintas ocasiones; después de cada viaje sentía vigorizarse todas las facultades de mi espíritu, encontrándome en un estado de conciencia intelectual semejante al que es frecuente en la adolescencia, cuando, mirando hacia atrás para considerar lo que éramos antes, sentimos casi lástima y compasión de nosotros mismos, como si se tratase del estado de un sér inferior, que se haya quedado por bajo á una gran distancia.

* * *

El día que volví á la escuela, me dejó en el alma memoria imborrable. Antes que el

maestro entrara en la clase, los niños del Hospicio me dieron la noticia de que el día antes había muerto un condiscípulo de ellos y mío, cuyo nombre recuerdo; Jacinto, y me dijeron si le quería ver. Dije que sí, sin pensarlo, y acompañado por uno de ellos, fui á asomarme á la puerta de un cuartito del piso bajo, donde estaba depositado el cadáver, tendido en la cama, con la cabeza descubierta.

Aquel semblante inmóvil y blanco, con los ojos vítreos abiertos, con expresión de estupor sobrehumano, me causó un efecto tan profundo de terror y de repulsión, que no pude atender nada en todo el tiempo que duró la clase, y cuando llegué á casa, engullí de mala manera dos bocados por no descubrirme, y no dije una palabra. Absorto con la imagen de aquel rostro, que lo tenía siempre delante de mis ojos, solemne, misterioso, terrible, como el rostro de un espectro que surgía de la tierra por todas partes á donde yo volviera la vista. No se le ocultó á mi madre el estado de mi ánimo, interrogándome con insistencia para que le dijera la verdad. Me reprendió por la curiosidad que me había inducido á ver el muerto; pero de pronto

cambió de conversación, compadeciéndose de aquel pobre muchacho muerto en un hospicio, abandonado, sin padre ni madre, á quienes quizá no había conocido nunca, sin asistencia alguna amorosa, sin que nadie le llorase, y que sería sepultado sin una flor en su féretro y sin el recuerdo de alma viviente alguna. Estas palabras despertaron en mi corazón una lástima y una ternura, que si no ahuyentó totalmente, disminuyó bastante, y casi cubrió con su velo el terror, encaminando por otro derrotero mis pensamientos; á través de los cuales aquel rostro lívido me apareció ya bajo otro aspecto, más doloroso que espantable, como ennoblecido por la aureola ideal de la desventura. Mas en todo aquel día evité siempre el encontrarme solo donde quiera que fuese, y por la noche quise que mi madre estuviera á mi lado hasta dormirme, repitiéndome las palabras de amor y de piedad, que velaban de blanco á mis ojos el fantasma de la muerte.

Casi dos años estuve en aquella escuela, que no se me hizo para nada enojosa,

gracias al buen sentido del maestro, y también al uso didáctico de aquel tiempo, en el cual se media quizá mejor que ahora, la capacidad cerebral de los niños. Al terminar el segundo año fué cuando comencé á leer algún libro y á comprender.

La primera emoción profunda que tuve con la lectura, me la proporcionó un capítulo del *Juanito*, donde se cuenta una escapada de casa del pequeño protagonista, quien, al cabo de varias correrías y aventuras, encontrándose solo en el campo al caer la tarde, sobrecogido de miedo y de arrepentimiento, á punto de entregarse á la desesperación, lo encuentran y lo devuelven á los suyos. Temblé y lloré al leerlo, me acuerdo muy bien, y cerrando el libro, fui á agarrarme al cuello de mi madre, jurando en mi interior que jamás, jamás me arriesgaría á una aventura tan tremenda. Mas, ¿cómo es el alma de los muchachos que puede recibir una sobre otra é igualmente profundas dos impresiones de naturaleza opuesta, y qué maravilloso poder tiene sobre la fantasía infantil toda ficción?

Mi segunda lectura fué la *Vida de un bandido*, un libro viejo que yo desenterré

por casualidad de las profundidades de la biblioteca de casa, y que luego se extravió con gran sentimiento mío, porque más tarde tuve cien veces el deseo de volverlo á leer, precisamente por la sacudida violenta que me produjo de niño. No recuerdo de qué país ni de qué tiempo fuese aquel escapado de galeras que corría montes y florestas robando y matando, y saliendo siempre victorioso, con inesperadas estratagemas de sus luchas temerarias con la «benemérita». Sólo recuerdo que me apasioné por él como por un héroe, que su vida errante y borrascosa, me pareció cosa bella y deseable, hasta hacerme fantasear en secreto el designio de echarme al campo apenas me lo permitiese la edad, y que hasta tal punto me acaloré con este sueño, que ya desde las ventanas de mi casa buscaba por el campo con la mirada, qué camino debería tomar para la huida, y sobre cuál de las alturas lejanas había de hacer el primer vivac bandolero, y quizá afrontar por vez primera la fuerza pública. ¡Ah, qué mal le habría sentado al pobre autor del *Juanito*, si hubiera podido leer en mi interior!

* * *

Pero, precisamente, en lo más ardiente de mis entusiasmos criminales me sucedió una aventura que me hizo renunciar á la noble carrera que fantaseaba. Teníamos en casa un viejo gato rubio, al cual quería yo mucho y que todas las noches solía dormir sobre mis rodillas. Me vino un día á las mientes la humorada de llevarlo á paseo como á un perro, y le até una cuerda al cuello, con una amplia lazada anudada fuertemente para que no le incomodara ni se la pudiera apretar. Pero, apenas había hecho la lazada, se me escapó y ya no lo pude atrapar, ni echarle la vista encima en todo el día. Á la mañana siguiente, jugando en el jardín, lo vi por detrás, entre las ramas de un árbol, como apostado y en actitud de abalanzarse sobre un pájaro. Lo llamé, y no se movió. Me puse debajo del árbol para mirarlo de frente, y me estremecí. Estaba muerto. Enredándose la cuerda entre las ramas, se había dado vueltas apretadas alrededor del cuello como una serpiente, y se había asfixiado. Lleno de espanto y dolor, corrí á confesar mi delito á mi madre, llorando y suplicándole que no dijera nada á mi padre, que quería muchísimo al gato. Mi madre me perdonó, y pro-

metió guardar silencio; el gato fué sepultado á escondidas, y nadie reveló el secreto.

Pero fué un terrible momento para mí cuando, estando á la mesa, de repente pregunta mi padre:—Pero ¿dónde se ha ido el gato rubio que no se le ve por aquí?—No debieron sonar más terribles al primer fraticida las palabras divinas:—Cain, ¿qué has hecho de tu hermano?—Me sentí con la conciencia de un asesino. No pude resistir la mirada de mi padre, que parecía leer en mi corazón. Fingí que no estaba bien, para poder escapar del comedor, y fui á encerrarme en mi cuarto, donde me arrojé en la cama con el corazón oprimido por el miedo y el remordimiento.

Sobre la mesa de noche estaba la *Vida de un bandido*. Al ver aquel libro, cruzó por mi mente un pensamiento salvador: la duda de llegar á tener nunca el alma tan fuerte para entregarme con fortuna á la poética profesión que habia elegido. Medité algún tiempo sobre aquel problema, para venir á parar á esta conclusión:—No. Tú que has sufrido tanto con la muerte de un gato, que después de todo, no murió á tus manos, tú, no tendrás jamás alma para matar á los guardias.—El pensamiento estaba expre-

sado con palabras más respetuosas para mi amor propio; pero, en suma, era aquel. Y desde este instante renuncié á la vida del bandido y volví á ser *Juanito*.

*
*

Una noche de aquel mismo año fué cuando mi buen padre, siempre ignorante de lo de la cuerda, me llevó por primera vez al teatro, donde una desgraciada compañía dramática representaba *Tartufe* de Molière.

Debo prevenir desde luego la desaprobación de los escrupulosos: la comedia no empañó siquiera mi pureza infantil, porque no logré entender ni una palotada. Una sola frase llamó mi atención. Cuando Tartufe, torciendo la cabeza y juntando las manos, dice á la señora:—*¡Tiene usted ciertas armas!*—Todo el teatro estalló en una gran risotada, cuya causa no llegué á comprender, porque no veía que la actriz estuviese cargada ni de puñales ni de pistolas. Y pregunté á mi padre:—¿Dónde están esas armas?—Él se sonrió, atusándose los bigotes con la mano, y después de una breve vacilación, me contestó:—Por armas, en este

caso, se entiende la belleza, la gracia... las maneras elegantes... — Y con esto me quedé poco más ó menos como antes. Para mí fué, sin embargo, un encantador espectáculo la sala, el triple orden de palcos, la araña, las luces del proscenio, y sobre todo el telón pintado, que representaba una revolución del pueblo, contra un señor feudal de la Edad Media; la comedia no me pareció más que un accesorio de aquellas maravillas. Y á la salida hice reír á mi padre exclamando con entusiasmo: — ¡Ah, cuánto me he divertido! ¡Padre mio! — Aun privándose él de muchas cosas, nos procuraba todo género de diversiones, y cuando mi madre le hacía alguna observación sobre el gasto, solía contestarla: — ¡Eh, pobres hijos; embellezcámosles la vida todo lo que podamos; ¿quién sabe cuál será su porvenir? Que tengan al menos un querido recuerdo de sus primeros años.

En aquel año, sin embargo, todos los placeres que me procuró mi padre fueron turbados por la imagen del pobre gato, cuya muerte... me había separado del camino de la violencia y de la sangre.

QUI, QUAE, QUOD

Aún no tenía ocho años cuando empecé el latín en la escuela pública en la clase de *Primera de Gramática*, como se llamaba entonces el primer curso de Gimnasio. (Demasiado pronto.) Vengan á pensar conmigo los padres que tienen la manía de que los hijos acaben cuanto antes los estudios, como si el buen éxito en el mundo no dependiera de una infinidad de motivos íntimos y exteriores, todos ellos imposibles de prever, y frente á los cuales la dudosa ventaja de concluir los primeros estudios, un año antes ó un año después que los demás, no representa casi nada. Esta manía no la tenía mi padre, que quiso únicamente hacer un ensayo, que si no al pronto, al fin falló; y no sin daño para mí, porque aquel «demasiado pronto» me hizo sufrir un martirio inútil en los tres primeros años de latinidad, que, sin embargo,

caso, se entiende la belleza, la gracia... las maneras elegantes... — Y con esto me quedé poco más ó menos como antes. Para mí fué, sin embargo, un encantador espectáculo la sala, el triple orden de palcos, la araña, las luces del proscenio, y sobre todo el telón pintado, que representaba una revolución del pueblo, contra un señor feudal de la Edad Media; la comedia no me pareció más que un accesorio de aquellas maravillas. Y á la salida hice reír á mi padre exclamando con entusiasmo: — ¡Ah, cuánto me he divertido! ¡Padre mio! — Aun privándose él de muchas cosas, nos procuraba todo género de diversiones, y cuando mi madre le hacía alguna observación sobre el gasto, solía contestarla: — ¡Eh, pobres hijos; embellezcámosles la vida todo lo que podamos; ¿quién sabe cuál será su porvenir? Que tengan al menos un querido recuerdo de sus primeros años.

En aquel año, sin embargo, todos los placeres que me procuró mi padre fueron turbados por la imagen del pobre gato, cuya muerte... me había separado del camino de la violencia y de la sangre.

QUI, QUAE, QUOD

Aún no tenía ocho años cuando empecé el latín en la escuela pública en la clase de *Primera de Gramática*, como se llamaba entonces el primer curso de Gimnasio. (Demasiado pronto.) Vengan á pensar conmigo los padres que tienen la manía de que los hijos acaben cuanto antes los estudios, como si el buen éxito en el mundo no dependiera de una infinidad de motivos íntimos y exteriores, todos ellos imposibles de prever, y frente á los cuales la dudosa ventaja de concluir los primeros estudios, un año antes ó un año después que los demás, no representa casi nada. Esta manía no la tenía mi padre, que quiso únicamente hacer un ensayo, que si no al pronto, al fin falló; y no sin daño para mí, porque aquel «demasiado pronto» me hizo sufrir un martirio inútil en los tres primeros años de latinidad, que, sin embargo,

eran entonces menos difíciles que ahora.

Me hizo el efecto de un cuartel, cuando entré por primera vez, aquella enorme sala repleta de muchachos, muchos de los cuales tenían tres ó cuatro años más que yo y me parecían hombres; y me despertó un sentimiento de medroso respeto aquella gran cátedra de forma de púlpito, alzándose sobre los bancos como un castillo feudal sobre las casuchas de un pueblo. El profesor, hombre como de unos cuarenta años, de semblante aristocrático y grave, siempre enfundado en un gran balandrán obscuro, que le asemejaba á un cura secularizado, nos hacía decir las oraciones en coro al principio y al fin de cada lección; y por más que rigiera hacia seis años el Estatuto, entre una y otra declinación, pegaba con frecuencia y de firme; y también él, como mi primer maestro, de mejor gana á los de ropa tosca que á los de trajes más finos. Salvo esta parcialidad, no era un mal hombre, y enseñaba con buen método; no estaba, sin embargo, en su mano el hacer digerir el latín á un estómago de siete años y medio. De todo aquel año conservo un recuerdo confuso de ingratas tareas, de sueños afanosos y de llantos.

El único recuerdo alegre es el del día del santo del profesor, que solíase festejar entonces en todas las escuelas inferiores, con un regalo colectivo, para el cual toda la estudiantina se daba cita quince días antes. El regalo se hizo aquel año de un modo sumamente cómico, que merece la pena de contarse para dar una idea de los usos escolares de aquel tiempo. Pusimos cada uno seis reales, y se compró un mazapán de España, no sé cuantas botellas de vino Barolo, y un gran ramo de flores. En la última reunión que tuvimos por la calle, el tesorero general, hijo de un fondista, nos anunció que de lo recaudado sobraba la suma de real y medio. ¿Qué hacer de esta cantidad? Fueron diversos los pareceres, se discutió, y por fin fué acogida por unanimidad la idea luminosa de un droguerillo, lleno de ocurrencias siempre, el cual, acordándose de que el profesor cada quince días tenía tos, propuso que se coronara el regalo con ¡real y medio de pastillas de goma arábica!

Y ¡cómo se llevó el regalo á la casa! *Coram populo*, en pleno día, como el Santo Sacramento, y por toda la comparsa: el mazapán de España, descubierto, á la cabeza,

llevado por el más alto de la clase; luego, uno, con el ramillete sostenido en alto como flabelo papal; luego, otros ocho ó diez, cada uno con una botella en la mano; y por fin, el portador de las pastillas de goma, y tras él, una procesión bulliciosa; así recorrimos la calle principal por entre la gente que se paraba á mirarnos, diciendo en voz alta:—Son los alumnos de primer año de Gramática, que llevan el regalo al profesor Fulano de Tal.—¡Un escándalo! Ahora se hacen las cosas con mayor discreción, individualmente, y sólo algunos de ellos; y más bien lo hacen los padres que no los hijos, y en lugar de goma arábica se da unto nacional.

Pero aún me falta por decir lo mejor: la escena de la presentación fué por demás divertida. Estaba presente la señora. Ya habíamos ofrecido todo, el profesor había pronunciado su discursillo, exhortándonos á demostrarle nuestro cariño con el estudio más bien que con el vino de Barolo, y estábamos ya á punto de irnos, cuando el de las pastillas, que se había olvidado de hacer su presente, se adelanta, y presentando el paquete como si hubiera presentado la llave de una ciudad, dijo solemnemente:

—¡Señor profesor, aún faltaba esto!—y porque no comprendía bien lo que era, añadió con toda seriedad:—¡Para la tos, señor profesor!.. ¡Día feliz!—Recuerdo que durante algunos, sonó más suave el latín y se suspendió la distribución de los pescozones. Pero, me río yo de los mazapanes!.. A la semana siguiente, el *qui, quae, quod* recobró toda la aspereza del antiguo imperio, comenzaron á granizar los recargos y los capones, y aun el mismo droguerillo tuvo que reconocer que no sirve la goma arábica para cambiar la marcha de las cosas humanas.





LOS CAZADORES

De la gramática latina me distrajo violentamente una pasión que llegó á tener influjo notable en mi vida, porque se difundió, catorce años después, en un libro, que fué el primer paso en el viaje que quizá acabe con estas páginas, la pasión por los soldados, ó por decirlo mejor, por los cazadores, que eran los que únicamente formaban la guarnición de la ciudad, pues si ésta hubiera sido en su lugar de infantería de línea, estoy seguro que aquella pasión no tomara tantos vuelos; porque contribuyó principalmente á su nacimiento, juntamente con el espíritu guerrero del tiempo y con mi naturaleza dispuesta al efecto, la belleza del uniforme, la esbeltez de los ejércitos y la prestancia personal de los «hijos de Alejandro La Marmora».

Fué una pasión cual no creo que haya sido más ardiente en ningún muchacho de

aquel tiempo, ni aun en aquellos que por su índole eran decididamente más inclinados que yo á la vida militar: un verdadero frenesí que no bastaron á refrenar ni las exhortaciones, ni las reprimendas, ni los perjuicios. Todos los días de vacaciones, y aun en los otros días, antes y después de las lecciones, me escapaba de casa á todas horas para correr tras de los penachos de plumas á la Plaza de Armas, al tiro, á la gimnasia, y por fin, también en las marchas por el campo, alejándome varias millas de la ciudad, sufriendo la lluvia y volviendo á veces á casa en un estado que daba lástima. Cuando oía tocar aquellas pícaras trompetas bajo las ventanas de mi casa, no habia fuerza humana que me contuviese; me habría descolgado hasta desde el tejado por una cuerda si me hubieran cerrado la puerta. Echaba á correr tal como me encontraba, dejando allí merienda y latín, sin sombrero y sin corbata, alguna vez en mangas de camisa, como un ladronzuelo perseguido. Pronto aprendí, y perfectamente, el manejo teórico de las armas, los toques de las cornetas, el horario, todos los particulares de la vida de cuartel y conocí á la mayor parte de los sargentos y de

los cabos de la guarnición; muchos de ellos me conocían ya y me saludaban, llamándome por mi nombre como á un perrillo conocido.

No era un simple *dilettanti* que se contentase con mirar; en los intervalos de descanso, en la Plaza de Armas y en el tiro al blanco, me metía por entre los grupos para oír las conversaciones y hacer algún recado á los soldados; iba por agua, ó á comprar uvas ó castañas, les alargaba los sombreros ó las mochilas, les ayudaba á quitar el polvo á los capotes, y me servía de gran consuelo el permiso que me daban para alisar con la mano el penacho de plumas ó para clavar los fusiles en el suelo por el pincho que entonces tenían en la culata. Pensando en aquel tiempo, no tengo más que cerrar los ojos y recoger mi pensamiento, y siento realmente, como si lo aspirase, el olor del cuero de los cinturones y de los boregues, y el de los cartuchos rotos y el del humo de los disparos, y hasta los vapores calientes de la sopa que subían de las cocinas del cuartel. Al verme con el traje lleno de polvo; y con la cabeza desnuda, muchos cazadores me tomaban por un pilluelo escapado del ta-

ller ó de la tienda, y cuando les decía quién era mi padre se reían de la broma, diciendo entre ellos que para mi edad tenía ya una gran desenvoltura para mentir.

Estaba yo tan enfatuado con el «arma», que no tomaba á mal las burlas; por más que de casi todos, especialmente de los soldados, no recibía sino demostraciones de simpatía, que me enternecían. ¡De cuántos de ellos recuerdo todavía el semblante, la voz, los acentos, el dialecto, y los incisos de la conversación, y hasta la manera de andar! Y recuerdo que en aquellas carreras que yo me daba al toque de corneta, y ante el espectáculo de los ejercicios de batallón, mi fantasía estaba en un continuo trabajo febril, poblada de visiones de campamentos y de batallas, y de aventuras guerreras de todo género, en las cuales ponía siempre en movimiento, y siempre vencedores y heroicos, á mis predilectos soldados. Fué tan viva aquella pasión, que hoy mismo, el campo que rodea la ciudad y las orillas de las dos corrientes de agua que la flanquean y todos los caminos que á ella van á parar, se me presentan á la imaginación jaspeados de negro y plata por los uniformes y las bayonetas de los cazadores.

También conocía de vista y de nombre á una gran parte de los oficiales, y tengo muy presente aún la figura juvenil de muchos de ellos, entonces subalternos, que alcanzaron después los grados más elevados, ó murieron en Crimea, en San Martino ó en Custoza, ó combatiendo contra los bandoleros. Recuerdo á un enorme ayudante mayor, de rostro fiero, á quien miraba yo siempre con una tímida curiosidad porque se decía que aplicaba el cinturón de hierro á su mujer, por castigo, y era verdad; al famoso teniente negro Amatore, al hijo de Sebastián Tecchio, entonces subteniente, aún imberbe, que parecía un chiquillo y hacía volverse á mirarlo muchas cabezas de mujer; al teniente Franchini, que cuando fué mayor, en 1861, detuvo é hizo fusilar al famoso Borges; al capitán Pallavicini, aquel que siendo coronel, aprisionó á Garibaldi en Aspromonte, y á quien yo vi una mañana, al ir á la escuela, que lo llevaban en carruaje al Hospital militar, gravemente herido en un duelo en el vientre. Luego me contaron los soldados al día siguiente que, en el momento de coserle la herida, había dicho sonriendo: «¡Ah, caramba! ¡No creí que llegara el caso de ver yo mismo el

color de mis tripas!»... y á muchos otros.

No se elevaron mis relaciones, sin embargo, hasta tales personas, ni soñaba siquiera en tanto honor; porque, un oficial de cazadores me parecía un numen. Mi afecto era todo entero para la *fuera baja*, como se decía entonces; y estaba tan lleno de poesía y de respeto, y era tan ingenuo, que en los días de fiesta, si al pasar por ciertas callejas donde no penetraban las mujeres honradas, veía á alguno de mis amigos empenachados en mala compañía, sentía una impresión penosa, una mezcla de azoramiento y de vergüenza, que luego me dejaba descontento, como si perdiera una ilusión querida.



EL CABO MARTINOTTI

Entre tantas simpatías encontré una amistad, que fué después uno de los más queridos recuerdos de mi niñez. Era un cabo de cornetas, natural de Mortara, si no me equivoco; un jovenzuelo de media estatura, robusto y esbelto, un verdadero tipo de cazador, de facciones firmes, serio, pero lleno de bondad y de maneras sencillas y amables, que se llamaba Martinotti. Me tomó cariño á fuerza de verme galopar con la lengua fuera, delante de la banda. Estrechamos relaciones en la plaza de armas. Luego comenzamos á pasear juntos en las horas en que él estaba libre, por las calles inmediatas á mi casa. Me trataba como á un hombre; esto me enorgullecía y elevaba mi sentimiento de gratitud. Me hablaba de su familia, del servicio y de los superiores, me contaba la crónica del cuartel, con muchos detalles y con gran serie-

dad, y yo le oía con recogimiento religioso. En casa yo no hablaba más que del cabo Martinotti, que mis hermanos llamaban «el general» para embromarme. Él quería que le llamase de tú, pero no me atreví á tanto. Hacerme ver por la calle á su lado, era un triunfo para mí; y, cuando me llevaba al café á beber una gaseosa, me encontraba en la gloria; no hubiera ido más ufano si me hubiera llevado el mismo Conde de Cavour. Me llamaba por el nombre abreviado, porque le parecía, y lo es, demasiado largo y de difícil pronunciaición; me llamaba *Mundo* ó *Mundin*. Un día me regaló un par de galones suyos, usados, de lana amarilla; me los llevé á casa como un tesoro, los cosí yo mismo en las mangas de mi chaqueta, y con aquellos galones hice por mucho tiempo mis trabajos de latín, que era un latín, de cabo, verdaderamente. Llegó á tal extremo mi adoración por él, que imitaba su manera de andar y su pronunciaición, y silbaba de la mañana á la noche las «marchas» que él hacía tocar con más frecuencia á sus cornetas. No recuerdo á punto fijo cuántos meses duró aquella felicidad. Sé que me parecía que no tendría fin, como si Martinotti hubiera de envejecer

siendo cabo en aquella ciudad, por el interés de mi corazón. Lejos de esto, concluyó bruscamente.

Una tarde, al anochecer, á la hora de retreta, encontrándome en las murallas, me dijo:

—Sabes, Mundo, que mañana por la tarde me voy con el batallón.—Y como yo no comprendiese bien, añadió:—Voy á Crimea.

Hacia algún tiempo que oía hablar de la guerra de Crimea; pero, no sé por qué, jamás me había pasado por la mente que pudiera ir también él. No supe qué decir. Él se sonrió de mi emoción, mirándome con aire compasivo; y creyó consolarme diciéndome:—Espero escapar de manos de los rusos. No pretenderán matarnos á todos. Y si salgo con vida, es fácil que vuelva aquí.

¡Ea, Mundo, ánimo!... Nos volveremos á ver. No pude contener las lágrimas. Él me miró un momento, serio, muy serio, y luego echó á correr, como si de improviso le hubiera llamado algún superior. Yo volví á casa con el corazón oprimido, y apenas entré, di á mi madre la gran noticia, interrumpida por sollozos:—¡El cabo Martinnotti... va á la guerra!

—¡Pobre muchacho!—exclamó ella, y luego, para consolarme, añadió que haría muy bien en ir á la estación á despedirle.

Al día siguiente por la tarde corrí á la estación: no había nadie. El batallón había salido por la mañana.

Y yo me quedé allí un rato, mirando con los ojos llenos de lágrimas, las vías relucientes sobre las cuales había huido mi amigo, siguiéndole con la fantasía hasta el remotísimo país, lleno de terror y de misterio, de donde pensaba que no volvería más.



LA GUERRA DE CRIMEA

y mis pobres amigos.

La guerra de Crimea es el primer acontecimiento público de que encuentro algún rastro en mi memoria; pero son huellas tan raras y esparcidas, que me sorprende, al considerar que tenía yo entonces casi nueve años, y que los grandes sucesos de que oía hablar todos los días, hubieran debido dejarme impresiones bastante más profundas y más vivas.

De todos los precedentes de la expedición, no recuerdo sino una sola frase:—Veremos á ver cómo se dispone Austria,—dicha en mi casa, á mi padre, por el Administrador de Correos, á quien estoy viendo sentado como estaba en aquel momento, en un rincón del comedor, puesta una pierna sobre otra y un brazo colgando del respaldo de la silla. De la salida de las

otras tropas, después que se fué el batallón de Martinotti, no recuerdo más que un episodio, que se compendia en la imagen de una joven campesina, que, desde lo alto de las murallas, sollozando, con la cabeza inclinada hacia delante y los brazos extendidos, en un arranque de desesperado dolor, gritaba á los últimos cazadores:— ¡Adiós!, ¡adiós!—mientras el tren, rápido, huía atravesando el puente lejano, viéndose ondear fuera de los vagones los penachos de los soldados.

Luego me represento á mi madre con la *Gaceta del Pueblo* en la mano, que interrumpe, sofocada por la emoción, la lectura del relato del incendio del *Cresus*, que pocos días antes había zarpado de Génova con tropas. De todo el tiempo que duró la guerra tengo sólo una idea nebulosa, y en medio de ella veo una docena de muchachos descamisados, amontonados en el fondo del corral de mi casa, cantando en coro una canción guerrera; la boca abierta y torcida de uno de ellos, que se llamaba Clemente, y que decía *Crimea* en lugar de Crimea; y retengo aún una estrofa de aquella canción, por donde se puede inducir que no había entonces en parte del pueblo bajo,

idea muy clara de nuestras alianzas, puesto que decía:

El cuartel de los ingleses
está situado en medio del mar;
Napoleón con sus cañones
en mil pedazos lo hará saltar.

Lo que recuerdo muy bien es que pensaba muchas veces en el cabo ausente, y que después de su marcha cesé de conversar con los pocos cazadores que habían quedado, como si él se hubiera llevado consigo toda la poesía de su Cuerpo y todos los entusiasmos de mi corazón.

Conservo muy fresco el recuerdo de mis compañeros de juego de aquellos días, con los cuales frecuentemente me mezclaba y charlo con el pensamiento, porque encuentro en ellos la primera causa de muchas ideas, tendencias y simpatías que he conservado toda mi vida.

Como estaba siempre abierto el gran patio de la casa, era éste el punto de cita y el campo de juego de toda la chiquillería de la vecindad; por lo cual, desde pequeño me encontré rodeado de niños de todas condiciones, en su mayor parte hijos de obreros y de vendedores; algunos de ellos

pobresimos, á quienes se les caía la ropa á pedazos é iban descalzos seis meses del año. Con éstos tuve durante mucho tiempo una familiaridad fraternal, cimentada por correrías comunes por el campo; por el cambio mutuo de golpes y de regalos, de desavenencias y reconciliaciones, y de mil partidos de pelota, y de cara ó cruz, y... por todo género de diabluras.

Alguien podrá decir que me dejaban demasiada libertad, y que aquella compañía tenía que resultarme indudablemente perniciosa. Pues bien; yo agradezco á mi padre y á mi madre que me hayan dejado las riendas sueltas; que me hayan permitido enfrascarme tan libremente entre aquella pobreza (de la cual, por lo demás, dadas las condiciones de la casa, no hubiera podido librarme sino mandándome fuera), porque desde entonces he comprendido muchas cosas de la vida y del espíritu de la gente pobre, que no puede comprender quien no esté de muchacho entre sus coetáneos de aquella clase social, y quien no haya observado en germen, por decirlo así, al pueblo bajo, del cual, siendo ya hombres, nos separan demasiados prejuicios y excesivas desconfianzas recíprocas. Por-

que aquella promiscuidad con los niños andrajosos fué la que hizo nacer en mí una simpatía afectuosa y compasiva por los pobres, que luego me inclinó hacia los humildes con verdadero sentimiento de amigo; porque fueron aquellas amistades las que no dejaron crecer en mi corazón ciertas vanidades y orgullos de «señorito» que, desenvolviéndose con el tiempo, cierran en muchos las puertas del alma á nobles sentimientos de humanidad y de justicia, que pugnan por entrar demasiado tarde. Y en cuanto á la infección moral, como ahora la llaman los educadores, tal idea me hace reir verdaderamente; porque en este respecto tengo recuerdos muy claros. Recuerdo que entre los muchachos de mi condición que conocía en las clases, y los pillastres que me hubieran debido infestar en el patio, no existía diferencia alguna, ni en materia de conocimientos, ni en materia de lenguaje, ni en nada que se refiriera á cosas prohibidas; que, antes bien, si había diferencia, consistía en esto: que los bien vestidos, á los cuales la holgura de medios daba mayor libertad de espíritu, y la buena nutrición más vivacidad de fantasía, trabajaban con ésta sobre los asuntos

prohibidos bastante más y con mejor voluntad que los pobres, distraídos con frecuencia por el apetito sin satisfacer, por los trabajos, por las disputas domésticas y por los golpes que recibían de sus padres, de sus madres y de sus hermanos.

*
*
*

¡Pobres muchachos! No he vuelto á saber nada de algunos de ellos desde que abandoné la ciudad; viven, sin embargo, y hablan aún en mi memoria después de cuarenta años, como si les hubiera abandonado ayer; veo, con sus semblantes, los trajes de todos, con aquellos remiendos y aquellos desgarrones, las piezas de las toscas camisas, los zapatones que habían usado ya sus hermanos, y las cabelleras enmarañadas, donde no entraba un peine, y las manos agrietadas por los sabañones; y casi percibo ahora mismo el olor que cada cual despedía, según el oficio que tenía el padre.

He conocido luego en la vida centenares de hombres de otras clases sociales, que se correspondían admirablemente en su indole con los diversos tipos que entre

aquéllos existían; pero bien puedo decir, que he encontrado muy pocas personas tan originales de carácter, que no me pareciera haberlas ya conocido en embrión en algunos de aquellos chiquillos «mal alimentados»; porque nosotros podremos cambiar cuanto queramos el tenor de vida y el círculo de amigos y de conocidos; pero, poco más poco menos, nos encontramos siempre en medio de la misma compañía dramática, con ciertos personajes y máscaras inevitables que la Naturaleza repite sin fin.

Recuerdo á Tonio, hijo de un carretero, que llevaba dos aretes de bronce en las orejas, espíritu satírico que embromaba á todos, pero de buen corazón y de buen sentido, precoz y dotado de mucha habilidad mecánica, que envidiaba y admiraba; con el cual sentía indecible placer, una verdadera alegría, cuando en los días de lluvia nos poníamos á cocer castañas en un puchero de barro, bajo un cobertizo que había en el fondo del jardín; donde fantaseaba que me había sorprendido el temporal en un bosque, teniendo que guarecerme en un antro, sin saber cuándo podría volver á casa.

Recuerdo á Nuccio, cara árabe, hijo de un pescador, invicto jugador de *castellina*, que no dejaba á nadie ni una nuez en el bolsillo, lengua de infierno, con la cual ninguno podía cuando lanzaba injurias, y que á veces se insolentaba atrocemente; capaz de sostener disputa un día entero por cuatro higos; á Tomasillo, hijo de un pollero, paliducho, con un hilo de voz, de alma tranquila, que lloraba por todo y con el cual todos se divertían atormentándole; á Santiaguillo, hijo de la lechera, chiquitín y gordo, un pobre diablo y algo tonto, pero que cuando le enojaban se ponía fiero como un torete, haciendo desaparecer á todos. Y el pobre Andrés, ¿qué fin habrá tenido? Un desgraciado expósito, criadillo de un panadero, á quien todos golpeaban en la panadería por diversión, verdadera cabeza de turco, y á pesar de esto, fresco siempre y lleno de alegría, como si las bofetadas y los puntapiés le hicieran el efecto de duchas higiénicas; insuperable en ganarse los cuartos al chito y en saltar las paredillas á pies juntos. Y ¿dónde habrá ido á parar el fraile?... hijo del traperero, á quien le habían puesto este apodo, porque, siendo niño, por un voto que hicieron sus padres

le vistieron de *fraile*; aquel *frailecito*, que tenía una hermosa cabezota de filósofo, plantada sobre las espaldas jibosas, y que llevaba y traía al patio todas las pequeñas de la vecindad, y que era el más astuto y más charlatán de la comparsa, y tan bufo, que nos desternillábamos de risa sólo con verle aparecer? ¿Y Gigetto, el zapatero remendón, gran robador de nidos de pájaros, mi Sancho Panza, que me acompañaba en todas las correrías aventureras por el campo, y que con toda regularidad sufría á la vuelta una cachetina de su madre, porque volvía siempre enseñando una nalga por las roturas del pantalón? ¿Y el pequeño Saboyano, aquel hermoso muchacho rubio, siempre serio, huérfano de un hostelero, á quien los chicos mayores atormentaban con ciertas alusiones misteriosas á una hermana suya, sobre las cuales pensaba yo luego largamente...? Recuerdo siempre una vez que vino ella á buscarle al patio, muy bien vestida, con el pelo corto y rizado y un cinturón de cuero; recuerdo que despedía un olor penetrante de violeta y que por mucho tiempo seguí viendo en la imaginación aquellos rizos, siempre que percibía algún olor fuerte.

Sin embargo, el personaje que más impreso me quedó fué un muchacho como de diez años que se llamaba Clemente, aquel que decía *Crinea*, hijo de una verdulera, un tipo de golfo completo, en el cual existía el germen del delincuente. Su recuerdo es el que, antes de que yo leyera ningún libro de César Lombroso, me persuadió de que existen delincuentes natos. Era un pequeño Don Quijote del delito. Su ideal supremo consistía en llegar á ser un famoso timador; y se gloriaba ya en aquel entonces de serlo, con tal impudencia que daban ganas de patearlo. Siempre llevaba en el bolsillo una navaja sin punta, para meternos miedo amenazándonos á cada paso con que nos iba á hacer algo. Se vanagloriaba de que la policía le tuviera en observación, de no tener miedo á la Guardia civil, y de haberse escapado más de una vez de sus manos, diciendo, que para detenerle á él, no bastaban dos hombres. Según nos refería, todas las noches andaba de un lado para otro, y cada una llevaba á cabo alguna proeza, á la cual hacía vagas alusiones, guiñando un ojo y sacando punta con dos dedos á los bigotes que le faltaban. Tuvo un día la desfachatez de

llevarme á una calieja y de enseñarme sobre el empedrado ciertas manchas, que él decía que eran de sangre, de un hombre, de un atrevido, al cual había él dado una lección; y otra vez, señalándome la puerta de una habitación del piso bajo del hospital civil, donde se exponían los cadáveres de los asesinados, murmuró á mi oído:—¿Sabes? ¡Ya he mandado yo ahí dentro unos cuantos!—Yo sospechaba que era una exageración de bravuconería; pero, no dudaba de que en el fondo había algo de cierto. Me inspiraba un gran terror, que yo traté de ocultar, y le mantenía propicio regalándole casi todos los días la fruta de que me privaba en la mesa, y... aun cosas que no me correspondían. Por esto se daba él aires de ser mi protector; y, para seguir adquiriendo otras cosas, me daba á entender que yo tenía enemigos, canallas, que trataban de hacerme daño, vanagloriándose de haber hecho abortar la trama, de haberlos sorprendido y puesto en fuga con su cuchillo, mientras recorrían en actitud siniestra los alrededores de mi casa. Y yo con este motivo hacía nuevos huecos en la despensa doméstica para recompensar sus fingidos servicios de amigo bandolero.

Éste, á pesar de todo, nada grave tenía hasta entonces sobre su conciencia; no era todavía más que un baratero. Había otro que ya había comenzado la carrera. Rara vez venía al patio, porque vivía lejos; no sabíamos de quién era hijo; quizá de nadie. Siempre estaba en movimiento; más noches pasaba al raso que bajo techado, si por acaso disponía de algún techo. Era un ladronzuelo de oficio, especialista para la fruta. Al pasar al lado de un puesto de frutas, en pleno día y en presencia de cualquiera, agarraba un melocotón ó un racimo de uvas, y salía huyendo con tal velocidad que no había piernas que pudieran alcanzarlo: era un ladrón alado. Tenía semblante repulsivo, y ¿cómo había de tenerle atractivo, ¡pobre muchacho!, habiendo crecido como una fiera en un bosque? No podía yo entonces sentir la lástima que siento hoy hacia él. Le temía bastante más que al otro, y por esto le acogía siempre con singular cortesía, cuando honraba mis posesiones con una visita. Un día, después de haberme ganado cinco céntimos al juego de los boches (siempre le dejaba ganar), enfiló la calle para irse y yo me quedé observándole desde el umbral de la puerta. En aquel mo-

mento pasó por delante de mí un Jefe de policía—un hombrón de dos metros de alto, con una espada que no se acababa nunca;—el cual, viendo al muchacho por las espaldas como á un tiro de pistola de distancia, exclamó:—¡Ah, al fin le he pescado!—y lanzándose á la carrera de puntillas, á pasos cortos y rapidísimos, le alcanzó y le amarró por un brazo. Él se puso á chillar como un desesperado, implorando piedad y misericordia; pero el Jefe le tuvo firme, y se lo llevó. Me quedé helado de miedo, con la conciencia de que yo era un cómplice que debía correr la misma suerte al poco tiempo; y entrando en casa pálido y tembloroso, todo el día lo pasé metido en la cuadra, husmeando de cuando en cuando por la ventana, con el miedo de ver aparecer de un momento á otro al Jefe de policía, en aire de decir:—¡Ahora, al otro! Desde aquel día no volví á ver á aquel muchacho.

Fuera de éste y del supuesto matachín, todos los demás eran en el fondo buenos muchachos, incapaces de una verdadera bribonada, algunos útiles ya y muy amantes de su familia; todos me querían á pesar de las frecuentes cachetinas, porque, más

por cariño que intencionalmente, yo no les hacía sentir en ningún modo la superioridad de mi condición. Lo cual no quitaba que alguna vez me las echara yo de mandón por impulso instintivo; si bien recuerdo que cuando me decían (y lo decían siempre en aquellos casos) que yo obraba así porque era un señorito, tales palabras me herían en el corazón, y me quedaba humillado y confuso, apresurándome á alcanzar el perdón con todo género de finezas y aun de adulaciones.





EN EL CAMPO DEL HONOR

MI pasión por los soldados halló un gran desahogo en aquella bandada de mocosos, entre los cuales podía yo hacer de general. Armábales con palos, los amaestraba en los ejercicios, y les sacaba fuera á la calle para hacer marchas militares, con trompetas de hojadelata y banderas de papel, hablando siempre entre nosotros de un enemigo imaginario, con el cual un día ú otro tendríamos que medir nuestras armas, y contra el que poco á poco se iban encendiendo en generosa ira guerrera: ¡tan fácil es hacer perder la cabeza á las multitudes con los fantasmas del honor y de la gloria, aun tratándose de un enemigo que no existe! Y ciertamente, yo vivía en constante expectación de un gran choque, sin saber de qué parte ni cómo se había de presentar la ocasión. Y la ocasión se presentó.

En otro barrio de la ciudad había otro minúsculo Bonaparte, que luego fué compañero mío en la Escuela militar de Módena, y ahora es coronel de cazadores, que adiestraba también en las armas á un pequeño ejército contra un enemigo creado por su fantasía. Conocer la existencia uno de otro, y ser enemigos, y considerar necesario el choque de los dos ejércitos, fué todo uno, á pesar de ser todos italianos y vecinos de la misma ciudad... y en un momento en que la patria común estaba empeñada en una guerra contra Rusia. Pero, pertenecíamos á dos distintas parroquias, y esto bastaba para abrir un abismo entre nosotros. Nosotros decíamos con desprecio:—Los de San Ambrosio!...— y éstos decían con desdén:—Los de Santa María!...—como ocurre entre los hombres y entre los pueblos, poco más ó menos.

Se procedió con todas las reglas de la diplomacia. Se hizo una formal declaración de guerra, por escrito, que fueron á entregar dos emisarios con zapatos rotos. Los dos ejércitos, compuestos de una veintena de individuos, salieron una mañana á hora convenida de sus campamentos, yendo uno contra otro por caminos designados ya de

antemano. Yo me había puesto una faja azul rayada de blanco, restos de una vieja cortina de ventana, y blandía una espada de madera forrada de papel de estaño que me había hecho mi hermano: me creía formidable. Pero, cuando vi aparecer en el fondo de la calle á la cabeza de los suyos, al general enemigo, reconocí con humillación que estaba bastante más fieramente armado que yo, porque llevaba un verdadero sombrero de cazador con gran barbuquejo, su mochila á la espalda y un simulacro de carabina entre las manos. A una señal dada por uno de los míos con un embudo, los dos ejércitos enemigos corrieron á encontrarse.

No sabría contar la marcha que llevó la batalla, que debió ser, como las batallas antiguas, una serie de encuentros individuales, los cuales no habrían dado la victoria á ninguno de los partidos si ésta no se decidiera por el duelo entre los capitanes. Mi adversario era valeroso, pero fué víctima de una ilusión; confundió mi sable de madera forrado de papel, con una verdadera hoja de acero; me creyó resuelto á derramar su sangre, y retrocedió á los primeros golpes, volvió las espaldas y echó á

correr hacia su parroquia. Pero era una fuga de Horacio delante de los Curiaños. Yo le seguí; corrimos un gran trecho por entre la gente que se había parado á mirarnos en actitud de decir:—¡Qué lastima de cachetes!—De pronto, el general que huía, ve en el suelo un ladrillo, lo coge precipitadamente al pasar, y me hace cara; tuerzo rápidamente la cabeza para evitar el golpe del proyectil, y me alcanza á dar en un costado. Vi las estrellas. Ciego de ira, me lancé adelante; el general Ambrosiano, más listo que yo, había desaparecido como un cohete. En suma: que el verdaderamente «golpeado» fui yo, y ¡de qué manera! Pero, con la desaparición del hondero, su ejército se desbandó y quedamos nosotros dueños del campo, vencedores!

Volví á casa doblado; cada movimiento que hacía me costaba un gemido; á mi madre le dije que había cogido un aire. Pero la inmensa alegría, el vivo deseo que nos proporcionó aquel triunfo hipotético fué una cosa que no cabe imaginar. Por todo aquel día y en los posteriores no se habló de otra cosa; todos contábamos episodios, todos habian hecho proezas de Orlando; tal y como los veteranos hacen en los banquetes.

Me había desaparecido ya el dolor del lado hacia tiempo, y todavía lo simulaba, andando encorvado para que durase la gloria de la herida. ¡Cuántas veces, pasados algunos años, en la Escuela militar, mi buen amigo y yo recordamos aquella famosa jornada y nuestra «singular pelea!»

¡Y quién sabe si ahora mismo no la recuerda alguna vez el bravo coronel, cuando vea trabajar en su cuartel á los albañiles al fijar su mirada en un montón de ladrillos!



PRIMERAS EMOCIONES...

Al llegar á este punto, encuentro el recuerdo de aquel primer sentimiento confuso y suavísimo, que puede llamarse el crepúsculo del amor, que la palabra no puede traducir más que malamente, como tampoco el pincel puede reproducir la primera claridad del alba. Una noche, volviendo de paseo con el portero, nos paramos en una plazoleta donde trabajaba una familia de pobres titiriteros, bailando en aquel momento en la cuerda, una muchachita de mi edad, con las faldas cortas y el balancín en las manos, de formas graciosas y de cara dulce y triste, acompañada por un organillo que tocaba un aire melancólico. En su rostro reflejábase la luz de un farol, y sus ojos estaban llenos de lágrimas; quizá la habían golpeado ó estaba en ayunas ó enferma, y la hacían bailar á la fuerza.

No sé explicarlo, pero recuerdo bien lo que senti: algo nuevo para mí, una viva simpatía, dulcísima, llena de ternura y de lástima, completamente distinta de todo lo que hasta entonces había sentido en presencia del otro sexo: una noble y al mismo tiempo grave emoción, que me perturbaba, dejándome pensativo toda la noche, como si se tratara de un misterio: y oprimido por aquella melancolía que nos causa la soledad del campo al ponerse el sol. No me turbaba, sin embargo, ni la sombra de un pensamiento sensual, por más que entre los compañeros de escuela y de juego hubiera cruzado por mis oídos mucha parte de lo cognoscible; al contrario, rechazaba con horror toda imagen impura que apareciera en mi fantasía.

Lo cual prueba para mí, que no es un mal tan incurable como se cree el conocimiento precoz (y por otra parte inevitable, por más que se haga) de ciertas cosas; porque el amor es más fuerte que aquél, y cuando surge, barre del alma, como una ráfaga de viento, todo pensamiento in-mundo.

Pronto desapareció aquella imagen; pero el puesto que había ocupado no per-

maneció vacío; en él entraron poco á poco las muchachitas más bellas y más conocidas de la ciudad, que tenían costumbre de bailar unas con otras en una plazoleta del paseo público cuando tocaba la banda municipal; y todos aquellos amores fueron de la misma naturaleza que el primero, afectuosos y puros, todos del corazón y de la fantasía, acompañados de vagas ambiciones de gloria, de imaginaciones poéticas de nupcias prematuras, de fugas misteriosas, de encuentros novelescos en los bosques y en los desiertos, de coloquios apasionados y tranquilos en el silencio de las noches estrelladas.

¡Qué error tan fútil es culpar á los muchachos, como si fuera un delito, ó ridiculizar estos primeros movimientos de la pasión, que son, por el contrario, la única fuerza íntima que puede preservarles de la corrupción! Yo recuerdo que todas aquellas niñas me aparecían como envueltas en una infinidad de velos, á través de los cuales jamás penetró mi pensamiento hasta el último; que las consideraba como criaturas sobrehumanas, que no tenían de niñas más que el aspecto; de modo que, me quedaba atónito, casi desencantado, cuando al pa-

sar á su lado, hablando con sus criados ó con sus hermanos pequeños, les oía decir alguna tontería como las que decían todos los muchachos de mi edad. Y habría sentido mortal vergüenza si ellas hubieran podido oír ciertas conversaciones que tenía- mos entre nosotros; y cualquier alusión vulgar que se hubiese hecho á la que por el momento estaba en candelero, me hubiera ofendido en el alma. Mas, de tales conversaciones, en cuanto de mí dependiera, siempre ellas quedaban fuera, como seres inaccesibles á la vulgaridad de esta tierra.

Nuestras imaginaciones y nuestras charlas licenciosas tenían por objeto personas de otra edad y de otra condición, en las cuales no se atendía ni á la belleza ni á la fealdad, y ni siquiera tenía nada que ver la simpatía; y aun mediaba una grandísima distancia entre la audacia imprudente y la verdadera capacidad moral de pecar.

Aunque mi sentimiento religioso fuera vago y estuviera sujeto á intermitencias, todo lo que se hablaba tan alegremente me parecía siempre un pecado enorme, de grandes y terribles consecuencias en la otra vida y en ésta; la primera de las cuales pensaba que fuese una inmediata y

profunda transformación moral, una entrada violenta y peligrosa de todo el sér en la virilidad, el descubrimiento instantáneo de muchos misterios solemnes de la vida, una saciedad imprevista de todos los juegos y de todos los placeres de la niñez, y la muerte de todo amor al estudio.

Tan cierto es, que habiéndose vanagloriado conmigo aquel tal Clemente de haber conocido el árbol del bien y del mal, y habiéndome contado que la noche de su primera culpa habíale acompañado hasta su casa una voz grave y continua que salía de debajo de tierra... yo me tragué la bola tal como me la dijo, y sentí por mucho tiempo una secreta sensación de terror!



LA VUELTA
de los cazadores de Crimea.

Entre tanto, había ya pasado el segundo año de Gramática; de él no recuerdo más que el despropósito enorme que cometí en la traducción del latín, en un examen mensual; el disparate más disforme, el *quid pro quo* más bufo y más escandaloso que jamás se haya cometido, creo, en las escuelas de Italia, desde que en ellas se enseña la lengua de Cicerón, y que se hizo con justicia célebre entre la escolaresca por todo aquel curso. Era... ¡más no, no lo digo, porque no me lo creerían, porque se llegaría á pensar seguramente que lo había inventado por dar animación á la materia y para vanagloriarme de haber superado en algo los límites de la humana imaginación; el recuerdo de un hecho tan vituperable debe bajar conmigo al sepulcro!

Fuera de la escuela, el recuerdo que con

mayor relieve conservo de aquel año, es la vuelta de los cazadores, de Crimea. Cuando llegó la noticia del primer desembarco de tropas en Génova, pensé en seguida en mi cabo Martinotti. ¿Había salido ileso de las balas y del cólera, ó era una de tantas victimas que nuestro pequeño ejército fué dejando en el doloroso camino desde el puerto de Balaclara á las trincheras de Sebastopol? Y si estaba vivo, ¿volvería á la pequeña ciudad donde le había conocido?

El día que corrió la voz: —Mañana llegan dos batallones,—me puse frenético de alegría y de impaciencia. Mi madre, sin embargo, prudente, creyó que me debía preparar para un desengaño. —Ten presente —me dijo— ¡que son tantos los que han muerto! Y además, ¿quién no te dice que haya tenido que quedarse en Génova, ó que tenga que permanecer en Turin? Esta advertencia me puso pensativo. A pesar de todo, á la mañana siguiente me desperté con la alegre certidumbre de volverlo á ver. Acudió á ver llegar á los soldados una multitud inmensa, de modo que tuve que quedarme bastante lejos de la estación, en la acera de una ancha calle que subía desde el ferrocarril á las murallas; pero allí, á

anudándose nuestra amistad más firme aún que antes.

Pero, cosa extraña: no recuerdo absolutamente nada de las muchas cosas de la guerra que él me debió contar aquel día y los siguientes, ni conservo en la memoria ninguna particularidad de nuestras relaciones después de su vuelta. La única cosa que no he olvidado después de aquel acontecimiento, es un gran banquete que dieron á todos los soldados en la plaza de armas, donde estaban dispuestas en fila muchas mesas, bajo un amplio pabellón lleno de banderas.

Pero aún de esto no conservo más que una imagen confusa, como de un espectáculo visto á escape y á través de un velo de vapores!...



EL FÚROR POR LA PINTURA

La guerra de Oriente tuvo una consecuencia triste para mi casa, porque inmediatamente fué causa de que me entrara la pasión por emborronar papel con colores, que por algún tiempo fué más bien un verdadero furor de maniático.

No creo inútil hacer una indicación sobre esto, porque se trata de una pequeña enfermedad por la cual pasan casi todos los muchachos. Me produjo este furioso ataque, un gran cuadro, todavía no concluido, que representaba la batalla de Cernaia, que mi padre me llevó á ver al estudio de un buen pintor lombardo (Borgocarati, un héroe de las cinco jornadas), que hacía años se había establecido en nuestra ciudad. Entre otros particulares, me impresionó tan vivamente el resplandor purpúreo de un escuadrón de caballería inglesa que galopaba

anudándose nuestra amistad más firme aún que antes.

Pero, cosa extraña: no recuerdo absolutamente nada de las muchas cosas de la guerra que él me debió contar aquel día y los siguientes, ni conservo en la memoria ninguna particularidad de nuestras relaciones después de su vuelta. La única cosa que no he olvidado después de aquel acontecimiento, es un gran banquete que dieron á todos los soldados en la plaza de armas, donde estaban dispuestas en fila muchas mesas, bajo un amplio pabellón lleno de banderas.

Pero aún de esto no conservo más que una imagen confusa, como de un espectáculo visto á escape y á través de un velo de vapores!...



EL FÚROR POR LA PINTURA

La guerra de Oriente tuvo una consecuencia triste para mi casa, porque inmediatamente fué causa de que me entrara la pasión por emborronar papel con colores, que por algún tiempo fué más bien un verdadero furor de maniático.

No creo inútil hacer una indicación sobre esto, porque se trata de una pequeña enfermedad por la cual pasan casi todos los muchachos. Me produjo este furioso ataque, un gran cuadro, todavía no concluido, que representaba la batalla de Cernaia, que mi padre me llevó á ver al estudio de un buen pintor lombardo (Borgocarati, un héroe de las cinco jornadas), que hacía años se había establecido en nuestra ciudad. Entre otros particulares, me impresionó tan vivamente el resplandor purpúreo de un escuadrón de caballería inglesa que galopaba

en la primera línea del lienzo, que si no grité:—¡También yo soy pintor!—como el artista famoso, senti al menos el estremecimiento de las facultades ocultas que expresaba aquella exclamación. Esta ilusión mía venía incubándose en mi espíritu desde los seis años; á esta edad hice un dibujo de una batalla, que á mi padre le pareció una maravilla, y que puso en un cuadro, como manifestación poco dudosa del genio. ¡Ah, los ojos del amor paterno!... Tanto mayor honor hacía á su corazón de padre aquel error, cuanto que, sin haber estudiado, era muy entendido en arte, y dibujaba, miniaba y modelaba con un gusto exquisito. Tengan mucha cautela los padres amorosos en profetizar Rafaeles en su propia casa, que, jamás será excesiva.

En realidad, tenía yo un vivísimo sentimiento de los colores, que me causaban intenso placer, semejante al que produce la música; y hasta tal punto me impresionaban, que me pasaba horas enteras contemplando una tela, un campo, una nube, fantaseando, como si estuviera delante de un cuadro que representara escenas humanas... Pero este sentimiento no se debía manifestar por medio de los pinceles.

Me sucedió á mi lo que sucede á muchos que nacen para la pintura, y que comienzan por manejar la pluma: equivocación de camino, que comete el que tiene prisa por entrar en el arte.

Mas esta duda no debía ni presentarse en mi mente. Consumi docenas de cajas de colores pintando resmas de papel, tanteando todos los géneros, desde el paisaje de confitería, al cuadro histórico de carteles de teatro de muñecos, pero más que todo, de pintura militar; á ella me incitaba, sin quererlo, mi padre, hablándome muy á menudo de Horacio Vernet, de quien era ardiente admirador. No se han combatido tantas batallas sobre la haz de la tierra en el siglo, cuantas yo pintarrajeé en seis meses con *mi* color carmesí. Hasta cuatro al día embadurnaba. Era una verdadera fábrica de carnicería, pintada. No se pueden imaginar los horrores que he hecho á la acuarela. Y como regalaba mis trabajos, como Máximo d'Azeglio, á todos mis amigos y conocidos, llegó un dia en que toda la ciudad estaba invadida, y se veían pegados á las paredes por las calles, en las tiendas de la vecindad y hasta en las puertas de las cuadras. El caso era más agrada-

vante porque tenía el valor de firmarlos, para que no me pudieran robar la gloria artistas sin conciencia. Cuántas veces mi pobre padre, viéndolos, habrá dicho para sí: — ¡Ah! ¡Cuánto daño ha traído aquel malhadado marco! — Porque la obra se multiplicaba sin mejorar; el soldado número diez mil salido de mi pincel, no tenía menos derecho á ser «reformado» por los médicos que el primero; no creaba más que pequeños monstruos, todos marcados con el mismo cuño de familia; todos los batallones, todos los escuadrones que lanzaba al asalto sobre el papel, gritaban en coro contra el pequeño asesino del arte. Y llegué á oír al fin aquel grito, y poco á poco fui abandonando el degüello.

Volviendo á pensar ahora en ello, no estoy, sin embargo, descontento de haber pasado por aquel periodo de criminalidad pictórica; porque aquella furia, de la cual salí hastiado y desilusionado, fué la que me quitó de meterme más tarde en otros ensayos inútiles; fué aquella erupción artística, que sufrí en la niñez, lo que me libró de alguna otra enfermedad en la adolescencia, que hubiera podido tener consecuencias más graves que el derroche de colores y el embardunamiento de las paredes de la ciudad.

EL REINADO DEL TERROR

Entré en el tercer año de Gramática, con un profesor terrible, que me hizo memorable aquel curso. Era un hombre rechoncho, con una gran cara barbilampiña y pálida como la de un padre Inquisidor, en la cual brillaban dos ojos claros y fríos, que parecían dos bolas de cristal. No pegaba; pero era peor que si pegase; porque se servía del latín como de una fusta metálica, con la cual nos hacía dar vueltas como los rufianes de Malebolge bajo las correas de los diablos. Nos agobiaba de trabajo, nos abrumaba con encargos, no nos dejaba mover los ojos, ni estirar las piernas; hacía que la escuela se asemejara á un oficio de difuntos. Tenía el furor de los cuadernos muy bien escritos: teníamos que llevar doce: para las frases italianas y las latinas, para las reglas de las dos gramáticas, para

las sentencias morales, para las analogías, para la mitología, y así sucesivamente: una verdadera administración literaria que no nos dejaba respirar. Jamás montaba en cólera, era tranquilamente despiadado. Y qué lenguaje tan feroz usaba también á sangre fría! Cada error de gramática:—Ah, vil malvado!—Pero usted deshonra á su familia!—Usted hace traición á su patria!—Concluirá usted por ir á galeras!—Este es un despropósito ignominioso!—Es ésta una sintaxis que merecía que le encerraran á usted en la cárcel!.. Después de dos meses de este régimen, todos estábamos convertidos en un rebaño de esclavos temblorosos. Los había mártires verdaderos del *nuevo método*, que se habían vuelto imbéciles á fuerza de verbos defectivos, y que palidecían al oír decir:—¡Conjugue usted!—, y no dormían del espanto que les producían las diez lecciones cotidianas que tenían que aprenderse de memoria. ¡Oh, aquel gran crucifijo colgado en la pared, encima de la cátedra, qué bien simbolizaba el estado de todos!

Aquel tirano de la Gramática enfermó un día, en el rigor del invierno: todos dimos un respiro gigantesco; pero sólo un respiro, porque nos inspiraba verdadero terror aun

desde el lecho. Fué á sustituirle un compañero suyo, profesor auxiliar, que el primer día se presentó con uniforme de guardia nacional y dejó apoyado su fusil en la pared al lado de la cátedra. Creyéndole de la pasta del otro, de quien era amigo íntimo, pensamos que venía armado para hacer fuego sobre los que dijeran despropósitos gramaticales. Al contrario, era un buen hombre, que nos restituyó á la vida *humana*.

Aquel paraíso no duró, sin embargo, más que ocho días, al cabo de los cuales volvió el tirano, más cruel que antes; y nosotros encorvamos otra vez la frente, con doble terror, bajo el yugo nefando.

Tres personajes extraordinarios de aquella manada terrorífica tengo aún estampados en la memoria. Uno era un tal Gatti, el único que no temía á Ezzelino, y á quien por esto admirábamos nosotros como á un alma heroica, que representaba frente á la tiranía nuestro espíritu secreto de rebelión. Él se vengaba por nosotros valientemente, no con contestaciones ó actos insolentes, sino con la ostentación constante de un desprecio glacial, con una invicta y tenaz voluntad de no estudiar; no había reproche ni amenaza que le hiciera

cambiar de aspecto *ni doblar la cerviz*. Él afrontaba los rayos, sosteniendo fija su mirada en los ojos del profesor, sin inmutarse, lo cual nos conmovía de entusiasmo. El profesor castigaba á los reos poniéndolos de rodillas en el suelo al lado de la cátedra, y aquel «magnánimo», se estaba arrodillado las mañanas enteras, con el cuerpo derecho y la frente alta, en una actitud soberbia de ángel rebelde á la Gramática, con la cual se agigantaba á nuestros ojos como una estatua de Miguel Angel. El tirano se pudría por dentro; mas él, jamás pidió perdón. Creo que en la escuela pasó más tiempo de hinojos que sentado, y que, si vive todavía, debe conservar los callos en las rodillas, como aquellos mahometanos fanáticos que han hecho el viaje á la Meca á gatas y con las manos por tierra. ¡Oh alma altiva y desdeñosa! Dondequiera que te encuentres, ojalá pueda llegar hasta ti este saludo tardío de admiración que te envía el antiguo compañero de esclavitud y de «arrodilladuras».

El otro era el más viejo de la clase, un muchachón robusto, con semblante precozmente grave, poco familiar con los compañeros. Habiendo venido de Saluzzo, creo,

estaba de pupilo en casa de una tía, de manga ancha, que no le tiraba de la rienda ni le tomaba cuenta de sus irregularidades. Todos le mirábamos con cierta admiración porque se decía que abusaba de su libertad apareciéndonos casi orlado de una gloria satánica, como un héroe de Byron; y porque, desconfiando de nosotros, no aludía más que veladamente y muy rara vez á sus escapadas. Nosotros dábamos á sus escasas palabras oscuras, cien interpretaciones fantásticas, bastante más atrevidas y profundas que su pensamiento. Parece sentir todavía la emoción que produjo la escena solemne que ocurrió una mañana, cuando el profesor, informado no sé por quién, de sus irregularidades, le llamó, en presencia de toda la clase, delante de la cátedra, y con la expresión y la voz de Presidente de Consejo de guerra, le dijo: — ¡Cosas nefandas he sabido de la conducta de usted, señor Fulano de Tal!

Y después de una fúnebre pausa: — ¡Usted anda por ahí de noche!

Y después de otra pausa más larga: — ¡Usted juega con la hez de la sociedad!

Y después de un silencio larguísimo, con voz sofocada: — ¡Usted bebe!

Y finalmente, como un cañonazo:—
¡Desgraciaaado!!!!...

Un estremecimiento corrió por todos los bancos; parecía que nadie respiraba; durante un minuto reinó un silencio mortal. Fué una escena verdaderamente trágica. El pequeño acusado, inmóvil y mudo, se nos apareció como la imagen que encarnaba todas las corruptelas y todos los delitos de la decadencia de Roma.

No podría repetir el discurso que luego nos endilgó el profesor; recuerdo sólo, que entró la justicia divina y la humana, y la infamia eterna, y la ergástula, y otras semejantes dulzuras, lanzadas con voz cavernosa, y haciendo girar los ojos de modo tal que daba calentura, y que, una vez terminada la lección, no por repugnancia hacia él, sino por terror hacia el tirano, todos abandonamos al desventurado pecador como á un maldecido de Dios.

El tercero era un tipo divertidísimo; sutil, una cara de viejo notario (hijo de una corsetera viuda), incansable, que tenía grandes pretensiones de latinista, y hacía los trabajos de composición como los mosaicos, á fuerza de frases que cogía de aquí y de allá con una paciencia de santo, y que

luego juntaba con los más groseros artificios, uniéndolas propiamente por la fuerza y con absoluto desprecio de la lógica y del sentido común, que para él no había para qué tenerlo en cuenta, con tal de que la lengua y el estilo, como él decía, fueran «oro de ley». Lo estoy viendo todavía delante de mi, un día que leía al profesor uno de sus periodos intrincadísimos, en el cual decía que había trabajado toda la noche.

El profesor le dijo: —Yo no entiendo una palabra.—Lo creo—respondió;—aquí hay frases peregrinas.

—Pero, ¿qué frases son ésas, que yo no las endiendo?

—Si es todo, todo un tejido de frases. Lo que he hecho es condensarlas. Se entiende muy bien. Ahora que, comprenderlo de buenas á primeras es imposible.—Y el tiroteo duró un rato, hasta que fué á sentarse descorazonado, haciendo un movimiento con la cabeza como diciendo:—Es tiempo perdido: el verdadero latín ya no se entiende!

De mis hechos, recaerdo una composición italiana de tema libre, que fué el primer parto literario mío de que yo conservo memoria: Describí *Una lucha entre el león y el tigre*: argumento en armonía con mi

naturaleza. Me acuerdo de que comenzaba con la frase: *Al teñirse de rosa el cielo*, y era todo él un ruido estridente de palabras terribles, elegidas entre las más ricas en erres y eses, una música infernal de rugidos y de quejidos, un furioso destrozo de carne y de reglas de sintaxis, que acababa en un lago de sangre... Esperaba un triunfo cuando me llamaron para leerlo: resultó un fiasco enorme; fué la única vez, creo, que se rieron á una el profesor y los escolares, y quizá también la sombra invisible del Padre Corticelli, que era nuestro gramático oficial. Y este fiasco que me rebajó entonces profundamente, es ahora para mí un querido recuerdo, porque fué el acontecimiento que produjo á mis compañeros de servidumbre y de terror ¡el único cuarto de hora de hilaridad colectiva que tuvieron en aquella escuela *dolorosa!*

Dolorosa para mí especialmente, porque no estaba todavía en edad de poder soportar aquellos esfuerzos, además del desorden intelectual y la ansiedad continua, que alguna vez me hacía despertar sobresaltado por la noche, y delirar como un alucinado, resintiéndose visiblemente mi salud. Apenas se dieron cuenta mis padres de ello,

decidieron de común acuerdo sacarme de la escuela y no volverme á mandar en todo aquel curso para que pudiera rehacerme de ánimo y de cuerpo. Antes que acabara el invierno, me hicieron esta gracia...

Y sali de trabajos forzados.





EL MAESTRO CURA

Para que no aflojara en el ocio, me hicieron repasar latín con un cura, una hora al día, en su casa, donde vivía con su madre y una tía, que eran las que siempre me abrían la puerta muy despacito, desapareciendo luego sin decir una palabra, como dos fantasmas. Era él un buen cura, rubio y fresco como una rosa, con dos ojos azules vivísimos; los cuales, podían hacer presagiar á los avisados que, más pronto ó más tarde, llegaría á colgar el alzacuello de una higuera; como así ocurrió, en efecto, pocos años después para ponerse un cuello *viviente*. Pero, ¡ay de mí! El joven maestro tenía tan poca gana de enseñarme latín como yo de aprenderlo.

El recuerdo de aquella experiencia me hizo más tarde adversario resuelto de la enseñanza individual (como no sea en el

caso que profesor y alumno sean dos milagros de buena voluntad), porque casi siempre á uno ó á otro le falta el estímulo; mientras que en la escuela colectiva, por el contrario, aun dejando á un lado la emulación, se avivan y aguzan las facultades intelectuales del muchacho, como las del hombre en el teatro, por efecto de la comunión que se establece entre las inteligencias, las cuales trabajan á la par iluminándose recíprocamente. Bajo el tirano Ezze-lino me consumía la fatiga; con él curita me moría de fastidio. Por unos cuantos días, los dos disimulábamos: él, el celo, y yo, la atención. Después, más que el deber, pudo el aburrimiento. Era una hipnotización recíproca... Á veces nos mirábamos uno á otro con los ojos muy abiertos y fijos, que poco á poco perdían el sentido de la realidad, como los ojos de quien cae en un desvanecimiento; luego abríamos la boca á la vez y nos echábamos en cara un bostezo descompasado, enorme, interminable, en el cual parecía que exhalábamos hasta los últimos *cujus*, todo el latín que teníamos en el cuerpo... y... no había mucho más en el suyo que en el mío.

Un día tuvo una salida que hizo correr

entre los dos un soplo de vida, infundiendo en mí una pasión nueva, que dejó huella profunda en mi memoria. Era entonces muy activa la propaganda eclesiástica «para rescatar la infancia china abandonada». *Ex abrupto*, el joven cura, me enteró del asunto; luego me preguntó si aceptaría el encargo de recoger entre los muchachos conocidos mis suscripciones de cinco céntimos mensuales, á fin de salvar de la muerte y de la perdición á millares de pobres niños del Celeste Imperio, que eran abandonados como trapos viejos ó vendidos como bestias; añadiendo, que yo asumiría el título que ambicionaban muchos de colector; que todos los colectores serian presentados al Obispo, y que cuatro de ellos, dos muchachos y dos muchachas, *elegidas entre las más graciosas*, tendrían el honor de hacer la cuestación en una función solemne, que se debía celebrar en una iglesia de la parroquia; para la cual había él compuesto los versos y la música de un himno que cantarían las mejores voces, entre las cuales podía estar la mía. Fue como acercar la brasa á un cohete. La idea de la salvación de los niños, la ambición del cargo, la patente de hermoso

y la imagen del Obispo me encendieron de pronto en un celo, no diré santo, porque iba mezclado con muchos sentimientos profanos, pero beneficioso para mí, porque me despertó el alma y la inteligencia, que se habían adormecido con el latín.

Y á propósito: ¿no sería una buena cosa, el dar á la educación intelectual, demasiado abstracta de la niñez, un sostén de alguna obra de utilidad pública que, teniendo un fin directo y efectos sensibles, estimulara otras facultades y otros afectos y enseñara con la doctrina, la vida? No me parece una idea despreciable.

Pero sigamos adelante.

El sentimiento religioso, que no se había extinguido en mí, sino que había sufrido, como todos los demás sentimientos, una compresión por la incubación escolástica, se reavivó en aquel período de aproximación á la Iglesia; reanudé las oraciones por la noche y por la mañana, fui á la bendición, volví á gustar de las ceremonias del culto, me entraron deseos de aprender á ayudar á misa, y por esto empecé á frecuentar una iglesia inmediata á mi casa, donde estreché amistad con otros pequeños topos de sacristía, y entré en la gracia

de algún cura viejo que me regalaba estampas.

Siempre que me recojo á pensar en aquellos días, veo velas que arden y lámparas que brillan, oigo las notas del órgano, me parece respirar en el aire olor de incienso, y experimento de nuevo, si así puede decirse, el sabor de un cierto estado de conciencia que no he vuelto á experimentar más, una dulzura tranquila del corazón y casi una pureza de ánimo que se desvanecen si insisto demasiado con el pensamiento: como aquellos motivos de música que suenan en nuestra fantasía, y que desaparecen en cuanto intentamos traducirlos en notas vocales. Fantaseé en aquellos días la idea de hacerme cura.

Mas, Dios mío, bien pronto surgió una nube pecaminosa en aquella serenidad seráfica. El curita de ojos azules reunió un día en su casa á todos los colectores y colectoras, una veintena aproximadamente, comprendiéndome yo, para enseñarnos el himno que se había de cantar en la iglesia; el cual recuerdo que comenzaba con este verso: *Allá en la inhospitalaria China*. Las colectoras eran casi todas señoritas de mi edad, algunas hermosísimas. Su presencia

me produjo una viva excitación. Cuando me encontré en medio de ellas, ya no pensé más ni en la China, ni en el Obispo, ni en la iglesia; ya no tuve ni alma ni sentido más que para ellas.

Había en la clase de latín un piano, en el cual un muchachillo de quince años, hijo de un organista, ensayaba la música del himno, en medio de la admiración de todos. Sentí celos de él y no pudiendo contenerme más, supliqué al pianista, con muy poca cortesía, que me dejara tocar á mi.

Parecerá increíble tal ignorancia en aquella edad, pero es un hecho, que yo creía que para tocar el piano bastaba saber el motivo que se quería tocar, y golpear con las manos el teclado, siguiéndole al oído, como cuando se silba una canción. Con esta estúpida idea insistí tanto, que el muchacho, creyendo que yo sabía música, me cedió el puesto por un momento. Imaginad cuál fué mi estupor y mi vergüenza. Una vergüenza tal que, aun ahora, después de las no pocas primaveras que han pasado, cuando me acuerdo de pronto del hermoso papel que hice entonces, para no sentir toda la amargura que sentí en aquella ocasión, es preciso que reflexione y me

eche en cara yo mismo mi orgullo, todavía palpitante cuando debería estar muerto y enterrado!

No fué aquella, sin embargo, la más triste figura que yo hice en aquel periodo «eclesiástico» de mi niñez, y voy á recordar también la peor, por el gusto de abofetear lo que me queda de vanidad. Llegó el día de la función solemne. La iglesia estaba llena de bote en bote. Á los dos colectores y á las dos colectoras que debían ir recogiendo los donativos con una bolsa elegante, se les había señalado un banco próximo al altar. Modestia aparte, eran dos guapos muchachos y dos hermosas niñas. De una de ellas no me acuerdo nada: la otra fué luego mujer de un Director del Banco Nacional, y mi colega llegó á ser un abogado célebre. Estábamos vestidos como principitos, peinados y enguantados: cuatro soles! Nos habían dicho las filas de bancos por donde debía pasar cada cual. Durante la función yo cometí el pecado de pensar demasiado intensamente en mi vecina, la futura banquera, que estaba vestida con un traje blanco, cuyas caricias sentía mi traje negro. El aviso del cura, que nos dijo: —Ahora,—me sobrecogió en aquel pensa-

miento. Sobrecogido, así de improviso, á una distancia tan grande de la idea de mi misión, me confundí, y apenas había pasado del primer banco, donde todos me dieron cinco céntimos, me equivoqué, y en lugar de seguir como debía, me metí entre los otros bancos, por delante de los cuales ya había pasado una de las muchachas, y donde no recogí ni un céntimo. Aquella serie inesperada de negativas, que me pareció efecto de antipatía personal, me hizo perder la brújula; ya no vi nada; no entendí las señas que me hacían para ponerme en buen camino; fui errando de banco en banco, á ciegas, torpe y atolondrado, con una cara de idiota que en vez de estimular la caridad provocaba la risa; y después de una peregrinación interminable, que fué mortal tortura, me volví al banco de los colectores, convertido para mí en banco de berlina, con siete piezas de cinco céntimos únicamente. ¡Ah! ¡Qué cosa son las impresiones de aquella edad! Va á morir el siglo que entonces estaba á mitad de su carrera, y aún no puedo oír pronunciar la palabra *colector* sin que una voz sarcástica murmure en mi oído:—¡Siete

piezas de cinco céntimos, señor colector!
¡Siete piezas, qué gran papel!

Pero en esos años nos reponemos fácilmente aun de las mayores caídas. La humillación que sufrí en la iglesia no quitó que fuera un día de fiesta para mí aquel en que nuestro cura nos llevó con todo el tropel de colegas de uno y otro sexo, á hacer una visita al Obispo. Era éste un viejo todo blanco, encorvado ya, de semblante grave y dulce. Estaban con él varios sacerdotes, entre los cuales reconocí al padre que en Cuaresma predicaba en la Catedral: un hombre guapo, moreno, con el cabello largo y anteojos de oro, con aire de pozo de ciencia, cuya presencia imprevista me turbó; porque, un domingo, pronunciando desde el púlpito una invectiva terrible contra ciertos pecadores, con voz tonante y gesto amenazador, se había fijado por casualidad en mí, que estaba delante del púlpito, con una mirada relampagueante que me dió escalofríos.

El Obispo fué preguntando á cada uno su nombre. Cuando me tocó á mí, el predicador dijo no sé qué broma sobre la latinidad de mi nombre con acento y sonrisa

benévola, y aquella broma, que me hizo el efecto de una absolución, disipó de mi alma todo terror. De las palabras del Obispo no recuerdo más que una frase cortés que dirigió á mi cura, sonriéndose: «Usted es la columna de la institución»; y recuerdo el gozo que brilló sobre el rostro del alabado, semejante al que sentían los granaderos de la Guardia al oír los encomios de Napoleón. ¡Eh, pobre columna, que debia plegarse al poco tiempo como un junco bajo una manita excomulgada! ¡Qué ideas tiene la fantasía! Desde la primera vez que leí *I promessi sposi*, me figuré al Cardenal Federico con el rostro de aquel viejo obispo, que si fuera dibujante podría reproducir fielmente, poniendo en el punto preciso el pequeño lunar que tenía al lado de la boca, por causa del cual me hicieron rabiarse mis hermanos, que decían, por tema, que era fingido.

De qué modo todo aquel fervor religioso se ha ido apagando, no sabría decirlo. Hay en este punto en mi memoria, como en otros varios, un vacío... Parece que aquel pequeño mundo clerical desapareció de mi vida como un meteoro... Recuerdo, además, que mi oficio de colector se iba haciendo de un mes para otro cada vez más

duro, porque cada día era más difícil arrancar á los suscritores pobres la moneda prometida, y que en cierta ocasión volví á casa llorando, porque la pollera, dándome de mala gana los cinco céntimos, después de estar rebuscando en el bolsillo media hora, me preguntó con la mirada severa:

— Pero... ¿este dinero, va de veras todo él al sitio donde debe ir?

Y renuncié desde aquel día el cargo.

No fui yo más afortunado con la China en verdad, que lo fué cuarenta años más tarde el Gobierno de mi país.



DELANTE DEL TRIBUNAL

Al inaugurarse las escuelas municipales en otoño, tuve que emprender de nuevo el tercer curso de Gramática bajo el mismo tirano; pero, al comenzar por segunda vez, con un año más y después de muchos meses de reposo, me resultó bastante menos agustioso que el año anterior. No obstante esto, me inspiraba siempre un gran terror Ezzelino. Y desgraciadamente, le ofrecí una memorable ocasión de ser terrible conmigo.

La ocasión fué, no diré mi primer amor, sino mi primer «enamoramiento»; porque no creo que se pueda amar á los once años. Uno de mis nuevos condiscípulos y amigo íntimo, que ahora es un alto empleado en Correos, se enamoró á su modo, que luego fué el mio, de una señorita de su edad, hija de un abogado, la cual iba y volvía

duro, porque cada día era más difícil arrancar á los suscritores pobres la moneda prometida, y que en cierta ocasión volví á casa llorando, porque la pollera, dándome de mala gana los cinco céntimos, después de estar rebuscando en el bolsillo media hora, me preguntó con la mirada severa:

— Pero... ¿este dinero, va de veras todo él al sitio donde debe ir?

Y renuncié desde aquel día el cargo.

No fui yo más afortunado con la China en verdad, que lo fué cuarenta años más tarde el Gobierno de mi país.



DELANTE DEL TRIBUNAL

Al inaugurarse las escuelas municipales en otoño, tuve que emprender de nuevo el tercer curso de Gramática bajo el mismo tirano; pero, al comenzar por segunda vez, con un año más y después de muchos meses de reposo, me resultó bastante menos agustioso que el año anterior. No obstante esto, me inspiraba siempre un gran terror Ezzelino. Y desgraciadamente, le ofrecí una memorable ocasión de ser terrible conmigo.

La ocasión fué, no diré mi primer amor, sino mi primer «enamoramiento»; porque no creo que se pueda amar á los once años. Uno de mis nuevos condiscípulos y amigo íntimo, que ahora es un alto empleado en Correos, se enamoró á su modo, que luego fué el mío, de una señorita de su edad, hija de un abogado, la cual iba y volvía

todos los días á no sé qué escuela privada con una amiga suya pequeña, hija de un notario, pasando por las calles por donde nosotros teníamos que pasar para ir á casa. Y yo me enamoré de la amiga. El doble incendio nació de la uniformidad de los dos horarios escolares. Íbamos todos los días á esperar la gentil pareja á una esquina, al salir de la escuela: atrevidos como dos Don Juanes, antes de verlas, atemorizados de pronto cuando se presentaban en el fondo de la calle, temblorosos como dos perros castigados, cuando estaban á dos pasos. Y toda la furia de nuestra pasión no iba más allá de alguna exclamación petrarquista que articulábamos con trabajo, precipitadamente, poniéndonos encarnados hasta las orejas, cuando pasaban ellas por delante con la cabeza y los ojos bajos, mirando sonrientes al empedrado. Después de todo lo cual, ambos echábamos á correr; el uno, aguijoneado por el terror al bastón del abogado, y el otro, por el miedo á la punta del pie del notario, para comentar más tarde juntos el suceso con charlas interminables, como una proeza de antiguos caballeros.

Este juego inocente duró un par de me-

ses, sin notables variaciones y sin tristes consecuencias.

Una mañana, en la escuela, mientras un compañero nuestro traducía en voz alta un dístico de las *Geórgicas*, entró el bedel con una carta para el profesor. La abrió éste, la leyó en silencio, arrugando el entrecejo, y luego me echó una prolongada mirada á mí, y otra á mi amigo, que se sentaba en un banco del lado opuesto. Aquellas dos miradas fueron para nosotros como dos relámpagos, reveladores de la tremenda verdad. Nos miramos: el uno leyó en la cara del otro el propio pensamiento: nos sentimos perdidos. Aún veo la cara pálida y espantada de mi cómplice, que debía ser el reflejo de la mía.

El profesor no interrumpió la lección; pero fué más feroz que si nos hubiera lanzado en el acto rayos y centellas delante de toda la clase. Comprendiendo él que nos habíamos enterado, nos atormentó despiadadamente por espacio de una hora con todo género de alusiones envenenadas, sacadas violentamente de la poesía virgiana; la última de las cuales: — *¡Hay otros que aman!* — á propósito de la frase: — *«Las vides aman el Sol»*, — pronunciada entre dientes

y acompañada de dos miradas de fuego, fué tan manifiesta, que muchos compañeros se volvieron á mirarnos, redoblando de esta suerte nuestro terror.

Llegó por fin el momento fatal.—Fulano y Fulano que no se vayan—dijo el profesor, cuando entró el bedel á dar *la hora*.

Desocupada la clase, nos acercamos á la cátedra como dos condenados á la horca.

El profesor nos leyó la carta muy despacio, metiéndonos cada palabra en el corazón. No estaba firmada. Era una denuncia anónima de nuestros amores; la cual contenía una calumnia, porque hablaba de «regalos hechos y recibidos», cuando nosotros podíamos jurar por nuestro deshabitado bolsillo, que nuestro amor no nos costaba ni un céntimo; y terminaba exhortando al profesor para que nos hiciera desistir, si no queríamos «pagar amargamente la pena de nuestra audacia».

Pensamos por el pronto que la habría escrito uno de los dos padres; lo cual no era verosímil por la razón de que se acusaba á las muchachas de habernos hecho regalos. Sólo mucho tiempo después, sospechamos de un alumno de filosofía, amigo nuestro y bromista incansable. La cosa, sin

embargo, se quedó para siempre en el misterio.

El hecho es, que aquella obscura amenaza: «pagar amargamente la pena», que dejaba explayar la imaginación entre un puntapié y un pistoletazo, nos dejó consternados.

La amonestación del tirano fué, sin embargo, bastante más trágica. Si hubiéramos raptado y llevado á Suiza á aquellas dos inocentes señoritas, no nos hubiera podido decir más. Nos trató como á dos corrompidos libertinos, espanto de las familias y deshonra de la ciudad; nos habló de tribunales; nos habló también, como de costumbre, de la justicia eterna, citando el canto quinto del *Infierno*, con el viento impetuoso que en su favor, arrastra á los pecadores carnales; nos dijo tanto, en fin, con tal fruncimiento austero y tal entonación, que acabamos los dos por romper á llorar; mi amigo también, que se alababa de ser un hombre fuerte, y tenía para replicar, recuerdo, dos versos de Dante puestos en uno que venían á decir:

«mantente tieso, y deja que la gente diga.»

Así murió asesinado nuestro amor. Pero no con la enmienda de los pecadores; precisamente, porque Ezzelino, según uso suyo y de otros muchos, se empeñó en convertir en delito una niñería, en la cual no había nada de innoble. Si él nos hubiera dado una buena reprimenda, pero contentándose con demostrarnos la grave incorrección de ir á esperar á dos niñas honestas y solas por las esquinas de las calles, como dos pilluelos vagabundos, nos habríamos persuadido y enmendado. Tratados de aquella manera, al contrario, en cuanto pasó el primer miedo, nos envanecimos casi de haber tenido la temeridad de «pisotear de ese modo todas las leyes divinas y humanas», y luego, cuando con ánimo tranquilo medimos con justicia la pequeña falta y la enorme reprensión, nos pareció ésta una bufonada, y el reprobador un inepto y un tonto.

Esto, sin embargo, desde aquel día en adelante, tomamos otro camino para volver á casa, y para consolarnos del amor perdido... nos entregamos con furor á jugar á la pelota.



POR MAL CAMINO

Ocurrió en aquellos días que, estando una tarde en el jardín, pasé un cuarto de hora terrible, cuyos funestos efectos he sentido luego por toda la vida. Casi de pronto, me empezaron á dar vueltas los árboles y las paredes, vaciló la tierra bajo mis pies, se velaron mis ojos, se oscureció mi mente, y sobrecogido por una sensación de cansancio infinito, no pudiendo sostenerme en pie, me tiré en el suelo esperando la muerte. Levantándome luego con un gran esfuerzo, tambaleándome como un herido, me arrastré hasta casa, donde me eché en la cama y confesé la verdad á mi madre, que espantada me roció con agua la frente y me hizo respirar vinagre, exclamando:—¡Ah, bendito muchacho! ¡También tú! ¡Y tan pronto!... ¡Ah, no vuelvas á hacerlo, por amor del cielo!

Así murió asesinado nuestro amor. Pero no con la enmienda de los pecadores; precisamente, porque Ezzelino, según uso suyo y de otros muchos, se empeñó en convertir en delito una niñería, en la cual no había nada de innoble. Si él nos hubiera dado una buena reprimenda, pero contentándose con demostrarnos la grave incorrección de ir á esperar á dos niñas honestas y solas por las esquinas de las calles, como dos pilluelos vagabundos, nos habríamos persuadido y enmendado. Tratados de aquella manera, al contrario, en cuanto pasó el primer miedo, nos envanecimos casi de haber tenido la temeridad de «pisotear de ese modo todas las leyes divinas y humanas», y luego, cuando con ánimo tranquilo medimos con justicia la pequeña falta y la enorme reprobación, nos pareció ésta una bufonada, y el reprobador un inepto y un tonto.

Esto, sin embargo, desde aquel día en adelante, tomamos otro camino para volver á casa, y para consolarnos del amor perdido... nos entregamos con furor á jugar á la pelota.



POR MAL CAMINO

Ocurrió en aquellos días que, estando una tarde en el jardín, pasé un cuarto de hora terrible, cuyos funestos efectos he sentido luego por toda la vida. Casi de pronto, me empezaron á dar vueltas los árboles y las paredes, vaciló la tierra bajo mis pies, se velaron mis ojos, se oscureció mi mente, y sobrecogido por una sensación de cansancio infinito, no pudiendo sostenerme en pie, me tiré en el suelo esperando la muerte. Levantándome luego con un gran esfuerzo, tambaleándome como un herido, me arrastré hasta casa, donde me eché en la cama y confesé la verdad á mi madre, que espantada me roció con agua la frente y me hizo respirar vinagre, exclamando:—¡Ah, bendito muchacho! ¡También tú! ¡Y tan pronto!... ¡Ah, no vuelvas á hacerlo, por amor del cielo!

Y sin embargo, volvi, por mi desgracia.

Ah, si aquel día, en el momento en que me preparaba á hacer la primera prueba, hubiese podido prever á qué esclavitud tan innoble me iba á entregar, á qué señor tan tiránico, brutal y estúpido me iba á someter para siempre; si hubiera podido prever de qué enorme pérdida de fuerzas físicas é intelectuales, de cuántas perturbaciones malignas de la salud, de cuántas horas de inquieto y triste agotamiento, y de cuántas noches de insomnio atormentador ó agitadas por sueños espantables había de ser causa el malhadado hábito que iba á contraer; si hubiera previsto que había de llegar un día en que estuviera certísimo, como lo estoy ahora, de que infinitas desigualdades y flaquezas de mi estilo, pobrezas y confusiones del tejido sutil de las ideas, y faltas inexplicables de penetración crítica, de flexibilidad del pensamiento, y de la facultad de abarcar con la mente vastos horizontes, no habían de ser sino efectos de aquel vicio; si hubiera leído en el porvenir, cuántas veces había de huir villanamente de las nobles compañías ó renunciar á espectáculos de arte deseados ó á entretenimientos intelectua-

les fecundos, no por otra cosa más que por satisfacer la vulgar necesidad que estaba á punto de imponer irremediamente á mi garganta y á mi cerebro, condenándome por toda la vida á respirar un aire impuro, y á leer libros, y á vestir ropas, y á enviar por el mundo papeles impregnados con el olor de mi hábito; si hubiera podido presentir, por fin, cuántas recias luchas, desde la juventud á la edad madura, tendría que sostener para librarme de aquel vicio, destinadas á concluir todas ellas, al cabo de días y de meses de penosos esfuerzos, con una vil entrega al enemigo, sin dejarme otro consuelo que el de ver inmunes del humor infecto á mis hijos; y aun este mismo consuelo, amargado también por el remordimiento de inficionarles la casa y por la vergüenza de estampar sobre sus mejillas besos envenenados; ¡ah, si hubiera presagiado entonces todo esto, con qué repugnancia habría arrojado aquel desdichado CIGARRO que iba á meter entre los dientes y que al cabo de cuarenta años me quemara aún la boca y la conciencia!

*
*
*

Ya antes de lo del cigarro, marchaba yo hacia algún tiempo por terreno resbaladizo. Iba tomando precisamente, las mañas de una mala persona. ¿Cómo había ocurrido? Gérmenes malos, recogidos aquí y allá, amontonándose poco á poco y entrando en fermento, comenzaban á brotar; de aquellos gérmenes que están como en el aire, y que todos los muchachos absorben, á no ser que se les ponga en aceite como las sardinas. Arranques de rebelión, mentiras, sequedad de alma, vulgaridad de lenguaje, predilección por los compañeros menos escrupulosos, y propósitos más que nada, de picardías; pero alguna pequeña bribonada de esas, que, cometida en casa, hubiera merecido alguna semana de prisión correccional, fueron las primeras manifestaciones de la maligna serpiente que se me había entrado en el cuerpo. Quizá también porque aquel año había crecido extraordinariamente, casi podría decir maravillosamente, prevalecía sobre las virtudes del espíritu, la animalidad inquieta.

Mas, el mal no era ciertamente profundo; porque, aun en los días peores, si bien respondía con dureza y arrogancia hasta á mi madre, sin embargo, sus rega-

ños me llegaban al alma; y más que los regaños suyos, me turbaba el aire de mi padre, que había cambiado conmigo: su aspecto severo y frío, el propósito manifiesto que ponía en práctica de no dirigirme la palabra y de no encontrar mi mirada, me hacían sufrir tan á lo vivo, que muchas veces comía á escape y me levantaba de la mesa lo más pronto posible, con el corazón oprimido. No me impusieron ningún castigo, y me parece que fué mejor.

Creo que todos los muchachos pasan por crisis semejantes, que son para el ánimo lo que la tos ferina y las lombrices para el cuerpo, y que los padres no deben espantarse de ello, ni recurrir á los grandes medios de corrección, dejando, al contrario, que el mal, una vez que desahogue, se vaya por si mismo; que es lo que ocurre siempre, cuando la índole del muchacho no es rematadamente mala; en cuyo caso, los castigos valen poco ó no valen nada. Lo que mantuvo vivo y ardiente en mí, por toda la vida, el remordimiento de haber amargado la existencia á mi padre y á mi madre en aquel período, fué precisamente el hecho de no haber sido castigado por ellos como merecía. Poco á poco el estado violento de

conciencia que me dominaba, se me hizo insoportable. Estaba ya preparado para una completa enmienda: no faltaba sino la ocasión, y el azar me la proporcionó.

Mi madre se puso muy mala una noche, se mandó llamar al médico, y fué un completo sobresalto para todos; yo la oí gritar desde mi cuarto con acento de dolor desesperado: — ¡Ah, Dios mío! ¡Morir! ¡Dejar á ese hijo todavía tan pequeño!— Aquel grito me desató el corazón, rompí en llanto, me arrodillé en la cama, dije la oración que hacia tiempo no había vuelto á rezar, suplicando á Dios que no me arrebatara á mi madre, y cuando ella estuvo fuera de peligro, yo también había salido de mi enfermedad.

* *

Habían comenzado las vacaciones. Me invadió por entonces, como ha ocurrido antes y después á todos los muchachos, el furor de las lecturas novelescas, si puede llamarse «leer», á devorar una tras otra docenas de novelas, de la mañana á la noche, sin una hora de respiro, hasta tener la inteligencia y la vista ofuscadas, y hasta

pasar varios días seguidos, como á mi me ocurría, sin ver ni los Alpes ni el cielo, siempre con los puños sobre el libro, con la barba sobre los puños y con los ojos sobre el papel.

Cayeron primero en mis manos las novelas de Dumas padre, y la primera entre ellas fué *El Conde de Montecristo*, siempre mi preferida, no sólo porque me pareció, y me parece aún, la más maravillosa por la fábula y la más atractiva por el arte de la narración, sino también por el hecho de que mi madre me había puesto deliberadamente el nombre de pila del protagonista, por haber leído con gran gusto aquella novela mientras esperaba que yo viniera al mundo. Siguiéron á aquella, otras, no sé cuántas, que luego se me confundieron todas en la mente en una sola novela enorme, de millares de personajes y de aventureros de todos tiempos y países.

Esta furia se detuvo sin embargo de pronto, afortunadamente, por efecto de la lectura de un libro que luego había de tener un influjo extraordinario sobre mi pensamiento y sobre mi corazón. Hasta entonces no había leído de *I promessi sposi* más que pocas páginas esparcidas por las anto-

logías escolares. No recuerdo que ningún profesor de las primeras clases nos aconsejase con insistencia su lectura. Un día puse mis manos en la novela, una edición de Vicente Batalli de Florencia, de 1827, en tres volúmenes, que conservo todavía. Comencé á leer. El efecto fué maravilloso. Me sentí como agarrado por mil garfios y atado por mil lazos sutilísimos, que me envolvieron y me apretaron, penetrándome hasta lo más profundo del alma. Fué un deleite continuo y vivísimo, sin interrupción, ni casi amenguado por las digresiones históricas y por las descripciones menudas, que suelen fastidiar á los muchachos, agitado frecuentemente por emociones violentas que me arrancaban lágrimas; acompañado desde el principio hasta el fin por una conformidad plena y dulcísima con todos los sentimientos y todas las ideas. No distinguía uno de otro, lo recuerdo bien, pero sentía confundidos todos juntos los efectos de aquel arte profundo y sencillo, de la armonía de las facultades, de la sabia medida, de la lógica finísima, de la transparencia cristalina del estilo, de aquella música grave y delicada y casi secreta, que parece proceder más del pensamiento que de

la palabra, y que suena en el alma sin que el oído la sienta.

No podía ser completa mi admiración; pero la simpatía fué tal, que no podía aumentar. Desde la primera lectura presentí que volvería á leer el libro cien veces, aun siendo ya hombre. Una cantidad de imágenes, de sentencias y de frases se me impusieron en seguida y para siempre en la memoria. En mi alma quedó una serenidad, una paz, una tranquila armonía que antes me era desconocida, y que vino á dar tono por mucho tiempo á todo mi sér. Me pareció que en mi vida entraba un amigo, un maestro esperado hacía mucho tiempo, y el corazón me decía que jamás volvería á salir. Puedo decir que la lectura de aquel libro señaló para mí el paso de la niñez á la adolescencia.

* * *

Recorriendo con el pensamiento aquellos primeros años, me veo siempre arrasrado, por lo que respecta á la educación de los hijos, á las mismas conclusiones, nada nuevas ciertamente, pero, á mi juicio, nunca bastante grabadas en el pensa-

miento. Estoy persuadido de que existe menos peligro en dejar á los muchachos una cierta libertad y aun una amplia libertad, que en tenerles encadenados; porque, llegué á reconocer que los encadenados, que son como almas comprimidas, no sólo no resultan mejores, sino peores que los libres, aun cuando no sea por otra cosa que por el arte más fino del disimulo, que suele luego ser causa para los padres de grandes desengaños.

Estoy persuadido de que es trabajo completamente baldío, aquel excesivo cuidado que muchos emplean en mantenerlos en la ignorancia de ciertas cosas, de las cuales ellos adquieren de todos modos y por mil caminos imposibles de cerrar, un conocimiento anticipado; y que siendo esto así, es perniciosísimo y estúpido tener en presencia de ellos ciertas conversaciones, como hacen casi todos, con palabras misteriosas, en la confianza de que no las entienden; porque, ó las entienden, ó comprenden, ya que no otra cosa, que sus padres tienen conversaciones que no deberían, y de las cuales no saben abstenerse porque encuentran placer en ellas; por lo cual, decaen en su estimación, haciendo

después de todo una figura ridícula ante los mismos.

Estoy persuadido de que no hay nada más dañoso á la inteligencia y á la fibra de los muchachos que el obligarles, con objeto de que adelanten mucho, á que hagan estudios prematuros, porque aun cuando al principio puedan sostenerse, más tarde infaliblemente tienen que pagar el esfuerzo, saliendo de él con sus facultades enflaquecidas y embotadas, penetrados de una sorda aversión por la escuela, y sin que la necesidad de leer y estudiar por sí, por curiosidad y por placer, les excite.

Estoy persuadido de que el espectáculo más nocivo á su educación, el más funesto para su corazón y su carácter es el de la discordia, el de los choques, aun los más ligeros, entre el padre y la madre, por los cuales la autoridad de los dos se deshace, dañando en el muchacho el concepto de la santidad de la familia, y dejándole recuerdos imborrables que ofuscan más tarde en su alma sus imágenes, y son en él raíces inextirpables de escepticismo.

No tengo duda que es una sacrosanta verdad la sentencia de Capponi, que las cosas oídas, no las enseñadas, forman el

alma de los niños, ó sea todo lo que de bueno y noble oyen, lo que se dice en su presencia espontáneamente, sin pensar en ellos, por impulso instintivo de la conciencia; y que precisamente por esto, las reprobaciones, los consejos, las predicaciones y aun los castigos, todo son palabras y rigor desperdiciado, si ellos no ven que en sus padres corresponden perfectamente á los preceptos, el carácter, la vida, el espíritu de las conversaciones impromptas y habituales. He visto á mi madre atenta siempre por completo á los cuidados de la familia, libre de toda vanidad femenina, aborreciendo las pequeñeces, compadeciendo toda desventura ajena, caritativa con los pobres, fácil al perdón con todos; he visto á mi padre trabajando de la mañana á la noche con un celo de empleado ejemplar, ocupándose en todos los huecos libres, de sus hijos, estudiando, cuanto le era posible, y toda la vida, para cultivar su propio espíritu. Por intuición he comprendido desde niño que mi madre era una señora buena y honrada y que mi padre era un hombre recto y generoso; éstas han sido las enseñanzas más eficaces que yo he adquirido de ellos. Fué el ejemplo que me dieron

lo que me mantuvo en el buen camino, siempre que estuve en peligro de salir de él; fué el recuerdo de sus obras lo que me hizo arrepentirme siempre y corregirme de cualquier hecho insensato é innoble. Todo lo demás, en el campo de la educación es charla huera y vejación inútil. No sirve fingir con los hijos, y hacer dos partes, una para ellos y otra según el gusto propio; es, al contrario, menos malo dejarse ver tal como se es, con nuestros defectos y con nuestras debilidades; que, ya que no otra cosa, mostrándose de esa suerte, somos estimados por sinceros. Sólo hay un modo de educar: vivir dignamente.

Es difícil, cierto, pero no hay otro.



ALUMNO DE HUMANIDADES

Me pareció que había dado un gran salto hacia arriba en la jerarquía escolar, cuando en lugar de alumno de Gramática pude decir:—Soy alumno de Humanidades,— aun cuando no comprendiese nada del significado en que se usaba aquella palabra; más bien, precisamente, porque no lo comprendía: cosa frecuente, aun entre los mayores.

Había entrado aquel año en las escuelas una hornada de profesores nuevos, la mayor parte jóvenes y animosos; tres de ellos en mi curso, que correspondía al cuarto año del Gimnasio actual. Sólo el profesor de literatura italiana y latina no era ni joven ni de valer, si bien no carecía ni de cultura ni de buena voluntad; era uno de los muchos profesores á quienes falta el arte especialísimo de la enseñanza, que rara vez se encuentra perfecto, aun entre

los hombres de gran levadura, como las voces de tenor; tanto que yo dudo que Dante hubiera sido un buen profesor de Liceo (Instituto). Á éste, además, no sólo le faltaba la inspiración, sino también en absoluto el calor de humanidad; una tenca fría le hubieran llamado en Toscana. En este respecto era un verdadero original, y por esto hago su boceto.

Él enseñaba la literatura como habría enseñado la contabilidad; ninguna cuestión de arte ó de historia literaria, ninguna belleza poética le hacía salir ni por un momento de su beatífica quietud, ni alteraba la grave monotonía de su voz, que se asemejaba al rumor de una máquina de coser, ni la placidez inmóvil de su buena cara de padre guardián. Y de esta manera obtenía efectos maravillosos. Parecía como si con su voz se extendiese en la clase una exhalación continua de cloroformo, que adormecía los espíritus más vivos, domaba poco á poco los temperamentos más inquietos y obtenía una disciplina de convento. En los años sucesivos conocí otros varios profesores de la misma índole; pero ninguno como él dotado de un poder soporífero tan grande. Estaba contento con nosotros, decía que

éramos unos discípulos tranquilos. Ya lo creo: él mataba todo espíritu de rebelión como por arte mágico. Pero dejó á cada cual que imagine qué buen pro obtendrían la literatura italiana y la latina servidas con semejante salsa de adormideras.

Había sin embargo, quien nos despavilase: el profesor de Aritmética, un hombrecillo que parecía un manojo de nervios, con hermosa cabellera rizada, elegantísimo, lleno de ingenio y de azogue, que llegó á alcanzar renombre en las matemáticas. Enseñaba admirablemente; pero era impaciente como un potrillo y rabioso como un gallo andaluz. Inclinado á pegar, por su naturaleza violenta, se contenía por prudencia y también por buena educación, y así había encontrado para desahogarse, algo intermedio entre el golpe, que estaba prohibido, y los fuertes epítetos, que no le bastaban: el pellizco. Mas no el pellizco sencillo, que hubiera sido una caricia, sino uná especie de pellizco rotatorio.

Cuando el alumno que salía á la pizarra no comprendía sus explicaciones, se levantaba, le cogía el brazo por debajo del hombro con el índice y el pulgar, y apretaba y retorcia al mismo tiempo hasta que el

alumno comprendía. En esta práctica, que venía ejercitando hacia algunos años, sus dedos habían adquirido una fuerza de tenazas. Era idea suya la de que las matemáticas se debían inocular de aquella manera, como la vacuna. Á los dos meses de clase casi todos estábamos señalados; tanto que al llegar los primeros calores, cuando íbamos á bañarnos al río, sus alumnos se reconocían entre todos los de las otras clases, en la marca, como los caballos de las piaras argentinas; y entre ellos se podían distinguir en la mayor ó menor extensión é intensidad de color de los cardenales, el diverso grado de disposición que tenían para la ciencia. Y no obstante esto, todos le querían, porque de su enseñanza todos sacaban partido. Él nos hacía ver las estrellas, y á la vez comprender la Aritmética; y era justo, porque pellizcaba con igual energía á los señoritos que á los pobres infelices. Por nada del mundo hubiéramos querido cambiar por un profesor de mano más suave, pero de método didáctico menos eficaz: tan grato es á la juventud estudiosa el que le facilita el estudio, aunque le torture las carnes.

Otro profesor notabilísimo, casi per-

fecto, era el de Historia, el cual probaba admirablemente con los hechos, cómo el mejor medio de tener disciplina es la firmeza de carácter y la dignidad de maneras. Él tenía todos los días el mismo semblante y el mismo humor, como un hombre en quien no pudiera nada la pasión; no pellizcaba, no gritaba, casi ni reprendía siquiera. Y, sin embargo, creo que si hubiera dado clase el mismo rey de Italia, no habría obtenido un silencio más grande y un mayor respeto. En cuanto él entraba en la clase, ya no respiraba nadie; una mirada severa bastaba para meter en cintura á los más audaces; no le oímos en todo el curso decir una palabra más alta que otra. Y sus lecciones eran agradables, si bien ligeramente coloreadas de retórica y dichas con entonación un tantico «predicatoria».

Para hacerle respetable y simpático, ayudaba mucho también su aspecto, porque era el más excelente profesor de la familia, un joven guapísimo, de elevada estatura y de aire majestuoso, vestido siempre con gran elegancia y privilegiado por su cabellera y barba de color de oro, que el bello sexo admiraba, y eran la envidia de la juventud brillante de la ciudad.

No dejaba traslucir, sin embargo, por esto, la menor señal de complacencia vanidosa ó de orgullo; pues si tenía algún defecto, era el de no regocijar jamás su clase con una sonrisa, ni permitirse una broma, mas que rarísima vez, y siempre que hiciera relación á la Historia, y dicha con la gravedad de un magistrado. Le temíamos, y sentíamos todos entusiasmo por él; así que una palabra suya de alabanza, un *bien* ó simplemente una señal de aprobación con la cabeza, proporcionaba, aun á los más apáticos, satisfacción grandísima. Recuerdo que sentí aflicción, remordimiento de conciencia y vergüenza, cierta vez que contestó á mi padre, que le pidió informes: —Podría hacer; pero, ¡es tan distraído! — Desde aquel día estuve en clase como una estatua.

Precisamente lo opuesto á él era el profesor de Francés, un pobre de espíritu, una efigie de capataz de campo, como de cincuenta años, regordete y sanguíneo, que no podía estarse quieto un minuto, y á quien atormentábamos bárbaramente, yendo de una vez ocho ó diez alrededor de su mesa, Gramática en mano, con la mala intención de pedirle explicaciones, todos á la vez y

en alta voz. Cuando comprendía el juego, perdía el juicio, se ponía en pie, empezaba á repartir puntapiés á todos y á perseguirnos, saltando y dando vueltas por la clase sin cesar de pegar y enfurecido como un mulo, hasta que iba á desplomarse en la silla agotado y convulso, llamándonos bellacos y bandidos. ¡Pobre profesor! Y llevaba, para desgracia nuestra, unos zapatos de montaraz, que nos levantaban del suelo como pelotas de goma, dejándonos las huellas de las tachuelas en los alrededores del hueso sacro. Pero, no había modo de que por ningún lado nos hiciera entrar el francés. La culpa era menos de él que de la estúpida costumbre, que aún no se ha perdido por completo, de no dar en las escuelas la importancia grande que tiene esta lengua, necesaria á todos; la cual muchos tienen que estudiar más tarde atosigadamente por necesidad, aprendiéndola mapara siempre, y después de haber hecho una larga serie de figuras ridículas.



TENORCILLO FALLIDO

Me distrajo del estudio desgraciadamente en aquel invierno, la resucitada ilusión de tener una hermosa voz de tenor, gracias á la cual á los dos años dejaría la filosofía para dedicarme á la música. La idea del cambio no me causaba terror. Este episodio de mi adolescencia es el que, al recordarlo ahora, me hace reír con más gusto que ninguno. «Resucitada» ilusión he dicho, porque ya la había tenido mucho tiempo antes, desde que oí decir, siendo pequeño, que tenía una hermosa voz, especialmente á mi madre, que con frecuencia me hacía cantar. Pero nunca llegué á hacer caso de aquel supuesto dón de la naturaleza. Nació en mí la pasión por el canto y la esperanza de poder hacer fortuna con la voz, en aquel invierno en que mi padre me llevó varias veces á oír la Ópera; y fué un verdadero

frenesi, como el de los soldados y el de la pintura, que sólo duró meses.

Solfeaba todo el día en casa, por la calle y por las escaleras de la clase, y hasta en el teatro, mientras cantaban mis maestros; y en los sitios y momentos en que pudiera no ser oído, cantaba con cuanta voz tenía en el cuerpo, como si me pagasen ya cinco duros por nota. Tenía una vocecilla pasadera, pero era una miseria; y además carecía de oído y desentonaba como un borracho. Comprendía bien que, tal como era mi voz, no merecía siquiera que la cultivara por mero entretenimiento, ni por el timbre, ni por la extensión. Pero con la maravillosa facilidad que tuve siempre de engañarme á mi mismo, me persuadí que al cabo de pocas semanas tendría cuanta voz quisiera. Me decía:—En cuanto deje de fumar, vendrá;—luego:—en cuanto no beba más que agua;—después:—cuanto no pruebe los dulces, que son la verdadera causa de mi ruina—y por más que después de cada experiencia siguiera chillando como un pájaro á quien le despluman vivo, sin embargo, persistía en esperar, achacando la falta, bien á un cónstipado, bien á una inflamación de la gar-

ganta, bien á haber forzado demasiado el fuelle.

Esta pasión por el canto traía consigo un cortejo de otras menudas ridiculeces. No sólo me pasaba haciendo números de la mañana á la noche, sino que imitaba el paso y los ademanes de los cantantes; no sólo aprendía de memoria, sino que copiaba caligráficamente los libretos de las óperas; y no solamente cantaba en la ciudad, sino que para desahogar más desenfrenadamente mis fuerzas vocales, hacía de propósito excursiones por el campo, donde me ponía á ladrar á los árboles horas enteras, espantando á los pájaros de todas partes. Mas ¡ay! (la interjección es imitativa) no ganaban nada con estas pruebas ni la tráquea, ni el oído; al contrario, poco á poco se iba malgastando aquel hilo de voz, que no era enteramente desagradable antes de que me entrase la manía de querer ser un tenor.

Por último, tanto se burlaron de mi mis compañeros, que me llamaban cerrojo mohoso y gallo despeluznado, y vi, entre los de mi familia, señales tan manifiestas de hastío de aquel diluvio de notas falsas con que llenaba la casa, que me

convenci de que tenía que renunciar á la «carrera lírica», y desmonté el organillo.

Mas si perdí todas las ilusiones respecto de mi voz, me quedó siempre un gusto tan vivo, más bien, una pasión tan fuerte por el canto, que ahora mismo una nota dulce y poderosa me hace palidecer de emoción, una voz hermosa que oiga de noche por la calle, me hace seguir al cantante aunque sea una legua, y es la voz el dón de naturaleza que después del ingenio, envidio más á quien lo posee. Tengo el canto por uno de los medios más eficaces de educación del alma y lo tengo por uno de los consue-
los más dulces de la vida.



EL CINCUENTA Y NUEVE

Habiéndose extinguido la furia por ser tenor, tuve otra y muy poderosa distracción de los estudios que, por fortuna de Italia, duró bastante más tiempo que la otra.

El golpe más funesto al latín, lo dió en aquel año escolar, Víctor Manuel; y precisamente el primero de Enero, con el discurso memorable del «grito de dolor».

Penetró desde ese día entre los estudiantes un espíritu de divagación patriótica, que no lograron enfrenar siquiera los profesores de mayor autoridad, antes bien, por el contrario, lo sobreexcitaron, aun en sus conferencias, con alusiones á los sucesos y con digresiones políticas, que rebosaban de sus labios como el vino espumoso de la botella. Habíase difundido por los aires olor de pólvora; el toque de las corne-

convenci de que tenía que renunciar á la «carrera lírica», y desmonté el organillo.

Mas si perdí todas las ilusiones respecto de mi voz, me quedó siempre un gusto tan vivo, más bien, una pasión tan fuerte por el canto, que ahora mismo una nota dulce y poderosa me hace palidecer de emoción, una voz hermosa que oiga de noche por la calle, me hace seguir al cantante aunque sea una legua, y es la voz el dón de naturaleza que después del ingenio, envidio más á quien lo posee. Tengo el canto por uno de los medios más eficaces de educación del alma y lo tengo por uno de los consuelos más dulces de la vida.



EL CINCUENTA Y NUEVE

Habiéndose extinguido la furia por ser tenor, tuve otra y muy poderosa distracción de los estudios que, por fortuna de Italia, duró bastante más tiempo que la otra.

El golpe más funesto al latín, lo dió en aquel año escolar, Víctor Manuel; y precisamente el primero de Enero, con el discurso memorable del «grito de dolor».

Penetró desde ese día entre los estudiantes un espíritu de divagación patriótica, que no lograron enfrenar siquiera los profesores de mayor autoridad, antes bien, por el contrario, lo sobreexcitaron, aun en sus conferencias, con alusiones á los sucesos y con digresiones políticas, que rebosaban de sus labios como el vino espumoso de la botella. Habíase difundido por los aires olor de pólvora; el toque de las corne-

tas de los cazadores que pasaban cerca del Gimnasio, hacia centellear nuestros ojos y, de la pluma agitada, brotar despropósitos gramaticales. Hasta los profesores viejos más en ruina tomaban en su andar algo de belicoso; y nosotros ya no nos reíamos por la calle, ni siquiera de los guardias nacionales panzudos, que daban tres pasos sobre un ladrillo.

A fines de Febrero creció más el fermento, cuando á nuestra pequeña ciudad, convertida en el sitio de mayor concentración de cazadores alpinos, comenzaron á llegar grupos de jóvenes emigrados, en su mayor parte lombardos y venecianos, de todas las clases sociales; los cuales trajeron como una oleada de sangre ardiente á la vida de la ciudad, y dieron nuevo aspecto á las calles, á los cafés, á todos los sitios de reunión pública, donde á cada paso se encontraba una cara desconocida y se cruzaba la mirada con dos ojos en que brillaban la altivez y la esperanza. Muchas de aquellas caras, alguna de ellas predestinada á los honores del mármol y del bronce, me han quedado grabadas en la memoria como de amigos íntimos.

Había entre aquel millar de recién lle-

gados, campeones de la guerra de 1848 y de la defensa de Roma, futuros pintores célebres como Induno, Pagliano, De Albertis; estaban Cairoli, Bertani y De Cristoforis, del cual había de leer luego con entusiasmo en la Escuela de Módena el *Tratado de la guerra*. Mas no recuerdo haber oído entonces sus nombres, que eran todavía flores de gloria en capullo. El único nombre que corría de boca en boca era el de Cosenz, comandante, á quien recuerdo haber visto varias veces en la Plaza de Armas, cuando los voluntarios no vestían todavía el uniforme, mandar los ejercicios con sombrero de copa y levita negra, como un jefe de barricadas; una figura esbelta y derecha como un huso, con cara grave de filósofo á quien saludaban muchos por la calle respetuosamente, recordando sus proezas heroicas de Venecia. Y asimismo recuerdo, cuando desapareció bajo el capote gris toda diferencia de condición social entre los emigrados, el extraño efecto que hacía en el pueblo bajo el oír decir de uno y de otro de aquellos soldados rasos:—Éste es un abogado.—Aquél un médico.—Aquél de allí un profesor.—Y el de más allá un señorón. Lo cual valía más que cualquier dis-

curso ó artículo de periódico, para dar á la gente inculta una idea de la grandeza de los acontecimientos que se preparaban, y hacia que las señoritas dirigieran á aquellos toscos capotes miradas de curiosidad romántica, con las cuales no habían honrado nunca á la «fuerza baja». Benditos días, que brillan como zafiros en la corona de nuestras más queridas memorias.

La agitación de los estudiantes llegó al colmo en Marzo, cuando, habiendo llamado á las armas á todos los contingentes, vióse que llegaban los cazadores de las clases licenciadas ya, hombres hechos, tostados por el sol de los campos, con las ropas destrozadas, los cabellos abandonados, los zapatos de campo, y muchos con las medallas de Crimea con lazos desvaídos: de aspecto tan grave en su mayor parte, que parecían los padres de los soldados que estaban en el servicio, y cuyas filas venían á engrosar.

Sobre esto, recuerdo un hecho que me causó gran impresión, y que prueba cómo ni aun en el mismo Piamonte y tratándose de las guerras más populares, ha existido

nunca un gran ardor guerrero en los viejos soldados que eran arrancados á sus familias y á sus campos para ir en busca de la muerte; por más que luego, por sentimiento del deber, se portasen con más bravura que si se hallaran poseídos de entusiasmo.

Era un domingo por la noche. Gran número de los que habían sido llamados, todavía sin armas, paseaban en parejas y en grupos por la calle principal, atestada de gente. De pronto veo flotar en los aires una bandera, y abrirse la multitud y avanzar un nutrido pelotón de paisanos, ordenado en cuatro filas, que cantaban el himno de *Mameli*; todos eran señores de gabán y sombrero de copa, entre los cuales reconocí con gusto á algunos de los profesores del Gimnasio: el de Matemáticas el primero. Mientras pasaban por delante de mí, salió de un grupo de viejos cazadores que estaba á mi lado algún apóstrofe en voz alta, y en tono de burla:—Ya, ¡es muy cómodo cantar! Ellos cantan y nosotros vamos á jugarlos el pellejo.—Que se vengan con nosotros, en lugar de hacer ruido.—El grupo de paisanos se detuvo disolviéndose la formación, los manifestantes contestaron, y se armaron varios altercados muy vivos.

Algunos de los señores, resentidos, echaban en cara á los soldados su falta de amor á la patria; otros, menos decididos, trataban de traerles á buenas, persuadiéndoles de que no todos tenían el deber, que no les es posible á todos ir á la guerra, y no faltaba tampoco alguno que contestase que él se había batido ya en el 48 y en el 49. Los soldados, sin embargo, no se mostraban muy persuadidos, contestaban murmurando y encogiéndose de hombros. Lo que me produjo verdadera maravilla en aquel contraste doloroso, fué la gran desenvoltura con que algunos manifestantes ya canosos y panzudos aseguraban, golpeándose el pecho con la mano, que ellos también irían á la guerra, mientras en sus caronas pacíficas bien se traslucía que ni por sueño pensaban en semejante locura. Y repetían con calor:—¡Nos veremos en campaña! ¡Allá nos veremos!—Todavía veo las miradas de desconfianza con que los soldados medían sus formas redondas, como si se preguntaran á sí mismos en qué campaña por acaso podrían encontrarse, considerando que no eran aquellas barrigas muy á propósito para alistarse entre los cazadores. La disputa duró hasta que se acercaron dos te-

nientes, á cuya vista los cazadores se desbandaron. Pobre gente, quién sabe si á alguno de ellos le tocó caer de los primeros bajo las balas austriacas en el asalto de San Martino. Aquella escena me dejó apenado, y muchos confusos pensamientos turbaron mi espíritu; entre otros, el siguiente: que pará que una guerra sea verdaderamente nacional, debería combatir mucha gente que se queda en casa, y que de todos modos, sería delicado y prudente que los que se quedan no cantasen demasiado fuerte al pasar por delante de los que se van!!!

*
*
*

Otro recuerdo que conservo muy vivo es el de la venida de Garibaldi; pero, mezclado con un dejo muy amargo. Vino un día de Abril á pasar revista á los cazadores de los Alpes; pero casi á escondidas, habiendo suplicado antes que no se anunciara su llegada, y sin detenerse entre nosotros más que unas horas.

Los estudiantes no supimos que había llegado sino después que había pasado la revista y se había quitado el traje de general. Estaba yo con un compañero en una

calle de la Plaza de Armas, cuando algunos chiquillos, señalando á un carruaje que pasaba al galope, se pusieron á gritar: — ¡Garibaldi! ¡Garibaldi!, y echamos todos á correr, con tanta furia, que por largo trecho fuimos dándonos con los calcaños en las posaderas, hasta que nos faltaron las fuerzas y nos dejamos caer sobre el ribazo de un foso, anhelantes, como dos lebreles cansados. Cuando reanudamos la carrera, ya estaba el general comiendo en la fonda; la comida nos llamaba también á nuestras casas. Aquella misma noche se fué. Nos dió tal coraje, que nos tirábamos de los pelos. Al día siguiente fuimos recorriendo todas las calles por donde había pasado, como para rastrear sus huellas. Nos dijeron que había ido á visitar á una vendedora de comestibles, llamada la Pascualina, que tenía la tienda debajo de los pórticos; una mujerona, gorda y fiera, á quien toda la ciudad conocía y respetaba, porque uno de sus hijos, Pablo Ramorino, había sido compañero de armas y amigo de Garibaldi en América, y había muerto heroicamente en la defensa de Roma combatiendo al lado de Luciano Manara.

Fuimos en seguida á casa de la Pascua-

lina, encontrándola delante de su tienda, rodeada de muchos curiosos, á los cuales estaba enseñando un saco de arroz en donde se había sentado Garibaldi el día antes hablando con ella. ¡Ah! ¡Afortunada Pascualina! ¡Qué hermosa y digna de gloria nos pareció! Nos estuvimos allí un buen rato contemplándola á ella y á su saco, y puesto que llevaba algunos céntimos en el bolsillo, me vino la ocurrencia de comprar una libra de aquel arroz memorando, que había tenido el honor de servir de cojín al héroe de San Antonio. Pero mi amigo, que conocía el humor de la brava mujer, me lo quitó de la cabeza, observando que quizá ella lo tomara como una broma y nos respondiera con una bofetada, que no habría sido de índole femenina.

Y de esta manera tan misera, terminó nuestra expedición; la cual fué todavía más desventurada de lo que yo podía pensar entonces, porque no se me debía ofrecer jamás otra ocasión de satisfacer mi ardiente deseo. Parecerá increíble, mas es así; por una serie de accidentes y contratiempos malditos, á veces por un retraso de un minuto, á veces por un impedimento material futilísimo, aquella desdicha se repitió diez

veces en mi vida. Tengo un verdadero dolor de corazón, y lo confieso con un sentimiento de vergüenza, como una culpa: ¡jamás vi á Garibaldi!

Me causa estupor el que no me haya quedado recuerdo alguno de la fuerte impresión que me hicieron indudablemente las descripciones de la llegada de los franceses á Turín, y las primeras noticias de las batallas de Montebello, de Palestro y de San Martino. Sobre estos recuerdos, que debo haber conservado vivos bastante tiempo, se ha extendido, no sé cuándo ni cómo, una nube espesa, que nunca he podido disipar. Recuerdo sólo la primera noticia de la victoria de Magenta, que me la dió mi padre, subiendo la escalera, con una exclamación enfática, tendiendo un brazo en alto y exclamando: — ¡Estamos en Milán! — Pero no hay de qué maravillarse, si se reflexiona sobre estos eclipses de ciertos grandes acontecimientos en nuestra memoria, porque es una ilusión pensar que nosotros sintiéramos entonces al anunciarnoslos, como tampoco todos los demás, una

emoción infinitamente mayor de la que provoca su recuerdo, y que debiésemos no vivir casi de otra cosa, en aquel periodo, más que de aquellas emociones. Así como mirando una fila de columnas desde un extremo no vemos los intervalos que separan unas de otras las que están lejos, apareciéndonos todas juntas, así no vemos ya entré aquellos acontecimientos pasados los amplios espacios de tiempo, durante los cuales á todos nos absorbían, como en tiempos ordinarios, nuestras ocupaciones y nuestros placeres, que venían á superponerse, sin embargo, á nuestros pensamientos y afectos de ciudadanos; y tampoco consideramos, por otra parte, que la larga expectación y la frecuencia misma de aquellos grandes hechos, nos habian como embotado la facultad sensitiva, haciendo al alma en cierto modo indiferente hasta para las cosas más extraordinarias.

Lo que no he olvidado es el espectáculo de los frecuentes *Te Deum* que se cantaban en la Catedral, y en los que tomaban parte con gran solemnidad y en traje de gala todas las Autoridades civiles y militares; entre las cuales destacábase la hermosa cabeza morena del nuevo inspector

de estudios, que había venido aquel año, Domingo Carbone, cuyo recuerdo ha persistido en mi memoria, como uno de los más luminosos y queridos de la adolescencia. ¡Cuánto bien, aun fuera de la enseñanza directa, puede hacer á los estudiantes un hombre de inteligencia superior y de elevado carácter! La venida de aquel inspector, coronado por la doble corona de poeta y de soldado voluntario de 1848, y precedido de la fama de hombre integro y bueno, todavía joven, de hermosa figura, amable y severo al mismo tiempo y lleno de nobleza en sus palabras y en sus actos, había traído como una ráfaga de aire puro y vivificante para todas las escuelas. En cualquiera de éstas en donde él entrase y hablara, dejaba un ardor de buena voluntad y de noble ambición, y casi un perfume de delicadeza que penetraba en los corazones. Hizo verdaderos milagros: convirtió á gente discola que nadie había podido domar; despertó voluntades que parecían dormidas para siempre. Todos los infelices humillados, que los hay siempre entre los estudiantes, todas las víctimas escarnecidas por la prepotencia de los compañeros y por la antipatía de los maestros, aun antes de

haber experimentado su bondad, sentíanse protegidos con su presencia, y prevenían, con solo citar su nombre, muchas injusticias y muchas bribonadas. Todos le querían y le reverenciaban. Nos amontonábamos en los descansillos de la escalera para verle pasar; por la calle, corriamos de propósito y dábamos mil rodeos para pasar por delante de él y saludarle; y cuando en la Catedral, en los *Te Deum*, se presentaba él el primero en el banco de los profesores, y miraba sobre la masa apretada de estudiantes con sus grandes ojos austeros y leales, con aquella sonrisa que parecía decir: — Ésos son mis hijos, — le respondía nuestro corazón con una emoción de simpatía y de orgullo. ¡Si se pudieran fabricar hombres semejantes en lugar de remanejar programas y reglamentos!...

* * *

Voy á contar un suceso que se refiere á él, no tanto por hacerle honor, cuanto por provocar la risa á costa mía; qué ahora ya siento placer, como los disciplinantes de un tiempo, en que me pinchen la piel.

Hacia años que teníamos un vice-ins-

pector, cura, penetrado más del fuego del buen vino *Morbin* que de ardor católico, que llevaba la sotana como una camisa de fuerza, nada malo en el fondo, pero sí bastante picajoso y dominado por la manía de hacerse el terrible; lo cual lo conseguía más que nada con ciertas amenazas llenas de misterio y ciertos extravismos de ojos, como de un «Luis onceno» de teatro.

Contra él había escrito una poesía satírica, que corría por las clases, un alumno de filosofía á quien yo trataba, porque nuestras familias estaban en relación amistosa. Deseoso de leer la sátira, el reverendo trató de asustarme para arrancármela; y mandándome llamar á la Inspección, á una hora en que no había nadie, me ordenó con palabras solemnes que le entregara el cuerpo del delito, bajo pena de dejarme mal en los exámenes de fin de curso si no se lo entregaba, y fijándome de antemano el día y la hora en que había de verificarse la entrega en el mismo despacho.

Sali de la entrevista tembloroso, abrumado, tanto por la amenaza de la venganza cuanto por la idea de la innoble acción que me sentí inclinado á cometer, pasando todo el día en un estado de angustiosa

incertidumbre. Pero al siguiente se me ocurrió una idea salvadora: — ¡Domingo Carbone! — Estaba segurísimo de que desaprobaba el acto del cura y de que no condenaría mi desobediencia: tenía necesidad de dar importancia al asunto, recurriendo á él formalmente.

Sabiendo que á la hora fijada para la respuesta estaba siempre el Inspector en su despacho, con el cura y con el secretario, pensé que si llegaba á exponer mi repulsa con frase oratoria, dicha con vigoroso acento, de modo que el Inspector llegara á oirme y se viera obligado á preguntar de qué se trataba, quedaría por mi parte en salvo, y el amigo también á salvo. ¡Eureka! — grité en mi interior. — En verdad, que para un muchacho de trece años no estaba mal la estratagema. Desde aquel momento, no sólo me senti salvo, sino que confundiendo los papeles en mi conciencia, como hacen con frecuencia los hombres en tales casos, me pareció que era yo un alma espartana, y preparé en la mente una respuesta heroica, un «pistoletazo» de primer actor, que iluminara con gloriosa luz la nobleza de mi carácter.

Á la hora fijada entré en la secretaria,

taconeando fuertemente como para hacer sonar las espuelas. Estaban sentados á una gran mesa, de un lado, Carbone y el Secretario, que hablaban entre sí; en la parte opuesta, el espanta-chiquillos, que en aquel momento me dió lástima. Me hizo éste señas para que me acercase, y me preguntó en voz baja «si la había llevado».

Me planté en actitud resuelta, y alzando la cabeza y dirigiendo la mirada hacia donde estaba el Inspector, contesté con voz grave:—No la he traído; he pensado que hubiera cometido una acción...

—¡Basta, basta!—dijo el cura, indicándome con la mano que callara.

Y yo, levantando más la voz:—He pensado que habría cometido una acción... una acción...

—Pero hombre, basta, vuelvo á decir; no hay más que hablar...

Pero yo había tomado ya impulso, y, viendo que el Inspector se había vuelto, quería dar el golpe de todos modos. Y seguí:—Hubiera cometido una acción indigna... habría hecho traición á un amigo...

—¡Pero váyase, le digo!—me gritó el cura airado y con el rostro encendido.—Si

ya le he dicho que no hay más que hablar, acabe de irse de una vez...

Entonces eché á andar, pero lentamente y con paso majestuoso, como debió salir Pedro Capponi de la presencia de Carlos octavo, volviéndome todavía desde la puerta á mirar al vencido, que me lanzó una mirada de fuego.

No volví á saber si el Inspector pidió y obtuvo explicación del asunto; pero no cabe duda que el otro había comprendido mi política. El hecho es que no tuve ya más molestias por aquel motivo, y que en los exámenes, bien que á trompicones, como de costumbre, aprobé el curso. Y hé aquí cómo, entre tantas otras buenas acciones, el autor del *Rey Tentenna*, sin saberlo, hizo también ésta de no dejarme cometer una bribonada.

*

**

¡Oh, de alba fe, caballero!
Como blanca es la cruz tuya,
de los héroes heredero,
y del caído el primero
por siempre en defensa suya...

Recuerdo estos versos de una bella poesía á Victor Manuel que publicó Carbone en aquel año y que todos los estudiantes

aprendimos de memoria. La guerra sirvió en aquella pequeña ciudad sub-alpina para que brotara un torrente de lirica patriótica. Profesores, empleados del gobierno, abogados, oficiales de cazadores, todos fabricaban rimas guerreras. No se reunían veinte ciudadanos á comer un arroz á la milanesa sin que alguno atronase con larga retahíla de estrofas insulsas, que, corriendo de mano en mano, manuscritas ó impresas, iban luego á inflamar en muchos el odio contra el Austria... en algunos, el odio contra las musas. Mas, después de Carbone, sólo uno de aquel avispero de poetas se me ha quedado presente en la memoria. Permittedme que os lo presente, os lo ruego, porque su recuerdo, que es un consuelo de mi vida, podrá llevar alguna dulzura también á la vuestra.

Era el profesor de filosofía, uno de los hombres originales y más amenos que han regocijado las aulas del Reino; de cincuenta años de edad y con larga melena, llevaba siempre encasquetada en la cabeza una chisteruca arrugada, que parecía estar clavada en su cráneo; é iba vestido todo el año con una especie de gabán que le daba hasta las rodillas y con la urdimbre al descu-

bierto: un hombre que había llegado á ser famoso en la ciudad nada más que por el gesto sumamente cómico que le era habitual, de levantar un brazo con el puño cerrado, y darse grandes golpes en el codo con la otra mano, como... si quisiera azotar la propia imagen; curioso profesor y educador, que con toda seriedad preguntaba á los alumnos más formales sus opiniones íntimas sobre el modo como debía conducirse con una viuda á quien cortejaba, y con quien no se decidía á casarse, porque tenía las horas de comer que no concordaban con las suyas; el más clamoroso de los filósofos, como le llamaban sus colegas, porque gritaba la filosofía con tal fuerza de pulmones que llegaba á cubrir con su voz la de todos los profesores de las aulas inmediatas. Pero todas estas rarezas no son nada frente á la originalidad, imposible de imaginar, de sus versos, que todos sus discípulos recitaban riéndose hasta desternillarse de risa. ¡Qué lástima no tener una copia! No las he olvidado todas, sin embargo, gracias al cielo. Recuerdo una estrofa de un himno al general Petitti, que decía:

Natura te dió nombre
pequeño, pero grande
el tuyo, ya se esparce
en l'aula electoral!

dos versos en alabanza de Garibaldi,

Tu venida á aquesta orilla
blanca en piedra fué signada,...

y pocos versos de otra poesía en honor de la ciudad de Bene, la cual se extiende, por lo que él decía, sobre siete colinas; dándole esta circunstancia pretexto al poeta para dirigirle este atrevido cumplimiento: que Roma había sido elegida en lugar de ella capital de Italia por una equivocación de Cavour.

Cómo pudiera enseñar la filosofía un profesor que trataba la poesía de este modo, por más que no sean hermanas gemelas, no se comprende y, sin embargo, decía que no había gran mal en ello.

Misterios de la mente humana. ¡Pobre poeta de las siete colinas de Bene!

Tuve de él las últimas noticias hace muchos años en Turin, donde me dijeron que, habiendo recurrido para no sé qué asunto á ciertos bribones espiritistas, éstos, para

quitarle los cuartos, le habían hecho aguantar una paliza del espíritu que había evocado, y no con un bastón espiritual, sino con una verdadera y nudosa vara de fresno, que le había obligado á guardar cama una semana.

¡Petitti guai de la filosofía espiritista!



ACTOR DRAMÁTICO

La poesía patriótica también había invadido aquel año el teatro, en donde, sustituyendo la comedia á la ópera, no pasaba semana sin que el primer actor declamase alguna lírica de asunto nacional, siempre acogida con frenéticos aplausos. De esta suerte me entró la mania de la declamación.

Creí primero que había nacido pintor, luego tenor; ahora también pensé por mucho tiempo que estaba destinado á la carrera dramática. Era esta ilusión más disculpable, porque, si bien no tenía voz para cantar, para declamar la tenía hasta de sobra, y no la economizaba.

Me entró tan fuerte el furor declamatorio, que hacia desear que hubiese nacido afónico. Escogía para desahogarme los pasos de las tragedias en que se necesitaba

mayor esfuerzo de pulmones, y con preferencia aquellos en que el personaje deliraba, como el soliloquio de *Saúl* y el de *Aristodemo* en el último acto, para poder tronar más fuerte. Mi especialidad, como ahora se dice, era el delirio de los reyes. (Ya se sobrentiende que declamaba como un perro rabioso.)

Nos reunimos varios compañeros, todos enfermos de la misma fiebre, y juntos estuvimos chillando todo el otoño, ora en casa de uno, ora en casa de otro, y muchas veces también en la orilla del río, donde las piedras, por fortuna, no se podían levantar contra nosotros.

Pero el teatro preferido, porque allí podíamos aturdirnos unos á otros sin ser oídos, era verdaderamente digno de nuestro arte: era una cuadra en el fondo del patio de mi casa, donde los estanqueros de los pueblos encerraban durante el día los mulos y los caballos. ¡Desgraciado Alfieri! ¡Infeliz Berchet!

Con toda seriedad me creía yo llamado á una gran carrera trágica. Así que revoloteaban bajo mi cráneo las ideas más temerarias: dar una función de declamación en el Teatro Cívico, dejar los estudios y

entrar en una compañía dramática, formar yo mismo una compañía universal con mis cuatro becerros y encontrar «capitalistas» para construir un teatro á propósito...

Nada tiene de extraño, pues, que entre tantas ideas locas me asaltara también la idea de escribir un drama, como, en efecto, me asaltó. No recuerdo bien el asunto que escogí: sí recuerdo que era un drama cruento, y que la parte del protagonista la tenía que hacer yo; condición *sine qua non*, que había que imponer al director de la compañía que tuviera el honor de ponerla en escena.

Caso sin ejemplo, creo, en la historia de los autores dramáticos: antes de ponerme á escribir el drama, hice el cartel; un anuncio con letras de media vara sobre una sábana de papel, para formarme una idea del efecto que haría en las esquinas; me ejercité en emitir ciertos gritos de desesperación y de terror que todavía no sabía bien á qué propósito tendría que aplicarlos, pero que debían sonar absolutamente en ciertas escenas, y (quiero ser sincero hasta lo último) hice muchos ensayos del paso con que me había de presen-

tar en el proscenio, y del ademán modesto y digno al mismo tiempo, con que había de dar gracias al público, que me aclamaba con entusiasmo. Todo estaba dispuesto por fin; no quedaba más que un detalle: escribir el drama. Dios me asistió y no llegué á escribir más que la primera escena!!!

Pero no se vino á tierra la ilusión del actor con el vigor del dramaturgo: mi vanidad y mi vocerío dramático continuaron hasta la apertura del nuevo año escolar. Los primeros fríos y las primeras preocupaciones no sé cómo, arrebataron de mi cabeza para siempre el murmurar de la declamación, y salvaron así á Ernesto Rossi, á Tomás Salvini y á otros genios de la escena, de una vejez envilecida.





NUEVAS AMISTADES

y nuevas tonterías.

Al entrar en la clase de Retórica tuve la primera mañana de clase una sorpresa agradable. Al pasar lista el profesor, leyó un nombre que nos hizo volver á todos la cabeza con viva curiosidad hacia el nombrado:—Angel Brofferio.—Le preguntó el profesor si era hijo del diputado Brofferio: contestó que sí. Nos impresionó el gran parecido que tenía con su padre, á quien nosotros conocíamos, más que por las fotografías, por las caricaturas frequentísimas del *Fischietto* y del *Pasquino*: de perfil era enteramente su retrato. Tenía la cabeza muy gorda, pero lo parecía más, comparada con su cuerpo pequeñito, cara larga, de líneas y expresión varoniles, ojos oscuros, boca picaresca, una sonrisa benévola y burlona.

Desde los primeros días mostró su ingenio abierto y pronto, su fácil palabra, con cierto dejo curialesco en la entonación y en el gesto; era afabilísimo con los compañeros, nada orgulloso de la fama de su padre, entonces muy popular, especialmente por las canciones piamontesas, muchas de las cuales, cantadas en los cafés y por las calles, sabíamos todos nosotros de memoria. Cuando acabó aquel curso fué á terminar los estudios á otro sitio, y yo no tuve más noticias de él, hasta hace cerca de treinta años, cuando, siendo profesor de filosofía en Milán, si no me equivoco, publicó un libro docto y brillante sobre el *Espiritismo*, que hizo mucho ruido. Recuerdo que siendo notable en literatura, tenía también una aptitud particular para las matemáticas.

Yo también tuve la ilusión de tenerla en aquel año, que cursaba el álgebra; pues, habiendo tenido mi padre la buena idea de mandarme durante las vacaciones á dar lecciones de álgebra con un geómetra conocido suyo, entré en el curso ya metido en harina; gracias á lo cual, en los primeros meses obtuve algún éxito honroso en las salidas á la pizarra, salván-

dome de los pellizcos del profesor. Fué esto suficiente para que yo creyera que había brotado en mí de repente el genio de la matemática, y tanto lo creí que tuve la audacia de fundar un periódico bisemanal (de tirada muy modesta, porque sólo salía un número manuscrito), en el cual rehacía las lecciones para uso de los pellizcados.

Pero esta ilusión duró menos todavía que las otras, porque no habiendo estudiado en las vacaciones más que hasta la extracción de la raíz cúbica, cuando llegamos á este punto del programa me encontré al nivel de los demás... y los pellizcos volvieron; y volviendo los pellizcos, cesó el periódico. No importa: siempre aconsejaré á los padres que hagan preparar á sus hijos en el verano en los estudios más difíciles del nuevo año escolar, porque aun la más ligera preparación les sirve de grandísimo provecho, preservándoles del gran mal de quedarse atrás al primer tropezco.

Mas, ¡ay de mí! también debían distraerme del estudio del álgebra, en aquel año demasiadas cosas! Siendo ya casi un jovenzuelo, ó pareciendo tal por la estatura, que era la de un hombre, iba yo en-

sanchando de día en día el círculo de mis amistades, y las nuevas eran bastante más peligrosas que las otras, porque estaban fuera del radio de la escuela. Las primeras de éstas, y las más queridas, fueron las amistades militares. Había entonces entre los cazadores voluntarios y aun entre los reclutas, muchos jóvenes de familias acomodadas; estudiantes que habían abandonado los estudios, licenciados, artistas dramáticos, pintores, todos más ó menos versados en literatura, y todos ardiendo en patriótico entusiasmo que da sello de nobleza de alma, aun á los caracteres más ligeros. Trabada relación con uno de ellos, venían los demás como las cerezas. Con éstos conocí por primera vez el placer, y el orgullo de la amistad varonil. Les ocultaba mis trece años; me daba aires de estudiante experto ya en cosas del mundo; estaba alborozado porque me vieran en paseo en su compañía, apoyando mi brazo sobre un brazo con galones, con el ala del sombrero acariciada por los revoloteos de un gran penacho de plumas, y me parecía que hacía una proeza de primer actor desmelenado, deteniéndome con ellos delante del café media hora, ó á la salida del teatro,

como si todos los transeúntes hubieran de decir:— Quién sabe dónde pasará la noche aquel perdido.

De una de aquellas noches me acuerdo en particular, porque fui presentado por un sargento á un guapo joven, alto y elegante, empleado en la Comisaría Militar, que se llamaba Hugo Higinio Farchetti. Era el futuro autor de los *Dramas de la vida militar* y de *Tosca*, el poeta grande y triste que debía morir en la flor de la edad, apenas besado por la gloria. ¡Quién me había de vaticinar entonces que yo escribiría diez años más tarde un libro de espíritu enteramente opuesto al suyo, que seríamos citados mil veces como dos antagonistas, y que después de haberle tenido por enemigo en vida, le había de amar como hermano después de muerto!

Entré entonces en ese breve periodo que corresponde en los adolescentes á aquel en que las muchachas comienzan á apretarse la cintura y á ponerse flores en el pelo: el periodo en que el espejo llega á ser el mueble más importante de la casa.

Por más que esté en vena de confesiones, no me atrevo á decir hasta qué grado de la tontería subí yo en aquella fase de luna; cuánto tiempo empleaba en hacerme el nudo de la corbata, cuántas veces me volvía á atusarme nuevamente el pelo delante del espejo antes de salir de casa, y qué derroche hice de pomadas y de aguas olorosas de mis hermanas, y qué torturas sufrí en la prisión de San Crispín para conseguir un piececito aristocrático.

Muchos padres y muchas madres, cuando ven que sus hijos sufren aquella pasión, creen curarlos poniéndoles en ridículo y tratándoles de la mañana á la noche de imbéciles. Es una tontería, que los míos no cometieron; comprendiendo que era un padecimiento de la edad, algo así como un desahogo cutáneo: antes al contrario, fingieron que no lo advertían, cambiando únicamente entre sí alguna sonrisa discreta cuando yo pedía una corbata nueva ó un par de botas de tafíete; sonrisa que no me pasaba inadvertida. Y les alabo ahora de aquella indulgencia, porque no fué la última de las causas de que la enfermedad no fuese larga; humillándome, la habrían exacerbado.

Todos aquellos afeminados atildamientos y aquellos baños cuotidianos de agua de Colonia no servían ciertamente para conquistarme las gracias de mis amigos soldados.

Fué este el segundo período de los enamoramientos platónicos, que no se satisfacían ya más que con los paseos debajo de las ventanas, las persecuciones furtivas y la contemplación estática de los palcos en el teatro: amores repentinos, lánguidos y mudables, procediendo á veces por pares, y aun por triadas, facilísimos á las más insensatas ilusiones, alimentados semanas enteras por una mirada casual que se encontró con la nuestra ó por una sonrisa, quizá más por broma que por simpatía, y acompañados de melancolias suavísimas ó de téticas tristezas aprendidas en los libros. ¡Ah qué buen actor! Me sirve de entretenimiento recordar mis aventuras de imaginación de aquel año de entusiasmos. Tuve yo más amores que D. Juan Tenorio y D. Luis Mejía juntos. Mi corazón hospedó más bellezas que el serrallo imperial del Bósforo; y mis suspiros amorosos se elevaron á todas las alturas: una semana era la hija del Gobernador; otra, la mujer del pro-

fesor; la primera bailarina sucedía á la primera actriz; la viuda de un coronel, á la institutriz de una casa noble. Y con las adoraciones del paseo y del teatro iban al paso las adoraciones en la casa.

Cuando venía una señora guapa á visitar á mi madre, ya no me largaba al corral, como hacia antes, para huir del fastidio de las conversaciones acostumbradas; me quedaba allí, clavado en una silla, oyendo la charla de la visitante con dos ojos como dos ascuas, y con una inmovilidad como si estuviera magnetizado. No se escapaba á las más avisadas el significado de mi actitud; las cuales desarmaban mi indiscreta mirada con una sonrisa apenas perceptible; y, apretándome la mano en el momento de irse, parecían decirme con un rápido é indulgente movimiento de ojos: — Lo he comprendido todo, pequeño impertinente; harías muy bien en estudiar el latín. — Precisamente, mi debilidad eran las mujeres casadas, y mayor todavía por aquellas que llevaban sobre sí una parte mayor del estipendio del marido. Es increíble el número de maridos respetables á quienes he ultrajado en mi corazón. Si todos mis amores de fantasía hubieran sido efectivos, hubiese

tenido que batirme todas las semanas... y aun librando bien,... habría quedado reducido á una verdadera criba ambulante mucho antes de haber concluido mis estudios en el gimnasio (Instituto).

Y no ya en el corazón, sino en el cerebro, eran tan vivos, aunque rapidísimos, estos amores, que con harta frecuencia tenía por ellos la conciencia turbada como si fueran verdaderas culpas; me ponía encendido hasta el pelo cuando me encontraba por la calle ciertas parejas conyugales; me parecía, á veces, ser verdaderamente un disoluto sin freno ni ley, un corruptor de tálamos y escándalo de la gente honrada; de reputación perdida, y no por eso dejaba de sentir una secreta vanagloria, como si solamente con una conciencia de este género se pudiera uno vanagloriar de ser hombre.

El hombre, por otra parte, no era todavía más que un niño muy largo, que seguía entreteniéndose horas enteras con todos los juguetes que le habían quedado de la edad infantil, con los fantoches, con los chitos, con las bolas de vidrio y hasta con las pa-

jaritas de papel. Para entregarme á estos entretenimientos me escondía, y cuando me sorprendía *in fraganti* alguno de la familia, guardaba á escape todas las cosas, avergonzándome y fingiendo que únicamente por filosófica curiosidad había sacado aquellas chucherías, como para meditar sobre el propio pasado. Pero ahora que conozco el mundo y la vida, no me avergüenzo de decir que aquel amor de juguetes infantil renació en mí, de vez en cuando, hasta los treinta años, en que, ya reo de diversos libros, me divertía horas enteras en hacer saltar sobre la mesa aquellas ranas de madera que tienen por debajo el hilo enrollado y un palillo encerado; y que todavía alguna vez, al pasar por delante de una tienda de juguetes, siento tentaciones extraordinarias. Y ¿por qué había de avergonzarme? Los hombres no son más que muchachos envejecidos, que esconden sus niñerías bajo una apariencia de gravedad, y que siempre que pueden, á escondidas, se abandonan á ellas con un placer infinito. Y en el fondo, luego, el fantasear, como suelen todos, cosas extrañas é imposibles, pero ardientemente deseadas, no es más que jugar con ideas é imágenes; y el escritor de libros

que entre un período y otro, emborrona muñecas y traza grecas en las márgenes, juguetea como un muchacho; y se entretiene también el Ministro de Estado que en los momentos de ocio pliega y repliega en diez formas un periódico, [ó toca el tambor en el banco con la plegadera, como hacía el Conde de Cavour durante los discursos de los Diputados fastidiosos. Yo creo que si se encerrara en una habitación desnuda, al hombre más serio del mundo con una caja de soldados de plomo, llegaría un momento en que echaría mano de ellos, y les pondría en fila, y les haría maniobrar como un niño de seis años.

Aquella pasión persistente por los juguetes infantiles sirvió para separarme algo de los amores, y fué para mí un calmante saludable. ¡Ah, si una de aquellas muchas señoras á quienes miraba con ojos tiernos en el teatro, tomando posturas de trovador, me hubiera visto hacer correr toda una mañana sobre la mesa filas de nueces, sobre las cuales había pegado pedacitos de papel dorado para representar el Estado Mayor de los ejércitos que peleaban en Lombardía, qué risotada vibrante no lanzaría en mi misma cara, qué sombrillazo,

quizá, no habría descargado sobre mi nuca! Pero guárdense las madres de reirse y de avergonzar á los hijos grandes cuando les ven ocupados en pasatiempos que creen impropios de su edad é indicio de poca cabeza; esto es, por el contrario, señal de una sencillez de alma, de una vivacidad de imaginación, de un poder para dar cuerpo á queridos fantasmas y para vivir con el pensamiento en un mundo forjado por ellos, que les servirá en los años posteriores de gran consuelo; un refugio del espíritu oprimido por las realidades dolorosas, y casi una llama inextinguible de juventud; la cual servirá de mucho para mantener vivas en ellos todas aquellas otras pasiones é ilusiones sin las cuales la vida no sería para la mayor parte de los hombres más que un deseo continuo de la muerte.

En aquel curso, sin embargo, debía sufrir una distracción en los estudios, bastante más poderosa que la de mis amigos cazadores y los suspiros amorosos. Así como en 1859 Victor Manuel había dado un golpe mortal al latín, en 1860 Garibaldi fué

el peor enemigo del griego; puesto que en aquel año, precisamente, fué instituido en el Gimnasio el estudio del griego, reconocido de necesidad urgente para apresurar la libertad de Italia. La salida de los Mil de Quarto fué como una señal convenida entre Garibaldi y los estudiantes para que dejasen de fatigarse demasiado el cerebro con los libros de texto. Salían para Sicilia multitud de jóvenes de todas clases, hasta los defectuosos, que eran objeto de risa del público; entre los cuales, recuerdo un sastrecillo jorobado, con las piernas arqueadas como dos rajas de melón, que fué saludado al marchar por una tempestad de risas y de aplausos.

Con la guerra de 1850 se encendió en mi cabeza una nueva intriga: la de la política. Tenía entonces fraternal amistad con dos compañeros de clase, ambos á dos de principios revolucionarios: el uno porque era hijo de un mazziniano, el otro porque era rebelde por instinto á toda autoridad, comenzando por Jenofonte y llegando hasta los últimos clásicos. Yo era hijo de un monárquico, y no revolucionario por naturaleza; mas, poco á poco me había convertido la lectura cotidiana del *Diritto*, al cual es-

taba suscrito mi padre por simpatía literaria. Los tres, fanáticos de Garibaldi, concertamos una fuga clandestina para «acudir en su auxilio»; que no resultó bien, como he referido en otra parte; y aquella tentativa frustrada exasperó nuestra pasión patriótica. Llegamos á ser enemigos implacables del Conde de Cavour, que embrollaba la obra de Garibaldi con «las artes engañosas de una política abyecta»; la frase nos agradaba inmensamente.

La cesión de Niza y de Saboya á Francia, nos puso enteramente furiosos. En todas nuestras conversaciones hacíamos del «infausto» Ministro un escarnio lastimoso. Leíamos sus discursos en los periódicos con una sonrisa sarcástica feroz. Y arreglamos, según sus merecimientos, también á Napoleón *el pequeño*, á quien conocíamos á fondo, gracias al libro de Victor Hugo. Trabajábamos, respecto de uno y de otro, discusiones acaloradas con nuestros compañeros «moderados», los cuales nos acusaban de «poner estorbos á la política del Gobierno». —Si—respondíamos los tres á coro,—nosotros combatiremos al Gobierno con todas nuestras fuerzas; jamás le daremos tregua, no queremos la política de servidumbre al

extranjero; el que no está con nosotros, está contra Italia.

Luego, cuando La Farina fué á combatir á Sicilia, perdimos por completo la gracia de Dios: tomamos la cosa como un desafío que nos lanzaba al rostro el vencedor de Niza y de Saboya, y hablamos de fundar un periódico para «demolerlo». Recuerdo que me ponían trémulo los juicios que formaban de Garibaldi ciertos viejos empleados, empedernidos defensores de Cavour, que frecuentaban mi casa: uno, entre otros, inspector de no sé qué cosa, un gigante encanecido, con dos grandes cuellos de vela, que hablaba con lentitud insoportable, como si por cada palabra que salía de su boca se le escapase un escudo del bolsillo. Cuando le oía hablar de Garibaldi como de un mal obrero de la política de Turín, de un perturbador importuno del mundo, afortunado por nuestra desgracia, con aquel siniestro remate acostumbrado, que le hacía encogerse de hombros á mi padre:—¡nos dará que sentir, ya lo veréis, ya lo veréis!—yo le echaba miradas como saetas que le atravesaran de parte á parte. ¡Ah, cuánto he odiado á aquellos dos cuellos! Aquella fiebre garibaldina duró en estado

agudo hasta la vuelta de Garibaldi á Caprera.

Cómo anduvieran los estudios en los últimos meses de aquel año escolar, se puede bien imaginar: como los negocios del rey de Nápoles, próximamente. Mas para pasar en aquellos benditos años, creo que habría bastado gritar: «Viva Italia», y, por tanto, también pasé yo.

Pocos días después del examen, al pasar por una callejuela, cerca de mi casa, vi muchas mujeres agrupadas alrededor de una vendedora que, sentada en el umbral de su tenducho, con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, lloraba amargamente. Pregunté por qué lloraba. Una mujer me respondió:—Le han matado á su hijo en *Milass*.—Mi primer sentimiento fué de lástima, el segundo (me es grato recordarlo), de vergüenza. Sentí en mi interior una voz que me dijo:—Ése ha combatido y ha muerto, y tú desde hace tres meses no has hecho otra cosa que meter gran ruido!—Y desde aquel día eché menos bravatas contra el Conde de Cavour.



PROFESORES DE LICEO

Para pasar de la Retórica al Liceo, que fué creado aquel año, en lugar de los dos cursos de filosofía, tuvimos que hacer un examen escrito de griego, que se redujo á la declinación de cualquier sustantivo. Mas, les pareció sin duda á los examinadores que escribíamos un griego garibaldino, y casi todos fuimos suspendidos. Nos salvó el ser tantos; decidiendo al fin el Ministro, para que el Liceo no se quedara vacío, que pasáramos todos.

Y aquí, en el umbral del Liceo, tropiezo con un ejemplar admirable de una raza particular de profesores de letras, bastante numerosa en aquel período revolucionario, y que no se ha perdido totalmente después de la unificación de la patria; un tipo tan perfecto y tan ameno de charlatán sempiterno, vago y vividor, que no puedo resistir á la tentación de hacer su fotografía.

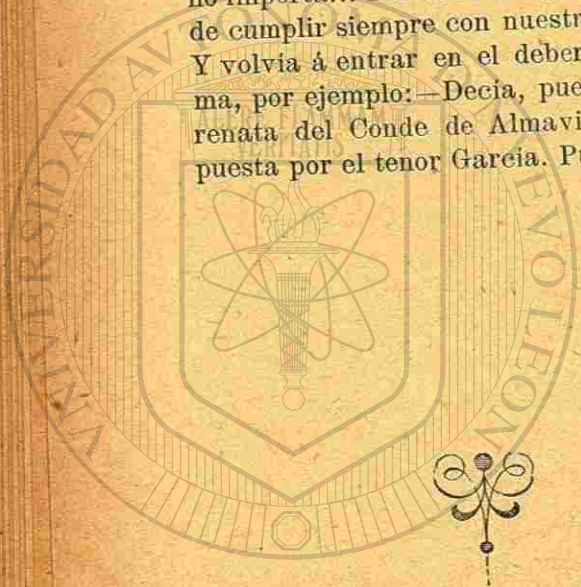
Había venido á nuestra ciudad no sé de dónde, aquel mismo año, con gran pompa y con gran abdomen, y acompañado de una grandísima voluntad de no hacer nada. Era profesor de literatura italiana; pero de ésta no trataba sino por incidencia. Hablaba casi siempre de Italia y de su propia vida. Para hablar de sí mismo, encontraba pretexto en cualquier asunto. Partía de un verso de Dante ó de una sentencia de Machiavelli, y paso á paso, ligando una idea á otra para salvar las apariencias, con todo género de truhanescos artificios, venía á decir lo que le había costado el par de botas que llevaba puesto, ó á hacernos observar la belleza de la propia mano; porque, entre otros caprichos, tenía el de creerse uno de los hombres más hermosos de Italia, y se vanagloriaba de parecerse á Gustavo Modena. En cuanto á política, para entrar en materia no tomaba caminos tortuosos: entraba derechamente en la clase con el *Diritto* desplegado en las manos, y nos leía los extractos de los discursos de los diputados, declarando, sin embargo, que no nos los leía por el contenido, que nada tenía que ver con la clase, sino por la forma, para que notáramos las

frases más eficaces y más elegantes, lo cual no le impedía luego tocar á rebato, entre una y otra frase, diciendo tempestades del Ministerio, que le había hecho un sin fin de injusticias, y del Municipio, que dejaba en el mayor abandono los locales de las escuelas.

Cuando no hablaba de sí mismo ó de la patria, nos leía de mala gana algo de un resumen suyo manuscrito de la historia literaria, en el cual afirmaba que había condensado á la manera de Tácito «lo mucho en lo poco»; y tanto había condensado, en efecto, que más de un siglo se quedaba reducido á cuatro ó cinco páginas: una verdadera quinta esencia de rosas; y era muy cómodo, porque sobre este carril se iba volando: en un trimestre hubiéramos recorrido la Historia Universal. Todo su trabajo estaba condensado de idéntica manera. Después de anunciarnos durante meses que haría «una campaña periodística» contra el Municipio para obligarle á trasladar el Liceo á otro local, publicó en la *Gaceta* de la ciudad diez pobres renglones sin firmar, por los cuales estuvo gritando todo el año: —Yo, que he escrito, que he luchado, que he alborotado en los

periódicos...—y lo curioso era que él se tenía por un trabajador infatigable. Con una voz que salía propiamente del fondo de la conciencia, y golpeando con los puños sobre la mesa, nos gritaba á cada paso que éramos monstruos de ingratitud, al portarnos de aquel modo con un profesor que daba á la enseñanza toda su alma, que «sudaba», que «velaba», que «se acortaba la vida» por nosotros. Por lo demás, era de indole jovial, hablaba casi siempre de cosas alegres, muy á menudo de música, porque siendo joven había tocado el violín, y del *Barbero de Sevilla* en particular, de cuya ópera era loco admirador, tanto, que siempre que encontraba en un texto italiano la palabra «barba», sacaba á relucir aquella ópera, contando invariablemente las peripecias de la primera representación en Roma, de donde arrancaba para recorrer toda la vida de Rossini, que era su dios. De cualquier cosa que hablase luego, ó de sí, ó de política, ó de música, ó de literatura, sus discursos concluían todos del mismo modo, como los salmos: con una queja amarga por lo misero del sueldo.—¡Nos pagan como á porteros!—gritaba.—Es una vergüenza para un Estado civilizado... Mas

no importa... Por eso no dejamos nosotros de cumplir siempre con nuestro deber...— Y volvía á entrar en el deber en esta forma, por ejemplo:—Decía, pues, que la serenata del Conde de Almaviva fué compuesta por el tenor García. Pues bien...



UN REMORDIMIENTO

Era notable el profesor de matemáticas, figura rechoncha de buen fraile, que, por lo demás, hubiera podido, con algún pequeño intermedio, hacernos bastante más agradable su enseñanza: pues se decía que tenía una hermosa voz de tenor y que cantaba con soltura; excelente, el profesor de literatura latina, un corso, enjuto de carnes, pero lleno de vida, que hablaba tan correctamente y con una precisión tal que parecía estar recitando de memoria lecciones escritas con diligentísimo cuidado; y mejor que todos, el profesor de filosofía.

El cantor del general Petitti había llevado su lira á Turin. El recién venido era todo lo opuesto de aquél: hombre grave y acompasado, de ingenio agudo y de palabra esculpida y luminosa, que hacía el milagro de hacernos fácil la ciencia más contraria á la naturaleza humana, sobre todo

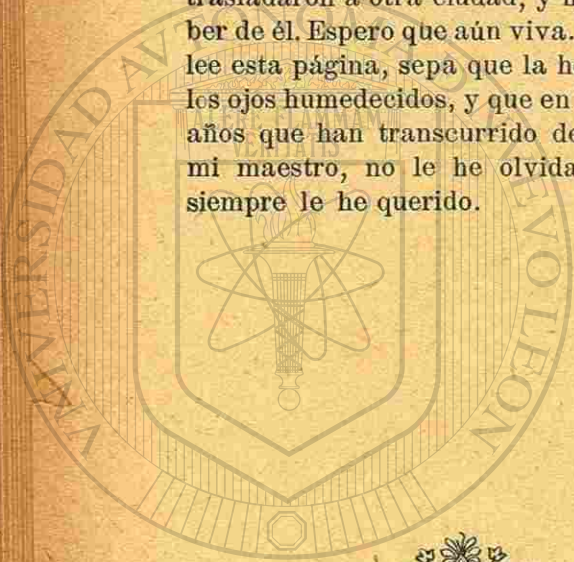
á la naturaleza juvenil: la lógica. Al profesor de historia lo recuerdo para dedicarme públicamente un castigo. Era un joven flacucho, de rostro fino y pálido, un profesor improvisado, creo, como lo eran muchos en aquellos años, que estudiaba quizá día por día la historia que nos enseñaba; tenía la palabra débil y premiosa, y una timidez infantil que le duplicaba el trabajo; pero hacía todo género de esfuerzos para hacerlo bien; era bueno, nos trataba como compañeros, y ciertamente habría enseñado mucho mejor si le hubiéramos animado demostrándole respeto y simpatía. Nosotros, al contrario, nos burlábamos de él, y le convertíamos la clase en un suplicio, poniéndole en berlina con todo género de bromas villanas y de bellacas insolencias.

Yo fui uno de los más pícaros. El por qué ni ahora mismo lo sé explicar; no comprendo cómo pude ser un malvado con él, mientras que sentía al mismo tiempo afecto, casi reverencia propiamente filial (cuyo recuerdo me consuela), por otros, entre ellos por el Director del Liceo, un clérigo verdaderamente digno, de óptimo corazón y de educación exquisita, pero que nada te-

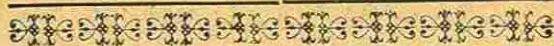
nía que ver con nosotros, ni á mí me había dado la menor muestra de benevolencia: lo cual prueba qué alma tan mala tenía yo. Mas en toda alma, como en cada casa, existe el rincón de las barreduras.

Es preciso decir que tenía yo dentro una cierta dosis de malicia que á toda costa pedía su desahogo, y yo la desahogaba bajamente contra un joven tranquilo y débil, que sabía que era incapaz de hacérmela tragar. Puedo muy bien decir, sin embargo, que la pagué bien, porque entre las muchas maldades juveniles de que me remuerde la conciencia, la conducta que tuve con aquel buen profesor es una de aquellas cosas que más me hicieron sufrir. De vez en cuando vuelvo á ver la expresión de estupor y de pena que se pintó en su semblante una vez que le hice en plena clase un acto irreverente, por el cual no me dirigió ni una palabra siquiera de censura; y al surgir aquella imagen, siento siempre un torcedor en el corazón y un movimiento de indignación contra mí mismo, todavía hoy, después de tanto tiempo; y eso que por el modo como me saludó la última vez que le vi, he comprendido que me había perdonado. Al año siguiente le

trasladaron á otra ciudad, y no volví á saber de él. Espero que aún viva. Si por acaso lee esta página, sepa que la he escrito con los ojos humedecidos, y que en los cuarenta años que han transcurrido desde que fué mi maestro, no le he olvidado nunca y siempre le he querido.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIÓN



LOS ALUMNOS DEL LICEO

Los escolares de aquel primer año de Liceo, muy concurrido, eran en gran parte alumnos venidos de fuera; algunos de ellos muchachones tan fuertes, que hubieran podido llevar sobre los hombros á sus profesores. Muchos eran internos de un Colegio Cívico, separado del Liceo, que venían á las clases con gorra militar y llevaban los días de fiesta un traje semejante al de los cazadores. Recuerdo que los más tenaces en el estudio eran los de familias menos acomodadas, hijos de modestos tenderos y de pequeños propietarios rurales, que hacían verdaderos sacrificios para prepararles á las profesiones liberales, lo cual prueba que aun en la esfera escolar como en la esfera social, tiene más ardor y más fuerza quien combate para subir que quien lucha solamente para no descender.

En esta clase fué donde contraí las pri-

meras amistades duraderas; fueron siempre aquellos los amigos que volví á ver con mayor placer toda la vida: pues en aquel año solamente comenzaron á unirme á mis condiscípulos lazos intelectuales. Todo el invierno tuve á mi lado un futuro registrador de hipotecas, un general del porvenir, un obispo en ciernes y un rector predestinado de aquel mismo colegio del cual era alumno, tan bueno entonces con los compañeros y ejemplar en la observancia de la disciplina, cuanto fué después amante de sus subordinados y prudente en el ejercicio de la autoridad. El general del porvenir se sentaba en el mismo banco que yo, precisamente á mi izquierda. Era uno de los más quietos y de los más amables de la clase, un jovencillo robusto, con pelo oscuro, enortijado, con los ojos negros y dulces, centelleantes de vida, con mejillas bien nutridas y coloradas que, cuando se reía, formaban dos hoyuelos redondos, dando á su cara una expresión de bondad infantil. Siento todavía en mi mente, como si sonara en mis oídos, el metal de su voz, que parecía la voz de un hombre constipado, y veo sus gruesos labios bermejos un poco salientes, como los de los mulatos,

cuyos movimientos observaba yo atentamente cuando, puesto en pie, recitaba la lección al profesor y yo le servía de apuntador, como él hacía conmigo cuando me tocaba á mi estar en el potro. Muchas veces ocurría entre los demás que se incomodaban por diferencias en sus juicios literarios ó porque un libro estaba caído debajo del banco, cruzándose algunas palabras agrias; pero con él jamás ocurría: tan suave y complaciente era su genio y tan alegre su humor y afables sus maneras. Era alumno del colegio, y me parece estarle viendo con su airoso sombrero de cazador, ladeado, con un penacho azul y rojo que le caía sobre el hombro varonil. Cuánto nos hemos reído juntos, ocultándonos detrás de los que estaban en el banco de delante, cuando el profesor de literatura italiana empezaba con el acostumbrado estribillo del *Barbero* y de la paga; de aquellas deliciosas risotadas, que tienen el gusto del fruto prohibido, y cuya eficacia se pierde cuando no se tiene en frente alguno que nos pueda gritar:—¡Ea, dejémonos de risas! Recuerdo que un día el profesor de literatura hizo recitar á mi amigo la poesía de Guidi, *A la Fortuna*, de la

cual no conservo en la memoria mas que un solo verso:

Africa trajo en el Tarpeo, maligna...

En aquella palabra «Africa» estaba señalado el destino de mi buen compañero, que se llamaba Giuseppe Arimondi.



EL NIÑO DEL CONSEJERO

En aquel mismo año conocí á otro, todavía niño, predestinado á la fama en esfera muy distinta.

Los gobernadores y los consejeros reales se cambiaban en aquel tiempo con mucha frecuencia. En los pocos años que transcurrieron desde la guerra de Crimea hasta la libertad de Nápoles, pasaron por aquella pequeña ciudad no sé cuántos. A todos he olvidado, excepto al gobernador Bellati, el cual tenía fama de literato por una hermosa traducción del poema de Milton, y á un consejero lombardo, cuyo nombre, que antes recordaba con seguridad, se fué de mi cabeza y no volví á saberlo sino después de muchísimo tiempo. La mujer—una señora joven, de buen aspecto y de modales francos y distinguidos,—iba alguna vez á nuestra casa á visitar á mi madre, llevando siempre consigo un hijo de tres ó cuatro

cual no conservo en la memoria mas que un solo verso:

Africa trajo en el Tarpeo, maligna...

En aquella palabra «Africa» estaba señalado el destino de mi buen compañero, que se llamaba Giuseppe Arimondi.



EL NIÑO DEL CONSEJERO

En aquel mismo año conocí á otro, todavía niño, predestinado á la fama en esfera muy distinta.

Los gobernadores y los consejeros reales se cambiaban en aquel tiempo con mucha frecuencia. En los pocos años que transcurrieron desde la guerra de Crimea hasta la libertad de Nápoles, pasaron por aquella pequeña ciudad no sé cuántos. A todos he olvidado, excepto al gobernador Bellati, el cual tenía fama de literato por una hermosa traducción del poema de Milton, y á un consejero lombardo, cuyo nombre, que antes recordaba con seguridad, se fué de mi cabeza y no volví á saberlo sino después de muchísimo tiempo. La mujer—una señora joven, de buen aspecto y de modales francos y distinguidos,—iba alguna vez á nuestra casa á visitar á mi madre, llevando siempre consigo un hijo de tres ó cuatro

años, del cual me han quedado impresos en la memoria, los ojillos vivos y la forma rara de su cara, con la barba recortada en curva como la de una manzana, y más aún que la cara, su capote en miniatura color de avellana, que le estaba que ni pintado y le daba el aire de hombrecillo.

Es probable que yo haya jugado más de una vez con él, con la condescendencia de un hermano mayor, para librarle del fastidio de las visitas. Pero no recuerdo más que su personita y las fiestas que solía hacerle mi madre, felicitándole por aquel capotillo elegante que ella tampoco olvidó nunca.

Quien me hubiera profetizado lo que aquel niño llegaría á ser, qué influjo había de tener con su pluma en mi pensamiento, y qué ansias tan dolorosas había de experimentar por él en un momento terrible de su vida, habriale llamado loco de remate. Y fué así. Aquel niñito del asesor del gobernador, que luego fué gobernador y llegó á ser treinta años más tarde publicista original y potente, con un arte dialéctico maravilloso, con un estilo erizado de puntas salientes, de las cuales brotan ideas abundantes y luminosas como destellos de

una armadura de escamas de acero, y surgen mil sonidos agudos y amenazadores como de un haz de espadas agitadas... aquel niño debía más que nadie enardecerme y persuadirme de la idea á la cual dedicó todo su ingenio y toda su vida, y que le condujo maniatado ante un tribunal de guerra, y del tribunal á la cárcel, condenado á doce años de reclusión por un delito político...

Pero, sólo bastante después de conocer al hombre, supe que eran una sola persona el director de la *Crítica social* y aquel niño; no lo supe hasta el día en que mi madre me preguntó:

—Pero este Turati que han condenado, ¿es quizá el hijo del consejero que conocimos el año 1861?

¡Oh! ¡Con cuánta mayor intensidad senti el cariño de amigo y de correligionario que me ligaba á él, cuando se unieron en mí mente aquel capotillo color de avellana y la casaca gris del galeote!





LA RENDICIÓN DE GAETA

La rendición de Gaeta, ocurrida en Febrero de aquel año, despertó nuestros ardores patrióticos, hundidos hacia ya algún tiempo, sin lograr por esto que asistiéramos de mejor gana á los ejercicios militares que hacia poco habían sido establecidos para todos los estudiantes del Reino; ejercicios que nosotros nos empeñábamos en no tomar en serio, por más que estudiásemos lógica y nos declarásemos prontos á combatir por la patria: como si para matar austriacos no fuese necesario antes de todo saber cargar el fusil.

Tuve noticia del gran acontecimiento de un modo y en un momento cómico, que fué motivo de risa en la clase por mucho tiempo. Había un profesor de un colegio privado, conocido de todos, un viejo zanquilargo que parecía un palo del telégrafo, neo hasta el punto de lamentar la caída de

los Borbones, pero generalmente bien querido á toda la juventud escolar, porque acostumbraba ir acompañado por la calle de cualquier muchacho que tuviese aspecto de estudiante y de charlar con él en tono familiar, contándole anécdotas morales y dándole consejos filosóficos.

Estábamos con él cuatro ó cinco alumnos del Liceo, delante de un café, después de comer, y se hablaba de Gaeta, cuyo asedio duraba ya tres meses.—Gaeta—nos decía él con compasiva sonrisa—no caerá. Gaeta no se ha rendido nunca. Recorramos la historia, señores míos: vemos que contra ella se estrellaron los bárbaros, y que en vano la asaltaron los lombardos y los sarracenos. Luego se apoderaron de ella los franceses y los españoles, pero no por la fuerza de las armas; allí resistió seis meses á principio del siglo XIX el príncipe Hesse-Philippsthal contra todo el Ejército de Massena. Y se necesitan otros dientes que los que tiene el general Cialdini para roer aquel hueso. Podéis estar esperando años enteros, hijos míos; y os lo digo yo: ¡años enteros!—Precisamente en aquel punto pasó á la carrera un joven empleado en el Gobierno, que sin detenerse nos gritó

con el rostro radiante:—¡Gaeta se ha rendido!—Todos nos volvimos al profesor, lanzando en coro un ¡ah! de triunfo, para gozar de su confusión. Él estuvo maravilloso. No se demudó su semblante, ni siquiera contrajo un músculo, como si nada hubiese oído. Sacó del bolsillo su pañuelo azul lleno de tabaco, se sonó la nariz muy despacio, miró en derredor como para ver qué tiempo hacía, y luego, con su bondad acostumbrada, nos dijo:—Hasta la vista, muchachos,—y volviéndonos la espalda, se fué tranquilamente con los brazos cogidos atrás. Este debía ser su modo de hacer frente á los acontecimientos adversos. Nosotros no nos quedamos, como se comprenderá, muy satisfechos. Pero fuimos compensados por la noche en el teatro donde se representaba la *Gemma di Vergy*, con iluminación *a giorno* para festejar la victoria. En el primer acto, el tenor negro sorprendió al público agradablemente. En el momento de cantar él *á solo*

Me arrancaste al sol ardiente
Al desierto, á la floresta,

se lanzó al proscenio con el impetu de un lebrez azuzado, y en lugar de decir los ver-

sos del libreto, cantó una estrofa de ocasión, compuesta por él, que conservo en la memoria, y que quiero regalar á la historia de la lirica italiana:

La sui merli di Gaeta
Splende l'italo vesillo,
Delle trombe il fiero squillo
Chiama Italia a libertá;
Sulla rupe del Tarpeo
Sorge unanime una voce:
Vien Vittorio, vien veloce,
E l'Italia è fatta già!

Estalló una tempestad de aplausos, y tuvo que cantarla tres veces; á la tercera soltó un gallo, pero se atribuyó á la emoción y vino á coronar su triunfo. Días felices, aun para los tenores.





UN PELIGRO Y UN LUTO

Después de la caída de Gaeta, los sucesos que más nos conmovieron fueron la carta famosa que escribió el general Cialdini á Garibaldi, después de la gran borrasca parlamentaria de Abril, y la muerte de Cavour. Por más que los estudiantes revolucionarios admirasen al vencedor de Castelfidardo, tanto por la prosa poética de sus proclamas como por sus victorias, sin embargo, aquella carta mal inspirada, que revelaba un aere sentimiento de envidia, y sonaba más que á amonestación de adversario, á provocación de enemigo, nos revolvió la sangre. Todos creímos que provocaría un duelo. Recuerdo las disputas tempestuosas que tuvimos en la escuela con los compañeros partidarios del Gobierno, y en el café con los amigos cazadores, las acometidas y las respuestas ruidosas:—Es una infamia.—Es una lección merecida.—

¡Recogeremos el guante!—¡Andaremos á tiros!—y otras amenazas en que palpitaba la guerra civil, que nos lanzábamos al rostro todas las noches, golpeando con los puños en las mesas, en las cuales bailaban los helados y las jicaras; y recuerdo asimismo el sentimiento de viva satisfacción que en todos produjo la respuesta humilde y noble de Garibaldi, la cual truncó la pendencia y disipó todo peligro.

En cuanto á la muerte del Conde de Cavour, me complace poder decir que, hasta la triada garibaldina que había combatido con tanto furor su política sintió sincero dolor. Ya desde fin de Marzo nos habíamos reconciliado algo con él por efecto de los discursos estupendos que había pronunciado sobre la cuestión de Roma: habíamos reconocido honradamente que no se le podía negar talento, y que quizá, á su modo, amaba también él á su país. No marchábamos de acuerdo; pero, como adversarios leales, se admitía que había hecho á Italia servicios no despreciables; y que no había por el momento otro hombre de igual levadura que pudiera sucederle: la pasión de partido, decíamos, no nos impide ser justos.

Era de esta misma opinión también el profesor de italiano, aunque, por su semejanza con Gustavo Modena, se creyera él en el deber de profesar las ideas de la extrema izquierda; admiró también él—después de muerto—al gran Ministro, y fué feliz al probárnoslo leyendo en clase, en lugar de dar la lección, las más elocuentes necrologías que se publicaron en aquellos días dolorosos; no sólo para rendir el debido homenaje al gran muerto—decía,—sino para hacernos aprender el estilo de los elogios fúnebres, que eran un género aparte, como si dijéramos, la música sacra respecto de la música dramática; á cuyo propósito citó el *Stabat Mater* de Rossini, que le llevó por la mano á tratar del *Barbero de Sevilla*...



PRIMEROS ESTUDIOS DE LENGUA

En aquel mismo mes de Junio, ocurrió en mi vida de estudiante un hecho al parecer insignificante, que tuvo para mí una importancia extraordinaria, y que sólo apunto para mis lectores de quince años; para los cuales precisamente me parece necesario un breve prefacio.

En las clases de estudios clásicos, entonces como ahora, no se enseñaba, en el sentido propio de la palabra, la lengua italiana, como si por el mero hecho de haber nacido en Italia todos los muchachos debieran naturalmente saberla, ó como si bastasen para hacerla aprender aquellas pocas lecturas de escritores italianos, desordenadas, fragmentarias y superficiales que hacíamos en la clase y en casa; de las cuales, como de toda simple lectura, queda tanto menos de lengua en la memoria, cuanto más absorba la atención el conte-

Era de esta misma opinión también el profesor de italiano, aunque, por su semejanza con Gustavo Modena, se creyera él en el deber de profesar las ideas de la extrema izquierda; admiró también él—después de muerto—al gran Ministro, y fué feliz al probárnoslo leyendo en clase, en lugar de dar la lección, las más elocuentes necrologías que se publicaron en aquellos días dolorosos; no sólo para rendir el debido homenaje al gran muerto—decía,—sino para hacernos aprender el estilo de los elogios fúnebres, que eran un género aparte, como si dijéramos, la música sacra respecto de la música dramática; á cuyo propósito citó el *Stabat Mater* de Rossini, que le llevó por la mano á tratar del *Barbero de Sevilla*...



PRIMEROS ESTUDIOS DE LENGUA

En aquel mismo mes de Junio, ocurrió en mi vida de estudiante un hecho al parecer insignificante, que tuvo para mí una importancia extraordinaria, y que sólo apunto para mis lectores de quince años; para los cuales precisamente me parece necesario un breve prefacio.

En las clases de estudios clásicos, entonces como ahora, no se enseñaba, en el sentido propio de la palabra, la lengua italiana, como si por el mero hecho de haber nacido en Italia todos los muchachos debieran naturalmente saberla, ó como si bastasen para hacerla aprender aquellas pocas lecturas de escritores italianos, desordenadas, fragmentarias y superficiales que hacíamos en la clase y en casa; de las cuales, como de toda simple lectura, queda tanto menos de lengua en la memoria, cuanto más absorba la atención el conte-

que se tiene siendo niños al recibir la primera caja de colores ó el primer instrumento de música; un placer puramente artístico, y casi todo filológico, porque no entraba más que una mínima parte del pensamiento satírico y político del poeta, que en muchos puntos me resultada oscuro.

Aquella gran riqueza de modismos nuevos para mí, familiares y de gran fuerza de expresión; aquella variedad de escorzos y de relieves del lenguaje, de construcciones atrevidas y de enlaces elegantes y flexibles entre idea é idea; aquella profusión de piedras preciosas y de perlas finas, ensartadas una á otra, y todas engarzadas en el verso con aquella gracia y soltura admirable, que expresaban maravillosamente mil cosas que yo no habría sabido ni siquiera tocar con la palabra, y que eran como respuestas inesperadas á mil preguntas curiosas acumuladas hacia tiempo en mi mente, me pusieron el cerebro en ebullición. Aquellas palabras, aquellas frases resplandecían ante mis ojos como fuegos de mil colores, sonaban á mis oídos como notas de un coro de voces argentinas, se imprimían en mi memoria y casi en el

alma, como miradas y lineamientos de humanas criaturas; las volvía y revolvía en el pensamiento una á una como para buscar su secreta virtud; gozaba separándolas de la estrofa y saboreándolas, como el que arranca flores de una planta y una á una las va oliendo con los ojos cerrados. Mi amor por la lengua nació de aquella lectura. Y fué un amor que no suscitaron ni la conciencia de tener facultades de escritor, ni la esperanza de adquirirlas, pues no pensaba en esto absolutamente; fué como la pasión de quien recoge monedas preciosas ó conchas raras por el solo placer de observarlas y de tocarlas, sin pensar siquiera en enseñárselas á los amigos.

Compré un grueso cuaderno empastado y comencé á apuntar en él notas; hice el análisis de todas las poesías, y copié casi todo el diccionario; en pocos días llené todo el cuaderno. Se me pasaban las horas como si fueran minutos en aquel trabajo agradableísimo, como si estudiara una lengua nueva y maravillosa, de la cual no hubiese tenido hasta entonces más que una confusa noción. Me parecía que estaba aprendiendo á la vez lengua, música y pintura, y que cada día iba siendo por efecto de aquel es-

tudio, más íntimamente, más patrióticamente italiano. Y tanta parte tenía en aquella pasión este sentimiento, por más que no tuviera de él entonces clara conciencia, que senti por primera vez en aquellos días la necesidad de corregir mi pronunciación, sirviéndome de la conversación con un militar natural de Siena, poeta improvisador y cabo. Otra pequeña calamidad ésta de la pronunciación italiana, de la cual no se preocupaban los maestros de literatura, á los cuales se les podía leer un verso de Petrarca de un modo disparatado sin que se dieran por enterados si quiera.

Y, naturalmente, una vez puesta en movimiento la pasión por la lengua, mi trabajo no se detuvo en la última poesía de Giusti. Busqué otras minas, y por mi ventura tropecé con Guerrazzi, del cual ya había leído varios libros, pero solamente con ojos de patriota, atento únicamente á pescar en ellos invectivas contra los tiranos para ingerirlas luego en las composiciones de efecto. Mas de Guerrazzi, cogido en el lazo de su estilo imaginativo y fuerte, no me bastó sacar las palabras y las frases; cogiendo cuanto podía, me llevaba trozos

enteros, y además de copiar, aprendía de memoria páginas completas que recitaba después á un compañero de clase, entusiasta de Guerrazzi entonces (y hoy, alcalde de la ciudad hace veintitrés años), el cual en aquel ejercicio competía conmigo, y me vencía porque sabía al dedillo todos los más hermosos pasajes del *Asedio de Florencia*, y los recitaba con una gracia exquisita. Luego hice en la pasión por la lengua los mismos saltos que hacía en el amor. Pasé de Guerrazzi á Guadagnoli...





FÚRORES GIMNÁSTICOS

Pero, no hay que esperar nada de una cabeza de quince años; aquella gran pasión filológica fué truncada de golpe, en medio de las vacaciones, por la aparición de los hermanos Guillaume. No había venido nunca á la ciudad una gran compañía ecuestre; todo aquel vistoso aparato de caballos, *atrezzi*, mallas y vestidos de múltiples colores me inflamó de entusiasmo por el acrobatismo, haciéndome recaer en plena adolescencia. Mi buen padre, que en todo me daba gusto, me mandó hacer un trampolín, y me compró cuerdas, anillas, trapecios y aros, como si fuera á levantar una barraca de saltimbanquis. Inmediatamente, llamé á una reunión á todos mis compañeros que tenían tendencias acrobáticas, y me entregué con ellos al *sport* del circo con una pasión desenfrenada. Fueron ejercicios y cabriolas de locos, con las con-

siguientes caídas, magullamientos, torsiones y roturas de cabeza y enfriamientos terribles.

Mas aquello era también «furor de gloria», puesto que, haciendo mis proezas, me imaginaba que estaba trabajando siempre delante de una muchedumbre espectadora, que yo veía y cuyos aplausos sentía como un alucinado. Formalmente: por un cierto tiempo tuve la ambición de llegar á ser director de circo ecuestre. Mi padre me reprendía las exageraciones. Yo le respondía: *Mens sana in corpore sano*; á lo cual replicaba él con agudeza, que mientras tanto, era un principio perfecto de insania de la mente el romperse la cabeza por sanear el resto del cuerpo. Y el cuerpo, en efecto, salvo los chichones y las desolladuras, estaba sano: crecía como un girasol, era un lobo en la mesa, dormía como una marmota, y disputaba con los mozos del Banco, echando bravatas y cargando á las espaldas sacos de sal de cien kilogramos, que hubieran destroncado á mi profesor de filosofía. Pero en cuanto á nutrir la *mente sana* de estudios, era otro asunto: no recuerdo haber tenido tanta aversión al papel impreso como en aquel periodo, estaba en

camino de llegar á ser un fortísimo y muy ágil cretino.

Es, sin embargo, enteramente cierto que las enfermedades de la vanidad se curan por sí mismas; porque en esta que á mi me dominaba de danzar por los aires, entraba como principal motivo. Y he ahí cómo me curé de ella con gran satisfacción de mi madre, que estaba siempre con el sobresalto de verme entrar en casa en unas parihuelas. Mi ejercicio predilecto era el salto con trampolín; mi ambición suprema, la de llegar á saltar una diligencia, como había visto hacer á un payaso de la Compañía de Guillaume (un semidiós). Pero para llegar á tanto, era preciso aprender á dar el salto mortal, como lo daba el semidiós y yo me empeñaba en darlo: era un empeño loco el mío, y no me atrevía á ensayarlo, porque no se trataba de un juego, sino que era muy fácil romperse la crisma.

Un día, estando con la acostumbrada compañía de mis hermanos de arte, entre los cuales me arrogaba yo el primado (que me habían concedido por ser dueño de los aparatos), se lanzó en medio de todos un condiscípulo mío, bastante más suelto y

atrevido que yo, que probó á dar el salto. Le salió bien el primer intento, causando la admiración de todos, y yo fui relegado entre los artistas de segundo orden, sintiendo una envidia mortal. Cien veces, estando solo, me decidí á hacer la prueba: me ponía derecho largos ratos sobre el borde del trampolín, con los puños cerrados y con la mirada fija en el suelo enarenado, en la actitud de una Safo con pantalones en el momento de lanzarse al agua, esperando el impulso del valor, y aplicándome acicates vocales:—¡Vamos allá!—¡Ánimo!—¡Á la una...!—Mas el impulso no vino nunca.

Meditándolo mucho, como solo tenía una espina dorsal, no convenía arriesgar su integridad. Y entonces perdí los ánimos, y desistí. Y desistí también de las luchas con los amigos y de las ambiciones de gloria gimnástica sin perder por esto el amor á los ejercicios físicos, los cuales fueron siempre acompañados, sin embargo, con la imagen del Circo y de los aplausos de la multitud, compuesta especialmente de señoras y señoritas.

Este entusiasmo me duró todo el primer período de la juventud, tomando formas muy diversas, entre otras, la del juego del

pallone, de la pelota y de los bolos; llenándome de satisfacción tan pura, que llegaba hasta bendecir aquellas primeras locuras; porque estoy firmemente convencido de que debo en gran parte á la gimnasia, la salud vigorosa que tuve hasta la edad madura, y de aquí la rara serenidad de espíritu, la maravillosa facilidad de gozar con las cosas más pequeñas y de tomar la vida jovialmente, y de estar contento de ésta en cualquier estado: serenidad que no me abandonó nunca, mas que en rarísimos y muy breves intervalos, ... hasta que fui herido por aquellas grandes desventuras que perturban aun los temperamentos más sanos, como los huracanes derriban hasta los árboles más recios.



FÍSICA É HISTORIA

Hay siempre en nuestra juventud un año extraordinario, que, cuando en la edad madura volvemos á pensar en él, se nos presenta á la mente como á los ojos del orador público una de aquellas singulares fisonomias que atraen su atención entre otras mil del auditorio, y le obligan á mirarla cien veces, como si sobresaliera por cima de todas y estuviera iluminada por una luz más viva. Esto acontece para mí con el segundo año de Liceo, que comencé en Noviembre de 1861.

Comenzó bien gracias á dos nuevos profesores, que siempre recordaré con agrado, y á quien nombro por gratitud y por deber de ciudadano, porque en el campo restringido de su oficio hicieron tanto bien á la juventud, que merecen que todo el que pueda, aun después de medio siglo, les honre

públicamente. Eran muy jóvenes ambos; el uno profesor de Física, el otro de Historia.

El primero, Giovanni Cossavella, tipo rubio sanguíneo, fuerte y sano como una planta de montaña, de fisonomía abierta y simpática, que delataba á primera vista valor é ingenio, era un maestro incomparable, que había nacido para ello, como diría Tito Livio Ciauchettini, para trasvasar ideas de su propia cabeza á «otra cabeza receptora». Dar lección era para él un verdadero goce de la inteligencia y del ánimo, que le hacía brillar los ojos, vibrar la voz y dar rienda suelta al gesto como á un tribuno. Tenía en la exposición un orden matemático y una diafanidad cristalina, sentía la poesía de su ciencia, y este sentimiento poético lo trasfundía en los estudiantes, haciéndonos amena la Física como la literatura, con una elocuencia viva, llena de color, ondulada, diría yo para expresar la agradable variedad de sus entonaciones; elocuencia, por lo demás, que aun en los incisivos llenos de ingenio, no se salía ni un momento del asunto. Y era modesto sin afectación, indulgente sin debilidad, familiar con nosotros sin incitarnos á

la licencia, bueno y firme siempre, en todos los días del año igualmente sereno, como si al subir á la cátedra huyera de su mente todo pensamiento y del alma todo sentimiento que no fuera el de su ciencia y el de su deber.

El otro, figura flacucha y pálida de curita patricio, era menos vivo para la enseñanza; pero aun cuando en distinta forma, no de menor eficacia. Daba lección como si celebrara misa, con una dignidad sacerdotal, que nos imponía respeto y nos engrandecía admirablemente el concepto de la importancia de la historia. Cuando nos exponía las condiciones de un gran tratado de paz ó de alianza, lo hacía con tal gravedad en el rostro y en el acento, que todos nos poníamos á escucharle en silencio y con verdadero recogimiento, como si estuviéramos bajo el peso de la solemnidad del momento histórico, como si hubiéramos visto en medio de la clase los príncipes y embajadores de los varios Estados, sentados en torno al tapete verde, discutiendo la suerte de Europa. Anunciaba las declaraciones de guerra de un modo que nos conmovía como si fuera la lectura de la escena de los *Adelchi*, donde el mensajero del rey Carlos

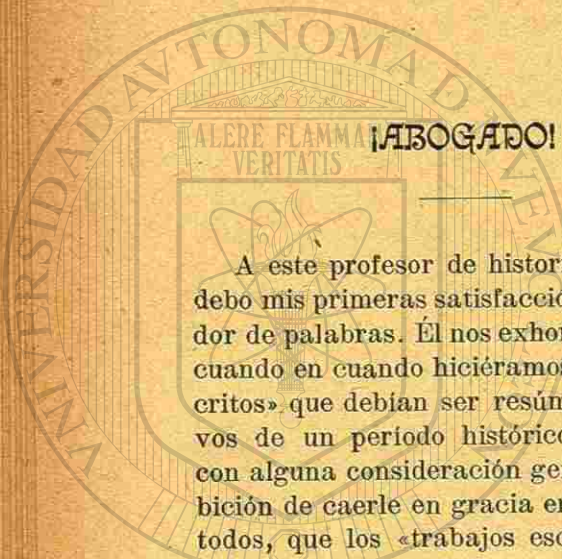
arroja el guante á Desiderio, haciéndonos exclamar en el fondo de nuestra alma:— ¡Qué tremenda necesidad! ¡Cuánta sangre humana va á verterse!—Por último, transportaba tan bien nuestra imaginación á lugares y tiempos remotos, que después de clase, discutíamos sobre los grandes acontecimientos de hacía diez siglos, como sobre hechos de historia contemporánea, acalorándonos por Federico Barbarroja y por Juan de las Bandas negras, como por Napoleón III y por Garibaldi.

No bromeaba nunca; tenía la mirada recogida como el sacerdote en el altar, hablaba bajo como si nos confiara envidiables secretos políticos, y no ensalzaba jamás al que sabía, limitándose á hacer con la cabeza lentamente un movimiento de aprobación, como para decir:—No me corresponde á mí alabarle; ha arreglado los negocios de Europa; los pueblos le quedarán reconocidos.—Y no hay por qué reir de ello, porque era un arte que nos hacía estar atentos y estudiar.

Se llamaba Bartolomé Fontana. No he vuelto á saber nada de él desde entonces; mas no he abierto un libro de historia sin que surgiera delante de mí su imagen, con

el semblante grave y con los ojos bajos, en el acto de «celebrar» la lección. Puedo decir con plena conciencia que si no he llegado á ser un ilustre historiador, la culpa será de otro, no suya.





ABOGADO!

A este profesor de historia es á quien debó mis primeras satisfacciones de vendedor de palabras. Él nos exhortaba á que de cuando en cuando hiciéramos «trabajos escritos» que debían ser resúmenes narrativos de un período histórico, cerrándolos con alguna consideración general. La ambición de caerle en gracia era tan viva en todos, que los «trabajos escritos» llovían todas las semanas á docenas sobre su mesa, y porfiando entre nosotros sobre quién le llevaba más material, había quien le disparaba media resma de papel; él mandaba recoger todo aquel matalotage á un bedel, que salía á veces cargado como un burro.

La atmósfera del tiempo pedía que todo escrito escolar terminase con una sonata patriótica. Yo puse al primero de aquellos trabajos un remate de este género, que fué

acogido con aplauso. Esto bastó para que varios compañeros acudieran á mi á fin de que les pusiera la tirada final de su resumen. Los pedidos excitaron mi amor propio y llegué á ser un fabricante de «finales»; finales rimbombantes de amor patrio, hechos con las manos y con los pies, llenos de huecas frases cosidas á los trabajos, no con hilo blanco, sino con cuerda de esparto, verdaderos petardos de retórica, pillerías literarias de que no hay idea. Con este continuo ejercicio adquirí en este indigno oficio una destreza sorprendente: hubiera podido poner tienda y ganarme el pan. Me ensoberbecí.

Mas es extraño que de un resultado tan lisonjero no naciera en mí absolutamente para nada la esperanza y el propósito de llegar á ser escritor; sino que, por el contrario, surgió la idea de que tenía vocación para la abogacía. En efecto: el estilo de aquella prosa vil era más de improvisador que de literato, pertenecía exclusivamente al género oratorio, y al más bajo. La idea poco á poco echó raíces y vegetó lozana.

Si, había nacido para tronar en la barra, para crecerme en el foro; no había lugar á dudas; me maravillaba de haber sentido tan

tarde la voz de la naturaleza. Era aquella, por consiguiente, mi novena encarnación: primero bandido, luego soldado, pintor, cura, tenor, matemático, comediante, director de circo ecuestre... ¡abogado! Y abracé la nueva ilusión con el mismo ardor con que había abrazado las otras ocho. Acordándome del gran efecto que me había hecho el discurso del abogado Brofferio en defensa del general Ramorinis, me di á leer *Mis tiempos* (que entonces se publicaban en fascículos), cuyo estilo oratorio me parecía justamente el más adecuado para formar la elocuencia de un aspirante á la toga, y estudié de memoria todos los fragmentos de discursos parlamentarios que el autor refiere en aquella obra, y les iba recitando por el jardín y en el patio con una gran mímica curialesca, fingiendo que eran arengas en defensa de acusados, y viendo, como si realmente los tuviera delante, la prisión, á los jueces, al auditorio, á los guardias civiles, todos embobados con mi palabra.

Frecuenté los Tribunales é hice novillos un día en la escuela para ir á oír al viejo abogado Sineo, que había venido de Turín, y que me avasalló de entusiasmo. Luego comencé á soltar discursos por cuenta pro-

pia, en defensa de imaginarios criminales y de Ramorinis ideales. Me acaloré de tal modo, por último, que un día declaré mi propósito á mi padre: había elegido carrera, y ya no necesitaba otra cosa más que su consentimiento. Él se sonrió, y después de quedarse pensándolo un rato, consintió, diciéndome que de todos modos yo estaba destinado á los estudios universitarios, que podía estudiar leyes si tal era mi deseo. —Está bien—me dijo por último;—serás abogado. Me pareció que en aquel momento me habían hecho doctor en leyes, y que desde el día siguiente iba á comenzar á afluir la clientela. Se lo participé á mis compañeros, como cosa hecha, y comencé, al discutir con ellos, á usar gestos abogadiles, y en casa, en los momentos de ocio, á palpar con amorosa familiaridad los Códigos de mi hermano. ¡Oh! finalmente, había encontrado mi camino. Y entre tanto, para ejercitarme cada vez más en la improvisación, vengan «finales» y más «finales».



LOS PRÓFUGOS POLACOS

Alguna vez «cerraba» mis discursos con una invocación á Europa en pro de Polonia, donde había estallado en Enero, aquella desesperada insurrección, que se prolongó hasta el invierno de 1864, y fué luego sofocada, como las tres precedentes, en un mar de sangre heroica. Excitaba mi elocuencia la vista cotidiana de muchos jóvenes polacos, alumnos de una escuela militar de Varsovia, que, después de la revolución, se habían refugiado en Italia, viniendo á establecerse en nuestra ciudad, para esperar allí ocasión y manera de volver á combatir por su pueblo.

Eran todos de familias señoriles, rubios, hermosos y robustos, de rostro varonil y grave, sobre el cual se leía el pensamiento persistente de la patria lejana y de la muerte próxima; á los pocos meses cayeron, en efecto, la mayor parte bajo el plo-

mo ruso en un combate memorable. El pueblo, para quien cada uno de ellos traía al pensamiento los muchos polacos muertos generosamente por Italia, y que sabía cómo casi todos tenían en su familia ó entre sus amigos una victima de aquella caza feroz llevada á cabo contra los comprendidos en la nueva quinta, que fué donde estalló la insurrección, les rodeaba de respeto y les colmaba de cortesías. A las cortesías contestaban ellos con viva gratitud, de la cual dieron una prueba gallarda con ocasión de la muerte del alcalde, llevando sobre sus hombros el féretro hasta el camposanto.

De muchos de aquellos jóvenes predestinados á la muerte conservo su imagen todavía en la mente, que siempre se me presenta acompañada del sonido armonioso de su lengua, de la cual recogía con curiosidad alguna palabra al pasar al lado de los grupos que formaban, comentando las noticias periodísticas de la guerra santa que les esperaba. Recuerdo especialmente á uno, que ninguna convecina mía de aquel tiempo puede haber olvidado: la figura más bella y más poética que haya podido soñar una joven enamorada: una cara que parecía arrancada de un cuadro de fray Angé-

lico, coronada por una maravillosa cabellera rubia, y de una expresión triste y dulcisima, jamás iluminada por una sonrisa, á la cual correspondía la gracia del cuerpo; alto y ágil, un poco encorvado, como por efecto de un crecimiento demasiado rápido, porque apenas tenía, según decían, diez y siete años; una perfección de belleza y de elegancia femenina; austero, sin embargo, y que parecía aún más delicado frente á los otros fuertes hijos del Vístula, entre los cuales acababa su desenvolvimiento en tierra extraña.

Le vi una noche en el teatro, en una butaca, solo, atento únicamente á la comedia, de la cual quizá no comprendía ni una palabra; algunas señoras jóvenes que estaban sentadas cerca, hacían lo imposible por atraer su atención, y otras le miraban con los gemelos desde los palcos; él no dió señales de advertirlo, ni durante la representación, ni en los intermedios; se estuvo sentado, con los ojos fijos en los actores ó en el telón, como absorto por un doloroso pensamiento. Algo trágico habría ocurrido sin duda, en su lejana familia. Pensaba quizá en su padre que arrastraba cadenas por los caminos de Siberia, ó en algún her-

mano, soldado forzoso, que se deshacía de ira entre los barrancos del Cáucaso, ó en su madre énloquecida por el dolor de aquella noche tremenda, en que la soldadesca del gobernador Wielopolski, incitada como manada de bandidos, había arrancado á Polonia la flor de sus hijos. Y quizá viera él en la oscuridad de las selvas, que la guerra ensangrentaba, su hermoso cuerpo juvenil, tendido inmóvil sobre la hierba, lacerado por la metralla del Emperador.





DÍAS DE EMBRIAGÜEZ

Pero, finales de peroratas, togas, Polonia, todo se vino á tierra de golpe, y con ellos la Física y la Historia. Fueron días angustiosos y beatíficos, en que el sol resplandecía como si se hubiera acercado á la tierra, y la luna me miraba y me hablaba, y los Alpes estaban tan blancos y la campiña tan verde como no habían estado nunca ni podrán volver á estarlo jamás; días en que las flores de mi jardín, enviándome una oleada de perfumes, me decían:—¡Para tí, buen muchacho!,—y toda música que se oyera en los aires, parecía que tocaba en honor mío para acompañar el canto de triunfo de mi corazón; días en que la gente agólpada en el paseo, que yo iba cortando al deslizarme como un pez en las olas y buscando en derredor con la vista, me parecía una multitud de infelices que no tuviera razón de existir; y todos los cuida-

dos de la vida y las relaciones humanas y las cosas próximas y remotas, me aparecían como á través de los vapores rojos de un incendio que abrasara el universo.

Y existía en la ciudad una calle pobre donde todas las casas me parecían templos y palacios de una arquitectura fantástica, y en aquella calle una casa, que tenía para mí la vida y la expresión de un enorme semblante humano, que me hacía enrojecer y palidecer, mirándome fijamente con el ojo de una ventana encendida; y en aquella casa una escalera, donde el aire se entenebrece y bailaban las paredes, sintiendo retemblar las piedras bajo mis pies como si ocurriera una sacudida de terremoto.

Y había una imagen que á todas partes me acompañaba, y me parecía al mismo tiempo gentil como una flor é inmensa como un mundo, dulce y terrible á la vez, familiar á los ojos y al pensamiento, y sin embargo, envuelta en su enorme é impenetrable misterio, en él que la fantasía se perdía, como la mirada, en un abismo de tinieblas.

Y en aquellos días despreciaba toda vulgaridad, huía de los juegos infantiles,

buscaba los brazos de mi madre; subía la oración del corazón á los labios, promovida por el sentimiento de que únicamente un Dios infinitamente bueno podía haber hecho el corazón humano capaz de la dulzura infinita que me embriagaba; y mientras adoraba la vida, veía también hermosa la imagen de la muerte, porque me parecía que ni siquiera ésta habría podido apagar la llama omnipotente que ardía dentro de mí, y que la vida futura no pudiese ser otra cosa que la satisfacción absoluta y el triunfo inmortal de la pasión que me levantaba del suelo...

Y esto basta: porque entre otras muchas cosas, no he comprendido nunca cómo un hombre puede contar al público su primer amor!



UN GRAN DOLOR

Me despertó de aquel sueño un golpe fulminante.

Una noche, mi padre, apenas se sentó á la mesa con nosotros, se dejó caer de la mano el tenedor; dos veces se esforzó por cogerle sin lograrlo.—No me siento bien—dijo,—y levantándose con trabajo, se sentó en el sofá, permaneciendo inmóvil un rato con los ojos fijos y sin hablar. Luego quiso ir á la cama y fué con gran dificultad, arrastrándose, sostenido por mi madre y por uno de mis hermanos. Se mandó llamar al médico, que acudió en seguida.

Desde el cuarto inmediato oí la terrible sentencia.

Estaba perdido.

Un golpe de apoplejia le había cogido toda la parte derecha del cuerpo y le había atacado el cerebro.

Así, de golpe, se apagaba, como quien

buscaba los brazos de mi madre; subía la oración del corazón á los labios, promovida por el sentimiento de que únicamente un Dios infinitamente bueno podía haber hecho el corazón humano capaz de la dulzura infinita que me embriagaba; y mientras adoraba la vida, veía también hermosa la imagen de la muerte, porque me parecía que ni siquiera ésta habría podido apagar la llama omnipotente que ardía dentro de mí, y que la vida futura no pudiese ser otra cosa que la satisfacción absoluta y el triunfo inmortal de la pasión que me levantaba del suelo...

Y esto basta: porque entre otras muchas cosas, no he comprendido nunca cómo un hombre puede contar al público su primer amor!



UN GRAN DOLOR

Me despertó de aquel sueño un golpe fulminante.

Una noche, mi padre, apenas se sentó á la mesa con nosotros, se dejó caer de la mano el tenedor; dos veces se esforzó por cogerle sin lograrlo.—No me siento bien—dijo,—y levantándose con trabajo, se sentó en el sofá, permaneciendo inmóvil un rato con los ojos fijos y sin hablar. Luego quiso ir á la cama y fué con gran dificultad, arrastrándose, sostenido por mi madre y por uno de mis hermanos. Se mandó llamar al médico, que acudió en seguida.

Desde el cuarto inmediato oí la terrible sentencia.

Estaba perdido.

Un golpe de apoplejía le había cogido toda la parte derecha del cuerpo y le había atacado el cerebro.

Así, de golpe, se apagaba, como quien

sopla una luz, aquella mente penetrante y lúcida, dotada de una razón poderosa y de exquisitas facultades artísticas, abierta á toda idea hermosa y apta para todo género de estudio y de disciplina; así concluían cincuenta años de trabajo útil, de vida honrada y fecunda, de cuidados y de sacrificios afectuosos y continuos por la familia, antes de que pudiera él obtener recompensa alguna del buen éxito de sus hijos. Se acababan con el desconsuelo de dejarnos cuando aún tenemos necesidad de él y con la angustia de lanzarnos, desde una situación holgada, á las penalidades y á la incertidumbre del porvenir, como si no hubiera trabajado, luchado tanto tiempo, más que para hacernos más funesto su fin.

Desde aquel día nuestra casa fué una tumba, en la cual, todavía vivo, estaba como sepultado, y separado de nosotros más terriblemente que por la muerte, puesto que no teniendo ya padre, permanecía aún delante de nosotros, como la imagen misma de nuestra desventura, su sombra dolorosa. Todavía hablaba, pero con palabras inconexas é insensatas que nos laceraban el corazón más que el silencio de la muerte; recordaba aún nuestros nombres, pero

como si no viera en nosotros más que sombras, y nos escuchaba con la mirada fija y con la frente fruncida, haciendo un esfuerzo intenso y prolongado para recoger y enlazar las nociones rotas de la inteligencia; no nos entendía, como si le hablásemos en una lengua desconocida ú olvidada, que no llegara á herirle más que el oído. Y si alguna vez, por pocos momentos, le volvía un vislumbre de inteligencia, eran aquéllos los momentos de mayor angustia, porque, teniendo como á chispazos conciencia de su desventura, se golpeaba la frente con la mano en actitud desesperada, y expresaba el deseo de morir, la pena de verse reducido á ser un «fastidio» y un «estorbo», el tormento que le destrozaba de no poder hablarlo ya ni entendernos, y todo esto lo expresaba con exclamaciones entrecortadas y violentas, con golpes de llanto acerbo que nos hacían huir de su lado sollozando.

¡Pobre padre mio! Solamente entonces, en mis largas horas de pesadumbre, recorriendo el pasado, comprendí yo toda su bondad, todas sus virtudes de hombre y de padre. Su amor por nosotros tenía algo de austero; él nos quería, pero no nos adoraba, y en esto también era sabio; y por esto

sus caricias, por más que fueran frecuentes, nos hacían el efecto de una recompensa ansiada. Él había sido para nosotros el primer maestro. Cuando todavía éramos niños, nos llevaba á dar largos paseos al campo; para nosotros estos paseos eran una verdadera fiesta; y, por el camino, nos contaba siempre en forma agradable algo útil, indicándonos la belleza del paisaje, enseñándonos los nombres de las plantas, estimulando y satisfaciendo con mil medios ingeniosos nuestra curiosidad infantil.

Él nos hacía cuadros sinópticos que nos facilitaban el estudio del latín, nos enseñaba el francés, que sabía muy bien, y la caligrafía, en la cual era maestro; nos hacía cuadros en colores para que aprendiéramos mejor la nomenclatura italiana de los objetos domésticos, y nos dibujaba mapas geográficos con un método especial suyo, que le costaban semanas enteras de trabajo.

Dotado de muchas y finísimas habilidades mecánicas, las ejercitaba constantemente en provecho nuestro; nos encuadraba libros, nos hacía juguetes, nos construía muebles pequeños, nos esculpía las cabezas de los muñecos, nos pintaba los

telones para el teatro. Y, sin embargo, siendo padre tan trabajador y lleno de pensamientos extraños á su oficio, era un empleado más que diligente, de ardoroso celo, hasta un punto tal, que todos los años enviaba al Ministerio grandes proyectos de reformas en la contabilidad, sobre las cuales se le veía trabajando meses enteros. Y no restringía su vida intelectual al círculo de la oficina y de la casa; leía libros nuevos de todos géneros, sabía de memoria un gran número de poesías, que recitaba admirablemente, tenía una admiración apasionada por los grandes hombres de ciencia y por los artistas notables, visitaba estudios de pintores y establecimientos industriales, iba siempre en busca de todo hombre ilustre, que visitaba nuestra ciudad, presentándose á él sin más título que el de admirador, como un jovencillo entusiasta.

No conservo de él otra imagen que la de un hombre con el pelo y barba blancos; así me parece haberlo visto siempre, y, sin embargo, no me parecía viejo, y no me pasaba por la mente jamás que pudiera morir antes de llegar yo á ser un hombre: tan sano era, tan vigoroso, tan vivo, aun en sus conversaciones con la familia, lle-

nas de recuerdos y de ideas, de citas y de chistes. Y recuerdo que como indicio que me mostraba que tenía que vivir mucho tiempo, sentía gran placer, cuando, poniendo yo en su ancha mano, las dos mías, él, por juego, me las apretaba como con una tenaza, hasta hacerme lanzar un chillido, que yo exageraba de intento, para darle una idea más grande de su fuerza. Vivió mucho, es verdad, pero murió demasiado pronto para nosotros, y para el premio que su nobilísima vida merecía. ¡Pobre padre mío, mi maestro y mi amigo, que me has dado ejemplo de todas las virtudes y me has colmado de todos los beneficios, que yo no he podido pagar con una sola prueba de público reconocimiento, yo, que ciertamente, siendo el último de tus hijos, fui el más doloroso, el más desesperado de tus últimos pensamientos!

Y mientras decía para mí estas cosas, de noche, sentía en el cuarto inmediato su delirio compasivo, exclamaciones ahogadas y sin sentido, que me entraban en el corazón como puñaladas, y las palabras dulces y tristes de mi madre que lo velaba, las cuales me hacían sufrir aún más que las suyas.

¡Qué noches tan terribles, y qué terribles días!

CAMBIO DE RUTA

Mas es tanta la fuerza de la vida á los quince años, que el ánimo no queda prostrado mucho tiempo, ni siquiera por los más grandes dolores, de los cuales se desliga para elevarse impetuosamente, como el salto de agua vigoroso que rechaza la mano que le comprime.

Esto me ocurrió á mi pasados algunos días. Del cambio de condición de la familia por lo que respecta á medios económicos no sufrí ninguna pena, ni siquiera me causó preocupación alguna; y sin embargo, el cambio había sido tal, que yo no podría ya hacer los estudios universitarios sin graves sacrificios para mi madre y mis hermanos. Estaban dispuestos á hacerlos, y los hubieran hecho con gusto; lo comprendí así, y me lo dijeron. Pero también comprendí que era deber mío tomar espontáneamente una determinación que les librara de aquella

carga; esto es, elegir una carrera que me pusiera lo más pronto posible en grado de ganarme la vida.

¡Adiós, por consiguiente, soñados triunfos del foro! Renuncié á él, sin embargo, sin ninguna pena, como había renunciado al teatro y al circo ecuestre.

Los entusiasmos patrióticos estaban aún vivos; el periodo de las guerras nacionales abierto, mi pasión por el ejército no del todo extinguida: elegí la carrera militar. Se decidió, sin vacilar, que terminase el segundo año de Liceo, y que en los comienzos del año próximo entrase en un colegio de Turin para prepararme á los exámenes de ingreso en la escuela de Módena. Y la buena voluntad, más bien la alegría con que tomé aquella decisión no fué turbada en nada por el hecho de que precisamente en aquellos días adquiriera conciencia clara y firme, dispuesta á no rendirse jamás, de poder llegar á ser, fuese como fuese, un escritor.

Fué por una casualidad, casi siempre ocurre así, como se encendió en mí aquella nueva llama á perpetuidad.

Una mañana el profesor de literatura italiana nos hizo en clase una composición

sobre el tema: *I promessi Sposi*. Dos días después, habiendo leído todos los trabajos, tuvo la bondad de sentenciar que el menos malo era el mío; pero con una frase bastante más cortés que ésta, seguida de varios comentarios, que terminaban con una falsa profecía. Y fué precisamente aquella falsa profecía la que decidió de mi destino. Quizá habría tomado más tarde el mismo camino, aunque no me hubiera empujado entonces aquel pequeño éxito; pero es un hecho, que únicamente después de aquel día, comencé á estudiar y á escribir con el propósito determinado y con la viva esperanza de conseguir algo con la pluma, y que desde aquel momento mi pasión por la literatura no tuvo ya más intermitencias.

Las primeras cosas que escribí fueron disertaciones en forma de cartas, dirigidas ora á uno ora á otro de mis amigos, pero cartas que me habrían costado un ojo de la cara si las hubiera mandado por el correo, y que nadie hubiera leído siquiera hasta la mitad, si hubiese tenido el valor de regalarlas á quien me había servido de blanco para escribirlas. Eran cuadernos, y trataban de todo, sin decir precisamente nada, giros de frases, fugas interminables de pa-

labras, cascadas de períodos, nada más que ejercicios de imaginación y de estilo, en los cuales metía á viva fuerza mis reminiscencias de lecturas, y daba amplias vueltas de águila para venir á parar á una imagen ó á una locución determinada, casi nunca mía, que me parecía una flor ó una perla; y aun vaciaba sin vacilar un saco de cosas ajenas, teñidas únicamente con los colores de mi tontería, y desparrahadas con cierto arte para que se confundiese mejor con la mercancía de mis almacenes; mas había, sin embargo, en aquella prosa de charlatán y de ratero algo de personal, y era la música, que ha cambiado poco desde entonces.

Con aquellos ejercicios me soltaba la mano para escribir, aprendía á traducir en palabras el sentimiento tal cual brotaba del alma, á expresar de distintos modos mi pensamiento, y á atar y desatar entre sí los períodos, á manejar con destreza el material lingüístico que tenía ya acumulado en la memoria.

Y al mismo tiempo que con la prosa, me desenfrenaba con los versos, porque creía firmemente poseer todas las formas del lenguaje literario. Había leído por primera

vez en la primavera de aquel año las líricas y las baladas de Prati, y aquella onda sonora de rimas, aquel deslumbramiento de relámpagos y de colores me produjo el efecto que suele producir en un joven la primera vista de una gran sala de baile llena de magnificencia, en la cual se arremolina una multitud de señoras hermosas prendidas con flores y con joyas. Y mis poesías eran todas una imitación, casi un plagio del «soberbio señor de los colores y del sonido», sacadas á luz con una facilidad de versificador espontáneo, sonoras como concierto de campanas y luminosas como fuegos de Bengala; himnos y baladas de un Prati infantil.

Mas no puedo expresar todo el placer que sentía en aquellas largas horas de «escribidor» diurno y nocturno, en las cuales se me hacía importuna la hora de comer y de la cena, y me cogía de improviso la noche, y perdía casi por completo el sentido de la vida exterior. Y fué providencial para mí aquella especie de fiebre literaria, porque teniéndome de este modo continuamente absorto, me hacía vivir fuera de la gran tristeza que pesaba sobre mi familia y olvidar casi la desventura. Sólo de cuan-

do en cuando se levantaba delante de mí de pronto la imagen del pobre viejo que yacía inmóvil en el lecho al extremo opuesto de la casa; y el pensamiento de que él no sabía nada de aquella nueva felicidad mía, que no leería nunca nada ni de aquello que entonces escribía ni de cuanto llegase á escribir en el porvenir, me hacía reposar la pluma y quedarme meditabundo con los ojos llenos de lágrimas. ¡Ah! cuánto hubiera gozado con que hubiera vivido todavía, y me trajera para que se lo copiara algún cuadro de sus proyectos de reforma administrativa, y cómo me dolía amargamente de no haberle ocultado alguna vez la mala gana con que interrumpía mis lecturas literarias por obedecerle, cuán odiosa me parecía en aquellos momentos mi ingratitud, y con qué palabras dolorosas y suplicantes pedía por ello perdón á su memoria.



ASPROMONTE

De aquella furia de escritor me hizo salir por algunos días, en el mes de Agosto, Garibaldi. El grito de *Roma ó Muerte* despertó de pronto la llama de mis pasiones políticas, y me lanzó de nuevo en medio de mis compañeros revolucionarios para agitar y vociferar contra «el hombre de Novara» y «la esfinge de París». Nosotros queríamos, por de contado, ir á Roma, á cualquier cosa, y ni por sueño dudábamos que Garibaldi, que entonces se dirigía hacia Catania con sus voluntarios, llegase á punto, á despecho de todos los diablos y de todos los santos. Y no queríamos oír razones. El que nos decía: —¿Y si Francia nos acomete?— contestábamos: —Haremos la guerra á Francia.—¿Y si se nos viene encima el Austria?— Nos revolveremos contra Austria.— Pilades, Orestes, Electra, todos á la muerte.

El día que llegó la noticia de Aspromonte, nos reunimos unos quince amigos en una pastelería, presididos por un veterano garibaldino del 60, barbilampiño endemoniado, que para el caso se había cubierto la cabeza con su vieja y descolorida gorra encarnada; y, desenterrando en casa del pastelero una bandera descolorida y rota, que nunca había visto más que el fuego de la marmita y parecía un resto de veinte batallas, recorrimos la ciudad cantando el himno de Mercantini y gritando *Roma ó Muerte*, entre el estupor, las sonrisas y las miradas de reprobación de los ciudadanos pacíficos, á quienes hacíamos el efecto de un pelotón de locos escapados de un manicomio.

Estábamos sobre todo furiosos contra el coronel Pallavicini, que pocos días antes había salido de la ciudad para ir á asumir el mando de los cazadores, conducidos luego por él mismo al asalto de Aspromonte; de aquellos cazadores que dispararon la bala fatal que partió el pie á Garibaldi. Sí, era un odio á muerte contra el coronel Pallavicini, que tantos años vivió entre nosotros y que de esta suerte pagaba nuestra afectuosa hospitalidad, derramando la sangre de nuestro Dios. Alguien habló de

hacérselo pagar muy caro, si hubiera tenido el valor de volver á la ciudad. Su promoción á general todavía encendió más nuestras iras, como una provocación después de la ofensa. Se discutió la idea de comprar una fotografía suya muy grande, que estaba expuesta en el escaparate de un librero, para hacer con ella un *auto de fe* delante del Gobierno; pero hacían falta para ello cinco pesetas y preferimos gastarlas en cerveza. Subió luego al colmo nuestra indignación (y, bromas aparte, fué una gran tristeza) cuando vimos pasar por las calles de la ciudad una columna de garibaldinos prisioneros, que eran conducidos á un fuerte de los Alpes. ¡Qué impreso me ha quedado aquel espectáculo!

Serian un centenar, marchaban entre dos filas de cazadores: los primeros con blusa encarnada, hombres en su mayoría maduros, algunos con el pelo gris y con el pecho relumbrante de medallas, figuras hermosas y soberbias que caminaban con la frente alta y con paso resuelto; los últimos, una turba de pobres muchachos harapientos, medio descalzos, con aire cansado y triste, que pregonaba una historia miserable de privaciones y de trabajos;

figuras de mendigos más que de soldados, que al oír nuestros gritos de: «¡Viva Garibaldi!» se volvían á mirarnos con aire sorprendido, y escudriñando en derredor como si buscasen pan.

¡Ah!, qué furiosas discusiones aquella noche en el café con nuestros amigos soldados, que nos llamaban los *Roma ó muertos* y se burlaban de los libertadores de Roma sin zapatos, y cantaban himnos al «vencedor de Aspromonte». Se llenó de gente la sala, acudió el dueño y estuvimos á punto de andar á cachetes.

Y nuestro enemigo, el vencedor, al fin volvió. Le encontré una noche bajo los soportales, vestido de paisano, que iba á paso ligero y mirando atentamente como si buscara á alguien con quien reunirse.

Le cedi la acera temblando y le lancé una mirada homicida. No lo advirtió: pensaba en muy otras cosas. Volviendo la cabeza, vi que á pocos pasos salía de debajo de los pórticos y se subía á un carruaje aristoerático, donde le esperaba una hermosa señora. Las dos cabezas se acercaron, el carruaje echó á andar, yo me quedé como encantado y Aspromonte se quedó sin venganza.



UN RÍO DE TINTA

Volví á entrar entonces en mi oficina literaria y no salí ya de ella en todo aquel año. Tuve solo algún día de melancolía, al inaugurarse el curso, pensando en mis antiguos compañeros que entraban en el tercer año de Liceo, al cual yo había renunciado: un sentimiento como de nostalgia de la escuela, que yo dejaba sin haber concluído los estudios, y más que nada de desconsuelo, por el abandono de los estudios clásicos, ... me parecía como una decadencia de mi dignidad intelectual. Fué sin embargo una melancolía dominada pronto por el ardor del trabajo, si puede darse este nombre á aquella erupción de palabras, que volvió á apoderarse de mí después de los días de Aspromonte, más copiosa y más violenta que nunca.

Me quedé muy sorprendido al encontrar, muchos años después, en el fondo de un ca-

figuras de mendigos más que de soldados, que al oír nuestros gritos de: «¡Viva Garibaldi!» se volvían á mirarnos con aire sorprendido, y escudriñando en derredor como si buscasen pan.

¡Ah!, qué furiosas discusiones aquella noche en el café con nuestros amigos soldados, que nos llamaban los *Roma ó muertos* y se burlaban de los libertadores de Roma sin zapatos, y cantaban himnos al «vencedor de Aspromonte». Se llenó de gente la sala, acudió el dueño y estuvimos á punto de andar á cachetes.

Y nuestro enemigo, el vencedor, al fin volvió. Le encontré una noche bajo los soportales, vestido de paisano, que iba á paso ligero y mirando atentamente como si buscara á alguien con quien reunirse.

Le cedí la acera temblando y le lancé una mirada homicida. No lo advirtió: pensaba en muy otras cosas. Volviendo la cabeza, vi que á pocos pasos salía de debajo de los pórticos y se subía á un carruaje aristoerático, donde le esperaba una hermosa señora. Las dos cabezas se acercaron, el carruaje echó á andar, yo me quedé como encantado y Aspromonte se quedó sin venganza.



UN RÍO DE TINTA

Volví á entrar entonces en mi oficina literaria y no salí ya de ella en todo aquel año. Tuve solo algún día de melancolía, al inaugurarse el curso, pensando en mis antiguos compañeros que entraban en el tercer año de Liceo, al cual yo había renunciado: un sentimiento como de nostalgia de la escuela, que yo dejaba sin haber concluído los estudios, y más que nada de desconsuelo, por el abandono de los estudios clásicos, ... me parecía como una decadencia de mi dignidad intelectual. Fué sin embargo una melancolía dominada pronto por el ardor del trabajo, si puede darse este nombre á aquella erupción de palabras, que volvió á apoderarse de mí después de los días de Aspromonte, más copiosa y más violenta que nunca.

Me quedé muy sorprendido al encontrar, muchos años después, en el fondo de un ca-

jón mis manuscritos de aquel tiempo, al ver que había podido volcar sobre el papel en pocos meses un diluvio tal de tinta: cuentos, diálogos, sátiras, paralelos de escritores, fábulas filosóficas: una especie de *Decamerone*, entre otras cosas: ¡que Dios y Boccaccio me perdonen!

Mi pasión tomó en verdad en aquel último período el carácter de una enfermedad mental, degenerando de literaria en librera, en una manía pedantesca y pueril de mis trabajos en forma de volúmenes impresos y encuadernados, con gran lujo caligráfico en los títulos, índices y ornatos, y lo que es más extraño, inmunes de correcciones cuanto más fuera posible; tanto que dejaba muchas veces intactos grandes despropósitos para no estropear la página con un tachón. Y como no me explico por qué se produjo en mí aquel capricho, puesto que no daba á leer mis «obras» ni siquiera á los amigos más íntimos, no llego á comprender tampoco el por qué de aquella producción desmedida, no pensando ni remotamente dar á la imprenta aquellos brazos de prosa.

Tenia necesidad de escribir, como había tenido el año anterior necesidad de sal-

tar y de trepar; eran humores del cerebro que tenían que salir fuera; necesitaba dar trabajo á las facultades excitadas, á fin de castigarlas y hacerlas aptas luego para una labor pensada y tranquila. Sin embargo, me avergüenzo un poco, todavía, cuando vuelvo á pensar en ello, de aquella larga orgia de literatura, que me demuestra lo mal que aún andaba yo de buen sentido en aquel año, por más que comenzase á apuntarme ya el bigote. Únicamente me consuela el recuerdo de que no me hacía grandes ilusiones respecto al valor intrínseco de mis libros imaginarios; de los cuales, por fortuna para mí, era yo el único lector. Lo cual no quitaba, por otra parte, que yo tuviera la certeza, pero precisamente la certeza más absoluta, de llegar á ser un día algo, la previsión clara y segura de que la carrera militar no sería más que un episodio en mi vida, que mi verdadera y única vocación fuera la de manchar de negro lo blanco en beneficio del género humano. No era una certeza fundada sobre pruebas que me diera yo á mí mismo en aquel período de ejercicio literario mecánico, sino sobre el presentimiento de facultades que habrían de surgir más adelante

en mi mente, sobre promesas confusas de la conciencia, sobre no sé qué armonía que oía dentro de mí, aún no formulada en ideas, vaga, profunda, dulce, continua; sobre no sé qué cosa que sentía correr por las venas y por las fibras y brillar bajo la frente y en el corazón, y que yo pensaba que habría de brotar fuera como un arroyo de fuego por efecto de un acontecimiento inesperado, del espectáculo de alguna ciudad nueva, de la compañía de nuevos amigos, de la vida libre, del descorrerse las doradas puertas de la juventud, cuyo umbral estaba á punto de atravesar.

LA MARCHA

Al fin llegó el día de salir para Turin. Parecería natural que yo dejase con dolor aquella casa donde había entrado de niño y de donde salía siendo joven, y aquella pequeña ciudad que era para mí como la ciudad donde había nacido, donde había vivido catorce años, donde había crecido tan sano y fuerte y donde dejaba tantos recuerdos. Y no fué así, sin embargo.

La primera edad tiene momentos como éste de duro egoísmo, en que la furia por salir de la cáscara, el deleite de cambiar de horizontes y de lanzarse en la vida subyuga con tanta fuerza todos los demás afectos, que casi llega á arrojarlos del corazón. Aquella ciudad, que luego había de ser para mí tan querida, últimamente se me había hecho insoportable. Conocía en ella todas las caras, tenía impresas en la imaginación las fachadas de todas las ca-

sas, podía recordar por su orden todas las tiendas de todas las calles, y este conocimiento de todo me daba una sensación del hartazgo de todo: hasta del aspecto de los bellísimos alrededores que tenía grabados en el cerebro, sendero por sendero y árbol por árbol, me venía un tedio infinito: me agitaba entre aquellas paredes como un aguilucho en una jaula de pájaros; sentía un deseo tal de irme, que sólo el humo de la locomotora, á veces, me hacía temblar como el amante al sentir el perfume de una flor que le regaló su amada.

Y no obstante esto, no me ha quedado en la memoria rastro alguno de los detalles de la salida: no recuerdo siquiera la despedida en casa, ni quién me acompañó á la estación, ni el estado de ánimo, triste ó alegre, en que me encontraba en el último momento. Recuerdo solamente que el día antes de marchar, llamé á capitular en el patio á todos los que quedaban de mis amigos antiguos descamisados, compañeros de juegos y de milicia, y que distribuí entre ellos, para que hicieran un regalo á sus hermanos pequeños, cuanto conservaba de mis juguetes de la niñez: estampas iluminadas que representaban soldados fran-

ceses é italianos, cajitas y figurillas de nacimiento, trompetas, espadas de madera de mis tiempos belicosos...

Sólo entonces, cuando vi que se llevaban aquellas reliquias, que tan queridas me habían sido en un tiempo, experimenté un sentimiento de ternura y de tristeza, como si en aquel punto se hubiera roto el lazo que mantenía unido todavía en mí el jovencillo al niño, y aquellos juguetes hubieran sido una parte viva mía que muriera en aquel instante y la llevaran á enterrar.

Desde este punto existe en mi memoria una obscuridad que llega hasta el momento en que me encontré solo en el vagón, del tren que caminaba hacia Turín, con un gran saco apoyado en el rincón del asiento y dentro del cual estaba toda la compañía de muñecos grandes con cabeza de madera que mi padre había esculpido, que habían causado las delicias, no sólo de mi niñez, sino la de mis hermanos, y que mi madre me había confiado con muchas recomendaciones para que se los llevara á un sobrinito mío de Turín.

Veo todavía aquel saco viejo de viaje bordado con vistosos colores, y casi vuelvo

á sentir bajo mis manos las cabezas duras de aquellos antiguos amigos que por todas partes hacian bulto. Y ante este recuerdo viene á mis labios una sonrisa de ironía melancólica. Sí, precisamente, en aquel saco estaba encerrada la imagen de mi porvenir. ¡Ay de mi! ¿Qué otra cosa he hecho en la vida que hacer bailar muñecos? Y ni siquiera tengo la conciencia de haber sido un diestro director. Aquí me tenéis, con el pelo blanco, preparado ya para otro viaje, y me parece que siento nuevamente á mi lado aquel saco. Entonces encerraba mi porvenir, hoy encierra mi pasado. *Vanitas vanitatum*: hé aquí el fondo de las cosas, y la conclusión de todo. Cuando estas palabras, que suelen entristecer el alma y ofender el orgullo del hombre, le sirven de consuelo, quiere decir que su camino ha concluido.



UN MISTERIO

Aquella ciudad, que no volví á ver más que dos veces en treinta años, apenas recordada sino en muy rara ocasión y sin cariño en los días de la juventud, ha tomado luego en mi espíritu en la edad madura, una vida intensa y casi resplandeciente, ha llegado á ser objeto hasta este instante de reflexiones cada vez más frecuentes y más vivas. Y no hay en esto nada de singular, porque meditando el hombre sobre el misterio de sí mismo, á medida que va envejeciendo, cada vez con mayor asiduidad, es natural que ascienda siempre con más interés, con el pensamiento, á sus propios orígenes, y de aquí á los lugares donde pasó la infancia.

Mas es singular que vuelva yo siempre á aquella ciudad, las más veces, en sueños;

y es extraño, inexplicable para mí, que estos sueños sean todos el desenvolvimiento de un mismo hecho doloroso é imposible al mismo tiempo. Me vuelvo á encontrar en la calle principal, flanqueada de un extremo al otro por doble orden de pórticos bajos, á una hora que no es ni de día ni de noche, porque los pórticos y la calle están aquí oscuros, allá iluminados por una luz crepuscular, por otra parte ocupados por una niebla espesa, que ya se rompe, ya se condensa. Es la hora del paseo dominguero, porque va y viene gente de todas partes y las tiendas están cerradas.

En todos estos sueños, con vivo deseo ansío encontrar á los amigos antiguos, muchos de los cuales viven todavía; penetro entre la multitud y avanzo buscándoles con la vista, curioso, impaciente. Ando y ando, y no encuentro á nadie; y no hallo entre toda aquella gente una sola de tantas caras conocidas, como en la realidad se me presentarian, y que por lo mismo debería encontrar soñando. En vano recorro de uno á otro extremo los pórticos de la derecha y los de la izquierda, observando los grupos que se forman delante de los cafés, los pelotones que pasan y los grupos que se

detienen en las esquinas, donde siempre tropezaba con alguno de ellos cuando por allí pasaba de muchacho: no reconozco alma viviente. Es toda una población desconocida, como sería para mí la de una ciudad donde nunca hubiera estado.

Veo muchas veces que hacia mí viene, en medio de aquella luz incierta de bosque, una persona que me parece una de aquellas que yo busco, y digo para mí, alegrándome:—¡Es Fulano de Tal!—Pero, yendo á su encuentro, advierto que me he equivocado; es otro, es un desconocido.

Poco á poco la multitud se dispersa, recorro largos trechos desiertos, flanqueados de edificios que nunca he visto, de altos muros de fortalezas y cárceles, de casas y de murallas en ruinas; me encuentro en medio del campo, solo; vuelvo á entrar otra vez por los pórticos, donde no se oyen más que las pisadas de algunos solitarios; sigo detrás de uno, corro al encuentro de otro: ningún amigo, ningún conocido; nadie me reconoce, nadie me mira; quién se vuelve á la derecha, quién á la izquierda, todos desaparecen. Corro á casa de los amigos más íntimos, á las oficinas donde

están empleados, á la tienda conocida, al café que sé que frecuentan: no hay nadie, todos son desconocidos; llamo, golpeo, llamo en alta voz:—¿Fulano? ¿Zutano?— Nadie sabe nada.

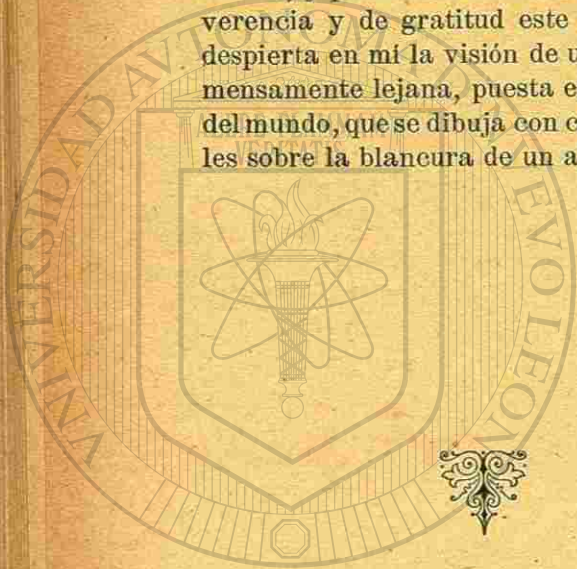
Fatigado, lleno de pesadumbre, vuelvo á echar á correr por la calle principal, enfilo las callejas laterales, doy vueltas y más vueltas por entre las casas que reconozco no sé cómo, por más que no sean ya las que eran, por plazoletas y plazas que se ensanchan y se estrechan, como si los edificios de alrededor bailasen, por callejuelas que se alargan y se pierden en las tinieblas, en torno de viejas iglesias que se transforman al acercarme á ellas en Catedrales enormes, y por todas partes encuentro, soslayo y alcanzo sombras humanas; pero por parte ninguna encuentro amigos, ni conocidos, semblantes de otros tiempos. Y esta carrera angustiosa dura hasta que me despierto, con el corazón lleno de tristeza. Años y más años llevo teniendo este mismo sueño, con muy pocas variaciones. Es imposible que no exista algún motivo. Muchas veces lo he buscado, meditando largamente; he leído también

ciertos libros científicos con la esperanza de sacar de ellos alguna luz que descubra el misterio: no he encontrado nada que fuera aplicable...

Y sin embargo, una razón, digo yo, ha de existir en mi vida, en mi conciencia, ¡qué sé yo!, una razón que desespero de encontrar, pero que estoy persuadido de que ha de ser triste, y ha de estar estrechamente unida con otros misterios del alma, tristes también, que no me serán revelados nunca. Por esto no la busco ya más hace algún tiempo.

Ahora, si una voz sobrenatural me dijera:—Lo sé,—y me preguntara:—¿La quieres saber?—respondería:—Quiero ignorarla.—Será una superstición indigna de un hombre; pero es así. *Tengo miedo, no sé de qué*, como el Osvaldo de Ibsen. Y sin embargo, siempre deseo rehacer aquel sueño; tan querida es para mi corazón, tan bella me parece aun poblada nada más que de espectros, tanto me atrae y me fascina aquella pequeña ciudad alpina, donde la edad más feliz de mi vida se cerró con la muerte del más sabio y dulce amigo que haya yo tenido sobre la tierra. Cuneo es la

ciudad, y pronuncio con sentimiento de reverencia y de gratitud este nombre, que despierta en mí la visión de una ciudad inmensamente lejana, puesta en los confines del mundo, que se dibuja con contornos azules sobre la blancura de un alba luminosa.



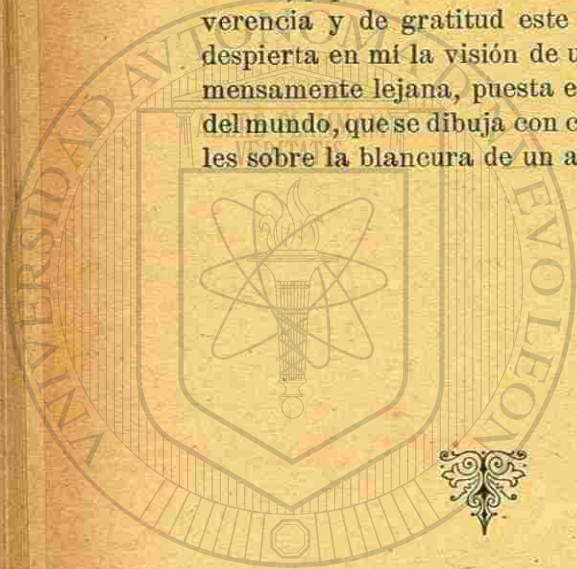
Memorias juveniles.

CARIBALDINO FRUSTRADO

Era primavera, y el sol de aquella primavera, Garibaldi.

La victoria de Calatafimi y la toma de Palermo habían inflamado el aire y los espíritus, aun en la pequeña ciudad de provincia donde yo aparentaba seguir el curso de «Humanidades». Todas las semanas salían por el ferrocarril de Turín pelotones de voluntarios de todas edades y clases en medio de los aplausos del pueblo. Las escuelas estaban en ebullición, los profesores entonaban himnos á los *Mil* desde la Cátedra; todas las composiciones italianas y latinas acababan con el nombre de Garibaldi; no se estudiaba, vivíamos en constante agitación, y en la iglesia de los estudiantes, el

ciudad, y pronuncio con sentimiento de reverencia y de gratitud este nombre, que despierta en mí la visión de una ciudad inmensamente lejana, puesta en los confines del mundo, que se dibuja con contornos azules sobre la blancura de un alba luminosa.



Memorias juveniles.

CARIBALDINO FRUSTRADO

Era primavera, y el sol de aquella primavera, Garibaldi.

La victoria de Calatafimi y la toma de Palermo habían inflamado el aire y los espíritus, aun en la pequeña ciudad de provincia donde yo aparentaba seguir el curso de «Humanidades». Todas las semanas salían por el ferrocarril de Turín pelotones de voluntarios de todas edades y clases en medio de los aplausos del pueblo. Las escuelas estaban en ebullición, los profesores entonaban himnos á los *Mil* desde la Cátedra; todas las composiciones italianas y latinas acababan con el nombre de Garibaldi; no se estudiaba, vivíamos en constante agitación, y en la iglesia de los estudiantes, el

domingo, los alumnos de Filosofía cantaban el *Veni Creator* con el motivo de *Se descubren las tumbas*.

Entre los más acalorados, figuraban conmigo dos compañeros de escuela, el uno hijo de un Médico, el otro de un Secretario de Gobierno, cuyas familias tenían relación con la mía. Entre los tres sumábamos poco más de cuarenta años; catorce el mayor de todos, yo trece y medio.

Un día, en sesión secreta, juzgando que Garibaldi tendría necesidad de nosotros, decidimos marcharnos juntos á Sicilia.

No había para qué pensar en que las familias nos otorgasen el consentimiento; era preciso escapar á escondidas. Juramos solemnemente mantener el secreto, y nos pusimos en el acto á hacer los preparativos para la empresa.

Había en la ciudad una Junta de alistamiento, en la cual tenía vara alta un abogado culto, bien acomodado y de edad madura y de ideas republicanas, que nosotros conocíamos de vista. La Junta inscribía los voluntarios, los distribuía en grupos, establecía con la Junta de Génova las salidas de los contingentes en relación con las de los vapores, daba á cada uno una hoja de

ruta y entregaba un pequeño subsidio á los necesitados, que eran la gran mayoría.

Nosotros hubiéramos querido trasladarnos á Sicilia por nuestra cuenta: hubiera sido más expedito y más poético. Pero, estando los tres tan enteramente desprovistos de dinero como ardorosos de entusiasmo, tuvimos que pasar también por la hilera de la Junta.

Cuando llamamos á la puerta del abogado, nos hallábamos poseídos de profundísima emoción. Ahora mismo estoy viendo la habitacioncilla tapizada de rojo, y aquella figura, que nos pareció iluminada por un reflejo de la gloria de Garibaldi, majestuosa como un monumento. Era un hombre de elevada estatura, rubio, calvo, de ancha cara, sin barba, con dos ojos grises clarísimos, que parecían de vidrio, fríos y escrutadores, de maneras corteses, pero de pocas palabras.

Nos recibió en pie, y oído nuestro deseo, nos miró á los tres atentamente. Luego escribió nuestros nombres.

— Vuelvan por aquí dentro de tres días, y les diré cuándo.

Ni una palabra más. Aquel laconismo nos causó una fuerte impresión. ¡Qué hom-

bre! Un hombre de acción, verdaderamente. Era asunto concluido, por tanto. Salimos locos de gozo como si nos hubieran puesto ya la blusa roja, y por tres días vivimos en un estado de embriaguez indecible. ¡Nos vamos! ¡Nos vamos! ¡Adiós, Latín; adiós, Algebra; adiós, Historia antigua!

No turbaba nuestro gozo más que un pensamiento: el de abandonar de tal modo á nuestros padres. Pero el sentimiento que nos producía el pensar esto era más de compasión que de dolor. Y aun la piedad estaba mitigada por la reflexión. Era seguro que el golpe sería rudo, sobre todo para las madres; pero luego, ¡qué compensación con la gloria! Porque estábamos segurísimos, ciertos como la luz del sol, que en la primera batalla en que tomáramos parte habían de hacer mención de nosotros en la «orden del día» y presentíamos ya en el alma el divino orgullo de la predilección del héroe.

Quedaba que proveer á una sola cosa. No podíamos emprender el viaje sólo con la ropa que llevábamos puesta; hacia falta un pequeño equipaje de ropa blanca, y esto era menester procurárselo en casa, furtivamente. De consiguiente, concertamos jun-

tos un pequeño robo doméstico, *pro patria*, sugiriendo cada uno los modos y precauciones que nos parecían más adecuados. Sería necesario también algún dinerillo para no tener que aceptar, desde luego, el óbolo de la Junta; mas de esta dificultad nos salvó el hijo del médico, el cual poseía una sortija de oro, regalo de una tía suya, adornada con no sé qué piedra, y á la cual atribuía un valor fabuloso. Se vendería la sortija en Génova, y el dinero se repartiría entre los tres. Le abrazamos en un raptó de gratitud, diciéndole que era un alma grande. Estábamos listos.

Al tercer día, palpitantes, nos presentamos en casa del abogado.

Nos recibió con su acostumbrada grave cortesía, mirándonos fijamente con ojos fríos y escrutadores, y nos dijo:—Señores, lo siento en el alma, pero el vapor que debe salir el lunes está ya todo tomado; irán ustedes en el siguiente; tengan la bondad de volver dentro de otros tres días.

Fué como una puñalada. Pero ¿qué hacer? Había que resignarse. Esperamos otros tres días, que fueron eternos, ardiendo de impaciencia en la clase, á la mesa, en la cama, y dando en las horas libres largos

paseos para exhalar al aire libre los ardores de la sangre y de la fantasía.

Y al tercer día, vuelta á casa del abogado, con una ansiedad que nos quitaba la respiración.

Estuvo más cortés, menos lacónico que la última vez, pero no nos dió respuesta más consoladora.—Tengan paciencia, señores; desde el lunes pasado estaba tomado todo aún para el vapor que debía salir tres días después.—Habrían debido advertirnoslo.—Se olvidaron; vuelvan el próximo sábado.

Esta vez fué ya más difícil resignarse. El tiempo nos pareció también más largo, y precisamente el día anterior al de la respuesta, el hijo del médico concibió una terrible sospecha. El hombre de los ojos de vidrio conocía á su padre, republicano como él; no quería quizá dejar marchar al hijo de un amigo político suyo sin el permiso paterno, que suponía que no habíamos pedido, ni á sus dos compañeros por consiguiente, y trataba de irnos entreteniéndolo de este modo hasta la liberación completa de las dos Sicilias. Esta sospecha nos puso furiosos. El Director de la Junta no debía escuchar la voz de la amistad,

faltaba á su formal deber, traicionaba la santa causa; era preciso irselo á decir en su propia cara, enérgicamente, y reclamar que cumpliera la sagrada voluntad de Garibaldi. Nos pusimos de acuerdo sobre esto, y confiamos al hijo del médico, que tenía entonces catorce años, el oficio de orador de la trinidad; y el mismo día, con la frente alta y con el corazón resuelto, fuimos á llamar á la puerta del abogado con tres golpes imperiosos.

Nos recibió con la dignidad de siempre, un poco maravillado de vernos antes del día fijado. El orador habló y estuvo sublime. Recuerdo todavía algunas de sus frases. Primero, la manifestación valiente de la sospecha; luego, una tirada de admonición. Ningún respeto de amistad debía retener á quien tenía el alto encargo... Un pelotón había salido dos días antes, prueba de que el vapor no estaba «todo tomado»... La edad no tenía nada que ver. Entre los pequeñuelos que se habían batido bravamente en Palermo había muchachos de doce años... Todo ciudadano tenía el derecho de dar su sangre por la patria. De todos modos, á cualquiera costa y no obstante los impedimentos que se quisieran poner, estába-

mos decididos á marchar... Esperábamos una promesa definitiva y terminante.

El hombre de fría mirada, escuchó hasta el fin con su acostumbrada cara impassible; luego repuso con su inalterada calma:—Los sentimientos que ha expresado, hacen honor á usted y á sus compañeros. Solamente por el placer de oír de boca de un jovencillo la expresión de tan nobles sentimientos patrióticos, yo no he interrumpido su discurso. Mas era un discurso superfluo, porque todo está ya establecido á medida de sus deseos. Están ustedes inscritos para el vapor que debe salir pasado mañana por la noche. Mañana, en el primer tren, á las cinco, sale una escuadra para Turín y Génova.

Estén ustedes en la estación á las cuatro y media.

La sangre nos dió un vuelco, el corazón se nos subió á la garganta; por poco no nos lanzamos á darle un abrazo.

—Gracias—respondió el orador con voz sofocada.—¿Y los papeles?

—Yo voy á la estación siempre que sale algún voluntario. Los papeles se prepararán esta noche, y los tendrán ustedes mañana antes de salir.

—¡Tenemos, pues, su palabra!—exclamó el orador con voz solemne.

—Váyanse tranquilos—contestó el hombre de los ojos de vidrio.

Salimos con el cerebro inflamado y con alas en los pies, radiantes como tres arcángeles, nos abrazamos en la escalera casi llorando, y echamos á correr por un camino extraviado para tomar los últimos acuerdos. Á la estación á las cuatro y media, al clarear el día: era preciso una hora antes escaparse de casa, á las tres y media, todavía de noche, y reunirnos en un lugar apartado para dirigirnos á la estación los tres reunidos.

—¿En la plaza del mercado del vino?

—En la plaza del mercado del vino.

—¿Cómo nos reconoceríamos en medio de la obscuridad?

—Es necesario que tengamos una contraseña.

—San Fermo.

—San Fermo. ¿Y la respuesta?

—Varese.

Las dos victorias de Garibaldi del 59, dos nombres de buen augurio. El hijo del secretario hizo observar que sería «humano» dejar una carta de despedida á nues-

tros padres. Se aprobó la idea, y para despachar pronto, pensamos que un solo texto sirviera para los tres. Yo, como el más sentimental de los tres, fui elegido para que la redactara, con lo cual recibí un profundo placer. Mas, ¿dónde escribir sobre seguro? Resolvimos escribirlas allí mismo, en la carretera, sobre un asiento de piedra. El hijo del secretario se volvió á la ciudad á comprar tres lapiceros y tres pliegos de papel y volvió como un relámpago. Pero ya estaba obscureciendo, y no se veía: tuvimos que escribir á la luz de las cerillas que el «orador», fumador precoz, iba encendiendo una tras otra á modo de antorchas, con la mano izquierda, mientras escribía con la derecha. Escribíamos arrodillados en tierra, mirando á cada paso alrededor, temerosos de que nos sorprendieran, y al poner en el papel aquellas «palabras supremas», apretados de aquel modo, tocándose nuestros cabezas, en aquel camino desierto, al resplandor vacilante de las cerillas, que parecían fuegos fatuos, teníamos conciencia de formar un grupo admirable, digno del pincel de un gran pintor patriota. El final de la carta nos conmovió.—¡Adiós, padres queridos!

La patria nos llama, rezad por nosotros, Dios nos vuelva á juntar. ¡Viva Garibaldi!— Y con la exclamación en voz baja: —¡Viva Garibaldi!, apretándonos las manos en la obscuridad como tres conjurados, nos separamos.

Llegué á mi casa á la carrera, y mientras mi madre preparaba la cena, de prisa y corriendo, pero con precaución, conteniendo el aliento y temblando hice los preparativos para la huida. En pocos segundos, como conocía bien los cajones, preparé el envoltorio con la ropa blanca, y lo escondí debajo de la cama.

Más largo fué el disponer la manera de salir de casa; porque no dejaban colgada la llave desde que la muchacha se había servido de ella para una escapatoria nocturna. Tuve que subir al desván y buscar una cuerda fuerte que me había servido en otro tiempo para hacer gimnasia, atarla á la balaustrada de la terraza sobre la cual daba la ventana de mi cuarto, y dejarla caer hasta el piso del patio: bajaría por la cuerda como un artista del trapecio. Para poder abrir la puerta del patio, tenía ya asegurada la complicidad del hijo del portero, un muchacho de mi edad, loco también por Gari-

baldí, y el cual para marchar á Sicilia esperaba que su padrino le regalase un par de botas nuevas, que no llegaban nunca. Y para saber la hora de noche, pues no teníamos reloj, contábamos con oír las horas de la vieja torre del Municipio, cuyas campanadas se oían á una milla de distancia. Cuando todo estuvo en su punto, me enjuagué el sudor, recompuse mi cara lo mejor que pude y fui á sentarme á la mesa con una gran agitación interior.

Mi padre, mi madre y todos los demás de casa estaban aquella noche más joviales que de costumbre, y precisamente por esta circunstancia me dió más lástima. De quien me dió más pena fué de mi madre; evitaba su mirada para salvar mi valor. ¡Qué triste despertar le esperaba, pobre cilla! Presentía su primer grito de dolor ante mi lecho vacío, imaginaba la angustia de mi padre, la casa en desorden, las carreras al telégrafo, y no podía tragar la comida, como si tuviera un nudo en la garganta. Apenas acabamos de cenar, dije que me dolía la cabeza, para salir á la terraza á tomar el aire. Cuando nos separamos para ir á dormir, al besar á mi madre por poco dejó caer la luz al suelo, y no

pude darle más que á medias las *buenas noches*; el sustantivo se quedó ahogado en la garganta. Gracias á Dios, no notó nada. Y esto me dió ánimos. También yo podía decir: —*¡Dios lo quiere!*

Agitado por una visión confusa y continua de blusas encarnadas que corrían al asalto, y de regimientos borbónicos en fuga, no pude pegar los ojos hasta media noche. Cuando me dominó el cansancio, caí en un ligero sopor, turbado aún por mil imágenes fulgurantes y sacudido de cuando en cuando como por un rumor lejano de gritos y de músicas de guerra. Las campanadas solemnes del reló de la torre, que daba las tres, me despertaron sobresaltado como si fueran disparos de cañón. Me senté en la cama y me quedé petrificado de estupor viendo el cuarto iluminado y á mi madre en pie delante de mí.

Salió de mi pecho un grito trágico: — ¡Me han hecho traición! — y en el mismo instante cogí la ropa para vestirme é intentar la fuga á toda costa.

Pero mi madre se abrazó á mi, y poniéndome una mano sobre los hombros y otra en la cabeza, me dijo amorosamente: — No, hijo mío; tú no darás este disgusto

á tu madre; tú no puedes, no debes marcharte.

— ¡Pero si mis compañeros me esperan! — exclamé angustiado, — ¡dirán que soy un cobarde! ¡Me deshonraré! ¡Déjame marchar! ¡Quiero irme! — É hice un nuevo esfuerzo.

— No, hijo mío, — respondió mi madre con gran dulzura; — tus compañeros no te aguardan. Aquel señor de la Junta, no queriendo dejaros marchar sin el consentimiento de los padres, para quitarse de conflictos sin heriros de frente, después de haberos fijado la hora de la marcha, advirtió á las familias de vuestra resolución. En este momento tus dos compañeros se encuentran como tú en brazos de sus madres, que no les dejarán salir; puedes estar seguro de ello. Tú no estás deshonrado ni á sus ojos, ni ante ninguna otra persona, porque sabrán todos que no te hemos dejado marchar. Y ante mí, querido hijo, ante tu padre y tus hermanos, tú tendrás todo el honor, como si hubieras ido. La intención generosa la has tenido; esto nos basta, y te querremos ahora más que antes. ¡Pobre niño mío! Tú querías ir á morir; pero ¿cómo hubiera podido vivir yo sin ti?

Mi furia se desvaneció, pero para dar cabida á un dolor más intenso, y me desahugué con un último resto de esperanza. Se impedía que yo llevara á cabo un propósito que era el más ardiente deseo de mi vida, mi sueño de felicidad, una necesidad del alma: no podría ya estar contento, ni podría estudiar, y llevaría eternamente esta espina clavada en el corazón. — ¡Ah, madre mía! ¡Déjame marchar, te lo suplico, déjame marchar si no quieres hacerme desgraciado!

Mas no se podía resistir á la persuasión y dulzura de sus palabras. — No, hijo mío — dijo acariciándome la frente; — no me digas que serás desgraciado! Tu sueño se cumplirá más tarde. Tienes poco más de trece años: no puedes y no debes ir ahora á la guerra. Otras guerras serán desgraciadamente necesarias; Garibaldi llamará más veces á la juventud; entonces serás mayor, y entonces sabré yo cumplir también con mi deber. No soy una madre egoísta, lo sabes; soy también yo una madre italiana, y cuando llegue el día, te dejaré ir con Garibaldi, te confiaré á él como á un padre, y te daré mi bendición llorando, pero con el corazón entero. Mas ahora

es demasiado pronto; tu puesto está todavía á mi lado. Estáte tranquilo, hijo mio, y quédate con tu madre, él me daría la razón, créeme, él que es tan bueno, que amó tanto á su madre. Tranquilízate, hijo; dame un beso, y vuelve á dormir. Te he causado un gran dolor; pero debía producírtelo, y créeme que no te lo he producido sin sufrir yo una gran pena. No me guardarás rencor, ¿no es verdad? ¿No guardarás rencor á tu pobre madre?

Todo mi dolor se disipó en las dulces lágrimas que me arrancaron del corazón aquellas palabras, y mientras lloraba y la abrazaba, me pareció estar viendo por encima de su cabeza, la cabeza rubia y gloriosa de Garibaldi, sonriéndome ligeramente en actitud de paternal indulgencia.

Al cabo de dos horas me desperté, resignado y sereno. Mas me esperaba una gran amargura. ¡Ah, á veces qué crueles son las cosas! Asomándome á la terraza, recibí como la impresión de una bofetada al ver la gruesa cuerda colgando de la balaustrada, y mirándola con aire de asombro y haciendo comentarios en voz baja, quizá con la sospecha de «un hurto con escale», estaban el portero, la portera, la

criada y un grupo de chiquillos. Aquel maldito cáñamo colgando, después del fracaso de mi empresa heroica, era inicu; tan estúpido, tan atrocemente ridículo, que al verlo por primera vez me volví á meter corriendo en mi cuarto con el rostro encendido de despecho y de vergüenza. Y en mucho tiempo, siempre que en la mesa, á propósito de cualquier cosa, se pronunciaban aquellas seis malhadadas letras c, u, e, r, d, a, doblaba la cabeza sobre el plato y tragaba un bocado envenenado. Por mucho tiempo se habría podido referir á mí el famoso proverbio: «No mentar la cuerda en casa del... garibaldino frustrado!»



LA CAPITAL DE ITALIA

EN 1863

¡En la jaula, sí, pero en Turín! ¡Ah, al fin! ¡Y decir que á los diez y seis años no había visto todavía la gran Metrópoli, distante únicamente tres horas por ferrocarril de la pequeña ciudad, donde hacía tanto tiempo me inquietaba por arrancar el vuelo! En 1859 no había visto la efigie de un soldado francés; después de la constitución del reino de Italia, ni á un Diputado siquiera, como no fuera el de mi distrito, de los cuatrocientos cuarenta y tres que componían la Cámara; jamás á un actor dramático, ni á un cantante *di cartello* ni á uno solo de tantos hombres ilustres, de los cuales mis hermanos, cuando venían de Turín á pasar las vacaciones, me atronaban los oídos con el intento cruel de acalorarme la fantasía y de hacerme sentir más duramente la relegación provinciana! ¡Al

fin! Iba á encerrarme en la jaula (en un colegio de preparación para escuelas militares) por un semestre; pero la jaula estaba allí, en medio del esplendor y del ruido de la capital de Italia, que me atraía desde muchacho como una tierra de promisión. Se había convenido en que pasaría algún día en casa de mis parientes, de la Corte, y que antes de encerrarme procurarían darme un remojón en el *maremágnum*, como se usaba hacer en algún tiempo con las monjas que iban á profesar, antes de pronunciar sus votos. Fué aquélla, y lo es todavía en mi memoria, la marcha más ansiada de mi vida; no un viaje, sino una ascensión embriagadora como la de los compañeros de la Columbiad; el vagón era el proyectil y Turín la luna. Era á fines de Diciembre de 1862, el año de Aspromonte: Presidente del Consejo, Luis Farini; Ministro de Hacienda, Marcos Minghetti; Ministro del Interior, Ubaldo Peruzzi...

Llegué de noche. ¡Qué Londres! Me pareció muy otra cosa Turín entonces que la capital de Inglaterra diez años después: las casas enormes, las plazas inmensas, las calles interminables. Un hormiguero humano infinito. La primera impresión no

fué agradable; fué una sensación de opresión y de mareo. ¡Oh! ¿Cómo voy á poder estudiar en este infierno? ¿Y puede haber aquí gente que estudie? La ciudad estaba bastante mal iluminada; pero me pareció como si dentro de sus muros brillasen todas las estrellas del firmamento. Mis parientes habitaban en la calle de Niza, al lado de la estación de Porta Nuova. Por largo rato no pude dormir; tal era el ruido ensordecedor de silbidos, toques y chillidos rabiosos de aquel infierno; un ruido que hacía pensar si aquella noche salía de Turin una mitad del género humano y llegaba la otra mitad. ¡Oh, pobres de mis ambiciones literarias, cómo fueron trituradas por aquellas inconmensurables ruedas de máquinas y de vapores que corrían en la vasta obscuridad misteriosa! Me sentí solo, pequeño, como un insecto perdido en una floresta, un átomo errante en el caos. Y cuando el cansancio me venció, me quedé dormido con un sentimiento de conmiseración á mí mismo, llorando amargamente por el pequeño nido tranquilo de donde había echado á volar—¡pobre tonto!—con tanto gozo.

Pero el sol hizo un milagro: no fué un despertar; fué una resurrección.

Turin era bastante menos grande y hermoso que ahora. Contaba ciento tres mil habitantes menos. Una buena parte del semblante que ahora presenta con el color encarnado de los tejados, entonces se veía rodeado de verde. Donde hoy se alzan las casas hermosas de las nuevas manzanas de la Plaza de Armas, de la calle de Azeglio y del barrio de San Segundo, se extendían entonces campos y prados; la antigua ciudadela cubría todo el espacio entre las calles de Oporto y de Vinzaglio; la Plaza del Estatuto no estaba trazada más que por filas de árboles; las Plazas de Solferino y de Carlo Emanuele estaban rodeadas de casuchos campestres; el oprobio del barrio *Moschino*, la corte de los milagros de la Meca, estaba intacto entonces; no se pasaba el Po más que por dos puentes; la Estación de Porta Nuova era una enorme barraca; el Valentino no tenía parque; estaba aún en concurso el monumento del Conde de Cavour, en la fundición del arsenal la estatua de Pedro Micca, en el cerebro de Antonelli el templo israelita, y la mayor parte de los hombres ilustres que ahora se levantan aquí y allá en mármoles y bronce, paseaban todavía por

las calles, de las cuales sólo tres ó cuatro gozaban del privilegio de un servicio de ómnibus, en los que se iba como en barcas golpeadas por las olas. Y todavía se daba morecilla á los perros por todas partes.

En el corazón de la ciudad, sin embargo, latía más fuerte la vida; el aspecto de la gente, entre la cual se veían caras de todas las provincias de Italia, era más vario, más apretado el vaivén de los carruajes, más poblados los cafés, donde se hablaba más alto y se discutía con más calor que lo que ahora se discute; y además de ésto, un ir y venir de oficiales, una multitud de jóvenes emigrados, una «celebridad» política á cada veinte pasos; pelotones de empleados á la hora de salida de los Ministerios; guardias nacionales por todas partes; y, puede que sea una ilusión, pero me parece que en el semblante, en la mímica, y por último, en el paso de los turineses existía algo de más vivo y más gallardo, que procedía sin duda de la conciencia de la hegemonía piamontesa, del deseo de la guerra, de la expectación continua en que vivían todos de grandes sucesos y de grandes noticias. Pero sobre todo me deslumbró el lujo de las señoras y la

elegancia de los jóvenes, y me embriagó el tufillo de ciudad refinada, de voluptuosidad mundana, de opulencia aristocrática que se sentía en el aire.

El primer día salí solo á la hora del *vermut*, y me encaminé hacia la plaza Castello. Al llegar á la última parte de la calle de Roma, donde resplandecían las grandes tiendas y pasaban por las aceras dos procesiones de gente del gran mundo en sentido opuesto, detuve el paso sobrecogido por un sentimiento repentino de timidez, miré mi imagen en un escaparate, y me ví con la tosca figura de provinciano, que todo el mundo había de reconocer; seguí adelante más despacio; eché una ojeada á mis puños, á mis pantalones, á los zapatos, me dió vergüenza y me detuve. Un momento permaneci incierto; luego di media vuelta y me volví á casa. Esta fué mi entrada triunfal en Turín.

*
—Bueno, y ¿dónde vamos esta noche? ¿A *Scribe*? Trabaja la compañía *Meynadier*. ¿A *Alfieri*? Veremos á la compañía *Guillaume*. ¿En el *Real*? Los *mesnaderos*. Tenemos también el prestidigitador *Bosco* en *Carignano*.

A Ernesto Rossi en el *Gerbino*... Me pareció que me ofrecían los reinos todos de la tierra. ¡Ernesto Rossi! Cien veces' había soñado con él; tenía en un cuadro un retrato suyo que había publicado el *Pasquino*. ¡Y precisamente iba á ver *Francesca da Rimini*! Entré en el *Gerbino* como un peregrino fanático entra en San Pedro; rebosaba la gente; me pareció un teatrón. Era entonces el teatro predilecto de los estudiantes, un enjambre. Se me ha borrado en absoluto de la memoria la primera entrada del actor, la invocación á Italia, la escena entre Paolo y Francesca en el segundo acto; no recuerdo más que la emoción nueva, profunda, inexplicable que despertó en mí la famosa declaración de amor del tercer acto. Aquel *te amo* de Ernesto Rossi me hizo el efecto del grito de un ángel, fué como una revelación celestial. Ni semblante de mujer, ni lectura, ni imaginación, habían levantado en mí nunca á tanta altura el concepto y el sentimiento del amor. Para mí fué Paolo aquella noche quien le *depositó en el regazo de Venus celeste*. Fué un rayo en la mente, una llamarada en la sangre, una dulzura infinita en el corazón. Si una señorita hubiera fijado en

mi su mirada, hubiera estallado con estrépito.

Durante el sainete seguí oyendo todavía los versos de Pellico. A la salida cruzó por el pórtico Ernesto Rossi, con su cabellera negra, elegante y con aire de triunfo, en medio de la curiosidad del público; me pareció el hombre más envidiable del mundo. Volví á casa con un deseo inmenso de gritar aquel *te amo* en una sonrosada oreja, rozando con los labios un bucle dorado y apretando entre las mías una mano temblorosa. ¡Oh! ¡Qué bien me iba preparando para el estudio de las matemáticas! No he experimentado jamás en el teatro una sacudida eléctrica como aquella. Todavía hoy, después de treinta y seis años, siempre que recuerdo el *Gerbino*, resuena en mis oídos el eco de aquel grito... y percibo el olor de naranjas que aquella noche sentí en las butacas: olor de naranjas que no volverán. ¡Ay de mí! Ha muerto Ernesto Rossi, ha muerto Francesca, ha muerto casi el *Gerbino*, y estoy yo también medio muerto. ¿Hay todavía quien grite: *te amo*?

Luego me llevaron al Real, á *Alferi*, á *Scribe*, á la casa de fieras de Planet, y, va-

rias veces y á horas distintas, al café Perla, que era frecuentado por artistas y por hombre políticos de todos los partidos.

Ahora entraria en él como en el Museo Grevin; entonces entré como en una especie de Santa Croce de vivos. Eran tres pequeñas salas enfiladas, con un jardincillo en el fondo; parecía una sucursal de la Cámara; sabía á política hasta el *vermut*. Pero yo, siempre con los ojos á caza de hombres ilustres, no miraba siquiera ni lo que bebía. Un pariente mío, que conocía á todos, me iba diciendo los personajes.

—Mira á aquel

che spande di parlar si largo fiume,

el ex Ministro de Instrucción pública.—¿Quién? —Stanislao Mancini; está haciendo un estudio sobre Giannone.—Tenía entonces una cara de rosa y una cabellera como la de Absalón, y estaba rozagante de vida. Ahí tienes á Massari, con su eterno sombrero de copa apabullado. Ese otro que entra, cojo, con aquella nariz de pico, es José Ricciardi, el autor de *Bruttezze di Dante*; dentro de poco hará representar un drama histórico: *La lega lombarda*. Mira

allí aquel diablo encarnado, es Nicotera; ¿le ves? Tiene en la frente la herida de Sappi.—Le miré: tenía dos ojos como dos carbones encendidos, y la risa, en aquel rostro moreno y fiero, me pareció como relámpago en una noche tenebrosa.—¿Has leído alguna vez epigramas de Baratta? Se llevan la piel por delante. Allí le tienes, aquel de la corbatona negra, sin indicio de camisa; desesperado como Júpiter, pero lleno de ingenio hasta los pelos.—Fué el único poeta que vi en el café Perla: los poetas charlaban en otras partes.—¡Vuélvete, que pasa Crispi! ¡Eh, qué ojos! ¡Y qué bigotes de pendenciero! Minghetti dice que, cuando se levanta á hablar, tiene siempre miedo de que saque del bolsillo un par de pistolas.—Otra vez me señaló á un señor flaco, con gran peluca hasta la cintura, y cara enferma, en la cual brillaban dos ojillos llenos de ingenio: Juan Bautista Giorgini.—Di un salto en la silla. No había leído todavía nada de él; pero había sido amigo de Giusti y era marido de una hija de Manzoni: bastaba esto para que me apareciera coronado de gloria. Hablaba con un señor que le estaba escuchando con mucha atención. ¿Quién sabe

lo que pasó por mi mente, si quizá recitaba versos inéditos de su suegro? Puse el oído atento. Hablaba del empréstito de 700 millones. ¡Qué miserias! Mi guía me enseñó aquel mismo día á Petrucelli della Gattina. Conocía sus *Moribondi del Palazzo Carignano*, un libro admirable que rebosa ingenio francés y despropósitos italianos, que había causado gran ruido: me volví á mirarle con viva curiosidad; pero no alcancé á verle más que de espaldas cuando salía.

La última vez que estuve en este café fuimos á comer. Atrajo mi atención la alegría vivísima, la risa cordial, de un señor como de treinta años, pequeño y rechoncho, que estaba comiendo al otro lado de la sala entre otros dos; una cabeza curiosa de Bismarek, joven y bueno, con el pescuezo grueso y corto, ceñido por un amplio cuello á lo Victor Manuel, que blanqueaba sobre una chaqueta de terciopelo negro.— Aquél—me dijo mi pariente—es Casimiro Teja, el famoso caricaturista, director del *Pasquino*.—Le tenía un poco de manía, porque ponía frecuentemente en caricatura á mi querido Angel Brofferio; pero esto no impidió que me fuera grandemente simpático. Era un presentimiento de que llegaría

á ser durante veinte años uno de mis más queridos amigos y el amigo predilecto de mis hijos.

¡Oh, inolvidable *Café Perla*! Cuando paso por delante de aquella puerta cerrada, paréceme que detrás de ella, dentro de aquellas pequeñas salas oscuras, deben estar todavía los mismos personajes, sentados en los sitios de costumbre, sin mirada y sin voz, como las momias de Federico Ruysch..., y envío un saludo á mi querido Teja, el único que quizá siga riéndose todavía.

«Aquel mariposear de diversión en diversión» acabó bien pronto, sin embargo, teniendo que entrar en el colegio. ¡Extraño colegio! Me encontraba por primera vez entre jóvenes de todas las provincias, y me pareció entrar por vez primera en Italia. Fué para mí una sorpresa y un placer desconocido. Se oía hablar todos los dialectos, desde el del valle de Aosta hasta el siciliano. Había allí hijos de generales, de marqueses, de duques, de tenderos, de empleados, de pequeños propietarios rurales, ricachones vestidos de elegantes que arrojaban por la

ventana cigarros puros, y pobretones vestidos como operarios que carecían de dinero para poder comprar un cigarrillo; muy diversos grados de cultura, puesto que alguno había aprobado ya los cursos del Liceo, y otros muy poco más que los de las escuelas elementales, lo cual le ponía al pobre profesor de letras en la condición de un pastor que tuviera que conducir juntos caballos, cabras y tortugas. Se respiraba una alegría carnavalesca; y se comprende muy bien porque no habiéndose cerrado el período de las guerras nacionales, esperaban todos llegar á coroneles á los treinta años. Pocos estudiaban. ¿Pero es que había necesidad de estudiar? La frase consagrada era: *dar la sangre á la patria*, no se decía *el cerebro*; y lo que es sangre, todos tenían de sobra. Es verdad que no había más remedio que examinarse; pero Galba estaba todavía muy lejos.

Nos trataban bien. La Administración era generosa: ponía en la cuenta todos los vidrios que se rompían, y daba cuanto se pedía, hasta un compás cada día y una resma de papel á la semana; dejaba que hiciéramos verdadero derroche de objetos de escritorio; los padres pagaban. La

cocina, por el contrario, era despiadadamente higiénica. Pero en compensación teníamos salida libre todos los días durante hora y media, y de varias horas el domingo; y todos les sacaban el jugo con verdadero frenesí. Para el retraso no había otros castigos que el *pan y el agua*, el cual, por lo demás, no alteraba notablemente la lista de la comida ordinaria. Era propietario y director de aquella casa de educación militar, y no se arruinaba, un curita, patriota, un buen diablo, no enemigo de Baco, que el domingo por la noche, cuando estaba un poco en sazón, solía ir á la sala de estudio, con el semblante color de fresa, pero solemnemente grave, á hacernos largas amonestaciones, intercaladas de fuertes resoplidos, que nos daban noticia exacta de su cantina. Los inspectores eran casi todos emigrados venecianos. La cocinera era guapa.

Los primeros días fueron muy agradables para mí, especialmente á las horas de comer; comíamos en un salón subterráneo. Los cien comensales hablaban con frecuencia todos á la vez. Como yo era pro-

vinciano, me maravillaba la volubilidad y la variedad de asuntos de las conversaciones. Se hablaba de la insurrección de Polonia, de la guerra de Méjico y de los Estados Unidos, de la lucha con los bandoleros, de una vasta conjuración borbónica que se tramaba en Nápoles, del proyecto de matrimonio de Urbano Ratazzi con la princesa Solms.

—Mañana llegará el poeta Aleardi para presentar el álbum de la emigración Veneta á la Reina de Portugal.

—¿Quién ha visto en el escaparate de Maggi el figurín del uniforme para el escuadrón de caballería de la Guardia nacional?

—Caisson, el maestro de baile de la Academia militar, ha inventado una *gran cuadrilla caballeresca*...

—¿Silvio Spaventa? Es Secretario general, no Ministro...

—¿La *Vida de Cristo*, de Renán, está ya á la venta?

—...Un anagrama de una señora veneciana que hace furor; Victor Manuel: *Armas, es tuyo el Veneto*...

Todos compraban periódicos: los volterianos la *Gazzetta del Popolo*, los radicales

el *Diritto*, los metidos en letras la *Gazzetta di Torino*, que era el periódico más literario.

Desde los primeros días conocí á varios tipos originales muy divertidos. Había un joven grueso y belicoso de Asti, que se despertaba todas las mañanas con la certeza de que tenía que estallar la guerra en el día, y que en todas las comidas, blandiendo el tenedor como si fuera una espada, ahullaba siempre con la boca llena:—La guerra es un hecho. ¡Estamos en plena guerra!—Otro de Ferrara, para el cual era una felicidad suprema ser paisano del autor del *Orlando*; hablaba de él con cualquier motivo, cerrando siempre su discurso con la misma frase:—Por más que digáis, ¡la verdad es que en Ferrara es donde nació Ariosto!—Descubrí bajo la envoltura de un menudo saboyano taciturno y de gruesos miembros, un poeta que me enseñó una colección de poesías francesas manuscritas, de las cuales no recuerdo más que dos versos curiosos, que eran el estribillo de un himno al Príncipe Jerónimo Napoleón:

Je chante sur ma lyre
Le cousin de l'Empereur.

Trabé amistad con un noble sardo, flacucho y pálido, que sufría nostalgia y hablaba sin fin, con voz melancólica, de su isla, de un castillo suyo solitario y misterioso, rodeado de jardines encantadores, donde había dejado á una prima á quien amaba, y con quien se casaría. Un espíritu diabólico de genovés, rubio y con el pelo rizado como un querubín, le teníamos todos en gran estima por la audacia y destreza maravillosa con que lograba robar las pastas fritas de la cocina, bajo las narices de los pinches, sin que jamás le cogieran.

Había toscanos que no callaban nunca, romañoles siempre hambrientos, famosos glotonos de embutidos, con la voz bronca, que rebuseaban con cuidado la pitanza de todos los colegas sin apetito. Y en la clase de los pequeños, que la daban aparte, había un simpático muchacho con la nariz remangada, y que parecía que tenía azogue, llamado Hidalgo: el futuro defensor de Cassala.

Los profesores que daban clases también en la Academia militar, eran excelen-

tes: Marocco, piamontés, un hombre hermoso, que cantaba de tenor en la Capilla real; Foscolo, veneciano, un hombrecillo lleno de sal y pimienta, descendiente del poeta; Gianelli, flaco, largo, con el pelo desordenado, que hablando se arrancaba la barba, se roía las uñas y se mordía los dedos, como *por gusto de comerse á sí mismo*. Con un orden y una claridad maravillosa de exposición, procediendo con lentitud, esculpiendo cada palabra, interrogando con finísima penetración, alegrando la lección, sin excederse nunca, con felices argucias los dos primeros especialmente hacían agradables y hacían entrar la Geometría y el Álgebra aun en los cráneos más duros; eran verdaderos maestros en aquel arte difícil é importantísimo de la enseñanza, que olvidan orgullosamente, con daño infinito de los jóvenes, tantos aristócratas de la ciencia, á los cuales parece que les ha sido concedida la palabra para obscurecer el pensamiento y la cátedra para que los discípulos tomen á enojo el estudio.

Hacia un gran bien Marocco procurando persuadirnos de que estaban en un error los jóvenes que con inclinación natural á las

letras, creían que no habían de tener disposición para las matemáticas, desanimándose de este estudio. — ¡No es verdad! — gritaba. — Es una ilusión suya. No podrá llegar á ser un matemático, pero puede aprender como los demás los elementos de la ciencia. No es cosa de aptitudes, sino de disposición de la inteligencia. Lo que á usted le pasa es que no sabe volver la mente hacia aquella parte. No consiste en otra cosa sino en que se pone mal; y esta es la causa de la dificultad. Y tanto llegaba á decir y tan bien y con un calor tan persuasivo, que convertía á los más rebeldes.

El profesor de lengua italiana era Antonio Fassini, un jovencillo de cuarenta años, hermoso y amable, de cultura limitada pero de gusto exquisito, y todo fuego y llamas. El profesor que se requería para aquella estudiantina, á la cual más que nada era preciso infundir el amor por las letras y por la lectura y promover el deseo personal de leer y estudiar por sí mismo. Prender la pólvora escondida, y ponerla donde no la hubiera; tal era su programa y su sabiduría. No sabía cuántas veces al mes se mudaba Leopardi de camisa, ni cuántos pares de botas consumía al año

Hugo Foscolo; pero cuando leía los *Recuerdos* ó los *Sepulcros* (y leía admirablemente y sabía enseñar á leer) palidecía, se encendía su rostro, temblaba, y todos se conmovían con él. De este modo hacía milagros. ¡Pobre Fassini! No decaía su ánimo más que al corregir ciertas composiciones. Es verdad que solo *quitaba lo más grueso*, como dicen los napolitanos. Pero tropezaba á veces con un bosque virgen, tan intrincado de barbarismos y de faltas de gramática, que llegaba á veces á un punto en que se detenía, apretándose la cabeza entre las manos, y se quedaba silencioso, desesperado de la empresa en que se había metido. Alguna vez se ponía furioso, y tronaba como un mortero; pero no disparaba más que con pólvora. Nadie le temía, todos le amaban; íbamos á su clase como á una fiesta.

Un ejemplar original era también el profesor de francés, un cura gordo, de rostro enrojecido y con anteojos de oro, de una bondad y de una cortesía incomparable, de las cuales abusábamos vilmente. A una señal convenida todos los alumnos se acurrucaban debajo de los bancos; la clase quedaba desierta. Y él sin descomponerse, de

cia con dulzura: *Debout, Messieurs, debout! Celà n'est pas sérieux, allons. Réparaissez, réparaissez, Messieurs... Ah! les voilà! A la bonne heure... Nous disions donc...*

En suma, la disciplina era suave y los estudios fáciles, y quien quería podía prepararse seriamente para los exámenes, quedándole tiempo para dedicarse a la política nacional y a la delincuencia literaria.

Aquel bendito Turin era una terrible distracción. En los primeros días pasé las horas de salida correteando por las calles. El primer domingo fui a la Universidad para oír al diputado Ferrari, la «espléndida excepción» como le llamaba Cavour, el autor de la *Mente del Romagnosi* y de la *Filosofía delle Rivoluzioni*, que daba un curso de lecciones públicas sobre los *Escritores políticos*. Era uno de los más extraños y poderosos oradores que yo he oído. Me parece estar viendo todavía aquella cabecita pelada, que se ponía encarnada como un queso de bola, aquellos ojillos de hurón, aquel gesto de epiléptico, y oyendo aquella voz sutil y estridente,

aquella elocuencia á borbotones y sacudidas, que revelaba una lucha violenta entre la inspiración impetuosa y la palabra resistente, en la cual el oyente pensaba, trabajaba y vencía con él; y los períodos se disparaban como fuegos de artificio mojados, despidiendo relámpagos y humo, y las ideas salían despedidas como cohetes y estallaban en el aire en otras ideas, como en una lluvia de estrellas. Comprendí poco, me divertí mucho, no retuve nada. Sí, algo retuve: una invocación á Romagnosi, amigo y maestro del orador, hecha con un acento apasionado y solemne, que comovió á todos: — *Perdona, oh maestro...* y esta frase: — *Estos insensatos hombres de genio que no han comprendido cómo los acontecimientos se entrelazan en el tiempo, se entretajan en el espacio...* ¡Misterios de la memoria! Hace treinta y siete años que llevo estas veinte palabras en el cerebro y vienen á mis labios cien veces al año, como si tuvieran para mí un significado de importancia suprema!

Mientras salía del Aula Magna con un compañero de colegio, éste me enseñó al Padre Passaglia, que atravesaba el patio. Me detuve con gran curiosidad: ¡se había

hecho tanto ruido en derredor de su nombre! Aquella elevada estatura que hacian aparecer mayor un sombrero alto como una colmena, y el traje negro pegado á sus enjutas formas; aquella cabeza peluda y sanguinea de cura rebelde, aquellos grandes ojos resplandecientes de apetitos mundanos, aquellas nariz ambiciosa, aquella boca inquieta, aquella vacilación que se notaba en toda su persona y que parecia expresar una duda sobre el dogma de la Inmaculada Concepción, por el cual tanto habia trabajado, me hicieron extraordinaria impresión. Era entonces diputado por Montecchío y profesor de Filosofía moral en la Universidad, donde explicaba un curso de lecciones sobre las «diversas formas religiosas», á las cuales atraía gran público su tersa palabra toscana, nutrida de gran erudición y de una lógica severísima; pero su autoridad y su boga habian disminuído mucho desde los primeros años de su conversión patriótica, y me pareció, por cierta vaga expresión de tristeza de su rostro, que él mismo tenia plena conciencia de ello.—Ése—me dijo mi compañero con acento de profundo respeto—hubiera podido ser Papa.—Y entonces me volví á

mirarle de nuevo con curiosidad más viva, sustituyendo con la imaginación la tiara pontificia al sombrero de copa, y las llaves sagradas al bastón. Pero en aquel punto se metió en la boca un cigarro Cavour, que dispersó todas mis ilusiones...

Era el domingo de las maravillas. Al desembocar por la calle de la Hacienda en la plaza Carignano, me encuentro con Angel Brofferio. El corazón me dió un salto. Era la primera vez que lo veía. Poco faltó para no pedirle permiso y darle un abrazo. Paseaba por delante del palacio del Parlamento, golpeando con el bastón en el piso como si fuera un tambor mayor; llevaba un corbatón á la antigua, un balandrán que le daba hasta media pierna; sonreía maliciosamente, fijando su mirada chispeante á lo lejos y acariciándose con una mano la cara rapada, con nariz ciceroniana. Me puse á seguirle los pasos como si fuera un sabueso de la policía, devorándole con los ojos. Y ¿por qué no sentía él que era yo el que le seguía, su apasionado admirador, yo, que sabia de memoria sus poesías, que habia leído los catorce volúmenes de *Miei tempi* con mi madre, que habia aprendido de él la música de la

prosa y que había peleado muchas veces contra sus condiscípulos cavourianos por defender su gloria? ¡Oh, querido y gran Brofferio, viejo y fiel amigo de nuestra casa, que tanto nos has hecho reír y llorar, vuélvete un momento! ¿no me reconoces? No se volvió, prosiguió su camino por la calle Lagrange y desapareció por un portalón. Y aquella había de ser la primera y la última vez que lo veía.

*

A los pocos días otra feliz coincidencia. Obtuve permiso para salir de noche, y me llevaron mis parientes al teatro Carignano, donde Tomás Salvini representaba el *Sansón* de d'Aste, con la Cazzola. Él tenía entonces treinta y cuatro años, estaba en la flor de su belleza poderosa y soberbia. Me pareció un hombre de raza superior á la nuestra, que había quedado entre nosotros único superviviente a *miracol mostrare*: personificación ideal de la fuerza, como Rossi me lo había parecido del amor.

Casi ha desaparecido de mi mente la tragedia; no retengo más que los movimientos atléticos y los rugidos de león de Sansón, que me hacían el efecto de duchas

heladas sobre la nuca, y los grandes ojos azules y dulces de Judit en un momento en que ella los dirigía al cielo cruzando los brazos en actitud de gracia encantadora. Y tengo todavía presente el número considerable de gemelos de señoras que dirigían sus miradas sobre el Apolo hercúleo que maldecía á los Filisteos, y recuerdo también que me pregunté á mí mismo de qué manera aquellas graciosas oyentes podían prestar atención á los versos del poeta, observando con recogimiento tan profundo las mallas del actor. Era domingo; el teatro estaba lleno de bote en bote. Oigo todavía el estallido formidable de aplausos y de gritos con que la juventud del paraíso saludó á Sansón cuando, al final de un acto, aferró á su padre por la cintura, se lo echó al hombro y se lanzó á la carrera, trepando por las peñas esbelto y derecho como si llevara una liebre: un verdadero frenesí de entusiasmo. Pero el placer que sentía vino á turbármelo un antiguo amigo de la familia que estaba sentado en el palco inmediato al nuestro: un empleado en el Ministerio de Obras públicas, lleno de achaques y de mal humor, que no cesó de hablar de los asuntos del Ministerio,

diciendo perrerías de su Ministro. Un solo momento me hizo gracia. Oyendo ensalzar la belleza de Salvini, pidió los gemelos y, después de haber mirado gran rato al artista, exclamó con un doloroso suspiro: —¡Ah, qué hombre más afortunado!— Creí que le envidiaría la juventud, la belleza, el ingenio, la gloria. Ni siquiera por sofación. Él dejó ver claramente su sentimiento en seguida. Mirando atentamente los pies de Sansón que aparecían por entre la malla como desnudos, el pobre hombre, que era un mártir de los callos, había reconocido con su ojo experto que el gran artista no los tenía, que estaba inmune de la desgracia miserable que le hacía la vida infeliz. ¡Qué ingenio, ni qué gloria! Sólo le envidiaba por aquéello. Luego se durmió, y no se dió cuenta de nada hasta el momento en que Salvini hizo derrumbarse la bóveda del templo. Y yo me volví al colegio, reproduciendo con voz de cabeza el último grito del suicida sublime, y tendiendo los nervios de los brazos como para derribar dos columnas invisibles, lleno y encendido hasta tal punto de ideas sansónicas, que cuando el portero me abrió estuve tentado á cogerle por la cintura... Pero era un hom-

brón, y me contuvo también el temor del pan y agua.

*

Á la semana siguiente me llevaron al teatro piomontés. Debía ser aquel año (el 1863) el más glorioso de su vida: estaba para salir *Monsù Travet*. Se representaba aquella noche el *Pover parroco*, de Pietracqua. Jamás había oído recitar en dialecto, no conocía comedia alguna de aquel teatro: todo era nuevo para mí, y el efecto fué grandísimo. Oía hablar por vez primera en las tablas el mismísimo lenguaje que se habla en la vida real, con palabras y frases que no podían ser otras que aquéllas, con entonaciones y acentos y modismos que me causaban la ilusión perfecta de la verdad. Gusté el placer que se experimenta al entrar en un círculo de amigos sencillos y francos, después de haber estado en el salón de una familia ceremoniosa y afectada. ¡Ah, qué aire tan puro! Toselli, sobre todo, en el papel del cura viejo, me pareció maravilloso. Representaba su papel, como dicen los franceses, *en dedans*, con tal acento de dulzura, de ingenuidad, de gravedad afectuosa, de jovialidad honesta y de buena

ley, que al oírle, sin advertirlo, se reía uno con las lágrimas en los ojos. Las que ahora se llaman predicaciones, y aburren, parecían sumamente breves dichas por él: tan grande era la naturalidad de la entonación, el color de espontaneidad y el calor del sentimiento que ponía en su obra. Y era admirable el ver con qué recogimiento y con cuánto placer aquel público mixto de burguesía culta y de pueblo bajo sorbía toda aquella moral que ahora le hace sonreír y bostezar con todas sus fuerzas. Transcendía de los artistas, de la comedia, del público, difundiéndose por todas partes un sentimiento de frescura y de sinceridad juvenil, de aire puro y sano, un ambiente de edad primitiva del teatro, de pueblo adolescente, de serenidad matutina de la vida. Entonces nadie se avergonzaba de tener que echar mano al pañuelo para enjugarse las lágrimas, y por todas partes se veía levantar y bajar las banderas blancas de la ternura. ¿Quién podía pensar entonces que el teatro piamontés no había de tener más que pocos años de vida próspera, tras de los cuales iría languideciendo continuamente como un enfermo de tisis? El *Pover parroco* acabó entre una lluvia de

lágrimas y una tempestad de aplausos, á los cuales respondieron como un eco en mi cabeza inflamada no sé cuántos títulos improvisados de comedias piamontesas tier-nisimas... que se quedaron afortunadamente en tal estado. ¿Hubo siquiera un joven torinés en aquellos años, un solo joven no analfabeto que no meditase dar á luz una comedia para el teatro Rossini? ¡Es imposible!

Según salíamos después del sainete vi por entre la multitud, en el vestibulo inmediato al despacho de billetes, un hombre mediano, sin pelo de barba, todo cara y abdomen, un quid semejante á Giandua y á Sancho Panza, envuelto en un capote raído que le daba la forma de un pellejo de vino sobre el cual se hubiera puesto una calabaza; y á su lado otro personaje digno de curiosidad, poco más alto, con cara morena y enjuta, donde brillaba solo un ojo, y cuyos lineamientos parecía que habían sido dibujados por una mano temblorosa: vestía como un obrero en día de fiesta.

—Toselli y Pietracqua—me dijo al oído mi pariente.

Creí que era una broma. Pero no; todos se volvían á mirarlos. Eran ellos precisa-

mente; eran aquellos dos hombrecillos de apariencia tan humilde, aquel pobre procurador cesante y aquel ex compositor de tipografía, que habían fundado un teatro, creado un mundo pequeño, conmovido á millones de corazones, hecho derramar ríos de lágrimas...

Todos los días á la hora de salida, corría hacia los pórticos con algún compañero turinés para que me enseñara los hombres más notables del mundo político y del mundo literario y no había día que no tropezase con uno; alguna vez, con gran satisfacción mía, con varios: en cierta ocasión con Prati, otra con Revere, hoy con Bottero, mañana con Dina, un día con Boggio, otro con Pisani.

Carlos Pisani, veneciano, empleado en no sé que Ministerio y colaborador de la *Gazzetta del Popolo*, era uno de los periodistas más populares y de las caras más conocidas de Turin. Altísimo, una cabecita puesta sobre un cuello delgado, unido á un busto flaco, sostenido por dos largos zancos: nariz, bigote, hombros, rodillas, todo puntiagudo, que parecía había de abrir un

agujero donde tocase: una especie de Don Quijote del periodismo, perpetuo acometedor, que escribía sobre todos los asuntos artículos impetuosos, llamativos y brillantes, que causaban el efecto de pistoletazos con doble carga.

Pedro Carlos Boggio, «el grueso y sucinto profesor de Derecho constitucional», como lo había llamado Petruccelli, sonrosado, rotundo, con el monóculo; lleno de ingenio y de ambición, de cavilaciones y de paradojas, orador y publicista batallador é infatigable, tan inquieto y ruidoso que parecía que había en Turin diez Boggios, estaba aún en la flor de su rubia madurez y llevaba todavía en torno de la cabeza la aureola empalidecida de la protección del Conde de Cavour, que le había aupado, á los pies de su pedestal.

El doctor Bottero, diputado á la sazón, que por su cara lampiña formaba con Brofferio y con Guerrazzi la llamada trinidad de las Gracias del Parlamento, temible por la punta de su pluma implacable y por su fama de gran tirador de pistola; era un hombrón derecho y sólido como una pilastra de los pórticos de la plaza del Castillo, con un rostro paliducho de viejo actor, en

el cual brillaban dos ojos terribles y se escurrian como dos culebras los labios de una gran boca, á la cual la naturaleza burlona había dado la forma de un sombrero de cura.

José Revere, que frecuentaba el café del Genio, vestido siempre con estudiada elegancia, era una bella figura de oficial de Caballería, rígido y ceñudo, conocido en el gran mundo, no sólo por la hermosura de sus versos, sino también por el vigor de sus músculos, y por ciertas excentricidades de poeta desgrefiado, como el ir alguna vez por Turín sin corbata. Por entonces corría una anécdota muy amena de un diputado amigo suyo, que para reconciliarlo con Prati, á quien Revere quería ajustar las cuentas á puñetazos por un epigrama ofensivo, le había invitado á comer á su misma casa; donde al encontrarse inesperadamente con el adversario, perdiendo el sentido, se fué sobre él para golpearle, echando el otro á correr por toda la casa chillando: ¡Paz! ¡Paz! ¡No abuses de tu fuerza física!...

Prati pasaba medio día en el café Florio, que era el café de los nobles, de los generales y de los escuderos de Corte,

siempre plantado delante de la puerta, con su inseparable lacito de la Legión de honor en el ojal del gabán; algo encorvado ya y «ofendida por argentados hilos la obscura cabellera»; pero hermoso todavía con varonil belleza, y hablador y gesticulador impetuoso, y fumador eterno, y epigramista inagotable, y aun cuando miope como un albino, ojeador atento y vivo de todas las ellas con sombrero, con cofia ó en pelo que le pasaban á tiro.

Y recuerdo la cara aplastada y risueña de Santiago Dina, de crespos cabellos y piernas hercúleas, y al enorme general Cugia, Ministro de Marina, *graciosamente altanero*, como el *Fischietto* lo definía, con su hermosa cara pálida de Hamlet gordo; y al Conde Bastogi de larga cabellera, siempre vestido de negro y lindo como un novio, y el rostro sanguíneo y fiero de Nino Bixio, derecho como una espada y nublado como el mal tiempo..., y otros muchos más.

Pero entre todos, el que mayor estupefacción me produjo fué el poeta improvisador de Siena, Juan Bindocci, á quien encontré una noche en la plaza de San Carlos: un hombre guapo, regordete, de

acre fisonomía, de líneas graves, que llevaba una especie de capa larga teatral de lana negra, con una capucha de dominó, adornada por la espalda con una fila de borlas de color de púrpura, y llevaba atada con una cuerdecilla una gran cabra, seguida de un tropel de retozones muchachos.

Un día, finalmente, conocí también al famoso D. Ambrosio, del cual muchas veces había leído noticias en los periódicos, aún antes de venir á Turín. Me le enseñaron bajo los pórticos del Po, mientras estaba observando atentamente un retrato suyo en caricatura, expuesto en el escaparate de Maggi. Era un curón como de cincuenta años, con dos espaldas de Atlante, cara larga y seca de asceta, con ojos profundos y tristes, que parecían las ventanas de un cerebro lleno de grandes pensamientos. Pero, como dijo no sé de quién un poeta festivo,

era di fuor pensoso e dentro no.

No había en su cráneo abultado más que aire comprimido, que rompía en yiento rumoroso.

No había ejercido nunca, según decían; le habían negado el *exeat*, el *maneant* y el *exerceat*, porque apenas se ordenó, había manifestado el propósito de fundar una nueva Iglesia con el nombre de *Iglesia Nacional*. Con este propósito había venido de Mondovi, su pueblo natal, á Turín, donde hacía ya varios años, predicaba el nuevo verbo, por plazas y calles, haciendo púlpito de una silla, de una mesa de café ó de un banco de posada; y de Turín se dirigía con frecuencia á las ciudades más pequeñas y á las aldeas del Piamonte, donde levantaba un ruido del diablo. Era una especie de caricatura rústica de Savonarola, verdaderamente apasionado y con completa buena fe; pero más apto para llevar un púlpito á las espaldas que para estar en él dignamente. Tenía admiradores, sin embargo, que le invitaban á comer de buena voluntad y, gracias á las invitaciones, y con lo que sacaba de la venta de ciertos opúsculos suyos político-religiosos, campaba bastante bien... para un apóstol. Pero en Turín, cuando yo vine, había amenguado mucho el favor popular, especialmente después de una entrada poco triunfal que había hecho en el Palacio Madama, llevado en una

carreta arrastrada por un asno en medio de dos caballeros de la benemérita, por los cuales había sido arrestado en Moncalieri. Con frecuencia le arrestaban, por más que terminara todos sus sermones con la frase: *Unámonos todos en torno de Victor Manuel*, bien por vagabundo, sin medios conocidos de subsistencia, ó porque, exhortado á que cesara en sus predicaciones, injuriaba á los guardias en nombre del rey y de la patria. Y precisamente pocos días antes de que yo le viera por primera vez, había sido defendido en los Tribunales por el joven abogado Tomás Villa, que comenzaba entonces á darse á conocer. Á la semana siguiente le encontré en funciones, bajo los pórticos de la plaza de Carlo Felice, de pie sobre un baúl, rodeado de escaso auditorio de obreros sin trabajo, de criadas estúpidas y de escolares que hacían novillos: los únicos devotos que le habían quedado. Tro-naba en dialecto piamontés, con voz ronca, con ademanes descompuestos como un energúmeno, contra el Poder temporal, contra el Vaticano protector de los bandidos, contra los clérigos de malas costumbres que querían «la patria sierva» y tenían la «sierva» joven: una tirada enma-

rañada y descosida, llena de repeticiones y de enfáticos apóstrofes. Mas ya se traslucía en sus ojos y se notaba en su voz el desaliento. Pocos transeuntes se detenían á escucharlo; los más seguían adelante sin volverse siquiera; los oyentes no se comovían. Era uno de esos matoides que salen á la superficie en tiempos de agitación pública como las burbujas en el agua hirviendo. Pero tenía la pasta y el acento de un caballero. Me dió lástima. Volví á verlo una semana después sobre un carro campesino, tirado por un mulo, entre dos guardias civiles, en la calle de Niza. Le habían arrestado otra vez en Moncalieri. Moncalieri le era fatal. Cuando llegó al Corso, saltó en pie, y tendiendo los brazos atados hacia un grupo de gente, gritó con estentórea voz:—¡Por vosotros, por la patria, por la verdad estoy maniatado!—Los apostrofados sonrieron. Él se dejó caer sentado. Su tiempo había concluido.

*

Entre tanto, por efecto del aire de Turin, se había despertado en mí el «gusano maligno» de la poesía; el cual, entre una lección de geometría y otra de álgebra,

había hilado no sé qué inicuos setenarios en honor de los sublevados polacos. *Cet âge est sans pitié*, dijo de la niñez un gran poeta, y podría decirse de la edad siguiente, que no tiene pudor intelectual. Pensé á escape cómo podría divulgar en algún periódico mi mala acción, y elegí la *Gazzetta di Torino*, que leía yo con preferencia porque escribían en ella Bersezio, Lessona, Cimino, Cesana, Botto. Pensé dirigirme á Botto, que era vicedirector y que se había creado un nombre con sus críticas agudas, condimentadas con ironía y con aquellas revistas de la vida ciudadana, entonces muy en uso, en las que el autor hacía de parlanchin brillante, que salta de rama en rama gorjeando para divertir á las señoras. Pocos días antes había sido herido en duelo por Tomás Salvini, el cual, ofendido por una reseña dramática, le había embestido en no sé qué teatro *con palabras y modos violentos*, como decía la *Gazzetta*; y todo Turín había hablado del duelo y de los derechos de la crítica, afirmando los unos y negando los otros que el crítico se hubiera mantenido en los confines que marcan estos derechos, al llamar *Francesca de risa* á la *Francesca de Rimini* repre-

sentada por el artista. Me fui á las oficinas de la *Gazzetta*, que estaba entonces en la Plaza de San Carlos, muy agitado, preparando por la calle una frase bonita de entrada. Quería decir, en resumen:—Sé que los periódicos políticos no quieren entenderse con poesías, y que por esto mi demanda resultará importuna; pero, no me conteste usted que no en seguida y permítame exponerle el concepto político de mis versos... Pero cuando me vi frente á Botto, muy distinto de como yo me lo había imaginado, alto como un granadero, derecho, pálido y severo, con dos grandes ojos escrutadores, perdí la brújula y cambié la frase preparada con esta otra, desgraciadísima:—¡Señor! No le hagan á usted impresión siniestra mis primeras palabras...—Botto, que había ya observado con cierto estupor mi agitación, ante una entrada tan extraña, hizo con el cuerpo un movimiento hacia atrás, mirándome fijamente con aire casi espantado, como diciendo para sus adentros:—¿Y quién es este mensajero de la desgracia?

Después que oyó de qué se trataba, se tranquilizó é hizo señal con la mano, como diciendo:—¡Qué diablo! ¡No se viene

á anunciar una poesía como un choque de trenes!

Luego, cortésmente, me contestó que no podía complacerme, porque la *Gazzetta*, por principio y por costumbre, no publicaba nunca versos; pero que él, como amante de la poesía, como amigo de los jóvenes y como admirador de la heroica Polonia, lo sentía mucho; que si hubiera dependido de él... —en suma, un hermoso periodo, que me hizo poner una cara muy fea.

Y debió ser muy fea, porque el buen Botto se apresuró á consolarme, mostrándome un manuscrito que tenía sobre la mesa y diciéndome con voz compasiva: —Vea usted, hemos tenido que rechazar también esta poesía del profesor Castrogiovanni...

La noticia me consoló, en efecto. ¿Cómo me había de ofender la repulsa si también habían dicho que *no* al ilustre ex clérigo que comentaba todos los domingos la *Divina Comedia* en la Universidad, y que regularmente, después de cada canto de Dante, afrontando impertérrito los riesgos de la comparación, leía uno suyo? Le di las gracias y me volvi al colegio con la poesía debajo del brazo y rabo entre piernas.

Más afortunado fui con el *Diritto*, dirigido entonces por Bargoni: le mandé la poesía impresa en un folleto, con la súplica de que la publicara en el folletín. Pocos días después un muchacho de la imprenta me llevó al colegio una carta del Director, invitándome á presentarme en su oficina. ¡Oh vista! ¡Oh placer!, como dicen los personajes de Alfieri. Corrí como un perro lebel desde la calle de Saluzzo á la de Private, y llegué sin aliento, conmovido, no sólo por la esperanza de un *si*, sino también por la idea de penetrar en las oficinas del órgano magno de la democracia, al cual había estado suscrito mi padre varios años, y cuya lectura, por más que fuese ya *in pectore* oficial del ejército real, me había teñido también á mí de color sanguíneo. Me hicieron entrar en un saloncito donde conversaban y fumaban varios señores, los unos en pie, los otros sentados en torno de una mesa cubierta de periódicos, sobre la cual estaba escribiendo un hombre guapo, de barba negra y con anteojos de oro, que me dijo con un vocejón de bajo: —Un momento, y soy con usted en seguida. —Era Bargoni. Esperé y estuve observando con toda atención.

Era aquella, sin duda, la ardiente oficina de los formidables artículos que yo había leído á hurtadillas, tembloroso, en los bancos del Liceo; aquella famosa cueva de revolucionarios, de cabezas de fuego, de lanzas rotas de Garibaldi, de diputados turbulentos y temerarios que á cada momento levantaban una tempestad en la Cámara ó ponían en convulsión el país! Cinco ó seis barbas enmarañadas había allí de tribunos, de las cuales salían voces que me parecieron amenazadoras; era un desorden de barricada; la atmósfera estaba tan cargada del humo de los cigarros, que semejava la humareda de la fusilería de Sarnico y de Aspromonte.

Bargoni me llamó y me presentó á un señor que estaba sentado, al cual hasta entonces no había visto más que por la espalda. ¡Oh sorpresa! Era Civinini.

Le había conocido años antes en mi pequeña ciudad de provincias, donde era inspector de orden del Colegio cívico, con 30 pesetas al mes; y recordaba haberle visto una vez, acompañando á clase á los colegiales, echar al aire las cerezas y recogerlas luego en la boca como los pilluelos.

Era entonces crítico literario del *Di-*

ritto. El director le había transmitido la poesía y hacía mención de ella en una reseña poética, que se publicaría á la semana siguiente.

Civinini sacó de un cajoncillo su manuscrito, me llevó aparte, y después de hacerme algunos cumplimientos, me leyó los periodos que á mi se referían. ¡Ah, no había necesidad de que los acabara! Oyendo la primera frase de cada uno, adivinaba el resto en aquellos ojos de polemista terrible que centelleaban debajo de los lentes como dos puntas de espada y arrojaban destellos sobre su extraño rostro amarillento, de líneas atormentadas y picado de viruelas. El juicio era benévolo. Recuerdo una observación agudísima, que hería en su interior á una llaga congénita é incurable:—*Pero no sentis ya bajo la dulce música los síntomas primeros de un veneno...* Era el veneno del amor de la palabra, que adormece el amor de la idea.

¡Qué valía esto, sin embargo, para ofuscar mi gozo! Por primera vez veía estampado mi nombre en un periódico, y parecíame que había adquirido ya una nueva sonoridad armoniosa, resonante, llena de significados misteriosos! Sali de la redacción que

no tocaba con los pies en tierra. ¡Ah! ¡Aquellos hombres de la izquierda! Era fácil negarlo; pero aquellos eran grandes cabezas, grandes corazones, grandes caracteres; ¡y aquel *Diritto!*, el primer periódico de Italia.

Enorgullecido, mandé mis rimas á varios escritores: algunos me contestaron, entre otros Víctor Bersezio, que con mucha cortesía me invitaba para que fuera á verlo. Me parece estar viendo su pequeño estudio de la calle de San Dalmazzo, una verdadera maraña mal iluminada de libros y de papeles, en donde aparecía como encuadrada en una ventana su cabecita rubia, de facciones menudas y de líneas finas, con dos ojillos claros que leían mi interior, y una boca chiquita, sutil y benévola. Tenía entonces sobre treinta y cuatro años, en la flor de su fecundidad y de su fortuna; había dado aquel año á la escena *Monsú Travet* y publicado tres novelas, escribía folletines en la *Gazzetta di Torino*, tiraba á la esgrima, era bien querido de las señoras, figuraba entre los primeros críticos y estaba predestinado al Parla-

mento. Me dió, con pronunciación marcadamente piamontesa y una rara sencillez en los hombres célebres, muchos consejos sensatos que se han escapado de mi mente; en aquella edad no suelen hacer impresión más que las alabanzas.

Pero recuerdo bien una anécdota curiosísima que me refirió á propósito de su *Travet*. Acudió á la primera representación gran número de empleados de todos los Ministerios, porque se sabía con anticipación que eran empleados todos los personajes de la comedia, y que ésta era una pintura satírica del mundo burocrático; y había sido precisamente la mayoría oficinesca del auditorio la que, pareciéndole fustigada toda la clase en las excepciones censuradas por el autor, había puesto con sus ruidosas protestas en grave peligro el éxito del trabajo, que fué triunfal en las noches siguientes. Toselli, sin embargo, desalentado por la tempestad de la primera noche, perdió la fe, y, airado porque habían tenido que ensayar la comedia muchas veces, al encontrarse al día siguiente con Bersezio, meneando la cabeza, le dijo, con acento de amargo reproche:—¡Ah, querido! Me has dado un...—Hoy se diría ente-

roclisma; pero él empleó una palabra menos científica. Tal fué la primera expresión de gratitud que obtuvo del grande artista por la obra maestra que debía constituir la mayor gloria de ambos... ¡Pero aquel bendito Bersezio! Podría muy bien haberme dejado con el dulce sabor de boca de aquella anécdota. Y, por el contrario, al despedirme quiso darme aún un consejo: que no me apresurara demasiado á imprimir, que dejara madurar los versos en la gaveta, que pensase mucho y escribiese poco, consejo del cual quedé mal impresionado, precisamente porque me decía la conciencia que era el primero que hubiera debido seguir. Y no se lo agradecí hasta bastante tiempo después, pero demasiado tarde, cuando ya había manejado la pluma más que *Monsú Travet* y el vicio de imprimir en caliente se había arraigado.

Sin embargo, la relación más íntima y el más ansiado conocimiento que hice, gracias á mi rebuzno lírico, fué el de Juan Prati. Había tenido una gran desilusión ciertamente, viéndole todos los días y sabiendo que los pasaba enteros delante del

café Florio; porque á mi, que era un muchacho ingenuo, me parecía entonces que poeta ilustre y hombre grande eran la misma cosa. Pero cuando recibí una carta suya se me apareció el café Florio bajo otra luz muy distinta. Era una carta larga que él había dictado á un cura que le servía de secretario, pero firmada por él. En ella, á vuelta de alguna alabanza á la poesía, me aconsejaba que estudiase á Virgilio y á Ariosto; y terminaba lamentando que el último discurso de la Corona no citara los nombres de Roma y de Venecia, como «nombres proscritos». Esto, en una carta dirigida á un muchacho, era una nota desentonada; pero precisamente por esto me engreí, porque me hizo pensar que yo era uno de esos muchachos precoces con quienes no está fuera de lugar el razonar, aunque sea de política.

Contestéle con un himno de gracias en cuatro páginas, sin atreverme á manifestarle mi ardiente deseo de conocerlo. Pero él lo satisfizo espontáneamente. Un día, pasando por casualidad por la calle de Saluzzo, llamó á la puerta del colegio. El director en persona vino lleno de contento á anunciarme la visita. Sospeché si sería una

burla. Tuve que tomar ánimos, reaccionarme. ¡Oh, almas de los muertos de Polonia! Es posible. Me lancé fuera de la clase precedido del abate, hacia el salón de visitas. Mas Prati no estaba allí: no había querido moverse de la casilla del portero. ¿Qué le dije? No lo recuerdo. Recuerdo únicamente la primera crítica que hizo de mis versos, y que en la carta había llamado:— ¡No *pratée* demasiado!—Y tenía razón. Ya lo creo. Sonidos, imágenes, movimientos, rimas, todo era vino de Prati agitado. Se detuvo pocos minutos; pero al irse, me dejó un tesoro.—Cuando me encontré por la calle—me dijo,—como yo no veo, páreme usted; charlaremos un rato. ¡Pensad si no iría yo á darle caza! Y le encontré, y paseé varias veces con él, dando vueltas por las calles al acaso, como á él le agradaba; y hasta tal punto me llenaba de satisfacción el ir á su lado, que casi no me enteraba de lo que me iba diciendo.

Me hablaba de arte, de política, de filosofía, como habría hecho con un hombre, con ciertos saltos y divagaciones, que ahora me parecerían descartes de una mente no razonadora, pero que estimaba enton-

ces como revuelos y chispazos propios sólo del genio. Alguna vez se detenía de repente para decirme:—Dígame, usted que tiene buenos ojos, ¿dónde está la muestra de un estanco?—Y yo gozaba cuando le podía contestar en el momento:—Aquí hay una.—Pero mi gozo supremo era cuando apoyado su brazo en el mío, con la voz velada que tenía, y que Emanuel censura en sus actores como *voz de cigarrillo*, afilando los dientes y dando de vez en cuando una sacudida, me recitaba algún canto suyo inédito, con entonación algo monótona, pero con acento vigoroso, casi airado, lleno de energía.

¡Cosa rara! Sin embargo, yo no prestaba atención á sus versos, como no la prestaba tampoco á su conversación; por el contrario, me decía á mi mismo mientras él declamaba:—¡Oh prodigios de la fortuna! Hace pocos meses pensaba en Prati como en un Dios misterioso, al cual no habría podido acercarme jamás en mi vida; y ahora está aquí, te oprime el brazo, te dice sus versos, te llama de tú alguna vez... por equivocación; ¿qué más puedes desear? *Romper aún á la muerte el dardo.*

¡Qué horas tan felices! Cuando volvía al

colegio, y decía que había estado con él, todos me preguntaban llenos de curiosidad qué me había dicho; yo me encerraba en severo silencio, como el que tiene que guardar misterios que sería un sacrilegio revelar al vulgo de los mortales; y alguna vez comía poco, con afectada distracción, para que me creyeran totalmente absorto en la meditación de aquellos misterios.

Un solo adversario acérrimo tenía en el colegio el cantor de Edmengarda, y era el cantor del Príncipe Napoleón, aquel del *Je chante sur ma lyre le cousin de l'Empereur*; el cual, como bueno y positivo saboyano, decía que un poeta que había hecho «silbar el plomo inglés» sobre los muros de Rosburgo antes de la invención de la pólvora, no era un poeta serio. Una noche nos enredamos á cachetes. Entre los demás, sin embargo, la gloria de *amigo de Prati* se mantuvo. ¡Mi querido Prati! Ciertamente que pasado algún tiempo fué cayendo en mi concepto como poeta de pensamiento; mas permaneció á idéntica altura, más bien aún se elevó como maestro de colorido y de armonía y como hombre sencillo y bueno. Le amé mientras vivió y le lloré después de muerto.

Los placeres de las pocas horas de li-

bertad me hacían más amargas las muchas privaciones á que me condenaba la clausura. Pensad qué suplicio tan grande: Juanita Milli, la *joven doncella*, como la anunciaba la *Gaceta de Turin*, daba una sesión de poesía espontánea en el teatro *Carignano* (un éxito estrepitoso), y yo... encerrado. Se celebraba una reunión popular en honor de los polacos en el teatro *Victor Manuel*, donde hablaría Angel Brofferio, y yo... amarrado. Se representaba un drama novísimo de Arrigo Boito y de Emilio Praga, una comedia en versos cincelados de Pietracqua, el nuevo baile *Carlos el Pródigo*, la nueva ópera de Petrella *Jone*, la *Sonámbula*, por la Frezzolini (un prodigio, según decían), y yo... á la cama. Y varios suplicios de otro género, como el sentir desde la sala de estudio gritar por las calles: — ¡Gran victoria de Menotti Garibaldi en Polonia! — y no poder volar fuera para comprar el periódico... que vendía una mentira; y lo que es peor, estar invitado por un amigo estudiante de letras, para ir á la estación á recibir á Terencio Mamiani, embajador de Italia en Atenas y pariente suyo, y tenerle que contestar (¡oh vituperio!): — No puedo; ayer me tuvieron ya á *pan y agua* por un retraso.

Sin embargo, las víctimas más dolorosas de la clausura eran los enamorados. Había como unos veinte en estado de combustión permanente, que no hablaban más que de conquistas, que salían únicamente con este propósito, y que oyéndoles parecía que echaban todos los días un copo á los corazones. Varios de ellos, cuando tenían que intentar un golpe difícil, pedían prestado á un compañero boloñés, su capote de entretiempo de color ceniza muy claro, casi blanco, que era la envidia de todos, porque se le reputaba «irresistible», como capa invulnerable y gloriosa, que, en efecto, por lo que contaban había alcanzado otras muchas victorias. El que no llegaba á abrir brecha con aquel capote era preciso decir que había sido maldecido por Venus. El propietario lo prestaba por diez cigarros Cavour. El capote no podía salir en son de guerra más que de día, y los minutos eran contados. Durante horas y más horas no se hacía otra cosa más que llenar el aire con suspiros. Los había ardientísimos, que hacían el amor con los ojos, por señas, con actitudes lánguidas, desde el patio, desde las azoteas, desde las ventanas de los dormitorios y aun desde los desvanes, á cuan-

tas formas de muchacha ó de mujer aparecieran en las casas de alrededor, á cualquier altura y á cualquier distancia, hasta donde la mirada pudiese apenas reconocer el sexo. ¡Oh, si se hubieran ocupado de las incógnitas de la pizarra como se ocupaban de las de la vecindad, habrían llegado á ser algebristas de primera fuerza!

Y, pobrecillos, merecen compasión. La primavera era tibia y hermosa. El aire de la noche nos traía al rostro los efluvios de los árboles florecidos del Valentino; de todas las calles próximas llegaban á nuestros oídos, hasta altas horas de la noche, risas de muchachas, sonidos de acordeones y de guitarras, y cantos corales de *Hernani* y de *Rigoletto*, que estaban entonces en gran boga en Turin, y notas altas y alegres de la famosa canción popular *nui souma i fieuj d'Gianduja*, especie de *Marsellesa* municipal, publicada aquel año, si no me equivoco, y que estaba en boca de todo el mundo; el aire, el olor del campo, el rumor de la ciudad, todo nos excitaba y nos tentaba. Ya *nui souma i fieuj d'Gianduja*.

Hay motivos musicales que conservamos en la memoria como la voz de un período de nuestra vida, como la expresión

del alma de un pueblo en un tiempo dado: aquél permanece en mi interior como la voz de aquel año, como la expresión de la jovialidad y del orgullo de Turín capital. Y hoy suena en mi mente como un eco remoto, un poco triste, pero más dulce que entonces y casi solemne.

Había un pequeño cenáculo que en las horas de recreo charlaba mucho de literatura. La literatura entonces en auge era la literatura patriótica. Berchet y Giusti estaban en manos de todos; Guerrazzi en los altares; Nicolini, más venerado que leído. Á uno sólo de entre nosotros que había leído todo el *Arnaldo*, y sabía pasajes enteros de memoria, le teníamos por esto singular consideración. Entre los poetas vivos ocupaban el primer lugar Prati y Aleardi. Romani estaba olvidado de los jóvenes, ó para hablar con más propiedad, ignorado. El espíritu de la poesía de Leopardi, que aún no había ascendido á la segunda gloria, discordaba demasiado fuertemente con el estado de entusiasmo crónico en que se encontraba la juventud; á la cual le parecía desvaído, por idéntica razón, Manzoni, que

muchos admiraban solamente por el himno de 1821. El sol de la literatura militar era el General Cialdini, cuyas fulminantes proclamas todos sabíamos de memoria. Además de esto, cada grupo provincial ensalzaba á determinados escritores suyos, que para otros eran letra muerta. Los toscanos nos recitaban versos de Montanelli, del cual la mayor parte no conocían más que el nombre; los lombardos nos hablaban de un tal Rovani; los sicilianos contaban maravillas de Meli, á quien ninguno habíamos leído; un napolitano nos ensalzaba un Basilio Puoti, como el primer escritor de Italia, y á casi todos éstos les era desconocido Brofferio, que para los piemonteses era una estrella de primera magnitud. Más generalmente eran conocidos y admirados los escritores dramáticos: Ferrari, Giacometti, Gherardi del Testa; apenas si se comenzaba á hablar de Marengo, que aún no había hecho el *Falconiere* y la *Celeste*; por vez primera se había oído en aquel año el nombre de Aquiles Torelli al presentar en el teatro *Carignano* una comedia intitulada *El amor y la política*, que no tuvo buena acogida. De literatura extranjera nadie había leído más, que yo recuerde, que alguna

novela de Dumas y *Los Miserables*, de Víctor Hugo. La mayor parte profesaban las admiraciones literarias que les habían inculcado en la familia, en consonancia con los principios políticos de los padres, y, sin querer oír discusiones sobre sus escritores preferidos, chillaban á cada alfilerazo de la crítica. Venían luego los bárbaros que no habían sido pulimentados por el buen Fassini, que ponían un folletín de Botto ó un artículo de Pisani, muy por encima de la página más hermosa de Guerrazzi y de Tommaseo. De Carducci y de Rapisardi nadie sabía ni una palabra; apenas despuntaban en el horizonte, aún velado por los vapores de la mañana. Todos los que vemos que ahora brillan estaban en el porvenir: Barrilli no había aún lanzado al mar el *Capitán Doderó*, ni Verga á los cielos su *Capinera*; Cavallotti estudiaba leyes y Giacosa filosofía; Guerrini redactaba un periodiquillo erótico ilustrado en el *Colegio Nacional* de Turín. Matilde Serao aprendía á leer, D'Annunzio mamaba todavía, y Ada Negri tenía ocho años bajo cero. ¡Oh tiempos remotísimos, me parecen aquellos de la concha de Zanella! Por lo demás, la literatura no era considerada entonces por

los jóvenes, y particularmente por nosotros, más que como un apéndice de la política, cuya misión superior era tocar el tambor y la trompa; la prosa hablada de los diputados, alcanzaba los primeros honores; una valiente interpelación sobre Roma y Venecia, que terminase con una hermosa invectiva contra el «águila con garras» de Viena, y los «lobos rapaces» de Roma, nos levantaba una legua más altos que los *Sepulcros* y el *Infinito*: nuestra musa era una diputada con la espada en la mano.

También en el cenáculo, las conversaciones literarias se veían á cada paso entrecortadas por otras, que se referían al porvenir. Este nos reservaba á muchos de nosotros sorpresas verdaderamente maravillosas. Todos soñábamos con una carrera brillante de oficiales, y á los pocos años, al contrario, el uno era fondista en una ciudad de Suiza; otro, secretario de un General del ejército argentino; un tercero, maestro elemental de un escuadrón de caballería del Uruguay; un cuarto, tenor de teatro. Había entre nosotros futuros agentes de cambio, agricultores, alcaldes perpetuos

de pueblos pequeños, exploradores del África y un cura en germen. Y recuerdo que hablábamos de nuestro porvenir como si hubiéramos de volvernos á ver todos mil veces, y gozábamos por anticipado el placer de recordar juntos, después de muchos años, las cosas y las diversiones del colegio; gran ilusión, en lo que á mi se refiere, porque sólo á cinco ó seis de aquellos cien compañeros volví á ver después, y no tuve de los demás ni siquiera una sombra de noticia, como si al salir del colegio hubieran desaparecido del mundo.

Por el contrario, ¿cuántas otras relaciones que no era posible prever entonces, me reservaba el acaso, entre aquellos personajes que me paraba á mirar en la calle como seres de un mundo superior, separados de mí por inconmensurable distancia! Siento ahora vivísimo placer al imaginar cuál hubiera sido mi estupor y mi gozo si me hubieran pronosticado, qué parte habían de tener muchos de ellos en mi vida. Y muchas veces reconstruyo los pronósticos.— ¡Cosas del otro mundo, hijo mío! Ubaldino Peruzzi te comentará los personajes y las alusiones históricas de las poesías de Giusti, mientras le acompañas de Florencia á An-

tella, y serás tú el que le haga dejar el cigarro toscano por el Virginia, con gran despecho de un antiguo amigo del mismo Giusti, el viejo Giacomelli, paladín de los *toscanos*, que no te perdonará nunca aquella victoria.

El diputado Tenca, el terrible crítico del *Crepuscolo*, será el que te advierta una noche, delante de la puerta de su casa, y precisamente al sonar las doce, del abuso indigno que hayas hecho mucho tiempo atrás de la palabra *extraño* y te enseñará á emplearla italianamente..., cosa que ni ahora mismo sabes hacer.

Ruggiero Bonghi intentará, sin lograrlo, corregirte de otro vicio: en vano te dirá amablemente: «Pero, cuando vaya usted á decir alguna cosa que debe hacer efecto, no anuncie por anticipado este efecto, bendito muchacho, porque en vez de prepararlo, le hace abortar».

Giorgini será tu primer maestro de conversación y te dará, entre otros muchos, un pequeño consejo que valdrá tanto como un libro:—*huya usted de la pedantería como de la peste.*

Y el bueno de Domingo Berti será el primero que vea una modesta promesa bajo

el desorden infantil de tu prosa, y el que te abrirá las ansiadas puertas de la *Nuova Antologia: gaudium magnum*.

La gentil Juanita Milli te leerá en su casa, con el más suave acento de su voz, aquellos admirables versos acerca de Leopardi que improvisó el mes pasado en el teatro *Carignano*, y que tanto sentiste no poder oír.

El Ministro Cugia, tu General en el campo de Custoza, será el que acompañe tu batallón sobre la cumbre de Monte Croce entre los estallidos de las granadas y los silbidos de las balas.

Con Desiderio Chiaves concertarás solemnemente el uso del *tu* por medio de un cambio de cuartetos bernescas escritas en los bancos del Concejo.

Y en días tristísimos de tu vida llorarás entre los brazos de Tomás Salvini, el cual te prodigará palabras de consuelo tan sabias y tan dulces que le guardarás por ellas eterno y grato recuerdo.

Muy otro efecto produciría en muchos otros personajes eminentes de aquellos días la profecía de su porvenir, y sobre todo de

su fin, que para algunos estaba ya pendiente sobre sus cabezas.

Causa honda lástima representarse los actos de repulsión y de desdén, los gritos de sorpresa y de angustia y las sacudidas de terror con que habrían acogido la palabra del profeta.

¡Oh, Angel Brofferio, aún lleno de vida, tú tienes todavía tres años de existencia; morirás antes que truene el cañón de aquella santa guerra, por la cual habrás cantado tu último canto, desgraciado ¡ay de mí! como la guerra!

Tú, periodista Boffo, no vivirás más que algún que otro mes, arrastrando penosamente la vida, herido de muerte en el costado por una bala de pistola de tu colega Bottero.

Tú, Pedro Carlos Boggio, lleno de esperanzas y de gallardía, aun antes de que muera tu amigo Botto, morirás ahogado en las aguas de Lissa sobre el acorazado *Il ré d'Italia*.

Y en el mismo año 1866, año fatal, tú, bravo y bueno Cassinis, presidente de la Cámara de Diputados, quebrantado por los desengaños y por los afanes, te saltarás la sién de un tiro de pistola.

Tú, á poco más de un año, Bastogi afortunado, todavía gozoso de tu fresca Contea, herido en la cabeza por una Comisión investigadora sobre tus ferrocarriles meridionales, sofocado por el desaliento y por el dolor, pasarás en el Parlamento una hora de agonía tremenda, después de la cual permanecerás por seis años muerto y sepultado.

Tú, héroe de Ancona y de Gaeta, esperanza viviente de la patria, Persano triunfante, te sentarás al cabo de cuatro años, acusado de negligencia y de ineptitud, ante el alto Tribunal del Senado, que te arrancará con su sentencia la espada de Almirante, lanzándote al rostro *sesenta votos de cobardía*.

Y tú, valeroso Bixio, soldado terrible y padre tiernísimo, tú no caerás, como esperas, en un campo de batalla, frente á los austriacos, atravesado por una bala; tú morirás del cólera «sin besos y sin lágrimas», sobre una nave mercante, en un mar del Asia, á millares de millas de tus hijos y de tu patria.

Y tú, José Civinini, ardiente soldado de la izquierda, tú llegarás á ser uno de los más entusiastas campeones de la derecha,

la cual te llorará, con la hiel envenenada por la guerra atroz que te harán tus antiguos hermanos. Y tú, héroe de Capri, republicano Nicotera, amenazarás, siendo Ministro del Rey, con sablazos y cargas de caballería al «pobre pueblo», que pedirá «ocho horas de trabajo»; y tú, Francisco Crispi, tragaministros furibundo, volverás, siendo dictador de Italia, todas tus furias contra los «revolucionarios», cuya bandera sustentas ahora; y tú también vestirás el uniforme de Ministro y de Prefecto, Angel Bargoni, ardiente director del *Diritto*, y te lanzará de la Prefectura de Nápoles y te enviará á la *Sociedad de Seguros* una puñalada fallida, que descargará un loco contra el hijo del Rey Victor Manuel.

Y vosotros, por fin, ilustre Padre Pasaglia, y en otro tiempo reverendo dantista Castrogiovanni, implacable fulminador del papado; vosotros, arrepentidos y arrodillados ante el Papa, haréis amplia retractación y reparación cumplida de los escándalos que disteis y dais en la Universidad y en la Cámara; y tú, gran Toselli, rey del teatro piemontés, en cuya cabeza irradia la aureola de la gloria, y á quien llueve el

oro en la caja, acabarás en la miseria y en el olvido, después de haber trabajado como un negro hasta tus últimos días; y tú, ingenioso epigramista Baratta, morirás dentro de poco en el hospital, de lo cual no debes maravillarte; lo que sí te causará asombro es que de tantos admiradores á quien divertiste y que te aplaudieron, uno solo acompañará al cementerio tu pobre féretro; ¿y sabes quién será éste? El autor de la *Historia Universal*, César Cantú. ¡Qué epigrama!

Y pienso también, al considerar á los hombres de aquellos días, en relación con los acontecimientos que iban á ocurrir, cuántos enormes errores y lamentables ilusiones llevaban en la cabeza; sin que por esto me parezcan de menos valor que los hombres de ahora, cuya vista se demostrará ciertísimamente que tampoco es de lince, para prevenir los acontecimientos futuros.

Si se hubiera dicho á los fautores del empréstito de 700 millones, con el cual se afirmaba que quedaría cerrada para Italia la era de las deudas, que éstas ascenderían á 14.000 millones al cabo de treinta

años de paz, después de realizada la unidad; y á los «organizadores de la victoria» que un ejército italiano de 200.000 hombres había de hacer en el Mincio y en el Pó, delante de 70.000 austriacos, aquel hermoso papel que le hicieron representar; y á los adoradores del imperio francés, que aquel maravilloso edificio, roído ya desde la techumbre hasta los cimientos bajo el enlucido, había de derrumbarse siete años después como un casucho mal fabricado por un constructor pobre é ignorante; y á los predicadores de los «medios morales» que entraríamos en Roma á cañonazos, y á los liberalísimos de todos los partidos, que el Parlamento italiano se iba engullendo una á una todas las libertades sancionadas por el Estatuto, y á los mismos Ministros en ejercicio, estipuladores predestinados del Convenio de Septiembre, que la ciudad de Turín sería á los pocos meses destronada, ensangrentada, ofendida mortalmente por el modo insensato de anunciarlo más que por el daño que le había de acarrear el pacto inesperado, y convertida por muchos años de ciudad devotísima de los «poderes constituidos» en roca furiosa y formidable de oposición!

¡Veh con che scherno udito avria gl' *insani*
Presagi allor l'età superba!

*

Pero, en cuanto á presagios, yo entonces no los hacía más que respecto á los exámenes de Álgebra y de Geometría, cuya preparación última fui á hacer en medio de la tranquilidad de la familia.

Dejé con pena aquella hermosa Turín, donde me parecía haber vivido seis años en seis meses: no debía volverla á ver capital de Italia. Y es singular: el Turín de entonces ha quedado en mi memoria como una ciudad desaparecida, distinta completamente del Turín de ahora, por más que su imagen tenga una tan gran semejanza, que casi no difieren una de otra más que en la grandeza.

De cuando en cuando paso por delante del colegio, que ya no es colegio: es una casa revocada, silenciosa, muerta, y en la casilla del portero, aún intacta, que veo por los vanos de la cancela, me parece que está sepultado el pobre Prati. Al pasar por *via Private*, ¡me parece tan desierta y triste, ahora que ya no existe la redacción del *Diritto!* El palacio Carignano y el palacio Madama tienen para mí el aspecto de

dos enormes mausoleos. El curso Margherita me parecía más alegre cuando había de un lado aquel tosco barracón de madera del circo Milano, y más simpático el curso Vittorio Emanuele cuando en él se elevaba la fachada rústica de aquel informe teatro de *Alberto Nota*.

Y aun en las calles y en las encrucijadas donde no se ha cambiado nada, me parece que hay una gran transformación. ¿En qué? No en las formas de las casas, ni en los colores, ni en el aspecto de las tiendas, cuyas muestras reconozco, no; en las cosas, en suma, no hay cambio. Estará de seguro en lo que las cosas me dicen. Entonces los muros, los árboles, las tiendas me decían:—¡Adelante, ánimos, guapo muchacho; verás, oirás! ¡Ah, qué maravilla!—Y ahora me dicen:—¿Has visto, eh? ¿Has oído? ¡Qué gran burla!—¡Ah, casas, plantas, tiendas mentirosas! Y veo muy bien que continúan prometiendo y mintiendo á otros; lo veo en el aire sonriente con que las miran al pasar los que tienen los ojos vivos y los bigotillos negros como yo los tenía entonces.

Si; lo que me da tristeza es mi fantasma de diez y seis años, que se pone delante en

cada esquina, y que camina siempre con la frente alta y con la cabellera al viento, como si en el final de cada calle le esperase un trono de oro; y viéndolo, y sabiendo que se va á romper la cabeza contra una pared, siento tentaciones de detenerle y de decirle claramente la verdad cruda... Solamente siento tentación, pero nada más. ¿Para qué? Ha dicho bien un gran pensador: La desesperación es aún más estúpida que la esperanza. — Después de bien pensado y repensado, lo que más sabiamente podemos hacer con la juventud es continuar prometiendo y mintiendo, como las cosas.

ESPADAS Y CORAZONES

(CUENTO)

Muchos hombres ilustres han tenido alguna particular predilección de la gula; por ejemplo, Fontenelle por los espárragos, Rossini por los macarrones, Nicolini por los rábanos. Era, pues, digno de excusa que el no ilustre Arturo Pironi, cuando apenas contaba doce años, tuviera también él predilección por los helados de crema. Si hubiera sido rey, alguna vez habria dado su reino por un sorbete amarillo.

Y es preciso consignar que el placer de deglutir aquella golosina, como él hacia seis veces por semana, se lo ganaba ciertamente con el sudor de su frente. Su padre le daba todas las mañanas ocho piezas de cinco céntimos para los cuatro trayectos de tranvía entre la Plaza de San Martín, donde vivían, y el lejano gimnasio Gioberti, donde le habia matriculado, porque

cada esquina, y que camina siempre con la frente alta y con la cabellera al viento, como si en el final de cada calle le esperase un trono de oro; y viéndolo, y sabiendo que se va á romper la cabeza contra una pared, siento tentaciones de detenerle y de decirle claramente la verdad cruda... Solamente siento tentación, pero nada más. ¿Para qué? Ha dicho bien un gran pensador: La desesperación es aún más estúpida que la esperanza. —Después de bien pensado y repensado, lo que más sabiamente podemos hacer con la juventud es continuar prometiendo y mintiendo, como las cosas.

ESPADAS Y CORAZONES

(CUENTO)

Muchos hombres ilustres han tenido alguna particular predilección de la gula; por ejemplo, Fontenelle por los espárragos, Rossini por los macarrones, Nicolini por los rábanos. Era, pues, digno de excusa que el no ilustre Arturo Pironi, cuando apenas contaba doce años, tuviera también él predilección por los helados de crema. Si hubiera sido rey, alguna vez habria dado su reino por un sorbete amarillo.

Y es preciso consignar que el placer de deglutir aquella golosina, como él hacía seis veces por semana, se lo ganaba ciertamente con el sudor de su frente. Su padre le daba todas las mañanas ocho piezas de cinco céntimos para los cuatro trayectos de tranvía entre la Plaza de San Martín, donde vivían, y el lejano gimnasio Gioberti, donde le había matriculado, porque

un primo suyo era allí profesor; pero el glotoncillo no daba á la Sociedad eléctrica más que veinte céntimos. Iba y venía á pie por la mañana, corriendo como un avestruz; volvía á casa por la tarde también á galope, echando los hígados, porque aun cuando era muy vivo, tenía complexión delicada; y, únicamente hacia en tranvía, el viaje de ida después de comer, que dividía en dos, para bajarse á gastar sus ahorros en un helado color canario, en el café del Teatro Alfieri, á mitad de camino.

Á aquella hora casi nunca había nadie en el café; entraba por la puerta pequeña, se sentaba en el primer saloncillo, al lado de la puerta de la sala de billar, mandaba traer su sorbete con un acento que quería decir:—*Propere prospera*;—vacía el platillo en un minuto, limpiaba la cuchari-lla con la lengua, y se largaba á escape como el que se va sin pagar. Durante la operación daba tales señales de beatitud, que con frecuencia los camareros se paraban á observarlo, gozando como si vieran comer á un hambriento, y alguna que otra vez también la dueña del café venía á dar un vistazo sonriente á aquel guapo muchacho rubio, á quien parecía que cada cucha-

rada de helado hacía el efecto de un sorbo de vino de champagne, que le avivara la sangre. Le llamaban entre ellos: *el helado de crema*.

Un día, á principios de Abril, en el momento de sentarse en su sitio acostumbrado, oyó en la sala de billar voces de varios jugadores, uno de los cuales pronunció un nombre que atrajo su atención. Era el nombre del abogado Bussi, amigo de su padre, que hacía ya mucho tiempo no iba por su casa, pero á quien oía mencionar con frecuencia.

—Bussi—decía uno de los jugadores—es todo un tirador. Hemos ido seis meses juntos á la sala Gandolfi; luego yo lo dejé, y él siguió tirando. Le he visto tirar hace dos años en el Teatro Scribe, en la función á beneficio del Hospitalillo: tiene una muñeca de hierro, y es un gran calculador. Del otro, no sé; pero no quisiera estar en su pellejo... Tiro la carambola... ocho á seis.

—Se arreglarán—dijo otro,—¡entre abogados!

—Tú te bromeas—replicó el primero.—Una cogida de tonto en pleno café de San Felipe, en medio de público tan distingui-

do... Estás cogido: hoy estás en desgracia. El abogado Bussi no es hombre de arreglarse de cualquier modo. Y además, ¡cuando se mete por medio la política! Estáte seguro que se batirán, si no se han batido ya esta mañana.

—Imposible— dijo un tercero.— La escena ocurrió anoche á las once y no hay tiempo para que todo esté ya dispuesto. Son cosas que van muy despacio. Lo más pronto se batirán hoy... ¿Cuánto levanta la encarnada?

—Hoy no— respondió un cuarto.— Levanta dos dedos. Hoy tiene Bussi la causa del jorobado de Vanchiglia en la Audiencia. Está señalada para hoy, y tiene que hacer la defensa. Se batirán mañana al ser de día.

—Tengo miedo— volvió á decir el primero— que le cueste cara la broma al otro.

—¡Quién sabe!— exclamó uno que no había hablado todavía.— No siempre quien mejor maneja la espada es el que dá el golpe. El abogado Pironi...

El muchacho dejó caer la cucharilla y se quedó sin aliento.

—El abogado Pironi— continuó el que hablaba— es un hombre de sangre calien-

te, de aquellos que sobre el «terreno» pierden la luz de los ojos y se tiran á perderse. Éstos, á veces desconciertan al más bravo tirador, que se encuentra con un sablazo, sin saber cómo ni por qué... Otra pifia. No juego más. Soy un chambón.

—Que se maten— dijo el que habló primero.— Hay demasiados. ¿Sabéis que dentro de las murallas de Turín hay seiscientos?... ¡Estos son golpes, señores! Veinticuatro. ¿Se juega la revancha?... Muerto un abogado, nacen doce...

El pobre muchacho no oyó más: pagó, sin acabar el helado, metió los libros debajo del brazo y se lanzó fuera del café como de una casa incendiada, corriendo al centro de la plaza Solferino, donde se paró de pronto, y con los pies fijos, como clavado en tierra, tuvo una visión tan lúcida y terrible de su padre tendido en el suelo, inmóvil y ensangrentado, con una horrible herida, que, subiéndole del corazón un sollozo, sintió que todo giraba en derredor suyo y que se le doblaban las piernas...

Todo fué cosa de un momento. Era de fibra delicada, pero de ánimo valeroso; sintió de pronto como si en su interior saltara un resorte de acero que le enderezase

el cuerpo y le hiciera erguir la frente en actitud de resolución varonil. — ¡No! — dijo para sí, — no perderé á mi padre... mi padre no se batirá... ¡no me le matarán, aun cuando tuviera que perder la vida!

Se fué á sentar en un asiento del jardín público, inmediato al monumento del general De Sonnaz, y apoyando los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, se puso á pensar.

La emoción y el estupor le impidieron por algún tiempo recapacitar. ¿Era posible? ¡Batirse su padre en duelo con Bussi! Habían sido amigos años atrás, Bussi venía alguna vez á nuestra casa con su señora y con su hijo, niño de mi edad, que era la diversión de todos, y con quien yo jugaba. Luego, entré la señora de Bussi y su madre, sin que él supiera por qué, se habían roto todo género de relaciones; pero no entre su padre y Bussi, puesto que después los había visto juntos muchas veces por las calles de Turin.

¿Cómo de pronto había podido ocurrir un altercado violento en un sitio público, hasta llegar á insultarse, y á desafiarse como dos

mortales enemigos? Ahora comprendía él muy bien por qué su padre se había desayunado aquella mañana fuera de casa, diciendo que un colega suyo le había invitado porque tenían que hablar de negocios. Seguramente había tenido que salir de casa para tratar con los padrinos, á quienes no quería recibir en su casa para no levantar sospechas.

¡Oh, pobre padre mio! ¡Qué horas tan tristes y llenas de ansiedad habría pasado! ¡Qué jornada tan dolorosa era aquella para él, obligado á fingir con la familia, á prepararse para el lance terrible, sin una palabra de consuelo de los suyos, sin poder desahogar su alma, como si estuviese solo en el mundo y su vida no fuera preciosa para nadie!

La primera idea que le ocurrió fué correr á casa del enemigo, arrojarle á sus pies, y suplicarle, abrazándole las rodillas y llorando, que tuviera lástima de él, que evitara la muerte de su padre, que perdonara la ofensa... Pero en el acto rechazó la idea.

Aquel Bussi, que quería matar á su padre, se le presentaba bajo el aspecto de un hombre agitado por la ira y la venganza,

de un asesino, feroz é inexorable; á quien ninguna súplica hubiera podido remover de su propósito; le causaba horror y repulsión; le parecía que sólo su presencia le helaría la sangre en las venas y le anudaría la garganta.

Le ocurrió otra idea: decirselo todo á su madre. Pero rechazó también este pensamiento, comprendiendo que hubiera sido un paso más que inútil. ¿A qué fin llenar de terror y de desesperación el corazón de su pobre madre, que hubiera pasado un día y una noche de mortal angustia? ¿Conseguiría quizá que su padre desistiera de batirse? Él tenía una idea, aun cuando confusa, de qué cosa fuese para un hombre de la clase señoril el sentimiento así llamado del honor, y comprendía que si por esto su padre arriesgaba la vida, no había que esperar que se lograra sofocarlo por amor de la familia.

Luego pensó en otro medio: advertirselo á la policía. Sabía de muchos casos en que la policía, advertida de que dos señores debían batirse, había llegado á tiempo, ya sobre el terreno, de impedir el duelo... Pero ni siquiera le pareció que debía elegir este medio. ¿Y si arrestaran á su padre? ¿Y

si, sabiendo después que la policía había sido advertida por él, el abogado Bussi sospechase que le había empujado su padre mismo por miedo á batirse?

Cruzó por fin por su mente como un relámpago otra idea, que le pareció la mejor de todas: impedir el duelo él mismo. Desenvolvió en su mente esta idea con un sentimiento creciente de esperanza y de consuelo.

—Para irse á batir—pensó,—mi padre saldrá por la mañana muy temprano. Yo velo toda la noche, sin desnudarme, para oír cuando se levante y estar pronto para salir inmediatamente después que él; le sigo por la calle de lejos, hasta donde haya de batirse; se batirán en el campo, según costumbre; me escondo detrás de un árbol ó de un seto; cuando les vea uno frente á otro, salto sobre ellos, me arrojo en medio, me abrazo á mi padre, suplico, grito... Y quiero yo ver si el otro tendrá valor para herir á mi padre, que no se podrá defender; mi padre no logrará desasirse de mí; se conmoverán todos, sentirán lástima...

Mas precisamente esta palabra *lástima*, que sonó á sus oídos como si la hubiera pronunciado en alta voz, le hizo también

perder la fe en este propósito. No, no era posible. Él lograría apiadar á su padre: pero ¡al otro! ¿Y qué papel habría hecho su padre? ¿Y si, aun en este caso, se sospechara que el mismo padre hubiera requerido á su hijo aquel paso por bellaquería?

No hallando respuestas á estas preguntas, no ocurriéndole otras ideas, y desesperanzado de que le ocurrieran, se sintió invadido de desaliento, se le presentó de nuevo la imagen de su padre tendido en el suelo ensangrentado, y rompió á llorar con ardientes lágrimas, moviendo la cabeza en actitud de gran desconsuelo...

De repente, como si una mano vigorosa le levantara del asiento, se puso en pie con el rostro iluminado por un pensamiento, se enjugó las lágrimas, agarró sus libros, y se volvió al café casi á la carrera.

—¿Otro helado?—le preguntó sonriendo el camarero.

—No—respondió el muchacho con voz premiosa,—la *Guta de Turin*.

El camarero le trajo un libro gordo, que él conocía ya porque lo tenía su padre en el despacho. Lo abrió, buscó la lista de abo-

gados, vió dónde vivía el abogado Bussi, dió las gracias y se marchó. Vivía en la calle de Santo Domingo. En un abrir y cerrar de ojos llegó, se asomó á la puerta de un cuartucho del portal, donde estaba remendando una bota un viejo remendón con anteojos, y le preguntó si vivía allí el abogado Bussi. Allí vivía en el piso segundo. Siguió preguntando:—¿A qué escuela va su hijo?—La segunda pregunta debió parecer indiscreta al desconfiado Crispin, el cual le contestó de mal talante:—Yo no le he llevado á la escuela: vaya usted á preguntárselo á su casa.—Mas el muchacho volvió á preguntar:—¿A qué escuela va su hijo?—con un acento tan conmovido de súplica, de impaciencia y de afán, que el zapatero respondió casi contra su voluntad, como á una orden, mirándole con ojos sorprendidos:—Aquí cerca, al Gimnasio Balbo, en la calle de Porta Palatina.—Apenas acabó de pronunciar el nombre y ya el muchacho había desaparecido. Dió la vuelta á la calle de Milán, enfiló la de la Basílica, y entrando por la calle Palatina, llegó jadeante á la puerta del Gimnasio, tropezando en ella con el portero, hombrecillo mal encarado, con hocico de zorro,

que estaba plantado en medio, y el cual, advirtiéndole que llevaba los libros debajo del brazo, le lanzó una mirada severa, diciéndole para sí:—Este es un pilluelo que ha hecho novillos, y que viene á esperar á otro tan bueno como él para ir juntos á correrla. ¡Qué peine! ¡Este debe dar á su padre grandes satisfacciones!

A la salida de los escolares, Arturo se plantó en medio del umbral y comenzó á llamar:—Bussi, Bussi, Bussi,—buscando á derecha é izquierda la cara de su amiguito de otros tiempos, á quien no estaba seguro de reconocer. Apenas habían pasado unos treinta, cuando le contestó una voz:—Aquí estoy,—y se le plantó delante un muchacho, que, apenas se fijó en él, le preguntó con acento de sorpresa, sonriendo:—¿Eres Pironi?

Era un muchacho bastante más alto y más robusto que él, á pesar de que sólo tenía un año más de edad; de pelo oscuro y color moreno, y de aspecto simpático, de expresión ligeramente burlona, pero de precoz firmeza, le hacía parecer casi un hombre, y le hubiera hecho muy mal efecto á Arturo si hubiera tenido la vista menos velada por la pasión. No advirtió nada,

le cogió de la mano y se lo llevó á otra parte de la calle y le dijo ansiosamente:—Oye... mañana por la mañana... mi padre y tu padre... se batían en duelo...

La noticia no produjo el efecto que él esperaba. Él no hizo más que una ligera señal de estupor, diciendo:

—¡Oh, es posible!... Y ¿por qué?

Arturo le contó á escape todo lo que sabía y cómo lo había sabido, y añadió con voz conmovida:—Ahora, nosotros debemos impedir, comprendes, á toda costa. Mi padre puede matar al tuyo, ó quedar muerto. Esto no puede ser. Es un horror. He venido á buscarte. Ayúdame. Intentémoslo juntos. Sólo nosotros podemos impedir una tremenda desgracia.

El muchacho se puso á rascar la barba, luego repuso tranquilamente:—Impedirlo... Está bien. Pero, ¿cómo?

Arturo le expuso su plan. El duelo tendría lugar sin duda á la madrugada del día siguiente. Los dos tenían que estar vigilantes, atentos, y cuando el padre saliese de casa, salir detrás de él sin que lo advirtiera nadie. Seguramente, según es uso, á uno y otro les esperarían los padrinos en el camino con un carruaje. Ellos se debían aga-

rrar por detrás al eje del coche y no dejarlo. Así, sin gran esfuerzo, podían llegar al lugar fijado para el duelo. Allí, fácilmente se encontrarían, y podrían esconderse juntos en algún sitio para esperar el momento oportuno. Llegado éste, cada cual debía arrojarse á los pies de su padre, suplicándole que no se batiera. Seguramente no se atreverían á batirse delante de sus hijos, ambos se conmoverían profundamente, se dejarían convencer por los padrinos y quizá se reconciliarían. —Es éste el único medio— dijo para concluir.—Yo sólo no impediría nada. Me pongo en tus manos. No me abandones. Ayúdame, por cuanto más quieras en el mundo. ¡Te lo pido por Dios!

El otro se quedó pensativo un momento, pero con cierta sonrisa en los labios, como si le atrajera más la extraña novedad de la empresa, que la emoción producida por la idea del peligro paterno y de la nobleza de la acción. Luego contestó con mucha placidez:—La idea es buena; pero... en cuanto al buen resultado, tengo mis dudas. Por lo que á mi padre se refiere, yo estoy seguro de una cosa, como si hubiera ya ocurrido, y es que en cuanto me vea aparecer, en vez de conmoverse, me arrimará un

puntapié. Me quiere, pero... me arrimará el puntapié. Esto, sin embargo, no quiere decir nada. Lo malo es que haríamos un agujero en el agua... creo yo. Dime: ¿y si no hiciéramos nada? No es menester calentarse tanto la cabeza. No tirarán seguramente á matarse. Todos los días se están verificando duelos, sin otras consecuencias que un arañazo en un brazo ó una cortadura en la cabeza; el médico les cose algún punto, los contendientes se aprietan la mano, y luego... se van juntos á almorzar.

—¡No, no!—exclamó Arturo sollozando;—no digas eso, te lo suplico. Tu padre ha sido ofendido, el mío es impetuoso. Cuando tienen las armas en la mano, pierden la cabeza. Y luego, ¿quién sabe? ¿Y si se baten á pistola? Uno de los dos puede morir. ¡Piensa qué remordimiento, qué desesperación tendríamos los dos! ¡Piensa en tu pobre madre! ¡Piensa que mañana temprano, dentro de pocas horas, tú podrías no tener ya padre, ó podré no tenerlo yo! ¡Y todo esto, por una palabra! ¡Es una cosa horrible! Tú bromeas; pero eres bueno. Juntos jugamos siendo niños y nos queríamos bien. Ayudémonos como dos hermanos. No me dejes solo. Yo voy solo, si tú no vienes,

aun á costa de caer muerto por el camino. Y entonces, todo el mundo dirá:—¿Pór qué no ha ido el otro? Pensarian mal de ti... ¡Oh, no; ven, ven tú también!... ¿Cómo te llamas?... ¿Carlos? Sí; ahora me acuerdo. Ven, Carlos, te lo ruego; me arrodillo aquí, en la calle, si no me dices que sí; te necesito; tú puedes salvar la vida á mi padre; te lo pido en nombre de mi madre y de la tuya; y si me auxilias te querré siempre, aun cuando sea grande; seré siempre para tí lo que tu quieras, y estaré pronto á darte hasta la vida si me la pidieses!

Y hablándole así, le puso sus manos temblorosas sobre los hombros, juntándose á la vez las dos cabezas.

Carlos, que al oír las primeras palabras sonreía, cesó de sonreír al oír las últimas, y le dijo con acento conmovido, como de hermano mayor: — ¡Pobre Arturo!

Éste le abrazó con más fuerza, esperando la respuesta, con toda su alma puesta en los ojos.

Carlos contestó:—Iré.

Arturo le apretó entre sus brazos, besándole con efusión, y le preguntó una vez más:—¿Me lo prometes?

—Allí estaré—respondió el otro resueltamente.

Luego, sonriendo de nuevo y con cierto aire de broma:—Pero dime... ¿Y si fueran á batirse á Rivoli? Tendríamos que hacer unos 12 kilómetros detrás del coche. Sería un poco largo.

Arturo contestó con expresión resuelta, como para darle á entender que á cualquier distancia tendria fuerza para llegar. Y luego le dijo mirándole con fijeza:—¡Me lo has prometido! ¡Confío en tí!

Y poniéndose serio Carlos, le contestó:—Tienes mi palabra.

Arturo le besó otra vez, y le dijo con toda su alma:—¡Gracias!—y se alejó corriendo, sin advertir que Carlos le miraba atentamente, como hacen los que apuestan en las carreras de caballos, para ver si tenia piernas capaces para tal empresa. Luego, Carlos se fué también con su paso acostumbrado, pensando en su interior:—Las piernas son buenas; veremos los pulmones. ¡Que se bate mi padre! ¡Oh, diablo... diablo! Yo no sé si le alcanzará al Sr. Pironi; pero lo que es á mí, de seguro. Se trata de tener primero buenas piernas, y luego... buenas posaderas. *Macte virtute, Carole.*

Será una excursión en coche, de un nuevo género. Con tal de que no vayan á Rivoli.

Al llegar á su casa, Arturo puso el mayor cuidado en ocultar el estado de su ánimo á su madre; era ésta todavía bastante joven, y de índole tan expansiva y tan familiar con él, que le parecía á veces, más que una madre, una hermana. Y aquel día estaba más contenta que de costumbre; lo cual le causó mayor pena, y le hizo más difícil el disimulo. A la hora de comer, cuando sintió el campanillazo de su padre, tembló; no tuvo corazón para correr á su encuentro, se sentó á la mesa todo tembloroso para esperarlo.

Sin embargo, al verlo presentarse con su acostumbrado aspecto recobró ánimos, y más aún cuando comenzó á hablar, como lo hacía siempre, de las cosas que le habían ocurrido en el día, no sin cierta apariencia de turbación, pero con una vivacidad insólita, y con un tono aún más afable de lo usual. Me parecía que alguna vez, después de haber hecho alguna pregunta, no prestaba atención á la respuesta, como si la pregunta la hubiera hecho por hablar; y que, de

vez en cuando, al fijar la mirada en la ventana de enfrente, se quedaba absorto un momento, como si viera en lontananza, por el aire, algo singular y extraño. Pero otras veces se quedaba también de este modo. El muchacho poco á poco se tranquilizó algo; y no sólo esto, sino que, hasta cierto punto, una risotada repentina con que el padre contestó á una broma de la madre, le hizo concebir una esperanza que le abrió el corazón.

—¿Y si no fuera cierto lo del duelo?— pensó.—Él había oído decir más de una vez «cuestiones de honor»—como las llamaban—arregladas por los padrinos amistosamente; había visto en algún periódico alguna de las llamadas «actas», firmadas por cuatro personas, las cuales declaraban, después de haber examinado el caso, que no había motivo para un duelo entre caballeros, que, sin embargo, se habían injuriado y desafiado. ¿Por qué no podían haberse reconciliado, por mediación de los amigos, su padre y el abogado Bussi? ¿Cómo había de poder su padre presentarse tan tranquilo si hubiera tenido que arriesgar su vida al día siguiente?—Y se aferró con todas sus fuerzas á esta espe-

ranza, en la cual cada sonrisa de su padre le afirmaba, sintiendo crecer en su alma poco á poco una inmensa alegría. De pronto, su padre se golpeó con una mano en la frente, y exclamó:—¡Qué desmemoriado!—Y volviéndose en seguida hacia mi madre:—Me olvidaba de decirte que mañana temprano tengo que ir á Vercelli.

El muchacho sintió un escalofrío por todo su cuerpo.

—Por esa bendita causa de los hermanos Bonomi,—añadió su padre.—Volveré á la noche. Salgo en el primer tren.

—Pero—preguntó su mujer algo sorprendida,—¿no me habías dicho que la causa se había aplazado para el mes próximo?

—Así era, en efecto—contestó el abogado.—Pero se anticipó la vista, porque se aplazó otra que debía precederla. Es un contratiempo que me fastidia. Pero no hay más remedio.

—¿Estás seguro de volver por la noche?—preguntó la señora sin una sombra siquiera de sospecha.

—Segurísimo. Es un asunto de pocas horas. No llevaré la maletilla. No tienes necesidad siquiera de despertarte.

Dicho esto, cambió de conversación. Pero Arturo, sobrecogido de desaliento y de horror, ya no oyó nada. Se levantó de la mesa apenas acabó de cenar, fué á su cuarto, encendió la luz y se sentó á la mesa, fingiendo que iba á hacer su trabajo para la clase. Al cabo de un rato, su padre se asomó á la puerta y le dijo:—Voy al despacho á trabajar, Arturo; no me interrumpas; te doy desde ahora las buenas noches.

—¡Buenas noches, padre!—contestó el muchacho con voz ahogada, y se quedó aterrizado, helado ante la idea de que pudiera ser aquella la última vez que le oyerá decir:—Buenas noches.

Luego se arrojó sobre la cama, medio vestido, apagó la luz, y permaneció con los ojos abiertos en la oscuridad, y con el oído atento para oír cuando su padre fuera á acostarse. Dieron las once y no había oído todavía nada. ¿Qué podía estar haciendo hasta aquella hora tan avanzada, puesto que no era posible que tuviese el ánimo tranquilo para poderse ocupar de sus asuntos profesionales?

Arturo se repitió varias veces, con ansiedad cada vez más viva, aquella pregunta: —¿Qué estará haciendo?

Una idea terrible le pasó por la cabeza: ¡Escribe su testamento! Tuvo de pronto certeza absoluta de ello. Si, él estaba haciendo aquella cosa terrible. Su padre tenía el presentimiento de la muerte, y se preparaba á morir. Y ante este pensamiento sintió una pena y una ternura infinita. ¡Su padre, todavía tan joven, tan bueno, que había rodeado su infancia de tiernos cuidados, que había trabajado tanto para él, que dedicaba todos los momentos libres en instruirle, en divertirlo, y que cada día buscaba y encontraba algo nuevo con que hacerle más hermosa la vida! Y de recuerdo en recuerdo, remontándose hasta los comienzos de su memoria, fué recorriendo todas las pruebas de afecto que le había dado, se representó en los momentos en que le había parecido más respetable y más cariñoso, volvió á ver sus sonrisas, á oír sus palabras, á sentir sus caricias, y, llegando al término de aquella carrera del pensamiento, al encontrarse con su imagen tendida en tierra y ensangrentada, sintió que el dolor le oprimía más violentamente que

al oír la primera funesta noticia, y rompió á llorar amargamente.

Al fin, el cansancio, que las emociones profundas del día habían producido en él, venció la angustia, y, no obstante todos sus esfuerzos por resistir al sueño, se durmió ligeramente.

Y soñó.

Soñó que llovía furiosamente, que tronaba y relampagueaba. Él solo se hallaba en la casa; pero en una habitación que no había visto nunca. Entre un trueno y otro. y alguna vez confundida con el trueno, oía la voz de su padre que lo llamaba, como pidiendo auxilio: ¡Arturo! ¡Arturo! ¡Hijo mío! Mas él no comprendía de dónde podía venir aquella voz, porque al mismo tiempo le parecía cercana y remota, que venía del piso superior y del inferior, del interior de los muros y de debajo de los muebles, de las terrazas y del aire. Se lanzó á la habitación inmediata y siguió oyendo: ¡Arturo! ¡Arturo! ¡Hijo mío! Le pareció que la voz huía delante de él. Se puso á recorrer la casa, corriendo por un laberinto de habitaciones desconocidas, ora oscuras como subterráneos, ora iluminadas por relámpagos, por largos pasadizos, por salas vastísimas,

cuyas cristalerías hacía retemblar el trueno incesante, y donde con gran sorpresa suya tropezaba en matorrales y en troncos de árboles y sentía hierba y piedras bajo sus pies; y siempre se oía llamar: ¡Arturo! ¡Arturo! ¡Hijo mío!, por una voz cada vez más suplicante, cada vez más débil, cada vez más lejana. Se apoderó de él la desesperación, se dió á correr con fuerza, sollozando: ¡Padre! ¡Padre! ¿Dónde estás? ¿Dónde estás?... Al fin cesó el trueno, siguió un silencio profundo, y en la muda oscuridad, no interrumpida ya por relámpagos, sintió un paso ligero que se acercaba...

Apenas tuvo tiempo para echarse encima la ropa de la cama: su padre apareció en el umbral de la puerta.

Venía á darle el beso de despedida.

Él fingió que estaba dormido; oyó que se acercaba de puntillas á su cabecera.

Le asaltó una violenta tentación de echarle los brazos al cuello.

Pero comprendió que si lo hubiera hecho, rompería á llorar y habría descubierto el secreto. Con un vigoroso esfuerzo de toda su alma y de todos sus nervios, se contuvo y simuló la respiración seguida y regular del sueño.

Sintió la boca de su padre en la frente. Tembló todo su sér; pero logró vencerse.

Su padre se alejó como una sombra.

*

No habría llegado á la mitad de las escaleras, y ya Arturo, que se había vestido como un relámpago, se encontraba en el descansillo de arriba. En el momento en que su padre salía del portal, bajaba él el último peldaño, y desde allí, alargando la cabeza, vió á la luz incierta del alba un carruaje parado al pie de la acera, y tres señores al lado de la portezuela, los cuales saludaron á su padre y subieron con él. El cochero arreó al caballo, el coche partió y él se lanzó detrás, agarrándose al eje de las ruedas.

El caballo iba al trote lento: lo podía seguir sin esfuerzo. Dió la vuelta por la calle Cernaia y á los pocos momentos entró en la carrera de Vinzaglio. Su primer pensamiento fué quién podría ser el tercero de aquellos señores que habían subido en el carruaje con su padre. Que debían acompañarle los dos padrinos, lo sabía; pero, ¿quién era el tercero? No le

ocurrió que fuera el médico; mas no insistió en aquel pensamiento. Era una hermosa mañana de primavera, límpida y llena de fragancias campestres. La ciudad adormecida aún, con las calles desiertas y las tiendas cerradas, presentaba el aspecto triste de una ciudad deshabitada, y las pisadas del caballo y el ruido de las ruedas resonaban en aquella soledad silenciosa como bajo una gran bóveda invisible. En el crucero del Corso Oporto, atravesó la calle otro carruaje, cuyo cochero gritó poniéndose en pie sobre el pescante: —¡Eh, compañero! ¡llevas carga gratis! —y casi en el mismo instante, Arturo recibió en la cara un trallazo, que el «compañero» le había sacudido girando hacia atrás el brazo. Sintió un escozor agudo; pero aún le quemaba más la vergüenza. Comenzaban á pasar algunos obreros, á abrirse algunas ventanas: le parecía que todos se le quedaban mirando, que le tomaban por un pilluelo vagabundo y que gritaban: — ¡A la traserá! —Corría á trechos con la barba apoyada sobre el pecho, sin ver á los transeúntes ni á los árboles más que como sombras fugitivas, enlodándose en los baches que había formado la lluvia, fijando su mi-

rada en el número del coche como para tener recogida en él toda la atención de su mente y no pensar en otra cosa.

Al dar la vuelta desde el Corso Vinzaglio al Corso Duque de Génova, el caballo tomó un trote más rápido, y él comenzó á sentir cansancio y que gruesas gotas de sudor le corrian por la frente y las sienas. Le fatigaba sobre todo el estar encorvado con las manos en el eje, que era demasiado bajo, y probó á agarrarse á las ballestas, pero se cansó más porque tenía que estar con los brazos demasiado abiertos y aquella postura le oprimía la respiración; y volvió á apoyarse como antes. Cuando el carruaje dió vuelta sobre la derecha hacia el Corso Humberto, comenzó á temer que le faltasen las fuerzas para poder seguir así un largo trayecto. Recogió, sin embargo, todo su vigor y sus ánimos y siguió corriendo. Creía que si se paraba, sería un siniestro presagio; que si su padre marchaba adelante sin él, iría ciertamente á la muerte. El sudor bañaba todo su cuerpo, saltábale el corazón dentro del pecho, y su respiración parecía el soplo de un fuelle. Pensaba que su pobre padre estaba allí, á tres palmos de su cabeza, que no les

separaba más que una delgada pared de madera, y, sin embargo, le parecía tan alejado y como separado de él por una muralla enorme y por un abismo insuperable! Y se preguntaba á sí mismo si pensaría en él en aquel momento, é imaginaba los tristes pensamientos y la dolorosa angustia que debían oprimir su corazón; y, anhelante, dando saltos á cada sacudida del carruaje, moviendo continuamente las manos del eje á las ballestas y de éstas á aquél, doblándosele las piernas y enderezándose con un esfuerzo cada vez más penoso, repetía para sí:—No, no; no te abandonaré, padre mio... no dejaré que te hieran..., antes caeré exánime en medio del camino... Te salvaré ó moriré... ¡Ánimo, padre mio! Tu Arturo está á tu lado... ¡Oye mi corazón que late cerca del tuyo!... ¡Oye la respiración de tu hijo que te acompaña!

Dentro del coche, entretanto, su padre callaba y pensaba. A su lado iba sentado el médico, rubiote corpulento que parecía adormecido; y enfrente, los dos padrinos, abogados barbudos y graves como de cuarenta años, pero con aquella falsa gravedad

con que los padrinos tratan por lo común de disimular á los demás y á sí mismos la inquietud de conciencia que produce el ser cómplices de un acto insensato y salvaje. El abogado Pizoni pensaba en su mujer, á quien había engañado, en su hijo, al cual, casi á traición, le había dado el último beso; pensaba que había huído de su casa como un ladrón, y que quizá lo era realmente, porque podía ocurrir que, saliendo á escondidas de aquella casa, se hubiera llevado la felicidad, la paz, el bienestar, el porvenir de su hijo y también la salud y aun la vida de la madre.

Por vez primera preguntó á su propia conciencia si tendría él derecho para disponer de aquel modo de la existencia y de la fortuna de la mujer que había unido á su propia suerte y del hijo que había traído al mundo, jurando por su honor protegerles y consagrarles todo su ser.

La voz solemne de la conciencia le contestó:—No, tú no tienes este derecho, porque tu vida no te pertenece. No, tú no debías hacer lo que vas á hacer, porque es una acción desleal y cruel hacia los tuyos, bárbara ante la civilización, estúpida ante la razón, inicua ante la ley de Cristo.—Y

¿qué debía hacer?—volvió á preguntarse, defendiéndose de la propia conciencia.— No debías ultrajar al amigo. Le has ultrajado y le debías una reparación. Y la reparación que le debías era la de humillar, la de castigar tu orgullo, de donde brotó el ultraje; no la de echar á la suerte dos vidas que están ligadas á la tuya, pero que no son cosa tuya. No, no más que por salvar tu orgullo pones una y otra en peligro; porque te falta el noble valor de pedir perdón y tienes el valor malvado de arrojar la desesperación en tu casa; por parecer un hombre valiente, no te importa ser un marido y un padre despiadado; cubres con la máscara del caballero un egoísmo feroz; tu valor no es más que debilidad violenta; te es más fácil ser sanguinario que generoso; prostituyes el alma por salvar el amor propio.

Vete, pues, bátete, hazte matar, y que tu mujer y tu hijo paguen por toda su vida con la miseria y con el llanto, una palabra insolente que la ira arrebató de tus labios y que tú no quisiste retirar por soberbia. ¡Bellaco!

No encontró razones que oponer á estas palabras; cerró los ojos fingiendo adorme-

cerse y pensó con profunda tristeza en su hijo, que estaba precisamente en la edad en que más necesario había de serle el consejo y la ayuda del padre, que era inteligente y estudioso, pero de alma excesivamente sensible y de imaginación muy excitable, sano y hermoso y de carácter vigoroso y resuelto, pero de complexión endeble, á quien debiera haber preservado con gran cuidado de toda emoción fuerte, que podría serle funesta. Y lejos de esto, estaba á punto de proporcionarle la más terrible de todas, ver que le llevaban á casa á su padre con una mano cortada, ó con la frente herida, quizá moribundo ó quizá muerto!

Un atroz remordimiento traspasó su corazón ante aquella idea y, abriendo los ojos en aquel momento por una violenta sacudida del carruaje, vió la plaza de armas, que atravesaban al trote, y se acordó de tantas veces como había llevado á correr por aquella llanura verde á su Arturo siendo niño, y se presentaron con viveza á su mente, su aspecto infantil, sus graciosas actitudes, las voces de alegría y su adorable mediá lengua mezcla de piamontés y de italiano, que balbuceaba entonces, y el inmenso gozo que sentía cuando corriendo

tras él, le cogía en sus brazos después de dejarse alcanzar. Una oleada de ternura invadió su sér ante aquellos recuerdos, inundando su alma de compasión tan repentina é impetuosa, que tuvo que morderse los labios para tragarse las lágrimas que le hubieran avergonzado. Juró en su interior que si escapaba con bien de aquel duelo, jamás, nunca en su vida volvería á poner en semejante trance á los suyos, ni á su alma en una tortura tan cruel.

—Perdóname por esta vez— dijo para sí;— ¡una sola vez habrás de perdonarme, hijo mío! ¡Jamás volverá tu padre á jugar con la punta de la espada tu salud y tu corazón! Y por esta vez, Dios me proteja por amor tuyo, mi bueno, adorado y pobre Arturo.

Mientras el padre decía esto, el coche, corriendo cada vez con mayor rapidez, daba la vuelta por la calle de Peschiera, y al pobre Arturo se le agotaban las fuerzas. Llevaba ya dos millas de carrera, y para un muchacho como él, de pecho débil, era ya demasiado. Hubiera podido resistir más, si le hubiera cogido fresco y sin las

angustias que había sufrido el día antes, sin la noche de insomnio, y sin la falta de alimento: sólo un esfuerzo enorme de la voluntad le había sostenido hasta aquel punto.

Estaba bañado en sudor, tenía los músculos como muertos, el corazón se le subía á la garganta, las sienes le latían fuertemente, los brazos le temblaban, tenía las manos contraídas, la vista turbada, las ideas confundidas. Su respiración no era más que un anhelo continuo y doloroso; caminaba casi sin conocimiento, como empujado por un impulso interior que poco á poco iba debilitándose, le parecía que al correr iba perdiendo sangre por una herida; sentía que le faltaban no sólo el vigor, sino el pensamiento y la vida.

El carruaje desembocó en la calle Sommeiller, y luego volvió sobre la derecha. Como á través de una niebla reconoció Arturo los álamos y las casas de la carretera de Stupinigi, y dijo, casi inconscientemente, como un eco:—¡Stupinigi!—Luego cruzó por su mente como un relámpago un recuerdo. Recordó que muchos duelos se verificaban en los bosques de Stupinigi. No había duda. Su padre iba allí. ¡Había diez kilómetros! Se sintió perdido, y fal-

tándole la esperanza de poder resistir, le abandonó el último resto de vigor. Las piernas se le doblaban y se dejó arrastrar; le quedaban sólo las manos, con las cuales se mantenía rabiosamente agarrado al eje. Echando hacia la derecha una mirada de náufrago, al ver la fachada del hospital Mauriciano, tuvo casi la aparición viva de su padre transportado allí, entre cuatro hombres, con el rostro blanco y los brazos caídos. Ante aquella visión perdió la cabeza, abandonó los brazos, y cayó tendido en medio del camino, apenas habían pasado el hospital, lanzando un gemido y diciendo desesperadamente:—¡Adiós, padre! ¡Adiós! ¡Adiós! É impotente para ponerse en pie, logró gateando arrastrarse todavía hasta el borde del camino, donde se dejó caer tendido como un cuerpo muerto.

Pocos instantes después, como entre sueños, oyó el ruido de un carruaje que pasaba, y casi al mismo tiempo el sonido de su nombre.

Abrió los ojos, y vió á Carlos Bussi arrodillado delante de él.

—¡Pironi! — exclamó, cogiéndole una mano.—¡Pironi!... ¿Qué tienes? ¿Qué ha pasado?

—...No puedo más—contestó Arturo.

—Levántate—le dijo agitado;— haz un esfuerzo. Todavía tenemos tiempo. El carruaje de mi padre acaba de pasar. Te he visto al pasar y te he creído muerto. ¡Arriba, Arturo! Aún podemos alcanzarles. No irán muy lejos. El coche va despacio. Mira... ¡Oh qué casualidad! ¡Se ha parado!

A unos cien pasos más allá, en efecto, se había detenido el coche para esperar que pasase el tren, cuya vía atravesaba el camino de Stupinigi en aquel punto. Debía pasar el tren de Milán, que acababa de arrancar de la estación de Porta Nuova. El guarda del paso á nivel había cerrado con las cadenas.

—¡Valor!—repitió Carlos, ayudando á su amigo á sentarse y haciéndole apoyar la espalda en un tornarruedas.—Aquí tienes tu gorra. Tenemos cinco minutos de ventaja. Tienes tiempo para tomar alientos. Arriba, Pironetto, arriba. ¿Quieres dejarte vencer por un rocín de seis reales la hora? Tengo pastillas de menta; trágate una, que te reanimará. Has hecho lo más:

haz el último esfuerzo. No van hasta Stupinigi; he oído decir al cochero el nombre de una *villa*. Llegaremos á punto y no les dejaremos batirse. ¡Verás qué bien me busco el puntapié de mi padre! ¿Qué crees que no he sudado yo? Con la furia de echar á correr, en la antesala me he puesto los zapatos del criado. ¡Mira qué par de torpederos! Creí que iba á perder uno delante del Ayuntamiento. Levántate pronto. Ya no tienes que correr más. Yo te siento sobre el eje de las ruedas, te apoyas con las manos sobre mis hombros y vas como un millonario. Arriba, arriba; ¿oyes el tren que va á llegar? Vamos á escape. Verás cómo todo sale á pedir de boca. ¡Pero no perdamos ni un segundo!

Al oír aquellas palabras, Arturo sintió en su pecho como un nuevo soplo de vida, se puso en pie, y tambaleándose un poco, pero con paso vivo, llevándole de la mano Carlos, llegó hasta ponerse detrás del carruaje en el momento que pasaba el tren con un ruido infernal.

—¡Ya abren!— dijo Carlos. —¡Arriba, Arturo, monta!

Y cogiendo á su amigo en brazos, le sentó en el eje, hizo que se apoyara bien

sobre sus hombros, y se agarró al hierro con ambas manos, una á la derecha y otra á la izquierda, y dispuesto á la carrera. Se oyó el chasquido de la fusta; el coche se puso en movimiento.

—¿Estás bien así?— preguntó Carlos.

Arturo le hizo seña de que sí.

—Hazte cuenta de que vas haciendo ejercicios en la barra fija. Pero apóyate con fuerza, y pon cuidado en los baches. No tengas miedo. No iremos muy de prisa. Ya he advertido que el cochero es tuerto. Y no te cuides de mí. Tengo más pulmones que Bargozzi. Verás cómo tenemos la dicha...

Precisamente en aquel momento, en el coche, uno de los padrinos, un señor largo y seco, con ojos de gato y bigote gris, daba los últimos consejos al abogado Bussi, sentado frente á él, respecto al modo cómo había de llevar el desafío. —De modo que me has comprendido. El adversario está fuera de ejercicio, se cansará pasada la primera furia. Tú esperas á que blandee, y entonces haz lo que te he dicho: ¡así, así, y zas! Y quedará arreglado. — Y se puso á hacer con la mano huesuda la indicación

de dos fintas y un golpe de bandolera, guiñando su ojo de gato.

El abogado Bussi no contestó. Tenía el aire de un hombre aburrido. Barajaba en su mente, hacía algún tiempo, pensamientos muy discordes con la conversación; los cuales los expresaba la sarcástica sonrisa de sus labios afilados, habituados á la burla.—Es curioso, decía para sí, que este valiente caballero, que se vanagloria de creer en Dios, me enseñe tranquilamente á degollar al prójimo, como si me estuviera dando una receta para una salsa.

Y este otro, que parece un globo hinchado, no puede ocultar la felicidad que le produce el ser por vez primera padrino en un duelo, como si fuera uno de los trabajos de Hércules, ¡y le sale por los ojos la impaciencia de irlo á pregonar por todas las esquinas de Turín! Y estos dos armarios con ruedas que nos transportan á escondidas á mí y al otro como á dos doncellas robadas, y aquel señor que cortésmente nos presta la *villa* para que podamos matarnos á nuestra comodidad, y el médico que nos acompaña con la aguja y con el escalpelo para remendarnos la piel... todo esto tiene el aire de una bufonada. Qui-

siera saber por qué me voy á batir. Cuando Pironi me regaló aquel epíteto, yo estaba seguro que no me creía tal, y que cuantos allí había estaban seguros de lo mismo, y que comprendían que él me había lanzado aquella palabra porque se había pegado contra la pared y no sabía ya qué contestarme. Debía haberlo echado á risa y nada más. Yo me bato, por consiguiente, para demostrar que no soy hombre que me dejo decir impertinencias.

Pero si él me hiere, ¿para qué servirá el haber demostrado que no consiento que me digan impertinencias, si al mismo tiempo demostraré que me dejo dar de sablazos? ¡Qué burla! Pero es una burla que puede acabar... con la vida de uno de los dos. ¿Se puede ser más bestialmente locos?... Basta: con tal de que no haya allí campesinos que nos estén mirando. Es mi pensamiento fijo desde ayer: un pensamiento que me produce enojo... increíble. Creo que me avergonzaría, y que me buscaría un golpe por efecto de la distracción. ¿Y por qué me avergonzaría?... Porque la gente del pueblo se ríe de los duelos. Nada más que por esto. Pero ¿por qué si yo veo á dos hombres del pueblo que riñen á na-

vajazos, no río, y ellos se rien cuando ven á dos señores que se baten con la espada? Examinemos la cosa. Quizá... porque ellos no se baten sino en un acceso de furor, el cual, si no justifica la riña, la explica, y le da al menos un aspecto trágico; mientras que nuestro combate, llevado con todas las reglas—después de un cambio de saludos, con las pausas debidas, en presencia de cuatro señores, en un lugar fijado de antemano, sin la justificación aparente de la ira,—es en verdad una cosa bufa y antipática. Y yo me avergonzaria también porque aquella gente, viendo un duelo; comprende que es absurda la distinción enorme que hacemos nosotros entre nuestras riñas y las suyas, y gozan cogiéndonos en una contradicción estúpida y odiosa entre nuestra ferocidad de duelistas y nuestras vanaglorias de gente culta y noble; contradicción tanto más odiosa cuanto que ellos no aprenden á matarse y nosotros nos ejercitamos en ello por muchos años. ¡Oh! ¡Bufones, bufones, bufones! ¿Pero llegaremos alguna vez á esa malhadada *villa*?

*

En aquel momento los dos muchachos oyeron salir del coche un grito soldadesco: ¡Para!

—¡Abajo!—dijo Carlos.—Ya hemos llegado. Agazapémonos en seguida.—Arturo se desmontó del eje, corrió tras de su amigo y saltó con él dentro del foso que flanqueaba el camino; allí se acurrucaron los dos, quitándose los sombreros y asomando la cabeza por encima del borde nada más que lo preciso para enterarse de lo que ocurría.

El coche se detuvo delante de la verja de una *villa* señorial, cuyo tejado se veía por entre los árboles de un vasto jardín, rodeado de pared. La verja, que estaba entreabierta, se abrió de par en par por una mano invisible, entró el coche y se cerraron las puertas.

—¡Estamos perdidos!—exclamó Arturo.

—Ca, ni por sueño—respondió Carlos.

—¿Cómo haríamos para entrar?

—Como hacen los ladrones. No es necesario entrar por la puerta. Ven conmigo, pero listo.

Diciendo esto, Carlos saltó sobre el camino, le atravesó, echó á correr seguido de Arturo, por un campo inmediato á la *villa*, llegó hasta el pie del muro que rodeaba la

finea, le midió con una mirada y dijo á su compañero:

—Escalémosle.

—¡Pero no llegaremos á tiempo!— exclamó Arturo angustiado.—¡Entretanto se batirán!

—No temas—contestó Carlos.—Los preparativos son largos. Haz lo que yo haga.

Puso á Arturo con las espaldas contra la pared, le hizo afirmar bien los pies y cruzar las manos como cuando se juega á la sillita de la reina, y agarrándose á sus brazos, y dando impulso con el otro pie, se le subió sobre los hombros, llegando á tocar con los dedos lo alto del muro.

—¡Mal rayo le parta al propietario!— exclamó, dejándose caer al suelo.

—¿Qué pasa?—preguntó Arturo, desalentado.

—Lo que pasa es que la cresta del muro está incrustada de pedazos de vidrio, en beneficio de los hombres honrados. Es preciso sacrificar las chaquetas. Dame la tuya.

Se la quitaron ambos, las cogió Carlos entre los dientes, y volviendo á subir sobre los hombros de su compañero, arrojó una sobre otra en lo alto del muro, plantó

encima las manos como si fueran dos garras, y se subió; se volvió luego hacia el compañero apoyándose sobre el muro con el vientre, estiró los brazos hacia él y le dijo:

—Apoya la punta del pie contra las asperezas de la pared y arriba sin miedo: tengo las paletas sólidas.

De este modo, haciendo un esfuerzo de pequeño atleta, subió hasta él al compañero como una herrada.

—¡Ten cuidado de no herirte!—le dijo cuando Arturo se agarró á las chaquetas.

Arturo lanzó un grito.

—¿Qué te pasa?

—Nada; me he clavado un cristal.

—Yo salto dentro. Tú espera.

Carlos saltó al jardín, y tendió los brazos hacia Arturo, diciéndole:

—¡Tú ahora!

Se dejó caer y cayó entre sus brazos.

—¡Bien venido!—exclamó Carlos;—estamos en la fortaleza.

Se encontraban al extremo de un largo sendero que iba en derechura en medio de dos macizos de árboles, separados por otros senderos, hasta un altísimo seto de mirtos;

el cual atravesaba el jardín como un muro divisorio, abierto aquí y allá por varias puertas en arco.

— ¡Allí detrás se baten! — dijo Arturo. — ¡Corramos!

Y ambos á dos, en mangas de camisa, sudando á chorros, se lanzaron á la carrera hacia el muro verde...

Apenas había entrado en la villa y apeándose del coche cerca de la puerta, donde ya estaba el otro coche, el abogado Bussi, se encontró frente á un ancho camino flanqueado por altas paredes de mirto y cerrado en el fondo por la fachada del palacio. En el extremo opuesto del camino estaba el abogado Pironi con el médico y con sus padrinos. Estos y los padrinos de Bussi se pusieron instantáneamente en movimiento unos hacia otros, y, encontrándose en medio, fijaron que aquel sería el campo del duelo, trazando líneas en el suelo con la punta de los bastones. Luego sacaron las espadas de sus fundas, entregándoselas á los médicos para que las desinfectaran con ácido fénico, después de haber preparado vendas, pinzas y frascos,

sobre un asientillo de madera, inmediato á una de las aberturas de los lados.

Mientras los dos muchachos escalaban la pared, los dos adversarios, llamados por los padrinos, se acercaron; se quitaron los sombreros y la levita, se recogieron la manga de la camisa sobre el brazo, se hicieron fajar la mano con un pañuelo, y, empuñando las espadas, se pusieron el uno frente al otro, teniendo cada cual sus propios padrinos á derecha é izquierda. Uno de los padrinos de Bussi, el del bigote gris, que tenía también una espada en la mano, hacía de director del combate.

Ambos tenían el rostro pálido, pero resuelto. Todos los demás callaban. No se oía más que el alegre gorjeo de los pájaros y el ladrido lejano de un perro. El sol lanzaba su primer rayo sobre la fachada del palacio.

A una señal de los padrinos, los dos adversarios hicieron el saludo con la espada.

El señor del bigote gritó: — En guardia.

Era la señal del asalto.

Se pusieron en guardia y cruzáronse las espadas...

En aquel instante, del lado de allá de la

pared de mirtos sonó un grito agudo y doloroso:—¡Socorro!

El abogado Bussi se detuvo el primero sorprendido como si hubiera reconocido aquella voz, pero sin dar crédito á lo que había oído, y como si le pareciera una ilusión.

La voz se repitió con un grito más largo y suplicante:—¡Socorro!

Era su hijo Carlos. Bussi no oyó ya más, echó en torno una mirada, vió la abertura del seto, y por allí se lanzó, siguiéndole todos.

Apenas habían andado veinte pasos, se detuvieron.

Arturo yacía en el suelo, atravesado en un sendero, ensangrentado y sin sentido; Carlos, de rodillas á su lado, aterrizado y trémulo, le sostenía la cabeza con una mano, y con la otra, teñida de sangre, le apretaba una muñeca; á lo largo del sendero se veía serpentear una lista sanguinolenta.

El abogado Pironi lanzó un grito desesperado:—¡Muerto mi hijo!—y se arrodilló á su lado; se inclinó también el médico, cogiéndole un brazo; todos los demás asediaron á preguntas á Carlos.

Este, casi fuera de sí, contestó balbuceando. Dijo cómo habían venido para impedir que sus padres se batieran, y cómo habían escalado la cerca, incrustada de vidrios. Al agarrarse Arturo se hirió en la muñeca. En el primer momento no se dió cuenta. Luego, al correr á través del jardín, sintiendo que le faltaban las fuerzas, llegó á descubrir la herida; había perdido mucha sangre, y se había caído allí entre sus brazos.

—¡Doctor!—gritaba entretanto Pironi;—¡doctor, salvádmelo!

El doctor, que había examinado el brazo y lo estaba fajando, le tranquilizó diciéndole que había sido herida la arteria radial, pero ligeramente, y que al comprimir la su compañero había contenido á tiempo la efusión de sangre y que no había peligro.

Mas Pironi, sintiendo que le invadía el desaliento, y viendo que su hijo no daba señales de vida, no le creyó, y seguía gritando cada vez más angustiosamente:—¡Se muere! pero, ¿no ve que mi hijo se muere?

—No—contestó el médico, acercando á la nariz del herido un frasco,—ya ve cómo revive.

Abrió Arturo los ojos, reconoció á su padre, le sonrió, y levantando el brazo ileso, hizo ademán de ponerle la mano sobre el hombro.

El padre lanzó un grito de alegría y le cubrió la frente de besos, sollozando.

—Padre—murmuró Arturo apenas pudo recoger la voz,—ha sido Carlos... Yo me había caído por el camino... Él me levantó, me dió ánimos... Él ha sido quien me ha subido á la tapia... Sin él no estaría aquí... Él me ha contenido la sangre... Él es el que lo ha hecho todo...

Pironi levantó el rostro hacia Carlos, que estaba en pie á su lado, le miró fijamente en los ojos, y le dijo:—¡Eres todo un hombre!

Luego, poniéndose en pie, recogió la espada, que había arrojado á un lado, y volviéndose á Bussi, que permanecía inmóvil á pocos pasos, le dijo con acento resuelto, que discordaba con la mirada, llena de gratitud hacia su hijo:

—¡Estoy pronto!

—¡Yo también!...—le contestó Bussi firmemente, y arrojó la espada al suelo.

Pironi se avalanzó á su cuello, y mien-

tras se abrazaban, le dijo al oído:—¡Olvida!—Luego, separándose, en voz alta, para que todos lo oyeran:

—¡Perdóname!

Al cabo de pocos minutos, el muchacho herido, sostenido en brazos de los dos padres, sobre cuyos hombros apoyaba las manos aún ensangrentadas, sirviendo como de vínculo vivo entre uno y otro, y su bravo compañero, levantado también él del suelo en señal de regocijo por los padrinos, fueron llevados á los carruajes entre aplausos y vivas, como en triunfo...

.....
Pero el abogado Pironi, antes de llegar á su casa, tenía que sufrir una nueva amargura. Entraron en un coche Bussi y el médico, con él y Arturo. Éste, después de haber pasado un rato adormecido, se despertó, quiso contestar á todas las preguntas que le hacían, y se cansó de tal modo, que en el momento de ir á desembocar de la calle Sacchi á la carrera de Víctor Manuel, tuvo un ligero desvanecimiento. —¿Qué es esto?—preguntó espantado su padre. Era la debilidad. El médico aconsejó que tomara un cordial. Pironi gritó:—¡Pára!—El coche se paró en la es-

quina del café Mogna. Los tres dijeron á una: —¿Una copa de cognac? —¿De vino de quina? —¿Un vasito de Marsala? —Arturo abrió los ojos lánguidos y murmuró sonriendo: —No... un helado de crema.

Luego añadió con los ojos entreabiertos: —Doble.

ÍNDICE

| | Págs. |
|---|-------|
| RECUERDOS DE LA INFANCIA Y DE LA ESCUELA | |
| Los primeros años..... | 1 |
| La primera escuela..... | 21 |
| Qui, quae, quod..... | 37 |
| Los cazadores..... | 42 |
| El Cabo Martinotti..... | 48 |
| La guerra de Crimea y mis pobres amigos.. | 52 |
| En el campo del honor..... | 66 |
| Primeras emociones..... | 71 |
| La vuelta de los cazadores de Crimea..... | 76 |
| El furor por la pintura..... | 81 |
| El reinado del terror..... | 85 |
| El Maestro Cura..... | 94 |
| Delante del Tribunal..... | 105 |
| Por mal camino..... | 111 |
| Alumno de humanidades..... | 124 |
| Tenorcillo fallido..... | 131 |
| El cincuenta y nueve..... | 135 |
| Actor dramático..... | 156 |
| Nuevas amistades y nuevas tonterías..... | 160 |
| Profesores de Liceo..... | 176 |
| Un remordimiento..... | 181 |
| Los alumnos del Liceo..... | 185 |

quina del café Mogna. Los tres dijeron á una: —¿Una copa de cognac? —¿De vino de quina? —¿Un vasito de Marsala? —Arturo abrió los ojos lánguidos y murmuró sonriendo: —No... un helado de crema.

Luego añadió con los ojos entreabiertos: —Doble.

ÍNDICE

| | Págs. |
|---|-------|
| RECUERDOS DE LA INFANCIA Y DE LA ESCUELA | |
| Los primeros años..... | 1 |
| La primera escuela..... | 21 |
| Qui, quae, quod..... | 37 |
| Los cazadores..... | 42 |
| El Cabo Martinotti..... | 48 |
| La guerra de Crimea y mis pobres amigos.. | 52 |
| En el campo del honor..... | 66 |
| Primeras emociones..... | 71 |
| La vuelta de los cazadores de Crimea..... | 76 |
| El furor por la pintura..... | 81 |
| El reinado del terror..... | 85 |
| El Maestro Cura..... | 94 |
| Delante del Tribunal..... | 105 |
| Por mal camino..... | 111 |
| Alumno de humanidades..... | 124 |
| Tenorcillo fallido..... | 131 |
| El cincuenta y nueve..... | 135 |
| Actor dramático..... | 156 |
| Nuevas amistades y nuevas tonterías..... | 160 |
| Profesores de Liceo..... | 176 |
| Un remordimiento..... | 181 |
| Los alumnos del Liceo..... | 185 |

| | Págs. |
|-----------------------------------|-------|
| El niño del Consejero..... | 189 |
| La rendición de Gaeta | 192 |
| Un peligro y un luto | 196 |
| Primeros estudios de lengua..... | 199 |
| Furores gimnásticos..... | 206 |
| Física é historia..... | 211 |
| ¡Abogado!..... | 216 |
| Los prófugos polacos..... | 220 |
| Días de embriaguez..... | 224 |
| Un gran dolor..... | 227 |
| Cambio de ruta..... | 233 |
| Aspromonte..... | 239 |
| Un río de tinta..... | 243 |
| La marcha..... | 247 |
| Un misterio..... | 251 |
| MEMORIAS JUVENILES | |
| Garibaldino frustrado..... | 257 |
| La capital de Italia en 1863..... | 274 |
| Espadas y corazones (cuento)..... | 343 |



SAENZ DE JUBERA, HERMANOS, EDITORES
CAMPOMANES, 10. — MADRID

LAS POLICIAS EXTRANJERAS

por

Mr. Goron

Ex Jefe de Seguridad de París.

Versión española de Ricardo G. de Vinuesa.

Ilustraciones de G. Meléndez.

Esta interesantísima obra contiene la organización de las policías de las diversas naciones de Europa, América y África;

Crímenes sensacionales;

Curiosas anécdotas;

Las terribles asociaciones secretas italianas

La Maffia y la Camorra,

en las que resultan complicados personajes políticos, jueces y funcionarios de la policía;

Los perros policíacos;

Las Agencias policíacas de Londres

y de los Estados Unidos;

sueldos de los funcionarios de las distintas policias;

Retratos y biografía

de los principales jefes y agentes célebres, y otra porción de curiosidades.

Identificación de malhechores

La obra termina con una curiosa información—también ilustrada—acerca del Sistema antropométrico de M. Bertillon, invento casi universalmente adoptado para la identificación de los malhechores que caen en poder de la justicia.

Las Policías extranjeras

obra digna de la pluma del ilustre Mr. Goron—que tanta popularidad ha adquirido en España desde que se publicaron sus *Memorias*—consta de 400 páginas con profusión de grabados.

Precio: 4 pesetas.

Se envía á provincias remitiendo á esta casa editorial

Sáenz de Jubera, Hermanos,

Campomanes, 10. MADRID

el importe del libro más 0,35 céntimos para certificado y franqueo.

